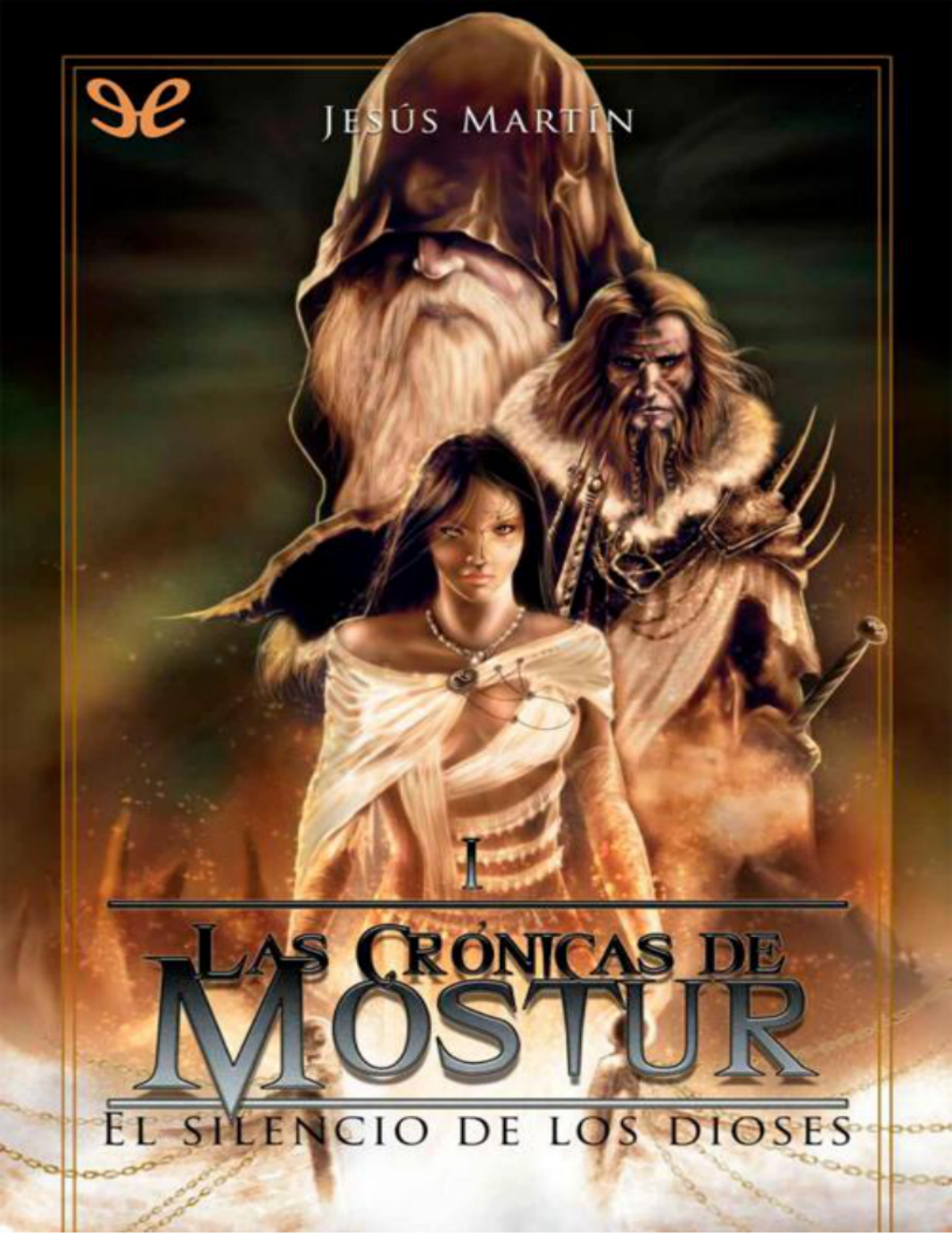
Jesús Martín
I
Las Crónicas de
Mostur
El silencio de los dioses

«Guardaos de perturbar el descanso de los dioses con vuestras iniquidades, pues su silencio es vuestra salvación. Así pues, no oséis impartir la justicia divina sobre vuestros semejantes, pues aquellos que miran desde lo alto hablarán palabras que os llenarán de temor. Y entonces su poder caerá sobre vosotros y arderéis eternamente en los fuegos de Mynthos, la Morada de los Inmortales».

En las tierras de Móstur, la Orden Helvatia se erige como protector del culto a Athmer, dios de la luz. Sin embargo, se acercan tiempos sombríos en los que la amenaza de la guerra y la sublevación de los nobles pone en peligro la estabilidad de la capital y sus dominios. Hay quienes pretenden acabar con el reinado de los dioses, que parecen haber permanecido demasiado tiempo callados. Sin embargo, su silencio es lo único que ha mantenido a los hombres en una paz tan frágil como moribunda. Los Inmortales parecen ahora dispuestos a hablar, y sus palabras tal vez no sean de amor o compasión.

Jesús Martín García

El silencio de los dioses

Las Crónicas de Móstur - 01

ePub r1.0
Café mañanero 22-04-2023

Título original: *El silencio de los dioses*
Jesús Martín García, 2014
Ilustrado por José Gabriel Espinosa

Editor digital: Café mañanero
Primera edición EPL, 04/2023
Edición conmemorativa 10.º aniversario EPL
ePub base r2.1

#10

DESDE 2013

DECIMO ANIVERSARIO

$0.00

EPUBLIBRE

"MÁS LIBROS MÁS LIBRES"

barcode

EDICIÓN LIMITADA 01 234 67890

EDICION CONMEMORATIVA

EL SILENCIO DE LOS DIOSES

Jesús Martín García

Tierra de los Salvajes
Tierras del Fuego
Comarca de Móstur
Reino Perdido
Reino de Nyhena
Océano de los Eternos
Puerto Perdido
Isla Cuchillo
Las Furias

INTRODUCCIÓN

Hacía años que la Plaza del Poder no era testigo de un suceso tan inquietante como estremecedor, un acontecimiento que no dejaría indiferente a ninguno de cuantos se congregaban en el interior del recinto amurallado, olvidándose por unos instantes de sus quehaceres diarios para tomar las calles y presenciar la llegada del prisionero.

Algunos de los transeúntes, al contemplar la creciente multitud, detenían sus pasos para satisfacer su curiosidad. La mayor parte de ellos estaban convencidos de que asistirían a la expulsión de otro caballero, algún pobre desgraciado que sería desposeído de su título y sus armas por haber abusado de su poder o cargo. En los últimos días habían sido varios los que, una vez quebradas sus espadas a los ojos del pueblo, se habían visto arrojados fuera de la ciudad, condenados a no volver a franquear sus entradas, bajo pena de muerte. Así lo atestiguaban las cabezas que, clavadas sobre lanzas que ya nunca volverían a emplearse como armas, asomaban en lo alto de cada portón. Los rostros sin vida de los insensatos que se atrevían a regresar no se percibían con nitidez desde abajo. Sin embargo, constituían una amenaza suficiente para los desterrados, que preferían iniciar una nueva vida afrontando los peligros exteriores antes que recibir una última sentencia del Consejo.

El sonido de las primeras gotas de lluvia se mezclaba con el continuo murmullo extendido entre los ciudadanos congregados en la plaza: hombres, mujeres y niños que ocupaban toda su superficie, así como las vías más próximas. La única excepción era una calle que, custodiada por un nutrido grupo de soldados, pronto se convertiría en el punto central de todas las miradas.

Eran muchos los presentes que, ya desde la llegada del amanecer, tenían una idea más definida de lo que sus ojos estaban a punto de presenciar. Incapaces de creer todo cuanto había llegado hasta sus oídos, sentían la necesidad de encontrar las respuestas a los interrogantes desatados la noche anterior. El ocaso del día había traído consigo inciertos acontecimientos, dando vida a un inquietante rumor que pronto se había propagado por los barrios más cercanos a

la fortaleza real.

—Han detenido al rey, acusado de traición —parecía la frase más repetida por aquellos que se habían negado a abandonarse al sueño con la llegada de la oscuridad. Pero no hubo nadie capaz de confirmar lo sucedido realmente. Se había dicho que el rey permanecía encerrado en las mazmorras del castillo, mientras el Consejo de la ciudad se reunía de forma urgente en alguna sala de la fortaleza para decidir su destino. Otros aseguraban que el monarca ya había sido ejecutado durante el transcurso de la noche. Incluso había quienes creían haberle visto escapar por la puerta Oeste, a lomos de su caballo.

—¡Abrid paso! ¡Apartaos! —con mirada cansada y la cólera dibujada en su rostro tras una noche entera de vigilia, el capitán Genthis gritaba enfurecido a todos aquellos que se interponían a su paso, en medio de la empedrada calle que recorrían él y sus guardias. Unos metros más atrás, varios soldados conducían, a punta de lanza, a tres prisioneros que caminaban con dificultad, arrastrando con ellos el peso de unas cadenas que chirriaban al rozar con el suelo irregular que pisaban.

—Son los consejeros del rey —se escuchaba entre quienes podían distinguir los demacrados rostros de los reos.

Flanqueados por los guardias del Consejo, los prisioneros se desplazaban con pasos mortecinos, tan inestables como la superficie del adoquinado por el que avanzaban, cabizbajos, al ritmo tortuoso que les imponían sus ataduras. Dos de ellos eran hombres robustos, de cabellos canosos y mediana edad, mientras que el tercero parecía demasiado joven como para ser uno de los consejeros.

La visión de los hombres más allegados al monarca en tan lamentables condiciones sorprendió a todos cuantos observaban atónitos la escena. Quienes mejor los conocían, habían visto siempre en ellos a los más leales servidores del rey, sabios y justos guías cuyas recomendaciones a menudo terminaban transformándose en decisiones que recaían sobre el gobierno de la ciudad, una vez dictadas las órdenes oportunas desde el castillo. Eran considerados hombres de confianza, que miraban en favor del pueblo y velaban por sus intereses siempre que les era posible. Por eso, al verlos caminar hacia el centro de la plaza como vulgares criminales a punto de ser ajusticiados, aquellos que habían escuchado los rumores propagados la noche anterior temieron que muy pronto sus sospechas se confirmaran. El murmullo inicial se transformó en ruidosas conversaciones que la lluvia pronto acalló al aumentar la violencia de su incesante caída.

—¡Piedad, por favor! —gritó el más joven de los prisioneros. Las lágrimas recorrían sus mejillas tras haber desbordado su mortecina mirada. Respiraba aceleradamente, con el sufrimiento dibujado en el rostro mientras imaginaba su cercano final. No pudo resistir en pie. Mareado, cayó al suelo.

—Levanta, maldita sea —respondió uno de los soldados, al tiempo que le golpeaba en la boca del estómago. Otro miembro de la guardia real se encargó de ponerle en pie para que pudiera reanudar la marcha. El joven hizo un esfuerzo por continuar andando. Su mirada se perdía en la muchedumbre que, agolpada a lo largo del trayecto contemplaba, casi impasible, el paso de los tres reos.

Por delante del joven, los otros consejeros caminaban con la mirada agachada, resignados a su suerte. La traición que todos ellos compartían no tenía otro castigo que la muerte. Oponer resistencia resultaba tan inútil como echarse a llorar. Uno de ellos rezaba, en voz baja; preparaba su alma para el tránsito a la otra vida, esperando la compasión de los dioses. El otro, simplemente, caminaba. Pensaba en su familia: una mujer y cinco hijos a los que había obligado a abandonar la ciudad. Estarían a salvo, lejos, donde no pudieran presenciar su muerte. Aquel pensamiento le daba paz.

Tras los primeros cautivos podía distinguirse un nuevo contingente de soldados. En medio de todos ellos se encontraba otro hombre que, con el rostro cubierto, caminaba con las manos atadas por gruesas sogas que, como serpientes lacerantes, le oprimían ambas muñecas. Su paso, aún más lento que el de los otros prisioneros, parecía molestar a quienes lo custodiaban en su llegada a la plaza.

Uno de los oficiales señaló a las murallas que rodeaban el recinto por encima de la arcada. Su gesto fue tan revelador para el pueblo como para los hombres uniformados que se encontraban cerca. Dos filas de arqueros se abrieron paso entre la multitud y, con rápidos movimientos que parecían haber sido cuidadosamente estudiados, se dispersaron a uno y otro lado hasta alcanzar las escaleras que ascendían a los sólidos muros de piedra empleados para defender, o tal vez vigilar, a quienes se encontraban a cada uno de sus lados. Las solitarias almenas que lo coronaban pronto recibieron al contingente de soldados que, desplegados en cada uno de los extremos, dispusieron sus arcos para mostrar al pueblo lo que ya todos se temían: que cualquier intento por entorpecer el desarrollo de los acontecimientos previstos encontraría una respuesta tan inmediata como violenta.

Hicieron detenerse al último prisionero nada más poner el pie en la plaza.

—¡Quitadle la capucha! —ordenó el capitán.

El escándalo en la plaza iba en aumento. Genthis observaba con atención todo cuanto sucedía a su alrededor. Su trayectoria, tal vez demasiado prolongada, como capitán de la guardia de Móstur, le había convertido en un hombre precavido, quizá demasiado. Tenía el rostro envejecido por el desgaste producido a lo largo de tantos años de servicio. Entre sus virtudes destacaba la de saber mostrarse compasivo y cercano en los momentos más delicados, así como severo y firme cuando así lo requería la situación. En aquel instante, la mirada de Genthis parecía ahogarse en el mar de ciudadanos que, conformando la muchedumbre, se agolpaban en torno a la plaza, a punto de ver resueltos sus interrogantes. El temor del capitán fue en aumento en el preciso instante en que uno de los soldados obedecía su orden.

Cuando el rostro de Dunthor, rey de Móstur, quedó al descubierto, los gritos se multiplicaron, resonando por los atrios que rodeaban la construcción y extendiéndose por cada calle que partía desde la arcada principal.

El monarca alzó la vista y miró a su alrededor. Contempló las caras de los súbditos que se encontraban más cercanos a él. En algunas vio ira, quizá odio; otras reflejaban una compasión que escondía cobardía y miedo a levantar la voz.

El griterío desatado y los empujones entre quienes se agolpaban en las primeras filas provocaron en los soldados el temor a una revuelta, a un enfrentamiento entre aquellos que deseaban la inmediata liberación del rey y quienes parecían desear un cambio al frente de la corona.

—No somos suficientes para contenerlos —susurró uno de los oficiales a su superior—. Si los arqueros disparan provocarán una masacre.

Genthis mantenía su mirada fija en aquellos que amenazaban con enfrentar a unos y otros. Sin pensarlo dos veces, se abalanzó contra uno de los que más gritaban, lo agarró con ambas manos y, arrastrándolo fuera de la multitud, lo empujó hasta hacerle caer. Antes de que pudiera levantarse, aquel insensato recibió una patada del capitán que le obligó a quedar tendido en el suelo. Genthis desenvainó su espada y se agachó para poner la hoja del arma en el mismo cuello del agitador.

—¡Detente, Genthis! —el grito del rey llegó a oídos del capitán, que apartó la espada y se dio la vuelta para mirar al monarca.

—No tendría por qué obedecer vuestras órdenes, majestad —respondió en un tono seco.

—Tampoco tienes por qué matar a nadie más, capitán. Por favor, déjale marchar y terminemos con esto cuanto antes.

Genthis fijó la mirada en los ojos del rey que, a pesar de su condición de prisionero, mantenía una apariencia firme, casi altiva. Ni tan siquiera las gotas de agua derramadas por sus enmarañados cabellos eran capaces de borrar esa expresión insondable que siempre había provocado la confusión y el respeto entre cuantos se atrevían a desobedecerle. El veterano capitán se acercó con lentitud, pensativo, y le susurró al oído de forma que nadie más pudiera escuchar sus palabras.

—¿Por qué tiene que terminar de este modo, mi señor? ¿Por qué tenéis que…?

—La ley es la misma para todo gobernante, Genthis. No puede haber distinción entre unos y otros… Los dioses no entienden de favoritismos, tratan a cada uno según sus actos, y determinados actos no tienen justificación, por muy loable que esta lo parezca.

—Pero, majestad…

—No dudes en tus decisiones, capitán. Tu deber es hacer cumplir la ley cuando te es requerido. No muestres debilidad… Tu debilidad y la de nuestra ciudad a la hora de aplicar el Código acercarían la victoria de nuestros enemigos… No cometas el mismo error que he cometido yo.

El capitán asintió y, conteniendo las lágrimas que amenazaban con desbordar sus ojos, se dio la vuelta.

—¡Padre!

Genthis se giró hacia el lugar del que procedía aquella voz que le resultaba tan familiar. Escapando a los soldados que habían tratado de detenerlo, un niño corrió hacia el monarca.

—¿Qué hace él aquí? Os pedí que no le permitierais presenciar mi muerte —la mirada del rey trató de disimular la consternación que lo invadía al contemplar la llegada de su hijo. Lleno de dolor, se inclinó hasta poner una rodilla en el suelo para poder recibir el abrazo del niño.

El capitán reparó en el llanto del heredero al trono, un chiquillo de apenas trece años al que aún le faltaban dos para cumplir la edad mínima con la que, según las leyes, podría convertirse en rey.

Dunthor contempló las lágrimas del crío entre las gotas de lluvia que surcaban su rostro. Después sintió su fuerte abrazo y cerró los ojos, deseando que aquel instante se prolongara el mayor tiempo posible.

—Padre, ¿por qué? —la azulada mirada del chico había adquirido un mayor brillo con el llanto.

El rey no contestó. La angustia había ahogado su voz, manteniéndole incapaz de pronunciar las palabras de consuelo que el pequeño necesitaba en aquel último encuentro con su padre. Consciente del sufrimiento del rey, Genthis se acercó a él, extrayendo del interior de su uniforme un cuchillo.

—Permitidme, majestad… —señaló la soga que lo maniataba.

El rey extendió sus brazos. En unos segundos, sus manos quedaron libres para poder enjugar las gotas que recorrían de forma incesante las mejillas del chico. El capitán se dio la vuelta y continuó dando instrucciones a sus soldados para acallar el escándalo que se había apoderado de la plaza, dejando así que el monarca pudiera intercambiar unas últimas palabras con su heredero.

—Hijo… Mírame fijamente a los ojos —pronunció Dunthor, con dificultad, mientras fingía una sonrisa que pudiera calmar la ansiedad que crecía en el interior del crío—. Desde este momento… quiero que siempre cuides de tu madre tanto como ella ha cuidado hasta ahora de ti, ¿de acuerdo?

—No entiendo todo esto, padre. ¿Qué has hecho para…?

—Lo que he hecho es… algo que no debería hacer ningún rey… He traicionado las leyes de nuestro pueblo, pensando que ese sería el único modo de salvar nuestra ciudad.

—Pero si querías salvar la ciudad, ¿por qué quieren matarte?

—Algún día comprenderás que es preferible morir defendiendo a tus súbditos con honor antes que sucumbir a la debilidad… Solo espero que no tengas que sufrirlo en tus propias carnes.

—No… no consigo entenderlo, padre.

—No trates de entenderlo ahora. Piensa en lo que te he dicho sobre tu madre. Prométeme que cuidarás de ella, que harás que siempre esté orgullosa de ti.

—Te lo prometo, padre.

Dunthor puso ambas manos sobre los hombros de su hijo y, olvidándose de todo lo que sucedía a su alrededor y los guardias que lo rodeaban, le habló en voz baja, con un tono muy suave.

—En apenas dos años ocuparás mi trono, Kylan. Te enfrentarás a los peligros de quienes traten de ocupar tu puesto, desde el interior de las murallas; y a los que intenten apoderarse de la ciudad, desde el exterior. Deberás elegir sabiamente a aquellos en quienes vas a depositar tu confianza… No temas, estoy convencido de que serás un rey extraordinario…

—Dunthor…

El monarca se giró para ver a su esposa, que se encontraba tras él.

—Tarya…

—Lo siento… —exclamó entre sollozos mientras se echaba a sus brazos—. No he podido evitar que se escapara del castillo para verte. Me parecía tan cruel… que ni siquiera pudiera despedirse de ti…

El rey respondió al llanto de su mujer con un beso.

—Quiero pedirte un último favor… Llévatelo de aquí. No permitas que presencie mi ejecución. No quiero que la visión de mi cadáver se convierta en el último recuerdo que guarde de mí. Marchaos…

El caos en la plaza continuaba creciendo. Los gritos de la multitud aumentaron con la llegada de Therios, Gran Maestro de la Orden de los Helvatios y miembro del Consejo. Flanqueado por un grupo de sus hombres, aquel individuo temido y respetado miró a su alrededor, buscando entre la muchedumbre a los condenados.

—Será mejor que os marchéis, Tarya —Dunthor abrazó una vez más a su hijo—. Estoy orgulloso de ti, Kylan… No me olvides nunca, por favor.

—No lo haré, padre —fueron las palabras del chico, antes de que su madre lo agarrara de la mano para arrancarlo de aquella terrible escena. Los ojos de ambos contemplaron por última vez la figura del monarca, que devolvía su mirada con una leve sonrisa de despedida.

—¿Por qué os estáis demorando en la ejecución? —los ojos grisáceos del Gran Maestro se clavaron en Genthis, en un semblante severo que parecía esculpido en su rostro como la eterna faz de una inexpresiva estatua.

—El rey quería despedirse de su mujer y su hijo —respondió Genthis, con el mismo tono de voz.

—No me digas… ¿Por qué no habéis traído también a su hermano, para que el pueblo pueda verlos juntos una última vez? La gente se alborota a medida que pasa el tiempo. Cuanto más tardemos en ejecutar a los traidores, más posibilidades hay de que se empiece a pedir clemencia para ellos. Conoces las leyes, capitán. Si no las cumplimos, los dioses descargarán su ira contra la ciudad, la entregarán a nuestros enemigos… ¿Y los consejeros? ¿Dónde están?

—Subiendo al patíbulo —Genthis hablaba con la mirada fija en el rey, que en su camino en dirección al centro de la plaza volvía la mirada hacia atrás, asegurándose de que su mujer e hijo desaparecían entre el gentío.

—Está también *lord* Belson —el Gran Maestro hacía un esfuerzo por reconocer a los otros miembros del Consejo que se encontraban junto a los prisioneros—. Supongo que será él quien lea la sentencia. Ese noble adinerado, siempre tan dispuesto a adquirir protagonismo frente al pueblo, envuelto en sus lujosas pieles y portando sus deslumbrantes anillos…

Therios dejó de hablar nada más comprobar que el noble se disponía a leer la sentencia aprobada por los miembros del Consejo. El método de decisión era sencillo cuando esta únicamente requería elegir entre dos opciones. A cada uno de aquellos jueces de la ciudad les eran entregadas dos piedras: una negra y otra blanca. De forma secreta, todos ellos iban depositando sus «decisiones» en un pequeño saco que se situaba en el centro de la sala. Después introducían la piedra desechada en otro saco con el fin de que, en todo momento, el «sí» o el «no» que hubieran tomado como resolución pudiera ser convenientemente preservado.

Lord Belson miró a un público expectante, ansioso por escuchar sus palabras.

—Drognar… El Consejo de Móstur te acusa de haber conspirado contra nuestro pueblo, obedeciendo las órdenes del rey Dunthor para destinar el oro de las arcas reales a intereses propios del monarca. El Consejo ha podido comprobar la veracidad de estos sucesos deleznables por lo que, conforme a las leyes de nuestra ciudad, te condena a morir decapitado. Que los dioses se apiaden de tu espíritu y te concedan el perdón.

El acusado, separándose del resto, caminó hasta situarse frente a un grueso tronco de corteza agrietada, manchada por la sangre derramada en la última ejecución. Se puso de rodillas y, postrando sus temblorosas manos sobre la madera, se echó hacia adelante. En unos segundos, la espada del verdugo dibujó una trayectoria descendente, cayendo con fuerza sobre el consejero. De este modo se hacía valer la sentencia pronunciada contra él. Un corte limpio de la afilada hoja sesgaba su vida, haciendo rodar su cabeza mientras el resto del cuerpo se desplomaba hacia un lado.

El silencio en la plaza fue absoluto. La ejecución era considerada por muchos como una ceremonia en la que la muerte de los traidores suponía la purificación de la ciudad, en un sacrificio necesario para no desatar la ira de los dioses.

Gerión y Thursen corrieron la misma suerte y, tras escuchar la sentencia condenatoria, fueron ejecutados de igual modo que lo sería, unos momentos después, el rey de Móstur.

Lord Belson tomó aire para pronunciar la última sentencia y, con voz temblorosa, leyó lo que se había dictaminado en el seno del Consejo.

—Dunthor Mornar, rey de Móstur. El Consejo de la ciudad os acusa de haber incumplido la más sagrada de las leyes que los dioses os encomendaron al otorgaros el poder sobre nuestro pueblo. Se os ha considerado culpable de alta traición a Móstur, al apropiaros del oro

de sus arcas. Una vez demostradas vuestras intenciones y después de que vos mismo hubierais reconocido vuestro delito, este Consejo os condena a morir decapitado. Que los dioses se apiaden de vuestro espíritu y en su reino os sea concedido el perdón.

El rey se puso de rodillas y contempló por última vez las altas torres que se alzaban majestuosas en el extremo este de la plaza. Cerró los ojos y se dejó llevar por la imagen de aquellos mismos torreones, muchos años atrás. Recordó cómo era uno de ellos en su interior. Lo había recorrido en compañía de su padre, nada más ser nombrado caballero. También recordó la última imagen de Kylan y Tarya. Fue en ese preciso instante cuando la espada del verdugo, mortal y silenciosa, arrancó todos los pensamientos del monarca con la letal mordedura de su hoja.

Tras ver la cabeza del rey separada de su cuerpo, en medio del silencio con que la multitud contemplaba el desarrollo de las ejecuciones, el Gran Maestro Therios dirigió una fría mirada al capitán, situado a su lado, y habló en un tono solo perceptible para los que se encontraban junto a él.

—La justicia de la ley… es el silencio de los dioses.

CAPÍTULO 1

MÓSTUR

—Detén tu caballo, Darr. La visión de Móstur bien merece un descanso.

Zen Varion miró hacia atrás para poder contemplar la expresión de sorpresa que reflejaba el rostro de su joven alumno, Darreth, uno de los iniciados que se disponían a ser admitidos en la Orden Helvatia mediante la ceremonia que tendría lugar en el templo del dios Athmer, a las afueras de la ciudad.

—No me imaginaba que Móstur fuera tan…

—Tan majestuosa, ¿verdad? Todos los que visitáis la ciudad por primera vez tenéis ese mismo pensamiento. Fíjate en las altas torres que sobresalen entre las almenas y la imponente visión del castillo… Sí, hubo un día en el que esta ciudad constituyó el mayor baluarte del reino, en unos tiempos oscuros que, por suerte, han quedado muy atrás. Vamos a dar un rodeo para disfrutar de este hermoso paisaje y entrar por la Puerta Norte. Me temo que hemos llegado bastante antes de lo previsto así que, si no te importa… creo que resultaría interesante visitar a uno de mis queridos amigos.

—¿Amigos? —sonrió Darr, al escuchar el tono de aquellas palabras.

—Mi maestro decía que «incluso el adversario más temible puede resultar el mejor aliado en ciertas ocasiones». Un hombre sabio debe procurarse amistades en todos los lugares que atraviesa, independientemente de la clase social, oficio u origen. Ricos y pobres, caballeros y mercaderes, mosturios y nybnios…

—Pero, en ocasiones puede resultar peligroso…

—No me refiero a que debas confiar ciegamente en ellos. Tendrás que establecer un límite que les permita fiarse de ti sin que tengas que formar parte de su círculo más cercano de amistades. No sea que, cuando tengan que dar cuenta de sus delitos, la justicia te alcance a ti

también. He conocido a muchos insensatos que han estrechado lazos con hombres peligrosos… y han terminado compartiendo la hoguera con ellos.

Durante unos segundos se hizo un silencio en el que la imagen de la urbe parecía haber hechizado a los nuevos visitantes. Lejos quedaba ya el sonido de las mansas corrientes de agua que se interponían entre ellos y la majestuosa fortificación de la ciudad, una muralla que discurría cercana a la confluencia del Éresot y el Syeth, convertida en perímetro la ciudad y principal protección de sus habitantes. Rodeando una gran parte de su trecho, los dos ríos configuraban una infranqueable barrera que, en tiempos pasados, había logrado frenar el avance de los pueblos bárbaros en su intento de conquistar Móstur. Tras la muralla, cuyo trazado mantenía una mayor altura en el extremo sur, las torres del castillo se alzaban altivas y vigilantes, siempre atentas a lo que sucedía al otro lado, como gigantes de piedra con pequeños ojos a cuya mirada no podían escapar los cauces de ambos ríos.

Darr contemplaba atentamente las bellas vistas que iban dejando atrás. A orillas del Éresot se encontraban los huertos y pequeñas tierras de aquellos campesinos que no podían permitirse el lujo de vivir en el interior de la ciudad. Por fortuna para estas pobres gentes, la visión de la muralla y el castillo a menudo recordaba a los bandidos cuál era el castigo que les esperaba por saquear las cosechas, razón suficiente como para buscar lugares más alejados donde poder robar los frutos del esfuerzo de otros.

—¿A quién vamos a visitar? —preguntó el joven cuando su maestro reinició la marcha.

—La Puerta Norte nos conducirá directamente al barrio de los nobles y caballeros. Allí, los hombres más ricos de la ciudad tienen sus lujosas torres y palacios, ajenos a la pobreza que devora a los más desafortunados.

—¿Y quién se encarga de los más pobres?

—¿En la ciudad? Solo reciben la visita de los sepultureros, si encuentran a alguien capaz de pagarles un entierro digno. Si no, sus cadáveres son retirados por los guardias de la ciudad y arrojados al exterior desde la muralla.

—Pero eso es tan…

—¿Cruel? ¿Injusto? Lo sé. En parte, ese es uno de los motivos por los que tú y yo nos encontramos aquí. Mañana, después de la ceremonia, los nuevos denlores seréis conducidos ante el Gran Maestro. Él os indicará cuál será vuestro destino inicial: velar por las almas de los ciudadanos o dedicaros a aliviar el sufrimiento de los más

desdichados.

—Espero que sea lo segundo.

—Si te soy sincero, yo también. En primer lugar, porque son muchos los que nos necesitan. Estoy seguro de que, convivir con aquellos a los que nadie quiere, con los hijos de la pobreza, te convertirá en un gran hombre. Y aunque esto que voy a decirte ahora pueda resultarte cruel, es cierto: estar en permanente contacto con la muerte te ayudará a no temerla, a ser fuerte. Necesitarás valor para ser testigo de cómo muchos de los que se encuentran a tu lado abandonan este mundo sin tener un lugar digno en el que descansen sus cuerpos. Tal vez por eso, los denlores alcanzan la madurez antes que los caballeros, porque han sido puestos a prueba en circunstancias más dramáticas.

El chico contempló el trazado de la muralla que iban dejando a un lado. En ocasiones, el armazón de la ciudad se escondía, fundiéndose con la pared de alguno de los palacios o torres que asomaban entre las almenas.

Cruzaron un puente de piedra, el «Paso de los Bárbaros», como así se denominaba al enclave sobre el que se asentaban sus pilares, gruesas columnas cimentadas bajo las aguas. En su parte más visible habían sido talladas imágenes de animales y guerreros en diferentes poses de combate, figuras que, salpicadas por el agua, parecían cobrar vida por momentos. La emblemática construcción constituía un auténtico tesoro del pasado. Aunque más bien eran su proximidad a la ciudad y su paso a través del río los principales motivos por los que el puente permanecía siempre custodiado por los guardianes de la ciudad. Eran muchos los que, nombrados por el Consejo, tenían la única misión de salvaguardar el acceso más vulnerable.

Caminando a través del puente, Zen Varion y su discípulo pudieron ver a algunos de los soldados que hacían la ronda por los adarves de la muralla, arqueros y lanceros que vigilaban desde lo alto sin mostrar un excesivo interés en ellos, al contemplar en sus vestiduras los símbolos propios de los clérigos helvatios, entre los que destacaba el color granate de su hábito, en memoria a los tiempos de su origen. La ausencia de túnicas o capas propias de la Orden entre los primeros siervos de Athmer convertía a las manchas de sangre de los heridos que trataban en el color más habitual de todos cuantos, olvidándose de sí mismos, habían decidido entregar sus vidas a aquellos pobres olvidados. A medida que la Orden vio crecer el número de consagrados al dios de la Luz, las leyes que configuraron el código helvatio se encargaron de regular el atuendo propio de los clérigos según su condición de denlor o zenlor. Todos ellos vestirían un mismo

color en su hábito o túnica de lana, ceñido con un cordón o una correa tan sobrios como debía de ser la vida del siervo de Athmer. Por encima de la vestimenta común, la indumentaria que diferenciaba el grado del clérigo según su color era una capa con capucha, granate para los denlores y azul violáceo para los zenlores.

Zen Varion saludó a uno de los guardianes apostados en un extremo del puente.

—Antes de entrar en la ciudad, hay algunas cosas que debes tener muy claras a la hora de tratar con los nobles a los que vamos a visitar. En primer lugar, y aunque estoy convencido de que yo también comparto tu opinión, no hagas mención de los pobres o enfermos que atendemos en las cercanías del templo, ni a los que se encuentran en las calles. Es posible que se lo tomen como un reproche… o peor aún, como un insulto. Hay conversaciones que deben tratarse cuidadosamente si no te encuentras entre los tuyos. Cuando un noble te expulsa de sus tierras, es para siempre. Créeme, tengo experiencia en otras villas a las que no creo que vuelva nunca más, por mi propia seguridad.

—En ese caso, será mejor que me limite a responder de la forma más educada posible a las preguntas que puedan hacerme.

—Una buena idea. Puedes hablar con ellos de todo lo que tenga que ver con la ceremonia de mañana. Y de los Textos Sagrados, por supuesto. Los que no creen en los dioses te escucharán como si se tratara de épicas hazañas y relatos de caballería propios del canto de los juglares. Eso gusta a nobles y caballeros por igual.

—Y vos, ¿también vais a hablarles de los Textos Sagrados? —sonrió Darr, sabiendo que su maestro aprovecharía la ocasión para buscar información de interés, indagando en otros asuntos que le resultaran más útiles que practicar la enseñanza de las Escrituras Sagradas con aquellos poco dispuestos a escuchar su contenido.

—A diferencia de algunos caballeros de nuestra Orden, no soy un hombre dado a entregar algo a los nobles… sin recibir nada a cambio. De hecho, procuro obtener aquello que necesito sin tener que darles lo que algunos me piden.

—Poco podrán pedirnos a quienes no tenemos mucho que dar.

—Los nobles nunca te pedirán oro… Ni siquiera cualquier bien material que puedas ofrecerles.

—Entonces, ¿qué esperan obtener de nosotros?

—En ocasiones, algo parecido a lo que nosotros esperamos de ellos: información.

—¿Información?

—Ellos conocen la influencia que los helvatios tenemos en algunos

asuntos relacionados con el gobierno de la ciudad. No en vano, el Gran Maestro y el Presthe de nuestra Orden forman parte del Consejo de Móstur, el que ha sido capaz de condenar a muerte al rey.

—¿Creéis en todo cuanto decían los campesinos?

—A menudo, la información que llega a oídos de los campesinos es como las primeras hojas que crecen en algunos árboles, tan frágiles que con el leve soplo del viento terminan separándose de la rama y cayendo al suelo. En cambio, el conocimiento que poseen algunos nobles es como las raíces de ese mismo árbol: firmes y seguras, siempre vivas. Los nobles son, en ocasiones, quienes mejor conocen los secretos de la ciudad. A veces compran con su oro esos secretos y se aprovechan de ellos, o los ocultan para siempre.

—¿Nosotros también vamos a… comprar… uno de esos secretos?

—No. Al menos de momento. Nosotros vamos a buscar respuestas a algunos interrogantes relacionados con la muerte del rey. Sobre todo, a la incertidumbre generada tras este suceso. La última vez que Móstur condenó a su monarca fue hace más de sesenta años.

—¿Cuál fue el motivo por el que le condenaron?

—En aquella ocasión, el rey fue ejecutado por haber matado a su mujer e hijos, aunque no se sabe con certeza si fue él… el verdadero responsable de aquellos terribles crímenes.

—Tal vez fuera una traición.

—Tras la muerte de un rey o un príncipe siempre aparecen los fantasmas de la conspiración. Los intereses de nobles y caballeros en el interior y la amenaza de guerra en el exterior suelen convertirse en los principales elementos que intervienen en los intentos por derrocar a un monarca.

—Es posible que haya podido suceder algo similar… en la muerte del rey Dunthor.

Zen Varion dudó. No tenía muchas certezas sobre lo acontecido respecto a la condena al rey. Esperaba que, entre la información recabada a los nobles y las palabras del Gran Maestro, pudiera conocer al menos una parte de la verdad. En ese sentido, tenía más esperanzas de extraer conclusiones provechosas con una visita a los nobles, que en una conversación con el sumo guía de la Orden Helvatia. El maestro Therios guardaba cuidadosamente en su interior todos los secretos que se escondían en sus actos y averiguaciones como miembro del Consejo de la ciudad. No resultaba alguien muy accesible al resto de ciudadanos, ni siquiera a sus más allegados, que en muchos casos le veían como un personaje oscuro capaz de perpetrar los más terribles actos en nombre de los dioses.

—Nuestro Gran Maestro resulta un enigma tanto para quienes le

aprecian o respetan como para aquellos que le odian. Es un hombre al que no parece gustarle el trato con los demás. Aprecia la soledad y recurre continuamente a sus queridas aves cuando necesita hablar con alguien.

—¿Qué clase de aves?

—Halcones. Él y el Presthe los crían en una de las torres del castillo. Estoy convencido de que esas criaturas le entienden mejor que muchos miembros de nuestra Orden. En parte, yo también le comprendo. Un hombre que tiene en sus manos el destino de tantos no puede fiarse demasiado de cuantos le rodean. El poder… el mando y el conocimiento… son frutos demasiado apetecibles para la ambición humana.

—Pero, vivir sin confiar en nadie… Es demasiado triste.

—Muy triste, sin duda. Tú lo ves desde tu punto de vista, porque en tu aldea os conocéis todos y, de algún modo, no sois muy distintos unos de otros. Cuando entremos en la ciudad, pronto te darás cuenta de que aquí la vida es totalmente diferente. Para algunos, sobrevivir a la caída de la noche es un regalo que los dioses les otorgan cada día. Para otros, un tierno bocado de pan es un lujo que apenas pueden permitirse una vez por semana. Y hay quien tiene que robar y, si es necesario, matar por poder llevarse algo a la boca. Hay nobles que cuelgan junto a la entrada de su casa las cabezas de los bandidos que han sido atrapados en sus dominios, para advertir a los demás ladrones que se esconden en los barrios más pobres hasta la caída de la noche.

Darr escuchaba las explicaciones de su maestro con una expresión de estupor dibujada en su rostro.

—Y la guardia de la ciudad, ¿no hace nada contra estos ladrones?

—Hay barrios en los que ni los guardias se atreven a entrar —Zen Varion descubrió en la mirada del chico el temor que dominaba su interior—. Lo sé, Darr, la ciudad puede ser un lugar cruel donde los inocentes encuentran la muerte mientras que quienes merecen morir se enriquecen con bienes que no les corresponden. A menudo me pregunto por qué los dioses tienen tanta piedad… Incluso he llegado alguna vez a dudar de ellos. Pero estoy convencido de que todos esos bandidos encontrarán su castigo eterno cuando sus almas sean enviadas a Mynthos. Créeme, allí no habrá piedad para todos esos malnacidos.

Tras recorrer una buena parte del trazado de la muralla en dirección al norte, Zen Varion buscó el lugar exacto en el que debía de estar una de las entradas. Situadas a la izquierda de los helvatios, las tierras de cultivo de los campesinos se encontraban solitarias,

contagiadas por la calma reinante en los bosques aledaños. Dominando todo aquel paisaje caracterizado por las numerosas torres que se adivinaban tras las almenas, el cielo se mantenía casi libre de unas nubes que se iban desvaneciendo en su lento transcurso por el firmamento.

—La Puerta de los Caballeros permanece abierta hasta que el sol termina de esconderse más allá de las montañas —Zen Varion miraba a lo lejos, donde ya se vislumbraba el color gris predominante en la muralla, a la altura de la entrada Norte—. Con la llegada de la oscuridad, los cerrojos serán echados y solo unos pocos podrán pasar al interior de la ciudad.

—¿Y los que lleguen tarde, una vez cerrada la puerta?

—Si son campesinos, es posible que tengan que dormir a este lado de la muralla. Los caballeros son muy estrictos y, a menos que se trate de algún noble o un miembro del Consejo, no abrirán la puerta. Verás que, en una de las torres que flanquean la entrada, hay un reloj de luna que permite a los campesinos ver las horas de luz que le quedan al día.

Adosado a la muralla, discurría un camino empedrado que en su ascenso hasta la Puerta Norte trazaba una curva a la izquierda. Junto a esta senda, al otro extremo del camino, destacaba una torre casi derruida en su parte superior. Testigo del paso del tiempo, la más antigua de las fortificaciones conocidas en Móstur había quedado condenada a contemplar en soledad una de las entradas de la ciudad.

La Puerta de los Caballeros era el orgullo de todos aquellos que, habiendo jurado fidelidad, bien a los nobles, bien a los mismos dioses, habitaban en el barrio que se escondía al otro lado del portón, en la parte que congregaba a los hombres más adinerados de la ciudad. La puerta estaba situada bajo un arco blasonado en su fachada, donde tenían cabida los emblemas de las casas nobles más significativas. Estos escudos representaban a las familias que, a lo largo de la historia de Móstur, habían adquirido un mayor protagonismo en su gobierno o defensa: Lorioth, Dronnar, Starleth… y otras estirpes cuyos antepasados se habían visto obligados a luchar en ocasiones contra los pueblos bárbaros, y también entre ellos mismos; pues a menudo el poder torna la amistad en odio con la misma facilidad que el día deja paso a la noche.

Zen Varion se detuvo poco antes de iniciar el ascenso hasta la entrada. Al igual que él, los vigías que recorrían el adarve cesaron su monótono paso por la muralla, atentos a un grupo de hombres que se disponía a abandonar la ciudad. A lomos de sus caballos, pronto dejaron atrás el eco de su avance propagado bajo el arco. Formando

en columna, los jinetes descendían lentamente. A la cabeza del grupo, un caballero parecía haberse constituido como el guía que se encargaría de dirigirlos.

—Maestro, ¿qué ocurre? —Darr no comprendía por qué Zen Varion se había detenido nada más observar a los jinetes—. ¿Sucede algo malo?

—Yo más bien diría… algo extraño —el zenlor no apartó la vista del caballero que, cada vez más cercano, sonrió nada más identificarle.

—Zen Varion, qué sorpresa encontraros por aquí —el jinete clavó su mirada en el maestro.

—Yar Wistler… Es un placer volver a veros.

—Yo también me alegro de saber que habéis vuelto… Como sucede casi siempre, elegís malos momentos para aparecer por la ciudad.

Zen Varion paseó la mirada por cada uno de los hombres que se habían detenido frente a ellos. De entre todos aquellos jinetes, vasallos de *lord* Belson, Yar Wistler destacaba por su robustez y un aspecto que para muchos se antojaba siempre desafiante. Su cabeza rasurada y unos ojos de mirada penetrante eran la seña de identidad que le diferenciaba de la mayor parte de los hombres que el noble había puesto a su disposición. Los que le conocían bien afirmaban que había muy pocos secretos que *lord* Belson no compartiera con él, pues le apreciaba como si de su propio hijo se tratara.

—Venimos de las tierras del Oeste, donde vive Darr —señaló al chico—, el iniciado que mañana será admitido en nuestra Orden. Durante el trayecto nos hemos enterado de lo sucedido o, mejor dicho, de lo que se cuenta entre los campesinos.

—¿Qué habéis oído, exactamente? —la expresión de Yar Wistler se tornó fría.

—Dicen que el rey ha sido ejecutado, acusado de alta traición al pueblo… Pero nadie parecía conocer en qué consistía exactamente esa traición. Los aldeanos y granjeros apenas se atreven a mencionar lo sucedido, como si sobre todos ellos pesara una amenaza de muerte por hablar demasiado. Unos tienen miedo y otros, tal vez la mayoría, sienten indiferencia… Están más preocupados por el temporal que pueda amenazar sus cosechas…

—Y tienen toda la razón al actuar de ese modo. La corona nunca dará de comer a esos pobres desgraciados, ni les privará del sustento de unas tierras cuyos frutos llegan a la mesa real en su justo tiempo. Pero creedme, Zen, en el interior de estos muros las cosas son muy diferentes…

—¿De qué se acusó al rey Dunthor?

—De apoderarse de un oro que debía ser destinado a fines… distintos de los que él parecía haber dispuesto.

—La ambición de un monarca nunca ha sido castigada con la muerte. El exilio siempre ha sido la condena empleada en estos casos. ¿Qué pretendía hacer el rey con todo ese oro?

—Eso es algo que solo sabe el Consejo.

—*lord* Belson sigue siendo uno de sus miembros, ¿verdad? —Yar Wistler asintió en silencio—. ¿No te ha contado nada… durante todos estos días?

—El hermetismo de los miembros del Consejo es, precisamente, lo que está agitando este extremo de la ciudad. Algunos nobles desconfían de *lord* Belson, pero no se atreven a buscar respuestas por temor a una represalia. La casa de los Lorioth parece sentirse amenazada, y mi señor no hace más que enviar hombres a las tierras del Norte. Ayer mandó a un grupo formado por más de treinta jinetes, y hoy…

—Hoy os envía a vosotros.

—Exacto. No nos ha explicado el motivo real. Únicamente nos ha dicho que debemos dirigirnos a la frontera norte de nuestras tierras, cerca de Skeldon, donde se encuentra su hijo Bartheos.

—¿Qué hace ese crío tan lejos de su casa?

—Ya no es tan crío… A sus dieciséis años, *lord* Belson pensó que era una edad más que aceptable para abandonar su hogar y hacer honor a su nombramiento como aspirante a caballero.

—Ese joven no está preparado para vivir fuera de estos muros. *Lord* Belson lo ha malcriado, rindiéndose a sus caprichos.

—Por eso mismo lo envió lejos de aquí. Estaba harto de verle crecer como un estúpido niñato incapaz de empuñar un arma.

—¿Hace mucho que se fue?

—Dos meses, tal vez tres —respondió uno de los caballeros que acompañaban a Yar Wistler.

—¿Creéis que sigue vivo? Más allá de Skeldon no hay más que bandidos y asesinos. Las cofradías de ladrones han hecho de aquellas tierras su hogar. Las caravanas de comerciantes han abandonado la antigua ruta, se niegan a correr el riesgo de ser saqueados y morir atravesados por sus cuchillos.

—En ese caso, no podemos perder más tiempo, Zen Varion. Si vais a casa de *lord* Belson, sabed que espera la visita de vuestros superiores y, tal vez, algún miembro más del Consejo. Es posible que se reúnan pronto, en algún lugar secreto como acostumbran a hacer cuando se trata de algún asunto de vital importancia. Estad alerta y vigilad

vuestros pasos. Nosotros nos marchamos —Yar Wistler espoleó a su caballo, que empezó a trotar. Los demás jinetes hicieron lo mismo. Todos ellos reflejaban en sus rostros la incertidumbre que les acompañaría a las lejanas tierras a las que se dirigían.

—Que los dioses guíen vuestro camino —Zen Varion observó el paso de los caballeros hasta que estos se alejaron—. Deprisa, Darr. Tenemos que visitar a *lord* Belson cuanto antes.

—¿Puedo preguntaros una cosa, Zen? —el chico parecía pensativo.

—Por supuesto. Aunque si se trata de algo relacionado con el oro del rey, me temo que sé tanto como tú.

—No, no tiene nada que ver con eso. Se trata de… bueno, hemos estado todos estos días lejos de aquí y aún más lejos de la frontera norte… ¿Cómo sabéis lo que ha sucedido con aquella ruta de comercio?

Zen Varion se echó a reír.

—Creo que te he enseñado cuanto he podido acerca de Athmer y los Escritos Sagrados. Te he hablado en muchas ocasiones del Valle de los dioses y de Mynthos… pero aún no te he preparado para que puedas desenvolverte con soltura en el mundo que nos rodea… tal y como un helvatio debe hacer si quiere estar siempre en la senda de la verdad que sucede a su alrededor. ¿Cuáles son los mejores lugares para saber todo lo que ocurre en nuestras tierras… y tal vez en los pueblos vecinos?

El chico miró fijamente a su maestro.

—Las tabernas, pero…

—Sí, nos está prohibido entrar en las tabernas. He conocido a varios zenlores que han sido expulsados de la Orden por pisar una posada.

—Pero, entonces…

—Entonces tenemos que buscar otro lugar para hacernos con ese tipo de información. Yo siempre he creído que los mercados son muy útiles, no solo para adquirir alimentos, vestidos o herramientas, como hacen la mayoría de cuantos acuden allí. Los comerciantes pueden ser extraordinarios confidentes si de vez en cuando les dejas alguna moneda de más. Muchos de ellos recorren grandes distancias en cuestión de días, y a menudo les suceden cosas bastante interesantes, aventuras que no dudan en contar para atraer a los más curiosos que, hechizados por sus palabras, terminan dejándose cautivar por sus mercancías. Descubrirás que los nobles no son tan fáciles de tratar. Guardan sus palabras como si fueran armas que debieran usarse en el momento más adecuado. Muy pronto sabrás de qué te hablo.

Maestro y discípulo alcanzaron la entrada a la ciudad. Zen Varion

saludó de forma cortés a los guardias que custodiaban el paso, mientras Darr se impregnaba de la imponente visión de la Puerta de los Caballeros y las primeras torres que podían contemplarse ya en el interior de Móstur.

CAPÍTULO 2

EL DESIERTO ROJO

«Matad a ese bastardo».

La voz gutural resonaba en su cabeza una y otra vez, como si fuera lo único que en aquellos momentos habitara en el interior de su mente. Todo lo demás era fuego, un calor abrasador capaz de matar lentamente con sus traicioneras caricias. A pesar de ello, sus pies se negaban a detenerse; pasos cada vez más lentos e inseguros en una arena que, por momentos, intentaba atraparlo y arrastrarlo hacia las rojizas profundidades que lo rodeaban.

«No dejéis que escape».

Sonaba tan real y cercano que le obligaban a mirar hacia atrás. Por suerte, se encontraba solo. Había logrado huir de los cuchillos afilados y las puntas de flechas que intentaban acabar con su vida, la única que aún se resistía a naufragar en las tenebrosas aguas de la muerte. Había dejado atrás los pasos de sus perseguidores, sus miradas asesinas, la sangre que manchaba el campamento. Ahora se encontraba solo. Al menos eso era lo que quería creer. ¿Quién iba a seguirle hasta un lugar como aquel? Sus pasos resultaban más y más pesados. Las piernas acusaban el esfuerzo, luchaban por mantenerle en pie, se resistían a sucumbir ante el dolor. Tal vez dejarse matar hubiera sido la mejor opción.

«Matadle».

El eco de aquella voz era lo único que aún parecía perseguirle. Lo perseguiría hasta el confín del mundo. No importaba adonde le llevaran sus pasos. Las voces irían tras él como las aguas de un río que persiguen el mar.

Tenía el cuerpo lleno de arañazos y magulladuras. La herida de su pierna estaba cubierta de arena que, como una costra, permanecía agarrada a la carne. Las hileras de sangre que manaban de la llaga se habían secado, pero el escozor aún era latente. El corte en el brazo

también era algo más que una señal… Le causaba un punzante dolor cada vez que lo giraba. Pero eso no era lo peor. La sed y el calor iban de la mano; atormentaban su visión, empañada por las gotas de sudor que caían a borbotones de sus enmarañados y sucios cabellos. Pero eso tampoco era lo peor.

Lo que más dolor causaba en su interior eran los recuerdos de lo sucedido en el campamento. Gritos, súplicas y llantos ahogados en sangre. La tormenta de jinetes, de espadas y hachas, había arrasado con todo lo encontrado a su paso. Les había cogido por sorpresa, en mitad de una ceremonia repleta de asistentes desarmados, entregados al júbilo propio de la celebración: la sagrada unión entre uno de los guerreros y la que no llegaría a convertirse en su esposa. Los dioses no tendrían tiempo de consagrar el vínculo de su amor.

La muerte había llegado de forma rápida y traicionera, silbando una melodía tañida por las puntas de flechas llameantes. Fue tan solo la primera estrofa de una canción cuyo estribillo fue entonado a base de golpes de acero. El final trajo consigo el rojo silencio que precedió a las titilantes llamas.

Entre los suyos, solo él había escapado con vida. Su mujer, sus hijos, sus hermanos… Sus cuerpos habían ardido tras derramar toda su sangre. El campamento ya no era más que una pira a punto de extinguirse. Sus columnas de humo eran arrastradas por un viento que, cómplice de la masacre, parecía querer borrar el rastro de muerte que vagaba por el aire. Los cuervos se amontonaban en torno a los cadáveres. El fuego les estaba privando de su festín.

«Matadlo».

Bajo el rojizo despuntar del mediodía, el sol era un enemigo más que, desde el cielo, arremetía con su abrasadora mirada. Las nubes no existían en aquel lugar; el aire tampoco, al menos durante el día. La única compañía que cabía esperar era la de serpientes y escorpiones. Incluso ellos se escondían del roce del astro.

El Desierto Rojo era como una inmensa hoguera que solo se consumía con la llegada del anochecer. El polvo que impregnaba el ambiente formaba cortinas rojizas que empañaban la vista de un cielo que, más que azul, se veía grisáceo.

«Matadlo».

Las piernas le temblaban, los brazos no respondían. Su mirada se perdía a lo lejos, entre las cobrizas montañas que se alzaban como llamas de fuego a punto de consumir el cielo; daban forma a un paisaje que parecía eternamente incandescente, eternamente hambriento. Los picos denominados «Fuego de Dragón» constituían una hilera de elevaciones de roca roja que, como sangrantes colmillos,

mordían el sol al anochecer.

«Una sombra», observó a su derecha. El desierto parecía haberse apiadado de él. Un montículo de rocas parduzcas dejaba, bajo una de sus inclinadas paredes, un espacio que el sol era incapaz de invadir. No era muy extenso, pero lo suficiente como para poder escapar a las incesantes mordeduras de la luz y permanecer tumbado, esperando la llegada de la oscuridad, o tal vez de la muerte. No estaba muy convencido de qué le sorprendería antes, ni de lo que tenía ante sus ojos. «Un nicho en el que pasar la noche o una tumba en la que descansar para siempre».

Tal vez la segunda opción fuera la mejor. Morir y unirse a aquellos que amaba en el profundo sueño de los dioses, en el despertar del alma despojada del sufrimiento del cuerpo. Por un momento se le antojó como el único camino para evitar un dolor que le perseguiría hasta el fin de sus días.

Los últimos pasos fueron los más dolorosos. Se dejó caer en la sombra y sintió lo más parecido que creía recordar al roce del aire. Cerró los ojos y se concentró en sus pensamientos. No era capaz de explicarse cómo había sucedido todo; no había un porqué, una razón lógica al repentino ataque. Recordó que algunos de sus compañeros llamaban a los asaltantes por sus nombres. «Los conocían, pero… ¿quiénes eran realmente?». Tal vez se tratara de un ajuste de cuentas. El líder de su clan había sido ejecutado. Sujetado entre varios hombres, arrastrado hasta un árbol caído. Su cabeza terminó separada del cuerpo… Sí, habría sido un ajuste de cuentas y los asesinos no se habían conformado con castigar al culpable.

Las imágenes se sucedían en su mente, recuerdos que resultaban más nítidos que la propia realidad. La visión del desierto empezaba a parecer una pesadilla sin final.

Mujeres, hombres, niños… Todos habían probado el acero de aquellos bastardos: guerreros de cabezas afeitadas y brazos tatuados. No recordaba sus rostros… Solamente el de uno de ellos que, a lomos de su montura, se había percatado de su presencia.

«Que no escape. Matadlo».

De nuevo, creyó escuchar la gutural voz.

Le habían perseguido. Serían cinco, tal vez seis hombres. Nada más escuchar las voces de su líder, habían tomado las armas y ya tenían fijado el objetivo. Las flechas silbaron a su alrededor, persiguiéndole hasta que logró perderse entre los hierbajos y matorrales que, por fortuna, poblaban los alrededores del campamento. Los dioses habían sido generosos. Hubo un estrépito de hombres y monturas. Caballos que relinchaban, guerreros que gritaban. En el interior del

campamento, los sonidos le llegaban lejanos. Dejó atrás el bosque, pensando que no tardarían en caer sobre él. La llanura no era un buen aliado. Y el desierto… El desierto resultaba un enemigo común para todos ellos. Arrastrado por la desesperación, encontró en las arenas una fuente de salvación. ¿Quién iba a atreverse a seguir sus pasos, a morir por capturarlo? El riesgo no merecía la pena, pues al fin y al cabo, se trataba de un solo hombre; un hombre indefenso del que el desierto se encargaría.

Y así estaba siendo. Huía del cuchillo y se encaminaba a la propia muerte. Tenía que borrar sus huellas, todos sus rastros. Debía desprenderse de su pasado, empezando por su propio nombre. Incluso le costó recordarlo. El calor asfixiaba sus pensamientos, los estrangulaba como un sueño que desvirtúa la realidad y crea su propia visión del mundo. El mundo y el tiempo se desvanecían; el color rojizo del desierto y su mortal silencio eran la única realidad. «Sílax, —se dijo—. A partir de ahora te llamarás Sílax».

A lo lejos, la ardiente arena se fundía con el color del firmamento.

Una sombra cobró vida, caminando por la línea que constituía el límite entre la tierra y el cielo. Un horizonte mentiroso parecía burlarse de él, escondía el cielo entre las arenas y viceversa. Tendido en el suelo, se esforzaba por descubrir una presencia humana. «No puede ser… Me han encontrado». Lloró mientras trataba de recordar su nombre.

«Sílax».

Sus ojos se apagaban, su mente desvariaba.

¿Cuál es mi verdadero nombre? No lo recuerdo….

La sombra empezaba a cobrar forma, una forma humana. Caminaba directamente hacia él, pero sus ojos no eran capaces de ver nada.

Una voz interior le contestaba.

Ya no importa cuál fuera tu antiguo nombre. Te llamas Sílax.

Sus ojos se cerraron y solo quedó el eco de un pensamiento. Todo lo demás fue oscuridad, calma, silencio…

Unos brazos macizos como rocas lo levantaron.

«Sílax».

El rincón en el que su cuerpo se había desplomado, vencido por el cansancio, volvió a quedar solitario, habitado por la sombra.

Cuando abrió los ojos, lo primero que vio fue el rostro de una niña de mirada verde y pícara, cabellos cobrizos y expresión avispada. La muchacha humedecía el paño con el que había estado limpiando su cara y aliviando el ardor que recorría su frente y mejillas. Al verle despertar sus labios se arquearon en una sonrisa, dejando al

descubierto unos dientes que asomaban a su boca como pequeñas perlas.

—Sabía que no estabas muerto —la cría volvió a acariciar su frente con el paño, dejando que unas gotas de agua fría le bajaran por la nariz y las mejillas—. Menos mal que Drakkan te encontró.

—¿Quién eres? —Sílax se incorporó, sobresaltado—. ¿Dónde estoy?

—No te muevas —la muchacha le obligó a permanecer tumbado—. Aún tienes muchas heridas y no te las podré curar si no te estás quieto. Mi nombre es Shyra…

—¿Shyra? —aquel era el nombre con el que se denominaba a una especie de víbora, la más pequeña y letal de los reptiles que podían encontrarse en las cercanías de Olmist. Muchos decían que la mordedura de una shyra era tan mortífera que en ocasiones la víctima ni siquiera tenía tiempo de descubrir a la culebra; entraba en un sueño profundo y en una o dos horas el sueño daba paso a la muerte.

—Lo sé —sonrió la muchacha—. El nombre de una víbora no es el más apropiado para una niña, ¿verdad? Y tú, ¿cómo te llamas?

Sílax observó el lugar en el que se encontraba. Era el interior de una cueva, a salvo del calor abrasador del desierto. Un agujero abierto en la roca permitía la entrada de una luz inofensiva, incapaz de hacer daño a los ojos. A su alrededor, todo quedaba sumido en una gratificante penumbra. Miró hacia su izquierda. Unos cirios encendidos flanqueaban la entrada a un corredor que se adentraba en las entrañas de la caverna. Aquello no era una pequeña gruta, como había imaginado inicialmente. A su derecha vio otro pasillo, más ancho. Una tenue luz lo mantenía a salvo de la oscuridad.

—Me llamo Sílax —respondió mientras intentaba recordar su verdadero nombre. «No tienes otro nombre. Sílax es tu único nombre». Sintió una corriente de aire que acariciaba su rostro. Miró a Shyra. Su dulce expresión era tranquilizadora.

—Un nombre poco común en las tierras del fuego —la cría mantenía su mirada fija en él. Sus ojos brillaban como esmeraldas—. Sé lo que estás pensando —sonrió de nuevo—. Al menos no es el nombre de una víbora. ¿Eres de Olmist? Drakkan dice que no te pareces a los olmistios que habitan en el este… Cree que eres de Móstur… Demasiado pálido para ser del este.

La muchacha volvió a humedecer el paño. Era una prenda que había perdido el color, llena de manchas, pequeños agujeros y con los bordes descosidos. Pero, al menos, el agua estaba fría y era todo un bálsamo para la enrojecida piel de Sílax.

—¿Quién es Drakkan?

—Es el líder de nuestro pequeño grupo, de nuestra familia. Llevamos casi un año viviendo en las cuevas que hay en el extremo este del desierto.

—¿Por qué os escondéis en esta cueva?

—Y tú… ¿Por qué te escondías en el desierto? —sus ojos refulgían con cada sonrisa traviesa que trazaban sus labios rosados.

Sílax enmudeció. El recuerdo de la masacre en el campamento acudió a él como un flechazo.

«Matadlos a todos».

Se sintió incapaz de responder. Sus ojos lo hicieron por él. Dos diminutas lágrimas desbordaron su mirada y cayeron por sus mejillas. Shyra las enjugó con el extremo más limpio del paño. Por un momento, su expresión risueña se tornó sombría. El brillo de sus ojos cesó.

—A ti también te han arrebatado todo, ¿verdad?

Sílax asintió, conteniendo el llanto. En ese momento comprendió quiénes eran los habitantes de la cueva. La familia a la que hacía referencia Shyra estaba formada por hombres, mujeres y niños que, como él, habían sufrido el azote de la violencia.

—Mi mujer, mis hijos… Y ni siquiera sé quiénes fueron ni por qué lo hicieron…

—¿Hombres de cabeza rasurada, tez morena y tatuajes?

—Sí…

—Los hijos del fuego. Ellos fueron los que mataron a mi familia. Son los adoradores del dragón y viven al oeste del desierto, cerca de las montañas donde nace el río Éresot. Son fanáticos que pretenden imponer en nuestras tierras el culto a su dios y acaban con todos aquellos que se niegan. Drakkan dice que sirven a una sacerdotisa, la «hechicera roja»… No puedo contarte mucho más sobre ellos hasta que Drakkan te vea.

—¿Para qué quiere verme Drakkan?

La cría calló.

—Shyra… —insistió.

—Él es quien debe decidir si puedes quedarte o tienes que marcharte de aquí. Hasta entonces, no puedo confiar en ti… Aunque, si te soy sincera, me has caído bien. Tu historia es muy parecida a la mía… a la de todos los que vivimos aquí. Tú podrías ser uno de los nuestros… Bueno, si tú quieres y Drakkan te lo permite.

Sílax miró hacia un lado, pensativo. Lejos de allí, las opciones no eran muchas. Los hijos del fuego podrían sorprenderle en cualquier momento. Nunca recuperaría su vida. Allí adonde le llevaran sus pasos, el dolor le acompañaría, siempre.

—Le diré que has despertado. Así, mientras, tendrás tiempo para ir pensando si quieres unirte a nosotros —Shyra dejó el paño y se puso en pie. Antes de desaparecer por el corredor más angosto se giró para asegurarse de que el herido continuaba tendido. Sonrió y se perdió en la oscuridad.

Sílax se dejó llevar por la calma que desprendía la cueva. A su lado, las mortecinas llamas de unas velas consumidas veían cercano su final. Tal vez él sería como uno de esos cirios a punto de extinguirse. Pensó en lo que le había dicho la muchacha. Si los hijos del fuego encontraran aquella cueva, no tendría escapatoria. El odio a esos fanáticos del dios dragón se apoderó de él. Si lograra encontrarse con esa hechicera roja… Pero primero tenía que recuperarse de sus heridas. Se miró las llagas de sus brazos y piernas. Shyra se las había limpiado. Allí donde antes había una costra de arena podía ver la carne rojiza que le ardía como la mordedura de los rayos del desierto. «Me recuperaré y buscaré a esa sacerdotisa», se juró, acallando cualquier otro pensamiento.

CAPÍTULO 3

MÓSTUR

El barrio de los caballeros destacaba, ante todo, por la majestuosidad de sus torres, plazoletas y viviendas. En el entramado cruce de callejuelas que partían del camino adoquinado, los antiguos edificios de piedra se alzaban esbeltos y ornamentados en sus fachadas. La mayor parte de ellos constituían las lujosas casas que albergaban en su interior a las familias más nobles de Móstur, casas de linajes tan antiguos como aquellos muros de piedra grisácea.

A su paso por la calle, el joven Darr detenía su mirada en los numerosos blasones que, esculpidos sobre las fachadas, informaban al visitante de la importancia de cada uno de los edificios que atravesaba a su paso por el barrio. El continuo ir y venir de jinetes sobre sus monturas provocaba un estrépito constante, tan característico como monótono en la irregular superficie que daba forma a la calle principal. Los siervos de los nobles, en su mayor parte mozos que prestaban su trabajo a algún señor en el cuidado de sus animales, eran los principales transeúntes en aquellos momentos. Engalanados con sus pieles y lujosos vestidos, los nobles destacaban también por su altivo caminar; y algunas de las más hermosas cortesanas provocaban las descaradas miradas de los que menos trabajo parecían tener a aquellas horas de la tarde. En lo alto de algunas torres almenadas o al otro lado de sus ventanas, los ojos siempre atentos de los soldados y guerreros al servicio de los más ricos vigilaban todo cuanto sucedía a su alrededor, velando por el apacible transcurso del día.

—Al otro lado de estos muros, en los jardines y lujosas salas que guardan en su interior, los nobles buscan la manera de aumentar su influencia, de estrechar lazos o de deshacerse de sus adversarios. En otros tiempos, estos edificios fueron auténticos nidos de aves rapaces enfrentadas entre sí. Los caballeros buscaban cualquier motivo para batirse en justas mientras sus señores luchaban por las migajas que

caían de la corona. Fueron tiempos muy difíciles, tiempos en los que los reyes tenían el poder absoluto, declaraban la guerra a los pueblos vecinos a su antojo y tenían centenares de hombres que, en su nombre, abusaban de la autoridad que les había sido dada para el cumplimiento de sus responsabilidades.

—Ahora todo parece distinto.

—Ahora, por fortuna, el poder del rey está limitado por las leyes de los dioses. Por encima de ellas no existe nada. La justicia de los dioses es la que ha condenado a Dunthor aunque, si te soy sincero —Zen Varion se acercó a su alumno y bajó el tono de voz— a veces los hombres abusan de esta justicia y la utilizan para sus propios fines.

—¿Cuál es la casa de *lord* Belson?

—Cuesta averiguarlo, ¿verdad?

—Creo que nunca había visto tanta riqueza de edificios en una sola calle.

—No creo que veas en ninguna otra ciudad un conjunto de torres y palacios tan hermoso como el que preside este extremo de las murallas. Te sorprenderás cuando alcancemos el centro de Móstur, donde los pobres conviven con aquellos que, sin grandes lujos, pueden presumir de una vida digna, y las calles están sembradas de suciedad y miseria… Mira, ese es el palacio de *lord* Belson.

—Su entrada parece estar bien custodiada —Darr observó las dos torres que se erguían a ambos lados de un edificio alto y amplio, en cuya fachada destacaba, por encima de una oscura puerta de bronce, el emblema de la casa Lorioth. El águila de alas extendidas simbolizaba para muchos el poder de esta casa noble.

—Del mismo modo que los astutos ojos de su ave vigilan desde lo alto, así también la mirada de los Lorioth alcanza los lugares más recónditos de la comarca y se adentra en los secretos de cuantos se acercan demasiado a sus puertas… *lord* Belson Lorioth —Zen Varion permanecía con la mirada fija en los numerosos símbolos que ornamentaban el exterior del palacio—, uno de los hombres más influyentes, no solo de la ciudad, sino de toda la comarca. Muchos dicen que su estirpe ha sido capaz de derrocar a poderosos reyes, aunque no con métodos que pudieran considerarse precisamente honestos.

—¿Qué clase de métodos?

—Mercenarios que asesinaban al monarca, con el consentimiento de miembros de la guardia real que, a cambio, también recibían su oro; en otros casos, el envenenamiento tampoco parecía una mala opción…

—Desde luego, debieron ser tiempos difíciles.

—Tiempos en los que morían muchos nobles, caballeros y miembros de la realeza a causa de esta continua lucha por el poder. Si a estos enfrentamientos internos sumamos las guerras en el exterior, podríamos afirmar que eran menos los que morían a causa de la pobreza o enfermedades como la lepra. Ahora en cambio, las luchas internas parecen haber desaparecido y los leprosos han sido expulsados, condenados a una ejecución inmediata si se atreven a acercarse a la ciudad.

—Sin embargo, la pobreza…

—La pobreza es el mal que sobrevive a todos los demás males, y uno de los motivos por los que nuestra Orden no ha desaparecido… Ahora, escúchame bien —Zen Varion habló en voz baja, mirando de reojo a lo alto de las torres que ya tenían a escasos metros de distancia —. Con un poco de suerte, *lord* Belson podrá dedicarnos algo de su tiempo, si es que el Consejo no permanece ya reunido en algún lugar oculto.

El maestro se acercó a la entrada y acarició uno de los grabados que adornaban la puerta.

—¿Qué deseáis? —escucharon la voz de uno de los hombres que custodiaban el palacio desde lo alto de la torre.

—Decidle a *lord* Belson que Zen Varion desea poder hablar con él.

—Esperad —respondió el soldado, con voz fría.

Unos minutos más tarde, la puerta de entrada fue abierta desde el interior, dejando ver a uno de los criados, un hombre alto y delgado cuya sonrisa resultaba excesivamente forzada.

—Zen… —inclinó la cabeza, reverenciando al maestro— sed bienvenidos. Os acompañaré hasta mi señor.

Los helvatios fueron guiados a través de varios pasillos y salas. Se detuvieron al alcanzar una que resultaba especialmente lustrosa por las estatuas y tapices que la embellecían. Junto a una gran mesa alargada, repleta de pergaminos, libros y mapas, *lord* Belson permanecía quieto, con la mirada perdida en uno de aquellos manuscritos.

—Mi señor… —la voz del sirviente hizo que el noble se girara. Al ver a Zen Varion, su rostro dibujó una sonrisa a la que siguió un gesto a su criado, quien comprendió perfectamente que su señor quería quedarse a solas con los recién llegados.

Lord Belson se acercó al zenlor y estrechó su brazo.

—Cuanto tiempo sin veros por aquí, Zen Varion. La última vez que nos encontramos fue…

—Hace mucho, sí —respondió el maestro, sonriente.

—Recuerdo que me pedisteis…

—Unas pocas monedas de plata para poder dar de comer a algunos de nuestros enfermos.

—¿Unas pocas monedas? Si no me equivoco, os llevasteis una bolsa repleta.

—Y agradezco una vez más vuestra generosa ayuda. De no ser por esas monedas, algunos de aquellos pobres hubieran muerto en apenas un par de días.

—Mi querido Zen Varion, no podéis ir por ahí tratando de salvar a todos los miserables que se cruzan en vuestro camino.

—Pero sí a aquellos que solo necesitan un pedazo de pan para vivir algo más.

—Vivir hoy… morir mañana. La diferencia es tan pequeña… ¿No habréis venido para pedirme otro de esos… favores?

—No —Zen Varion caminó lentamente hacia la mesa que *lord* Belson mantenía cubierta de manuscritos—. Esta vez vengo por otros motivos. El primero de ellos, es presentaros a Darr, que mañana será admitido en la Orden.

—Enhorabuena, Darr. Estoy convencido de que, si sigues sus consejos, llegarás a convertirte en un extraordinario helvatio. Conozco a muchos miembros de vuestra Orden y no te miento al asegurarte que Zen Varion es uno de los más venerables siervos de Athmer. Espero que haya sido capaz de transmitirte su sabiduría. Al igual que él, aquí siempre serás bien recibido.

—Gracias, *lord* Belson —respondió el joven, de forma cortés—. Es todo un honor conoceros.

—Bien, Zen Varion —el noble se dirigió hacia el maestro, que acababa de tomar entre sus manos uno de los volúmenes que copaban la mesa—. Os conozco demasiado bien como para pensar que este era el principal motivo de vuestra visita. ¿Qué otros asuntos os traen por aquí?

—Me gustaría hablar con vos sobre algunos de los últimos acontecimientos…

—Sabéis que no podemos hablar sobre la condena al rey Dunthor —la expresión del noble se volvió severa—. Eso es algo que, por el momento, no puede tratarse fuera del Consejo. Como discípulo del Gran Maestro deberíais saberlo.

—No me refería exactamente a eso, *lord* Belson.

—Bueno… Entonces, ¿cuáles son esos últimos sucesos que tanto os preocupan? Aparte de la ejecución del rey, creo que no ha habido nada digno de especial trascendencia en estos últimos días.

—Vuestro hijo Bartheos… —Zen Varion dejó el manuscrito en su sitio.

—Ah, es eso… —el noble acarició suavemente sus oscuras barbas, con la mirada abstraída—. Sí, lo envié a la frontera con las regiones del norte. Aquí se estaba convirtiendo en un holgazán, como esos nobles de linaje sucio que se pasan el día sin hacer nada de utilidad. No quiero que mi hijo se convierta en un estúpido incapaz de valerse por sí mismo. Disponer de sirvientes no significa tener que depender de otros, y Bartheos no parecía entenderlo muy bien.

—¿Y eso os parece motivo suficiente como para enviarle a una aventura mortal?

—¿Mortal? No seáis tan exagerado. En esas tierras apenas queda un puñado de hambrientos que roban a los comerciantes… Ni siquiera tienen armas decentes para poder saquear una de esas caravanas. Mi hijo y el resto de los caballeros no tendrán ningún problema para limpiar la frontera de bandidos y ladrones.

—Entonces, ¿por qué habéis enviado a Yar Wistler… para que lo traiga de vuelta?

Lord Belson dibujó una expresión de sorpresa en su rostro.

—¿Cómo os habéis enterado? ¿Habéis hablado con él?

—Eso no importa ahora. La verdadera incógnita es: ¿qué os ha empujado a pensar que debería volver aquí lo antes posible?

—No puedo decíroslo, Zen —la voz del noble se volvió temblorosa, y su mirada huidiza—. Y no deberíais hacerme esa clase de preguntas. No tengo que daros explicaciones de lo que hago con mis hijos.

—¿Se trata de algo que guarde relación con la condena al rey?

—¡Os exijo que dejéis de preguntarme sobre asuntos que no os incumben, Zen! —Bramó *lord* Belson, perdiendo el control de sus emociones—. O me veré obligado a reprochar vuestra actitud ante vuestros superiores para que tomen las medidas oportunas.

—Lamento haberos preguntado sobre algo que únicamente concierne al Consejo —rectificó el helvatio—. Os pido que me perdonéis, lord… pero también que me comprendáis. Conozco a vuestro hijo desde que era un niño y me horroriza la idea de que pueda perder la vida frente a uno de esos bandidos.

—Él… Yo… quiero que se convierta en caballero… —*lord* Belson recuperó la calma en su voz—… en un caballero helvatio.

—Aún le queda mucho, demasiado por hacer, antes de poder ser admitido. Pero debe ser él mismo quien así lo manifieste, no se le puede nombrar miembro de la Orden si él no lo desea.

—Lo sé, lo sé. Entre otras cosas, le envié con los caballeros para ver si lograba despertar en él un mínimo interés… Pero no estoy seguro de que haya sido una buena idea. No he vuelto a tener noticias suyas desde que se marchó. Empiezo a preocuparme, Zen…

—Si necesitáis alguna ayuda…

—No os preocupéis. Yar Wistler es uno de mis mejores caballeros. Él y sus hombres me devolverán a mi hijo sano y salvo, estoy convencido.

—Bien. En ese caso os deseo suerte. Ahora que el joven Darr ha venido para quedarse en uno de nuestros templos, yo también espero poder permanecer un tiempo en la ciudad. Cualquier cosa que os haga falta, si está en mi mano, no dudéis en pedírmelo.

—Gracias por vuestro ofrecimiento, Zen Varion. Si disponéis de suficiente tiempo, puedo ofreceros algo de beber… El vino de los nybnios es uno de los mejores que pueden encontrarse en estas tierras. Permitidme que os haga traer una copa… Estaréis sedientos de vuestro viaje.

—No os molestéis, gracias. Tenemos que irnos. El chico debe descansar para reponer fuerzas. Mañana le espera un día muy especial.

—Espero que todo salga según lo previsto, Darr, y que muy pronto pueda llamarte «Den». Me alegro de haberte conocido.

—Gracias, lord. Espero que podáis volver a disfrutar, cuanto antes, de la presencia de vuestro hijo.

—Estoy seguro de que así será —añadió Zen Varion.

—Lamento haberos hablado de este modo, Zen, pero espero que me entendáis. Los últimos asuntos del Consejo, la necesidad de volver a ver a mi hijo… me gustaría poder hablar con vos de todo ello pero… hice una promesa ante los dioses, un juramento que no puedo quebrantar si no quiero acabar… como el rey Dunthor. Los dioses no consienten que se les traicione de este modo.

—Me gustaría haceros una última pregunta, lord. Si no podéis contestarla, lo comprenderé.

—Bien, preguntad.

—¿Quién ocupará ahora el trono de Dunthor? Su hijo aún no tiene la edad suficiente y su hermano…

—Su hermano nunca podría convertirse en rey. Esa enfermedad lo mantiene atrapado en un estado permanente de locura, inmadurez o falta de juicio, como prefiráis denominarlo. El trono del rey permanecerá vacío hasta que el príncipe Kylan alcance los quince años. Mientras tanto, Móstur únicamente tendrá a su reina.

—Es lo que pensaba escuchar. Bien, *lord* Belson, gracias por acogernos en vuestra casa. Espero recibir, cuanto antes, esperanzadoras noticias sobre vuestro hijo.

—Gracias, Zen. Estoy convencido de que así será.

El noble dio varias palmadas y, en cuestión de segundos, otro

sirviente entró en la sala.

—Acompaña a estos dos clérigos hasta la salida. Adiós, Zen Varion. Espero veros más a menudo por la ciudad, para tratar con más calma otros asuntos de interés. Joven Darr, os deseo una feliz acogida entre los miembros de la Orden.

Los helvatios inclinaron levemente la cabeza en señal de respeto y, llevados por el criado, abandonaron la estancia, dejando a solas a *lord* Belson. El noble dibujó una expresión de preocupación en su rostro y, tras acomodarse en uno de los esbeltos asientos del salón, su mirada se perdió al otro extremo de la sala, mientras sus pensamientos se centraban en la esperanzadora llegada de su hijo.

Los helvatios reanudaron la marcha, reduciendo la distancia que les separaba de su morada, muy cerca de la Plaza del Poder. Una vez iniciado el corto trayecto que les quedaba por recorrer, Zen Varion hizo partícipe a su alumno de las ideas que transitaban su mente tras las palabras del noble.

—No creo que el hijo de *lord* Belson llegue a convertirse en caballero de nuestra Orden.

—¿No tiene cualidades? —inquirió Darr.

—Nunca ha tenido la suficiente personalidad, por culpa de su padre. Ese chico apenas sabe lo que es vivir fuera de su palacio. Cualidades como el honor, el sacrificio… son cada vez más escasas en las casas de los nobles, muchos de los cuales ocupan la mayor parte del día pensando cómo dar mayor rendimiento a sus riquezas, a sus influencias… Pero hay otros que son peores, y más temibles.

—¿Y esos qué hacen?

—Conspirar… Conspirar contra otros nobles, contra otros ciudadanos… contra el rey.

—Pero el Gran Maestro forma parte del Consejo, al igual que *lord* Belson. Si la condena al rey se ha efectuado por todos los miembros…

—No conozco las circunstancias que han motivado la condena al rey, ni sé cuántos miembros del Consejo han estado a favor de su ejecución. Pero si de algo estoy seguro es de que el trono de Móstur se muestra ahora más debilitado que nunca. A su muerte, el rey deja como heredero a un niño que, sin poder gobernar aún, debe dejar el poder en manos de su madrastra, una mujer con la que el rey se casó tras la muerte de su verdadera madre. Junto a ellos, el hermano de Dunthor, maniatado por su enfermedad, a sus años aún posee la mente de un crío. Temo que el Consejo pretenda tomar el peso absoluto del poder… En su seno se encuentran algunos de los hombres más ambiciosos de la ciudad… que buscarán hacerse con el control de las decisiones más importantes, dentro y fuera de nuestros muros. Nobles,

miembros del ejército de la ciudad…

—¿Quién dirige el ejército?

—El monarca siempre ha tenido el poder sobre la Guardia Real, salvo excepciones como lo es la condena al rey. El general Genthis es el líder de este grupo, pero el ejército de la ciudad únicamente actúa al ser llamado por el Consejo tras ser declarada la guerra. Es entonces cuando aquellos que han sido convenientemente adiestrados deben presentarse a las puertas del castillo. Por fortuna, hace mucho tiempo que esto no sucede y, en condiciones normales, los únicos miembros del ejército que ejercen su poder en la ciudad son aquellos a los que se les paga con oro por sus servicios.

—Entonces, el Consejo es quien realmente tiene el poder sobre la ciudad.

—En los últimos cien años, tras la caída del rey Menthor, el «tirano», el Consejo de Móstur se ha convertido en la mayor fuente del poder de la ciudad, para evitar que el rey pueda regir caprichosamente nuestro destino. Pero eso son cuestiones políticas que no nos atañen a nosotros y, aunque dos de los miembros del Consejo sean nuestro Gran Maestro y el Presthe, lo cierto es que el resto de los clérigos de la Orden debe permanecer ajeno a todo esto. No olvides que nuestra labor fundamental en esta ciudad es cuidar a los más débiles, a aquellos para quienes somos su última esperanza.

Darr escuchaba atentamente las palabras de su maestro al mismo tiempo que su mirada se perdía a ambos lados de la calle, observando el paso de los ciudadanos por los alrededores.

Al otro lado del barrio de los caballeros, la ciudad se tornaba aún más viva, animada por los mercaderes que, con sus voces, atraían la atención de cuantos pasaban junto a sus caravanas y carretas repletas de mercancías. Alimentos, pieles, animales… Los comerciantes venidos de lejanas tierras permanecían allí varios días antes de continuar su ruta.

De entre todos los lugares de Móstur, la Plaza del Poder solía concentrar a un mayor número de hombres y mujeres. Las ejecuciones, normalmente de reos acusados de asesinatos, así como los cantos de los juglares y los que se dedicaban a entretener a los demás con sus historias constituían algunos de los mayores atractivos. Estos y otros acontecimientos no tan agradables forjaban la vida diaria de los ciudadanos, gentes que acudían con sus hijos a presenciar tan pronto una representación teatral como la quema en la hoguera de un asesino, o la decapitación de algún prisionero traído desde las mazmorras del castillo.

Así se lo fue explicando Zen Varion a su joven discípulo a medida

que cruzaban las callejuelas y plazoletas que les separaban del hogar de los caballeros helvatios, la «Morada», como era denominada por los miembros de la Orden. Desde una mentalidad forjada en la tranquila aldea que le había visto nacer, Darr no era capaz de concebir algunas de aquellas costumbres, como lo era el convertir la ejecución de un hombre en un acto de diversión para el pueblo. Los dioses no estarían a favor de semejantes prácticas que transformaban una muerte en algo parecido a una celebración, a un entretenimiento. «El castigo de los dioses debería ser tomado mucho más en serio», pensaba para sus adentros.

—Sé que esto no tiene nada que ver con la vida que llevabas antes. La ciudad es, a veces, un lugar demasiado cruel —Zen Varion parecía haber adivinado las cavilaciones del joven—. Los niños no deberían crecer viendo cómo se derrama la sangre de los condenados, pero en ocasiones supone un aliciente para que, ya desde pequeños, sepan discernir entre el bien y el mal, y conozcan las consecuencias de una vida alejada de los mandatos de Athmer.

—Pero Zen… no comprendo cómo los dioses pueden permitir que el cumplimiento de su justicia se convierta en…

—¿En una fiesta?

—Sí, eso es.

—Algunos se lo toman como si de una celebración se tratara. Pero son muchos quienes lo consideran, ante todo, como una advertencia, como dicen los Textos Sagrados: «Elegid bien el camino que habéis de tomar, no sea que vuestros pasos os conduzcan por las tortuosas sendas que llevan a la perdición… Desde Mynthos, los dioses observan vuestros actos, y un día su justicia caerá sobre vosotros y decidirá vuestro destino, para siempre». Son palabras que deberían ser tomadas muy en serio, y muchos de los que presencian la ejecución de los traidores ven en ellas el símbolo de nuestro destino: ser juzgados, para bien o para mal… Pero no te atormentes con este tipo de reflexiones. Un helvatio no debe fijarse en lo que hacen los otros hombres. Nuestra forma de pensar, de actuar… nuestras obligaciones, son muy distintas. Y ahora, fíjate en el exterior de nuestro más grandioso templo —señaló la construcción que, al otro lado de la plaza, se elevaba por encima de las demás.

—Es maravilloso —el joven quedó impresionado por aquella imponente visión.

El Templo de Zelsios era una imponente edificación que destacaba entre las otras, además de por su altura, por el color blanco, puro, como decían algunos, de su piedra. Estaba emplazado en el centro de un recinto amurallado que albergaba también la Morada, donde los

helvatios se encargaban de instruir a los grupos de jóvenes iniciados que se preparaban para incorporarse a la Orden. En la fachada exterior del templo, situada en lo más alto, una estatua de Zelsios constituía el mayor símbolo del lugar sagrado al que clérigos, caballeros y ciudadanos, acudían para elevar a los dioses sus plegarias, bien de forma colectiva en el caso de los helvatios, o de forma individual entre aquellos que no pertenecían a la Orden, en su mayor parte hombres y mujeres que llevaban una vida alejada de la pobreza y la riqueza al mismo tiempo, o miembros de nobles familias que presentaban su ofrenda ante el dios. Los pobres tenían prohibida la entrada al templo, incluso a las calles aledañas. El castigo por no respetar este mandato consistía, según las leyes de la ciudad, en la pérdida de la mano izquierda, mano que antiguamente utilizaban los menos afortunados para pedir limosna por las calles.

El joven Darr sintió un escalofrío recorriendo su cuerpo, al pensar que allí mismo, al anochecer del día siguiente, tendría que presentar su ofrenda ante el dios, tras la ceremonia de admisión que tendría lugar en el Templo de Athmer, situado a las afueras de la ciudad. A partir de aquel día, el chico pasaría a convertirse en Den Darreth, clérigo menor de la Orden de los Helvatios.

CAPÍTULO 4

EL DESIERTO ROJO

—Come… —la muchacha observó, divertida, la cara de asco que ponía Sílax al ver los pedazos de carne que cubrían el fondo de un cuenco de madera negra.

—¿Qué es esto? —aquella comida tenía el aspecto de una salchicha cortada en rodajas, pero su olor distaba mucho de ser tan apetecible.

—Necesitas reponer fuerzas. Drakkan ha dicho que…

—Dijiste que ibas a buscarle. Y en vez de venir él te hace traerme esta… ¿Qué es? Huele a cabeza de cerdo achicharrada.

—Come, tonto —Shyra no pudo contenerse y estalló en carcajadas. Sus ojos verdes desprendían un brillo que iluminaba su rostro infantil, haciéndola parecer aún más niña.

Sílax hizo un esfuerzo. Se llevó un pedazo a la boca y masticó una vez. La carne estaba tierna y aunque no sabría decir a qué le recordaba su sabor, estaba mejor de lo que cabía esperar por su aspecto.

—No está mal, ¿eh? La he cazado yo misma, esta mañana.

—¿Qué es?

—Come y deja de hablar —la niña sacó un cuchillo que escondía bajo sus pobres ropajes, una saya remendada y salpicada en tonos rojizos, casi del mismo color que las paredes de la cueva y seguramente igual de vieja. Le quedaba algo grande.

—¿Drakkan te envía a cazar? ¿No eres demasiado pequeña para eso? Hay animales que pueden resultar muy peligrosos. Y además están esos hijos del fuego…

—Te sorprendería saber lo bien que se me da la caza. Soy prudente y sigilosa —la muchacha le señaló con el cuchillo—. Podría arrancarte ese collar que llevas sin que te enteraras. Por cierto, ¿qué es?

—Un amuleto —Sílax se echó la mano al metal que colgaba de su cuello sujeto a una fina correa de cuero. Me lo regaló mi hija.

—¿Qué representa?

—La cabeza de un lobo. A ella le gustaban mucho… Una vez nos encontramos un cachorro, en el bosque —aquel recuerdo dibujó una sonrisa en su rostro—. Era blanco, como la nieve recién caída en una mañana de invierno. Parecía tan manso y juguetón… Estuvimos a punto de llevarlo a casa.

—Pero un lobo…

—Lo sé. Un lobo no es como un perro y, por mucho que intentáramos domesticarle, tarde o temprano el animal se dejaría llevar por su instinto. Sin embargo, en otra ocasión volvimos al bosque… Y le vimos, de nuevo. En el momento en que se acercó a nosotros tuve la sensación de que, de algún modo, se acordaba de nuestro anterior encuentro. Y así sucedió en posteriores ocasiones: le llevábamos comida y él se sentaba junto a nosotros y se dejaba acariciar.

—Un lobo solitario, ¿verdad? —la mirada de Shyra era fija, penetrante—. Sin manada, sin lugar adónde ir…

—Así es. Un lobo solitario…

—Como tú…

—Sí —Sílax acariciaba la cabeza de lobo. Su color plateado estaba desprovisto del brillo que tuvo una vez.

—¿Cuántos años tenía tu hija?

—Trece…

—Como yo —la mirada verde de Shyra se derramó por el suelo.

—Sí, como tú… Tenía los ojos claros y el cabello dorado… Y una expresión risueña, alegre. —*Como tú*, pensó con tristeza. Comió otro pedazo de carne… Y otro más…

—Está bueno, ¿verdad? —la muchacha parecía disfrutar viendo que su caza iba desapareciendo del cuenco.

—Sí… —Sílax recordó algo en aquel instante—. Una vez entré al servicio de un noble señor de Móstur, poseedor de extensas tierras y grandiosos palacios. Mis hijos se perdían en las estancias de una de aquellas lujosas casas, correteaban por los pasillos y jugaban con los críos de este noble, a quienes enseñé el manejo de la espada. Tenía una criada que preparaba unos guisos increíbles, manjares dignos del mismísimo rey… Esta carne me está sabiendo mejor que cualquiera de esos guisos.

—Eso es porque comes con más hambre que cuando estabas en la casa de tu señor —sonrió Shyra, divertida—. ¿Así que eres un caballero?

—Sí, lo fui —el temor a desvelar parte de lo que un día fue se desvanecía en presencia de la muchacha que tanto se parecía a su

hija…

—El caballero Sílax… —la muchacha se imaginó, por un momento, al hombre que tenía frente a él, montado sobre un caballo, engalanado con una reluciente cota de mallas y en su mano enguantada una refulgente espada apuntando al cielo—. Mi padre decía que un caballero lo es para toda la vida, aunque un día deje de ejercer como tal… aunque decida dejar las armas y se desprenda de su montura. Sigues siendo un caballero… Siempre lo serás.

Sílax respondió a la muchacha con una media sonrisa.

—Creo que eres más de lo que aparentas.

—¿Qué quieres decir con eso? —Shyra frunció el ceño.

—Me refiero a que, aunque tengas trece años, tienes la madurez de una chica más mayor.

—¿La suficiente madurez como para emplear un arma e ir de caza? —el cuchillo danzaba en las manos de la muchacha.

—Tanto como para eso yo diría que…

No tuvo tiempo de terminar la frase. El cuchillo de Shyra silbó mientras pasaba cerca de su oreja derecha.

—Pero ¿qué te pasa? —el caballero se sobresaltó ante la imprevisible reacción de la chica, que no contestó. Simplemente, apuntó con su dedo al lugar donde se encontraba el cuchillo, en el suelo.

Sílax observó el escorpión que moribundo, agitaba las patas, atravesado por el cuchillo. Sus movimientos cesaron tan pronto como la muerte cayó sobre él.

—Se te estaba acercando demasiado —Shyra sonrió suspicaz—. ¿De qué estábamos hablando?

—Olvídalo… —Sílax se dio por vencido y, dando por zanjada la discusión, apuró el último pedazo de carne.

—La serpiente sabe mejor cuando se toma el mismo día en que se mata —dijo Shyra cuando el caballero dejó de masticar.

—¿Serpiente? —el caballero sintió que el estómago le daba un vuelco.

—¿Cómo? ¿Nunca has comido serpiente? —la muchacha no reprimió una nueva sonrisa—. A juzgar por la cara que has puesto, es la primera vez.

—¿Por qué no me has dicho antes que era carne de…?

—Porque no te lo hubieras comido… ¿Qué esperabas que fuera mi especialidad, en un lugar como este? Si quieres, también puedo asar ese escorpión para que termines de probar nuestros manjares…

—Creo que no. Lo dejo para ti, que aún no has comido nada en todo este tiempo.

—Verte comer ha sido divertido… Caballero Sílax… El caballero Escorpión… ¿te puedo llamar así?

—Sí, formaríamos un buen equipo: el caballero Escorpión y la víbora Shyra… Por cierto, aún no me has dicho por qué te llamas así… O te han llamado así.

—Mis padres eran comerciantes. Viajábamos en una caravana, recorriendo la senda que conduce hasta Móstur, desde Skeldon…

—El «camino del mercader». En otros tiempos fue una de las sendas plagadas de bandidos.

—Sí. Mi padre me contaba historias acerca de antepasados suyos que se habían dedicado al comercio; de cómo se ganaban la vida y tenían que contratar mercenarios que les acompañaran en sus viajes para evitar ser atacados por los bandidos.

—Pero eso fue hace mucho tiempo…

—Ahora los peligros son diferentes. Pero siguen siendo mortales. Son los hombres que te arrebataron tu familia, los mismos que me arrebataron la mía. Un clan de los hijos del fuego habita en las profundidades del Bosque Centinela. Antes atacaban a aquellos que consideraban siervos de los falsos dioses: mataban a clérigos helvatios, comerciantes nybnios, sacerdotes de Lorwurn… Ahora, ya no les importan las creencias de aquellos a los que asaltan. Matan por placer, roban por conseguir y acumular riquezas… Su ambición no tiene límites. Ellos fueron los que asesinaron a mi familia. Yo intenté escapar, pero uno de ellos me persiguió. Me alcanzó y me tiró al suelo. Cuando se disponía a rebanarme, con este mismo cuchillo, la desgracia cayó sobre él. Al arrodillarse para sujetarme, su pierna rozó una víbora shyra, que se revolvió y, como si de un látigo se tratara, le mordió el muslo… El veneno llegó veloz a su sangre, y ese maldito empezó a sufrir espasmos, a perder la visión. Todavía recuerdo cómo sonaban sus gritos. Es lo único agradable que mis sentidos presenciaron aquel día. Drakkan y algunos de los que por aquellos días formaban parte de su grupo aparecieron. Los hijos del fuego huyeron, tras haber acabado con todos los hombres, mujeres y niños que viajaban en la caravana, excepto otro chico y yo.

—Y ese otro chico… ¿No has vuelto a verlo?

—No. Sé que, después de lo sucedido, decidió viajar al sur, donde vivía la mayor parte de su familia. No sé qué fue de él.

—Drakkan te salvó la vida, y te uniste a su grupo.

—Sí… Pero me uní a él por el mismo motivo por el que lo harás tú.

Aquella sentencia cogió a Sílax por sorpresa. No esperaba que la muchacha pudiera adivinar sus pensamientos con tanta facilidad.

—Venganza… —dejó escapar el caballero.

—Sí. Sé que, tarde o temprano, tendré mi oportunidad para vengar la muerte de mis padres, y usaré este cuchillo contra todo hijo del fuego que caiga en mis manos. Y la hechicera roja es quien ha embaucado a todos esos clanes, quien les ha convencido para convertirse en siervos de su dios. Con la promesa de la «eterna luz» ha comprado un ejército a su servicio, al servicio del dragón: fanáticos que la adoran como la hija del dragón de fuego, la enviada por el dios para expandir su doctrina hasta las tierras nybnias si fuera necesario. Por el momento, no son más que clanes dispersos, pero si se unen y siguen sumando fanáticos a su causa, pronto se convertirán en un poderoso ejército que arrasará todo a su paso. Comenzarán la invasión de Móstur atacando la ciudad de Ryth… descenderán por el cauce del río Éresot hasta alcanzar la mismísima ciudad del rey.

—¿Eso es lo que Drakkan cree que harán?

—Sí. Si no lo evitamos nosotros.

—¿Nosotros? —Sílax dibujó una expresión de incredulidad en su rostro—. ¿Qué podemos hacer nosotros frente a todos esos grupos de fanáticos? ¿Cuántos seríamos?

—Veinte, tal vez treinta, sin contar algunas mujeres y niños.

—Con esa cifra sucumbiremos ante el primer clan de hombres del fuego con el que nos crucemos.

—No… Esta vez no —la muchacha contestó, decidida. Sus ojos habían recuperado el brillo—. Drakkan tiene un plan. Y él es más que un guerrero como los hijos del fuego. Algunos afirman que, hace años, él fue uno de esos hijos del fuego… Dicen que traicionó a los suyos cuando vio la forma que tenían de expandir sus enseñanzas. Se dice que «los hijos del fuego no pueden arder». Hay quien afirma que Drakkan sobrevivió a las llamas de la hoguera a la que fue condenado. Además, a diferencia de otros que le acompañan, él es mucho más que un simple guerrero.

—¿Y qué es?

—Es un cazadragones.

—No puede ser —Sílax no podía concebir tal afirmación—. Los dragones…

—Sí, ya lo sé… Desaparecieron, o al menos eso se dice. Sin embargo, hay quienes se han acercado lo suficiente a la montaña que los hijos del fuego consideran el hogar de su dios.

—«Fuego de Dragón» es un muro de roca roja, tan cálido que no hay criatura capaz de resistir su temperatura.

—Eso dicen. Pero hay quienes afirman haber visto la silueta de un dragón…

—Mentiras propagadas por los hijos del fuego para dotar a su

doctrina de un mayor peso. Puede que se valgan de esas afirmaciones para poder atemorizar a aquellos que escuchan sus enseñanzas. De ese modo, son fáciles presas de la sacerdotisa que los guía como corderos incapaces de moverse en otra dirección.

—Drakkan es un cazador de dragones. Es nuestro guía y espero que, muy pronto, se convierta en el vengador de castigue con mano dura a nuestros enemigos.

—¿Y realmente crees que su plan pueda resultar? Sois muy pocos… Demasiado pocos.

—Su plan funcionará —la risueña sonrisa de Shyra se transformó en una expresión de rabia.

—¿Y cuál es?

La muchacha negó con la cabeza.

—Precisamente ahora íbamos a discutir una parte de ese plan —la voz sonó firme, decidida como el eco de una tormenta. De las entrañas de la tierra, perfilada sobre la oscuridad reinante en el pasillo más angosto, la imagen de un hombre esbelto y robusto logró eclipsar, por un instante, todo cuanto encontraba a su paso. A su espalda colgaban, sujetos con correas de cuero y cierres de plata, dos pesadas armas: una espada de dos manos y un hacha de filo grisáceo y tan fino como la hoja del cuchillo de Shyra. Vestía una armadura de cuero tachonada, visiblemente deteriorada. Aun así, la presencia del recién llegado era imponente. Cabellos largos y castaños, piel tostada y unos ojos penetrantes y oscuros que ensombrecían su mirada.

—Mi nombre es Drakkan —arqueó sus finos labios en una maliciosa sonrisa— y si tú también deseas acabar con los hijos del fuego, será mejor que nos acompañes. Aunque antes, te aconsejo que tomes una espada y te dispongas para luchar. Shyra, trae un arma a nuestro amigo.

—¿Luchar? —preguntó el caballero, confuso.

—Sí. Contra ellos. Date prisa, Shyra. Han descubierto nuestro refugio. Son unos cinco, tal vez seis. Creo que han estado siguiéndole… Espero —se giró hacia Sílax— que sepas manejar un arma.

—Por supuesto —respondió el aludido, con determinación.

—Bien… —Drakkan sonrió, complacido por la valentía que veía en los ojos del caballero—. Seguidme, rápido. Los hijos del fuego se acercan con premura…

—Y los demás, ¿dónde están?

—Han tomado posiciones —Drakkan miró de nuevo al caballero—. Les hemos preparado un buen recibimiento.

CAPÍTULO 5

MÓSTUR

Desde la muerte de su padre, el príncipe Kylan acostumbraba a buscar, en el transcurso del día, momentos de soledad en los que evadirse de todo cuanto le rodeaba. Al atardecer, mientras su madre se reunía con alguno de los miembros del Consejo o atendía algún asunto que requiriera de su firma, el chico se dirigía a una sala que permanecía siempre vacía. Era una estancia pequeña con paredes formadas por muros pétreos en tonos grisáceos que daban a la habitación un aspecto oscuro, lóbrego. Nadie hubiera imaginado que aquel triste rincón del castillo pudiera albergar el trono del rey. Así había sido años atrás, con monarcas cuyo corazón no era muy distinto a la piedra que observaban diariamente desde su silla. Tras su coronación, Dunthor había destinado la sala a otro uso, ordenando colocar una estantería en la que reposaban libros y manuscritos que contenían en su interior un mundo repleto de épicas y peligrosas aventuras.

Kylan aún recordaba cómo allí, sentado sobre una deteriorada silla que había sustituido al trono real, su padre le relataba alguna de las aventuras de valientes caballeros, transmitidas de generación en generación. Historias reales en unas ocasiones, fantásticas leyendas en otras, ayudaban a los miembros más pequeños de la corte a aprender las virtudes del caballero y a ver en ellos un ideal que debían buscar ya desde la infancia.

Para el joven príncipe, todo aquello había quedado condenado a convertirse en recuerdos que, tarde o temprano, desaparecerían de su mente. El castillo se había transformado en una gigantesca mazmorra, y su madrastra era el guardia que le mantenía allí encerrado. Kylan nunca había tenido una estrecha relación con la reina. En los seis años que llevaba viviendo en el castillo, Tarya no parecía haber sabido ganarse el cariño del chico, mostrándose siempre como una mujer fría, carente de emociones. Acostumbraba a moverse por la fortaleza con

paso sigiloso, caminando entre sus gélidos muros de manera casi imperceptible, como una de las corrientes de aire que a menudo atravesaban los corredores en silencio.

Todos los días, Kylan se sentaba frente al viejo trono del monarca, en un taburete de madera, como acostumbraba a hacer en sus tiempos más felices, cuando la voz de su padre le hacía revivir las aventuras de hombres de espada y armadura, de sabios hechiceros y hermosas princesas. Todos habían desaparecido. Las únicas historias que ahora llenaban su imaginación eran las que el ayo contaba al pequeño Rothlan, su hermanastro de cinco años. Roth había nacido un año después de que Dunthor y Tarya se unieran en lazo sagrado ante los dioses. Ya desde ese mismo instante, Kylan lo había aceptado como su hermano. Siempre estaba pendiente de él, protegiéndolo de otros niños, hijos de los nobles con los que solían relacionarse, y con quienes escuchaban los relatos de Dargus, el ayo que cuidaba de ambos príncipes.

Como Kylan ya era más mayor, no necesitaba estar continuamente bajo la vigilancia de alguno de los sirvientes. En ocasiones se divertía recorriendo las estancias del castillo evitando ser visto, escondiéndose tras las cortinas o bajo las mesas. Pero en los últimos días, las ganas de jugar, de corretear por los pasillos, o incluso de estar con Roth, habían desaparecido, eclipsadas por el recuerdo de su padre, su último abrazo, sus últimas palabras. El mundo que se encontraba al otro lado de las murallas era, para el chico, tan cruel como incomprensible. Ese universo regido por leyes que condenaban y mataban en nombre de los dioses… no podía caber en la mente de un niño de su edad. Quería mantenerse lo más lejos posible de ese maldito mundo. Cada vez que pensaba en su padre, sentía las lágrimas que terminaban inundando su mirada.

Sentado en el taburete, hundía la vista en el trono, frente a él, y se preguntaba si sería capaz de soportar su ausencia durante el resto de su vida. El trono respondía con el vacío del silencio.

—Tyr…

El chico se puso en pie y miró hacia atrás. Asomado a la entrada a la sala, Bren, el hermano del rey, mantenía sus ojos fijos en el crío, que respondió con una sonrisa.

—No, tío Bren. Tyr no está aquí.

—Tyr… —repitió aquel hombre de pelo largo y enmarañado, desaliñadas barbas y amplia envergadura—. Tyr…

El hermano del rey tenía una enfermedad que le mantenía sumido en un estado de consciencia similar al de un niño pequeño, con una mínima capacidad de comprensión y raciocinio que le convertía, a los

ojos de los hombres más crueles, en poco más que un animal. Brendar únicamente parecía capaz de mostrar sentimientos como la alegría o la tristeza, con gestos de afecto que en muchas ocasiones resultaban carentes de un motivo que explicara su estado de ánimo.

—No, tío Bren —repitió el chico, paciente—. Busca en otro sitio. Tyr no está aquí.

—¿No le has visto? —Bren clavó su mirada en el niño, mientras juntaba sus grandes manos con gesto nervioso.

—No te preocupes… Estará en el patio, buscando comida.

—Sí… comida —repitió el hombre, sonriendo ampliamente sin separar los labios—. Comida… Adiós, Kylan.

Bren se dio la vuelta y salió de la sala, caminando sin poder coordinar sus piernas, moviéndose con pesados gestos muy característicos en él.

—Comida… —se escuchó por los pasillos.

El príncipe se quedó de nuevo solo, pensativo. El aspecto de su tío parecía cada día más lamentable, con unas barbas de color castaño creciendo en todas las direcciones y tan desaliñadas como los cabellos que ocultaban parte de su rostro. Sus ojos parecían mirar sorprendidos todo cuanto le rodeaba y sus palabras resultaban, en muchas ocasiones, tan repetitivas como sus gestos. «Pobre tío Bren», pensaba el chico. Ahora que ya no estaba su padre para cuidar de él, pasaba la mayor parte del día en solitario, exceptuando los momentos en los que Kylan rompía esa vacía soledad que mantenía a su tío sumido en un mundo aún más irreal que el del chico.

El príncipe se puso en pie. Cuando se dio la vuelta para abandonar la habitación, la imagen de su ayo, frente a él, le hizo dar un salto hacia atrás.

—Dargus… Eres tú…

—¿Os he asustado, alteza? —sonrió el anciano.

—No esperaba que aparecieras tan… de repente.

—Bueno, ya sabéis que siempre he sido un hombre bastante sigiloso, como a veces me decís…

—Callado… A veces te he dicho que eres demasiado callado. Y… Bueno sí, también sigiloso.

—El sigilo y el silencio son buenas cualidades cuando se vive en un castillo. Eso lo aprendí de vuestro abuelo, uno de los mejores hombres que he conocido en todos los años que llevó entre estos muros.

—Él y mi padre siempre te tuvieron mucho aprecio.

—Confiaban en mí, precisamente por ser un hombre capaz de callar cuando era necesario mantener secretos que nadie debía conocer.

—¿Qué secretos? —los ojos de Kylan se abrieron aún más al escuchar aquellas últimas palabras.

La mirada curiosa del chico no cogió de sorpresa al ayo, un hombre acostumbrado al trato con los miembros más jóvenes de la realeza.

—Asuntos del rey que nadie más debía conocer, por el bien del pueblo. Recuerdo una vez que vuestro padre me confió la misión de enviar un mensaje al capitán Genthis.

—¿Qué decía el mensaje?

—La carta contenía el plan de un puñado de bandidos para atacar el barrio de los nybnios, según habían podido averiguar los espías que vuestro padre acostumbraba a tener por la ciudad. Gracias a esa carta, los ladrones fueron capturados. Desde entonces, vuestro padre siempre contó con el favor de los nybnios que habitan en Móstur.

—Sí… mi padre —la mirada del chico se desvió para clavarse en el trono vacío que presidía aquella pequeña estancia.

—Alteza… Ya hablamos sobre eso ayer.

—Lo sé, Dargus… pero no puedo dejar de pensar en él.

—Os entiendo… Sin embargo, no debéis permitir que se convierta en un pensamiento capaz de atormentaros cada día. Recordad a vuestro padre como lo que fue: un hombre extraordinario que siempre buscó lo que consideraba mejor para su pueblo.

—Entonces… ¿por qué lo han condenado? —el tono del chico se tornó áspero. La rabia contenida de los últimos días amenazaba con hacerle romper a llorar delante de la persona que más parecía preocuparse siempre por él.

—Las leyes no siempre…

—No son justas, ¿verdad?

—Nuestras leyes sí son justas… Pero quienes las aplican a menudo no lo son. La justicia de los hombres no es la misma que la de los dioses. Si no lo habéis descubierto ya, muy pronto os daréis cuenta de cómo se utiliza a menudo la justicia divina… Pero no me corresponde a mí enseñaros tales cosas. Para eso tenéis otros maestros.

—No tan buenos como tú —el chico dejó escapar una sonrisa que iluminó su brillante mirada.

—Seguro que la reina es una gran maestra.

—No —confesó Kylan—. Apenas habla conmigo de cosas como estas. No puedo contarle a ella lo que te cuento a ti… Tiene un carácter tan…

—¿Difícil? Lo sé. Durante todo el tiempo que lleva aquí, rara es la vez que se ha dirigido a mí sin que fuera para darme una orden. Nunca he podido tratar con ella temas importantes del palacio que

requerían una solución inmediata… Aunque, claro. Para eso ya tenía a vuestro padre.

—¿Hablabas mucho con él?

—Hace tiempo, sí… Cuando no era tan… callado —el ayo sonrió, contagiando al príncipe con la afable expresión escondida tras sus grisáceas barbas—. Hablábamos a diario… Casi siempre de vos.

—¿De mí?

—Claro… Vuestro padre se preocupó siempre mucho por vuestra educación en la corte. Como heredero al trono, sabía que muy pronto deberíais comenzar a aprender todo lo necesario para poder gobernar con sabiduría.

—Me enseñó muchas cosas.

—El rey Dunthor no temía instruir a cuantos le rodeaban. Hay reyes que no se atreven a compartir sus conocimientos por temor a que sus súbditos o aliados sepan demasiado, y puedan utilizar parte de esa información contra ellos. Movidos por ese pensamiento, se cierran en sí mismos hasta que, en algunos casos, terminan trastornados, como Doret.

—Doret, el «Loco» —Kylan recordó que en alguna ocasión su padre le había hablado de él.

—Vuestro padre siempre contaba todo aquello que consideraba necesario para hacer partícipes a otros de sus decisiones, para poder mejorar el gobierno de nuestra ciudad.

—Dargus…

El anciano y Kylan se dieron la vuelta. Detrás de ellos, en el umbral de la estancia, la reina miraba con rostro serio al ayo.

—Kylan, ayuda a tu tío a buscar su gato, por favor. Dargus y yo tenemos que hablar a solas.

—Sí, madre —el chico la llamaba siempre así, a pesar de saber que, en realidad, era su madrastra. Se separó de Dargus y, tras una agradecida mirada al anciano, abandonó el salón.

—No deberías hablar a Kylan acerca de su padre. Está en una edad complicada para poder comprender todo lo que ha sucedido.

—Hablarle de las cosas buenas que el rey Dunthor hizo en vida no puede causarle ningún daño. Le ayudará a aprender de sus actos más nobles. Cuando se convierta en rey…

—No es capaz de comprender la justicia de un rey. Lo único que tiene claro es que su padre ha muerto, ejecutado por su propio pueblo. ¿No te parece algo demasiado difícil de asumir por un niño?

—Ya no es tan niño, majestad…

—Todos los días merodea por esta sala, en solitario.

—Echa de menos a su padre, es lógico que piense en todo lo que

ha sucedido, que esté confuso…

—Quiero que cuides de él, Dargus. Háblale de historia, de los dioses o de héroes de esas leyendas que conoces tan bien. Pero, por favor, no le hables de su padre.

El ayo se vio traspasado por la seria mirada de la reina, más fría de lo que el anciano recordaba de la última vez en que uno de sus actos se había ganado la reprimenda de aquella mujer.

—¿Dónde está Rothlan? —Tarya miró a su alrededor.

—En el patio, jugando con los hijos de Yar Bolfren.

—Esos niños tienen peor educación que su padre. Yar Bolfren debería cuidar un poco más su aspecto, estar más presentable cuando viene aquí, hacer gala de los modales que deben caracterizar a un auténtico caballero… El castillo no es una de esas sucias cuadras que tanto frecuenta.

—A pesar de sus peculiaridades como caballero, es un gran maestro en el arte de la equitación, majestad.

—Pues que demuestre también que procede de sangre noble, de un linaje tan antiguo como prestigioso en esta ciudad. Y sus sucios niños… No quiero que mi hijo se junte con esos pequeños salvajes, ¿de acuerdo?

—Sí, majestad —el anciano asintió, cediendo al mandato.

—Dargus, quiero que pases más tiempo con los niños —el rostro de la reina se tornó afable por unos segundos—. Ahora que no tienen a su padre, necesitan estar acompañados el mayor tiempo posible por alguien en quien puedan confiar plenamente… Yo debo atender los asuntos que demanda el Consejo… demasiadas decisiones, y algunas tan difíciles… Mi marido sabía muy bien qué hacer en cada momento… Si no hubiera… cometido ese error…

La reina dejó de hablar y, con la mirada perdida en el infinito, su blanquecino rostro recuperó la frialdad que la caracterizaba. Dargus contempló sus ojos, tristes pero incapaces de derramar una sola lágrima, como si el llanto fuera una señal de debilidad que no debiera mostrarse ante los demás.

—Iré a buscar a vuestros hijos, majestad.

—Llévalos a los jardines, que correteen entre las fuentes. Estos muros les tienen aprisionados, especialmente a Kylan. Aquí se encuentra atrapado entre los recuerdos de su padre… Necesitan un poco de aire fresco.

—Bien, majestad.

El anciano se retiró de la presencia de la reina. Su paso por el pasillo resultó silencioso, como él mismo.

Dargus había pasado muchos años en la corte, los suficientes como

para desempeñar su labor de forma loable en la educación de los príncipes y nobles que le habían sido encomendados. Gozaba de gran prestigio, dentro y fuera del castillo, y nadie había puesto en duda, jamás, su fidelidad a la corona. Sin embargo, para la reina no parecía muy distinto a otros sirvientes. Al fin y al cabo, el anciano debía sentirse afortunado por tener su confianza a la hora de instruir a los príncipes, de ayudarles a convertirse en hombres, de hacerles merecer ser tratados como tales.

Cuando la reina se disponía a abandonar el salón, un ruido procedente de la silla que un día fue el trono de su marido hizo que se diera la vuelta, desconfiada. Acurrucado en el sitial del monarca, un gato negro de mirada casi tan fría como la suya, permanecía atento a cualquier gesto, a cualquier movimiento de la reina. Tyr la observaba con sus azulados ojos de manera suspicaz, con un brillo felino que se resistía a la penumbra que envolvía a la sala. Sin que el animal le quitara la vista de encima, la reina caminó hacia él y, cuando estuvo a su lado, le acarició suavemente, con la sensación de que aquella criatura parecía conocerla mejor que muchos de los miembros de la corte.

CAPÍTULO 6

EL TEMPLO DEL DRAGÓN

Lady Moira caminaba en círculos por una de las estancias aledañas al templo. Las plantas de sus pies descalzos acariciaban las baldosas que componían el suelo, un mosaico de triángulos de colores cálidos que refulgían al roce de la luz derramada por las numerosas lámparas de aceite que iluminaban la habitación. Las llamas se elevaban rojizas, poderosas como un fuego inextinguible. Irradiaban sus colores vivos, salpicando las paredes con un tono cobrizo similar al de las montañas que rodeaban el santuario del dios Dragón. Incluso los oscuros cabellos de la sacerdotisa parecían impregnados del color que desprendían las llamas. Vestía una túnica de seda ribeteada con hilos de oro que, trenzados, recorrían las amplias mangas que mantenían sus delicadas manos semiescondidas entre sus pliegues. Sobre unos cabellos largos y lisos, se alzaba la cabeza de un dragón de ojos de rubí, a juego con el color de la túnica. La imagen de la criatura coronaba la lustrosa diadema de plata que mostraba a la sacerdotisa como una auténtica reina de los hijos del fuego.

Las sombras de las llamas se contorneaban sobre las paredes como espectros atrapados, fantasmas incapaces de levitar a su antojo por la amplitud de la sala. Los candelabros y cirios se repartían en hileras, como las columnas de mármol negro, pilares que sostenían un techo ornamentado con imágenes de dragones en pleno vuelo. Engullidos por la penumbra y al reflejo de las llamas parecían criaturas reales que acecharan desde lo alto, con la mirada puesta en la entrada, donde una puerta de bronce se alzaba esbelta, infranqueable como el portón de un castillo.

La mirada de la sacerdotisa se posó sobre el fuego de una de aquellas fastuosas lámparas; en su danza, las flamas se multiplicaban, se separaban para luego fundirse de nuevo y, mecidas por el roce del aire, se agitaban inquietas como voraces serpientes.

Lady Moira había heredado el color azul de los ojos de su padre, de quien no guardaba ningún recuerdo debido a su muerte, tan temprana como violenta, a manos de caballeros helvatios. El dios de la Luz había dado buena cuenta de sus más allegados, sentenciando a muerte a numerosos hijos del fuego, considerados como bandidos, asesinos despiadados que eran condenados sin un juicio justo. «Athmer pagará caro por los abominables crímenes que sus siervos han perpetrado».

La puerta chirrió al abrirse pesadamente, como si se resistiera a dejar pasar a quien se encontraba al otro lado.

Entró un hombre delgado, de cabeza redonda y lampiña y unos ojos camaleónicos que parecían cambiar de color según el entorno; en aquel momento eran rojizos. Los pequeños aros que pendían de su oreja izquierda tintineaban susurrantes. Sus pies descalzos le dotaban de un paso tan silencioso como el de la sacerdotisa a medida que se acercaba, caminando entre las ostentosas columnas que sujetaban la habitación.

—Majestad… —inclinó la cabeza ante quien los hijos del fuego tenían no solo por sacerdotisa, sino también por su verdadera reina, la hija del dragón.

—Othor… —los rojos labios de *lady* Moira se torcieron en una media sonrisa. Su encantador rostro no era más que una máscara capaz de ocultar las más crueles intenciones. El fuego de sus palabras podía resultar tan mortal como las llamas salidas de las fauces de un dragón. Se decía de ella que había sido investida del supremo poder de controlar a estas gigantescas criaturas, hijas del único dios. Un día, ella los convocaría, los haría despertar de su letargo y los enviaría a arrasar las comarcas paganas. Móstur, Leryon… Sus dioses y habitantes arderían, se consumirían bajo un mismo fuego. Todos los pueblos serían testigos de la llegada del único dios verdadero, cuando sus hijos surcaran el firmamento y tiñeran los campos de un rojo que se confundiría con la sangre derramada por los idólatras. El sangriento anochecer de los falsos dioses daría paso a un nuevo despertar para la raza humana. Todos se arrodillarían ante el dios Dragón, y se postrarían ante ella, su hija.

Othor era uno de los acólitos que aguardaba la llegada de ese día. Vestía una túnica sin mangas, salpicada en tonos violáceos diluidos sobre un color rosado a punto de extinguirse.

—Tres de los emisarios que enviasteis hace un mes han regresado. Están a las afueras del templo y esperan el momento oportuno para presentarse ante vos.

—¿Tres? —la sacerdotisa frunció el ceño. Habían sido cuatro los acólitos elegidos para trasladar la «invitación» a la causa de los hijos

del fuego. «La conquista será lenta, difícil y, sobre todo, sangrienta —les había advertido—. Necesitaremos un ejército numeroso».

Un acólito había sido enviado al norte, a los clanes cercanos a las montañas de Fuego de Dragón. Constituían un aliado numeroso, pero no muy diestro en el campo de batalla.

Un segundo mensajero se había dirigido a las tierras de los salvajes. Allí encontraría numerosos grupos de bárbaros, sedientos de sangre y odio contra los pueblos de Móstur; no se doblegarían ante el dios Dragón, pero mientras pusieran sus armas al servicio de los hijos del fuego, sus creencias serían respetadas.

En cuestión de un mes podría tener ante sí a una fuerza capaz de hacer temblar los cimientos de Móstur a su paso. Pero necesitaba guerreros, verdaderos hombres duchos en el manejo de la espada y lo suficientemente valerosos como para no huir tras los primeros derramamientos de sangre. Al norte del Mar Rojo, la pequeña ciudad de Ark albergaba a antiguos caballeros, descendientes de los pueblos bárbaros que habían alcanzado las tierras civilizadas, adquiriendo las costumbres propias de lugares como Olmist o incluso Móstur en lo referente al arte de empuñar la espada. El único problema era su aversión a las creencias de los hijos del fuego y a cualquier otro dios, ya fuera móstur, leryón o nybnio. Su apoyo parecía tan difícil como necesario. Una centena de aquellos soldados sería de mayor utilidad que un millar de bárbaros. Allí habían sido enviados dos emisarios.

—Sí, majestad —Othor mantenía su mirada impertérrita, como la de una estatua.

—Tráelos hasta aquí.

Othor hizo una reverencia y salió de la estancia.

«Han regresado tres», *lady* Moira recordó el día en que los acólitos fueron nombrados para trasladar su mensaje a sus posibles aliados. Sus destinos eran tan dispares como las costumbres de los pueblos que allí habitaban. «Es posible que alguno se halla retrasado en su viaje», pensó al imaginar las tierras que habría de recorrer cada uno de los elegidos, hombres valientes que habían demostrado su fidelidad al dios Dragón y se habían consagrado a su servicio mediante un juramento sagrado.

«Tal vez esté muerto». Aquel pensamiento estremeció su corazón. Las tierras del norte tenían un peligro aún mayor que los bandidos. El sol podía resultar un mortal enemigo capaz de asesinar lenta y sigilosamente. Las arenas del Desierto Rojo ocultaban los restos de hombres y animales cuyos huesos permanecerían allí enterrados; un cementerio sin tumbas, un mar de arena que ahogaba los cuerpos de quienes se habían atrevido a enfrentarse a sus cálidas temperaturas sin

adoptar las precauciones necesarias.

Lady Moira se sirvió una copa de aguamiel, una mezcla que, aderezada con jengibre y tuna, mantenía un color verdoso y sabor un tanto ácido. Con los ojos entreabiertos sorbió un largo trago y respiró profundamente.

«Está muerto. El desierto lo ha matado». Era un presentimiento del que le resultaba imposible desprenderse. Lo sentía tan real, tan evidente… Ninguno de sus acólitos se hubiera retrasado más de lo previsto. Conocían la importancia que entrañaba su misión. El tiempo apremiaba.

Las manos de la sacerdotisa acariciaban la copa de cristal de fuego, que despedía centelleos anaranjados al contacto con las luces proyectadas sobre la estancia. En las lámparas de aceite, las llamas asomaban, se agitaban traviesas intentando salir del recipiente que las contenía. Su reflejo alcanzaba las ásperas paredes de una roca que parecía a punto de derretirse. Los dragones de la cúpula que cubría la sala observaban el eterno paso del tiempo desde la altura.

En un extremo del salón se perfilaba la imagen de una mesa. Tallada en madera de ébano, se alzaba como una sombra más de cuantas se encontraban a su alrededor. Descansaban sobre ella numerosos pergaminos, libros de pliegos toscamente encuadernados y antiguos volúmenes de raídas cubiertas que se desparramaban al mostrar su interior. Unos permanecían apilados, ordenados junto a los bordes; otros se agolpaban en una montaña a punto de derrumbarse. Las letras que contenían trazaban historias del pasado, de tierras próximas o reinos lejanos, religiones, costumbres y tratados, crónicas y mapas del mundo conocido. *Lady* Moira había devorado las líneas y párrafos de muchos de aquellos escritos, fuente inagotable de sabiduría y conocimiento que había aplicado durante el paso de los años hasta llegar a convertirse en la suprema maestra, la líder espiritual de los hijos del fuego: hombres y mujeres de distinta procedencia, pero unidos por la fe que abrazaba la sacerdotisa, esgrimiéndola como la empuñadura de una poderosa arma.

Agotó el contenido de la copa mientras sus ojos viajaban por los trazos de un mapa desplegado sobre la mesa. Cuatro piedras rojizas, apoyadas sobre las esquinas el papel mantenían abierto el pergamino, cuyos arrugados bordes se arqueaban hacia arriba como si se resistieran a revelar su contenido.

Los bárbaros que habitaban al este del Desierto Rojo eran los mercenarios más fáciles de conseguir. Su fidelidad se podría pagar con unas monedas de plata que los llevaría a arrastrarse ante *lady* Moira, a arrodillarse a sus pies si fuera necesario. Se postrarían ante cualquiera

que pudiera pagarles de forma generosa. Y ella se mostraba, en ocasiones, muy generosa en sus recompensas. «Unos hombres se mueven por el poder y otros, más dóciles, se conforman con el brillo del metal».

En los sótanos del templo había oro y plata suficiente para pagar a unos y otros: bárbaros, clanes del norte, tribus de Olmist… Las ofrendas al dios suponían un caudaloso y brillante río de riqueza que nunca se secaba. Los adoradores del Dragón se multiplicaban con el paso del tiempo. Muchas de las plegarias de los devotos se verían escuchadas, compradas con las ofrendas y sacrificios que hacían llegar a su templo sagrado para poner en manos de la sacerdotisa. «Su oro servirá para comprar la sangre de los idólatras». Aquel pensamiento asaltaba la mente de *lady* Moira cada vez que se perdía entre los corredores ocultos bajo el templo para contemplar cómo eran depositadas las riquezas puestas ante la deidad que los protegía. El dios Dragón estaba representado por una gigantesca criatura tallada en la pared principal del santuario, una amplia estancia que acogía a los peregrinos llegados de toda la región.

Las «Tierras del Fuego» debían su denominación al color rojizo de sus áridos paisajes repletos de arcillas, arenas parduzcas y Piedra Roja. La combinación de estos elementos convertía muchos de aquellos parajes en fraguas que forjaban el carácter rudo y acerado de sus habitantes. En este aspecto, *lady* Moira era una verdadera hija del fuego o, como muchos la llamaban, hija del dragón.

Las puertas de la sala chirriaron. Apareció Othor, abriendo el paso a otros tres hombres que caminaban por detrás de él. Avanzaban sigilosos, con los brazos cruzados y las manos ocultas bajo los pliegues de sus hábitos de color carmesí, la vestimenta propia de los devotos consagrados que, al servicio de la sacerdotisa, habían ofrecido sus vidas al dios Dragón.

«Mis queridos discípulos», *lady* Moira se acercó a ellos. A pesar de las sombras que los rodeaban, pudo ver la aflicción que desdibujaba sus rostros de tez dorada y ojos oscuros.

Ghilas había sido enviado a los clanes del Norte; Zenion a las tierras de los salvajes; y a Talioth y Grinnar se les había encomendado la misión de viajar a Ark… La inconquistable ciudad del sol era un bastión que resistía a las enseñanzas de cualquier creencia, como si los dioses quisieran mantenerse alejados de aquellas inhóspitas tierras. Talioth estaba allí, junto a sus compañeros. En cambio, Grinnar… La sacerdotisa roja fue consciente de que algo había ido mal en las tierras de los caballeros indomables.

Talioth se adelantó a los otros dos acólitos. Tenía los ojos

empañados por las lágrimas y sus labios temblaban.

—¿Dónde está Grinnar? —la mirada de *lady* Moira se tornó fría, a punto de ser desbordada por la ira.

El acólito giró la cabeza en dirección a Othor. El discípulo más cercano a la sacerdotisa sostenía algo que la penumbra reinante en la sala había estado escondiendo. Dio un par de pasos y alargó el brazo, dejando al descubierto un saco de color castaño repleto de oscuras manchas. Talioth rompió a llorar mientras el otro acólito vaciaba el contenido de la bolsa que había transportado desde Ark.

La cabeza de Grinnar rodó por el suelo nacarado de la sala. Tenía el rostro amarillento y putrefacto, picoteado por los cuervos, que seguramente habrían dado buena cuenta de sus ojos a juzgar por las cuencas vacías que arrebatan la mirada de aquella cabeza pútrida. El hedor de la muerte se hizo presente como una cálida ráfaga de las que azotaban el desierto.

—Guárdala en la bolsa —ordenó la sacerdotisa—. Talioth, cuéntame cómo ha sucedido.

El acólito asintió, intentando contener la presión que atenazaba todo su cuerpo. Las palabras se negaban a salir de su boca.

—Llegamos… a Ark, con la intención de presentarnos al gobernador y entregarle vuestro mensaje. Nada más cruzar la entrada fuimos sorprendidos por los centinelas que guardan la ciudad. Al ver nuestros distintivos de discípulos del dios Dragón, nos ataron con cadenas y nos arrastraron a las mazmorras.

—¿El gobernador se negó a recibiros?

—Según los soldados, fue el propio gobernador quien había ordenado nuestro encarcelamiento. Estuvimos dos días encerrados entre aquellos muros, hasta que por fin nos presentaron ante él. Tenía en la mano el pergamino con los términos de vuestra alianza. Estaba furioso… Dijo que Ark nunca se rendiría a los caprichos de una hija del fuego…

—¿Caprichos? —la sacerdotisa estalló de rabia—. Le ofrecí una alianza, un pacto cuyos términos le beneficiaban tanto como a nosotros.

—Él se lo tomó como un insulto, un intento de comprar a su pueblo… —Talioth tenía la mirada perdida en el suelo.

—Ese engreído *Sir* Womar… ¿Fue él quien ordenó matar a Grinnar? —los ojos de *lady* Moira eran como llamas de fuego a punto de abandonar su cuerpo.

—Sí —Talioth asintió—. Nos ataron a las columnas de su palacio y, en presencia de los miembros de su Consejo, amenazó con arrancarnos la lengua. Aquello debió de resultar divertido a los demás, porque uno

tras otro fue proponiendo otras alternativas más crueles y sanguinarias. Finalmente optaron por la propuesta del más anciano de los consejeros. *Sir* Womar tomó una moneda —se introdujo la mano en el bolsillo derecho de su túnica—. Esta moneda… —se la entregó a *lady* Moira.

El anverso mostraba la silueta de un anciano cadavérico, en contraste con la otra cara de la moneda, el rostro de un niño pequeño, un recién nacido: el leve tránsito de la vida reflejado en un pedazo de metal.

—Y echó a suertes vuestras vidas —*lady* Moira respondió por el acólito.

—Decapitaron a Grinnar en presencia de todo el pueblo. *Sir* Womar dijo que Ark nunca sucumbiría a los chantajes de los idólatras, ya fueran los siervos del dragón o los devotos de cualquier otro dios. «En Ark no hay sitio para ningún dios», gritó furioso. Las gentes aplaudieron su discurso. Después, me dio la bolsa con la cabeza de Grinnar. Me dijo que os la entregara, que era lo único que obtendríais de Ark…

—Obviamente, *Sir* Womar no es consciente del creciente poder de los hijos del fuego —*lady* Moira dirigió la mirada a Ghilas—. ¿Cuál ha sido la respuesta de los clanes del Norte a mi ofrecimiento?

El emisario enviado al norte de las Montañas del Fuego se adelantó y habló con voz solemne.

—Ghorbar, el Rey de «Montefuego», ha hablado en nombre de los clanes. Aceptan la propuesta que les hicisteis, pero piden más tierras en las que puedan asentarse.

—¿Rey?

—Sí, majestad. Ghorbar fue coronado por los clanes del Norte como Rey de las Montañas.

—Esos clanes siempre han deseado ejercer un mayor poder y nunca han reconocido a una autoridad procedente del sur de sus queridas montañas… ¿Se hace llamar rey? Lo trataremos como tal mientras nos ofrezca su ayuda… Los guerreros del Norte son numerosos, nos serán de utilidad.

—Y, respecto a lo de las tierras…

—El calor de «Fuego de Dragón» debe de haberse convertido en toda una pesadilla para los clanes. Desean tierras más habitables… Contaba con ello y me parece justo… ¿Qué te han respondido respecto al plazo para presentarse ante mí?

—En quince lunas estarán aquí, majestad.

Aquella respuesta agradó a *lady* Moira, que dibujó una enigmática sonrisa en su gélido rostro. Su mirada se posó sobre el tercer enviado,

Zenion.

—¿Has encontrado alguna tribu de los pueblos salvajes que desee unirse a nosotros a cambio de lo que les ofrecí?

—Sí, majestad —respondió el acólito, con una sonrisa asomando a sus labios—. La tribu más numerosa de las tierras salvajes del sur acepta vuestro oro a cambio de sus guerreros. Y es posible que se les unan otros pueblos si lo que les prometéis es marchar sobre Móstur.

—Todo a su debido tiempo. La traición de Ark supone un duro golpe al plan que tenía trazado. Tendremos que hacer una modificación en nuestro destino inicial. Esos caballeros… —*lady* Moira caminaba pensativa—. Habría bastado con una negativa a firmar el pacto. Su traición será severamente castigada. En cuanto lleguen los clanes del Norte partiremos hacia Ark.

—Pero, majestad —replicó Othor—. ¿Y si los norteños se niegan?

—No podrán negarse. Les ofreceré el doble de oro, el doble de tierras, a cambio de la destrucción de esa ciudad. Quiero que las arenas del Desierto parezcan una fértil llanura al lado de sus restos. Todas las comarcas serán testigos de su final.

—Sí, mi señora.

—Podéis marcharos. Todos, excepto tú, Othor.

Los acólitos abandonaron la sala. El sigilo de sus pisadas contrastaba con el susurro del crepitar de las llamas. El inextinguible fuego de las lámparas danzaba, se contoneaba insinuante, como si la sentencia dictada por la sacerdotisa hubiera despertado en él las mismas ansias de venganza que dominaban a todos los que estaban en la sala. *Lady* Moira contempló fijamente una de aquellas llamas y, por un momento, se imaginó a todos los consejeros de Ark en un fuego similar, gritando en mitad de una pira que ardería sin consumirse hasta convertir sus cuerpos en cenizas. «Ni siquiera los cuervos podrán acercarse a ellos», se dijo al recordar la visión de la cabeza de Grinnar.

—¿Qué queréis, mi señora? —la voz de Othor la devolvió a la realidad.

—Quema la cabeza de Grinnar. Entierra sus huesos y esparce sus cenizas al borde de las montañas… Pero guarda la bolsa en la que llegó hasta aquí. En menos de treinta lunas pondremos otra cabeza en su lugar. *Sir* Womar tendrá el presente que se merece como respuesta a su vileza. Eso solo será el presagio del final de Ark.

—Sí, majestad —Othor se perdió entre las negras columnas que ornamentaban la sala.

Lady Moira quedó de nuevo sola, abstraída en sus deseos de venganza. De nuevo sus ojos se recrearon en la visión de las llamas a la vez que sus temblorosas manos jugueteaban con la moneda que le

había sido entregada. Observó ambas caras: el niño que simbolizaba la vida y el anciano cadavérico que representaba a la muerte. Lanzó la moneda al aire y la atrapó de nuevo entre sus manos antes de que cayera al suelo. Deslizó suavemente su mano derecha, dejando al descubierto una cara de las monedas: el anciano.

«Tú suerte también ha sido echada, *Sir* Womar —los ojos de *lady* Moira centellearon—. Cuando las llamas alcancen tu pueblo desearás no haber sido nombrado gobernador de Ark».

CAPÍTULO 7

EL BOSQUE CENTINELA

—Bartheos…

Al sentir una mano que lo sujetaba por el brazo, el joven se sobresaltó. Apenas había tenido tiempo de escuchar el susurro a sus espaldas antes de sentir aquella presencia.

—No temas, soy yo… Yar Gregor.

El chico se sintió aliviado al descubrir quién era en realidad aquella silueta que ocultaba la oscuridad de la noche. El choque de las espadas había cesado y el silencio dejado tras el enfrentamiento resultaba aún más dramático. El caballero sintió el nerviosismo que invadía al hijo de *lord* Belson, un joven de frágil apariencia que parecía incapaz de sostener un arma. Y es que, a pesar de que la casa de los Lorioth nunca se había caracterizado por su destreza en el combate, Bartheos parecía estar llamado a ser el más inepto de todos los de su familia, en lo que al manejo de la espada se refería. De cabellos rizados, tierna mirada y delicadas facciones, aquel chico inexperto en el campo de batalla únicamente parecía capaz de vencer en un solo tipo de duelos: los que mantenía frente a las damas que inicialmente se resistían a sus dulces palabras, a la melodía de su arpa y al suave tacto de sus manos.

Pero allí, en tierras lejanas a la casa de su padre, no había doncellas a las que seducir, ni música que tocar o escuchar. La canción que predominaba en aquel lugar resultaba mucho más incesante y estremecedora; y la muerte era el juglar que con destreza tañía notas de dolor, en los afilados instrumentos que apagaban la voz de quienes los escuchaban.

—¿Te encuentras bien? —susurró Yar Gregor, tratando de adivinar en medio de la penumbra el estado del chico, que se limitó a pronunciar una ahogada afirmación temiendo que, en cualquier momento, una flecha terminara con su vida. Así había sucedido con

otro de los caballeros, que yacía a pocos metros de él.

—No podemos quedarnos aquí más tiempo. Tenemos que huir ya, Bartheos… o terminaremos como los demás.

—Todos… ¿están muertos?

—No lo sé. No creí que se nos echaran encima de esa forma… Nos dispersaron… Por detrás de mí solo podía escuchar los lamentos de quienes eran alcanzados por las flechas y… —Yar Gregor guardó silencio. Ambos habían escuchado el sonido procedente de unos matorrales cercanos.

—Bartheos… —insistió el caballero—. Si nos quedamos aquí nos matarán.

—Pero, si nos movemos, nos descubrirán enseguida.

—Y si no echamos a correr ahora mismo, seremos nosotros los que descubramos su llegada… demasiado tarde quizá. Toma, ponte mi escudo a la espalda. Y ahora rápido, sígueme.

El chico sujetó con fuerza el brazo de su acompañante mientras este empezaba a caminar entre los árboles, con la rapidez que el paso del joven le permitía. Las pisadas de Bartheos eran tan inestables como su propio estado de ánimo. Por detrás de ellos, los sonidos emergían de diferentes puntos y parecían cada vez más cercanos. La angustia del noble y de su guía iba en aumento. Cada pisada que daban le acercaba al corazón de un bosque frondoso y repleto de obstáculos que dificultaban su huida.

—Levántate, rápido —el chico había terminado en el suelo por segunda vez tras tropezar con uno de los troncos caídos.

—No puedo más… continúa sin mí, vete…

—No digas tonterías y ponte en pie —Yar Gregor tiró de él con fuerza hasta que se incorporó—. ¿Puedes andar?

—Creo que sí, pero estoy agotado.

—Un último esfuerzo… El otro grupo no debe de estar muy lejos de aquí —el caballero reanudó la marcha, agarrado al brazo del joven —. Les dejamos acampados a la orilla del río. Allí tenían que esperar nuestra llegada.

En medio de su infatigable carrera, el chico apenas podía distinguir las siluetas de un bosque que, convertido en una trampa repleta de sombras proyectadas en cada uno de sus rincones, no dejaba ver ninguno de sus límites. A punto de caer una vez más, Bartheos escuchó un sonido que apenas podía percibirse por el estrépito de sus pisadas. Poco a poco, el tortuoso ritmo de sus pasos cedió ante un susurro tranquilizador, el provocado por las aguas del río, cuyo cauce discurría entre las entrañas del bosque. Vio algo que se movía en la maleza, tras uno de los árboles que acababan de dejar a un lado: una

sombra que, escondida entre los arbustos, se deslizaba de un tronco a otro.

Antes de que Bartheos pudiera advertir al caballero, el sonido de las espadas ahogó su voz.

—Al suelo, muchacho —Yar Gregor se dejó caer tras unos matorrales, provocando que el chico hiciera lo mismo.

—¿Qué ocurre? —Bartheos estaba confuso.

—El grupo que estaba acampado junto al río. Por suerte, se encontraban atentos a nuestra llegada… y también a la de ellos.

De nuevo, los gritos volvieron a dominar el bosque. En esta ocasión no fueron los lamentos de los hombres que acompañaban al hijo del noble, sino los de sus perseguidores, algunos de los cuales pedían piedad antes de que el golpe seco de un arma acallara su voz para siempre.

—No te muevas de aquí —Yar Gregor se puso en pie—. Ahora estás a salvo tras nuestros caballeros.

—¿Dónde vas?

—A ayudarlos.

El chico se quedó quieto, tumbado en la húmeda superficie del bosque hasta que las espadas cesaron y únicamente se escuchó el grito de aquellos que habían sido tomados como prisioneros.

—¡Yar Gregor! —gritó uno de los escuderos que se encontraban junto a sus señores. A esta voz se unieron otras, algunas muy lejanas. En la penumbra resultaba difícil guiarse mediante la vista, pues las sombras de unos y otros se fundían con la maleza que poblaba el bosque. Los gritos y murmullos se fueron concentrando en un mismo punto a medida que el grupo volvía a reunirse tras el combate.

Muchos de los allí presentes manifestaban su nerviosismo, sentían la necesidad de retirarse a un lugar más seguro. La oscuridad se acercaba a pasos agigantados y, con ella, crecía entre los más jóvenes el miedo a un nuevo ataque.

Bartheos distinguió, cerca de él, algunas de aquellas voces. Nada más ponerse en pie, descubrió la tenue luz de una primera llama, prendida por uno de los hombres que, en posiciones más cercanas al río, aún montaba sobre su caballo. Por detrás de él avanzaban otros jinetes que, silenciosos, le seguían en línea a través de lo que parecía una construcción levantada en medio de las aguas.

—Traed a los prisioneros —la voz de Yar Gregor resultaba inconfundible. Aquel caballero, el más veterano de todos los elegidos por *lord* Belson para adiestrar a su hijo, parecía conocer siempre el momento más propicio para actuar. Su firmeza en cada una de las órdenes que daba, en las decisiones que tomaba, le hacían merecedor

del respeto y fidelidad de todos cuantos le servían con honor y orgullo.

Yar Gregor se situó junto al portador de la antorcha. Congregados en torno a la luz, el resto de los hombres dejó libre el paso a quienes, sujetando con fuerza a los cautivos, los llevaban casi a rastras por el suelo.

—¿Quiénes sois? —al reflejo de la llama, la figura del caballero parecía aún más imponente. Apoyado sobre su espada de dos manos, clavó la mirada en aquellos hombres que, con la cabeza inclinada hacia abajo, escondían su rostro ante quienes los rodeaban.

—¡Os he hecho una pregunta! —el grito de Yar Gregor se apoderó del bosque, intimidando incluso a los escuderos más veteranos que le seguían.

—Por favor, no nos hagáis daño… —respondió entre sollozos el prisionero más joven.

El caballero alzó la espada y apoyó la hoja contra su propio hombro mientras caminaba hacia los tres hombres. El que acababa de hablar alzó lentamente la vista y su mirada se cruzó con la del líder del grupo, cuyo rostro reflejaba la impaciencia ocasionada por la falta de una respuesta convincente.

—Hijo… —el caballero empleó un tono más suave—. Eso dependerá de lo que tú y tus amigos me contéis…

De nuevo se hizo el silencio, y mientras los cautivos se miraban preguntándose qué debían responder, Yar Gregor se dirigió al borde de la construcción sobre la que todos ellos se encontraban, un antiguo puente que comunicaba ambas orillas del río.

—¿Y bien? —se apoyó sobre una de las barandillas que aseguraban el paso por el puente—. ¿Alguno de vosotros va a responder a mi pregunta? —miró hacia abajo, donde el paso del río apenas podía adivinarse por el apacible sonido de sus aguas. El silencio de los prisioneros se estaba prolongando demasiado. Los acompañantes de Yar Gregor tenían la certeza de que, de continuar el mutismo entre los cautivos, uno de ellos sería ejecutado allí mismo, delante de los otros dos. Tal vez sería la única manera de obtener las primeras respuestas. Por detrás de todos ellos, el joven Bartheos no podía apartar la vista del caballero, mientras se preguntaba qué estaría pasando por su mente en aquellos instantes. A pesar de no ver cumplidas sus órdenes, irradiaba una seguridad en sí mismo que en pocas ocasiones manifestaban aquellos que, como él, tenían el mando sobre los caballeros que servían a las casas más importantes de Móstur.

—Atadlos —Yar Gregor mantenía la mirada fija en el fondo oscuro que se encontraba por debajo de todo el grupo—. Beldior, alcánzame

una soga.

El joven escudero, un mozo delgado y de corta estatura, corrió hacia uno de los caballos para cumplir sin demora el encargo de su señor.

—Si nos encontráramos en Móstur, os ataría a la rueda del molino y la giraría hasta que vuestros cuerpos quedaran bajo el agua durante unos momentos… —el caballero caminó hacia su escudero, que portaba la soga solicitada, una gruesa cuerda de unos cuatro o cinco metros de longitud—. Y así lo haría una y otra vez, dejándoos sumergidos cada vez más tiempo, hasta que respondierais a cada una de mis preguntas… o hasta que se me olvidara hacer girar la rueda para sacaros del agua. Por desgracia para vosotros, aquí no hay ningún molino —caminó hasta el borde del puente, mirando al vacío que se encontraba al otro lado—. No creo que, si dejo caer un extremo de la soga, logre alcanzar las aguas del río… ¡Traed al prisionero más joven!

Yar Gregor tomó un extremo de la soga. Sus manos dieron forma a un nudo que todos los allí presentes conocían muy bien. Las ejecuciones por ahorcamiento era una práctica muy extendida en cualquier ciudad.

—¡Por favor! ¡Detened todo esto, mi señor! —imploró el más anciano de los prisioneros, al ver cómo otro de ellos era empujado hasta caer frente al caballero.

—¿Es vuestro hijo? —preguntó Yar Gregor.

—Así es.

—Entonces estoy convencido de que, por su bien y el vuestro, me contaréis quiénes sois y qué hacíais en estas tierras. Si vuestras palabras me convencen, os dejaré vivir. Si por el contrario mentís, vuestro hijo será el primero en morir. ¿Me habéis escuchado bien?

—Sí, señor.

—Entonces hablad.

Tras el gesto del caballero, el hombre dio un paso al frente y levantó la vista. Sus ojos no sabían dónde mirar y sus labios no parecían muy seguros de qué decir. De rodillas, junto a él, su hijo respiraba con dificultad, luchando por mantener la calma.

—Somos… Éramos campesinos, en las tierras de Olmist. Vivíamos a las afueras de la ciudad, donde teníamos nuestra granja. Allí luchamos por sobrevivir hasta que la hambruna sacudió toda la región. Robados… asaltados por nuestros propios familiares y aquellos que un día creímos nuestros amigos, tuvimos que huir de allí y buscar refugio en la espesura del bosque, donde hemos estado viviendo en los últimos tiempos.

—¿Saqueando y robando, como un día os hicieron a vosotros?

—No hemos tenido más remedio que hacerlo si no queríamos morir de hambre.

—Así que, asaltáis a los viajeros y comerciantes, los matáis y os quedáis con todo aquello que tienen de valor…

—No los matamos, mi señor…

—Entonces, ¿por qué habéis disparado vuestras flechas contra mis hombres?

—Nosotros… no queremos matar a nadie. Pero ellos nos obligan.

—¿Ellos?

—Sí, los bandidos de las cofradías de ladrones. Están repartidos por toda la región. Nos dan protección a cambio de trabajar para ellos…

—De robar… para ellos —corrigió Yar Gregor.

—Ellos son los que deciden las caravanas que hay que asaltar, los comerciantes a los que se puede matar… Ellos lo controlan todo, nos exigen entregarles lo que robamos. Si no lo hacemos…

—Os matan a vosotros, ¿verdad?

—Sí. Lo han hecho con muchos. Es imposible escapar a su control.

—Lo sé… Durante años hemos intentado acabar con ellos, pero cuando matábamos a su cabecilla enseguida había otro que ocupaba su lugar. Son como las ratas de las cloacas… Mis hombres han matado a varios de tus arqueros… ¿Eran también campesinos, como vosotros?

—Algunos… En las cofradías se han estado integrando muchos hombres y mujeres que han perdido todas sus posesiones: tierras, ganados… Han caído, como nosotros, en las garras de esos bandidos que nos utilizan como sus siervos.

—Dime, campesino, ¿qué es más difícil, escapar de las cofradías de ladrones o escapar de la justicia?

—La condena por tratar de escapar de la cofradía siempre es la misma: la muerte. La justicia, en cambio, es más benévola con aquellos que robamos por sobrevivir.

—Que matáis, por sobrevivir… Y a vosotros, ¿cuál es la cofradía que os ha… acogido?

—Los «Hijos de Briathor», mi señor.

—¿Tienes mujer?

—Sí.

—¿También está integrada en la cofradía?

—Todos los miembros de mi familia lo están. Por favor, ayudadnos, mi señor. No tenemos escapatoria. Si no regresamos con algo de valor entre las manos, nos matarán.

—Y si venís conmigo, tendréis que ser juzgados en Móstur,

acusados de robo y asesinato.

—Os juro que yo no he matado a nadie, ni mi hijo tampoco. No somos unos asesinos.

—Eso ya he podido leerlo antes en su rostro —Yar Gregor se acercó al joven, que continuaba de rodillas, tembloroso y con la cabeza agachada—. En realidad, creo que es lo único cierto de todo lo que me habéis contado.

Sin esperar a escuchar la respuesta del prisionero, el caballero alzó la espada y, delante de todos, descargó un golpe mortal contra el joven, al que decapitó ante los gritos ahogados de su padre. Este se puso en pie y, con los ojos inyectados en sangre, se dirigió hacia Yar Gregor, que no tuvo ningún reparo en atravesarle con la hoja aún manchada con la sangre de su hijo.

En medio del silencio, todos observaron los cuerpos sin vida de ambos prisioneros. Al ver aquella terrible escena, Bartheos sintió náuseas y tuvo que retirarse para vomitar detrás de un árbol.

—Traed tres lanzas —ordenó el caballero, mientras limpiaba su espada en las vestiduras de uno de los muertos—. Matadle y colgad sus cabezas al otro lado del puente, para que los demás se lo piensen antes de cruzar a este lado. Echad sus cuerpos al río.

Yar Gregor se retiró con rostro serio, aparentemente enojado. Mientras tanto, uno de los hombres que se encontraban cerca de él se encargaba de ejecutar la sentencia. Entre gritos de súplica, el último prisionero fue asesinado y decapitado tal y como había sido ordenado. Después, entre varios hombres tomaron los cuerpos y, dejando un reguero de sangre en la roca del puente, los arrastraron hasta el borde y se deshicieron de ellos, arrojándolos a las aguas.

Cuando el líder de los caballeros y su grupo abandonaban el puente en dirección a Móstur, las cabezas de los tres desconocidos permanecían hundidas en el otro extremo de las lanzas, clavadas junto a la piedra como señal de advertencia a aquellos que pudieran estar siguiendo de cerca al grupo. A medida que se alejaban, la huida de la luz sumía en la más absoluta oscuridad los restos de la ejecución perpetrada por los caballeros.

Consternado por el dramático final del interrogatorio, Bartheos miraba a su alrededor, buscando algún rostro que compartiera sus mismos sentimientos. Los demás miembros del grupo parecían haber asimilado lo sucedido como si se tratara de algo normal, de otro de esos acontecimientos diarios a los que cada uno de aquellos hombres estaban tan acostumbrados. El hijo de *lord* Belson no podía creer que Yar Gregor hubiera sido capaz de llevar a cabo semejante acto de crueldad contra unos hombres desarmados. Necesitaba comprender

qué había pasado por la mente del caballero.

—Yar Gregor… —le llamó cuando pasó junto a él.

—Ahora no, Bartheos… Necesito unos momentos de reflexión —el caballero espoleó a su montura y se separó del noble—. ¡Acelerad el paso! Tenemos que dejar atrás este bosque cuanto antes. Cerca de la montaña que se encuentra al otro lado podremos detener la marcha y acampar. ¡Rápido, no os detengáis!

Bartheos decidió no insistir. Sin embargo, durante el resto del tiempo que duró el viaje hasta que detuvieron la marcha, no pudo dejar de pensar en las palabras del prisionero, tratando de averiguar el motivo que habría empujado a Yar Gregor a no creer en las palabras del campesino. Aquellas mentiras debían de ocultar algo demasiado valioso como para arriesgar su vida, la de su hijo, y la del otro hombre que tampoco había logrado escapar a un cruel destino.

CAPÍTULO 8

EL DESIERTO ROJO

Tenían la cabeza rasurada y una piel tostada bajo la eterna mirada del sol. Los tatuajes que recorrían sus cuerpos musculados los identificaban entre el resto de hijos del fuego como auténticos guerreros, siervos del dios Dragón.

Los exploradores enviados por Drakkan habían contado cinco, aunque en realidad eran siete, una diferencia que no resultaba demasiado trascendente teniendo en cuenta la superioridad de la compañía del cazadragones en un territorio propicio para emboscar a sus enemigos. En las cercanías del desierto, las arenas trazaban caminos que serpenteaban entre las masas de roca roja que se repartían a su alrededor, el cobijo más adecuado para esconderse y poder atrapar a los inesperados visitantes.

Las instrucciones de Drakkan habían sido escuetas y precisas. «Necesito a dos hombres vivos y en condiciones de caminar. Con el resto, haced lo que queráis». Los demás sonrieron, tomaron sus armas y ocuparon sus puestos. Una vez más, la arena roja que rodeaba su bosque de piedra sería regada con sangre enemiga.

Sílax caminaba a la cola del grupo. La espada que le había sido entregada era liviana y equilibrada. Su rugosa empuñadura tenía un tacto suave y más frío de lo que pudiera imaginarse. Su hoja desprendía un brillo cegador. Al lado del caballero, la pequeña Shyra sostenía un arco largo. A su espalda, las flechas que llenaban el carcaj se antojaban excesivas para el número de enemigos que deberían abatir. Sus pequeñas plumas rojas sobresalían como la colorida cresta de un ave. La chica mantenía su cuchillo enfundado, siempre al alcance de su mano derecha. Era su principal compañero de viaje.

Los hijos del fuego caminaban en dos filas, buscando a su alrededor cualquier rastro de vida. Y aunque resultaban sigilosos, el desierto no era el lugar más adecuado para pasar desapercibido o

poder esconderse con facilidad. Los exploradores de Drakkan no solo tenían el oído bien entrenado, sino que su mirada tenía un gran alcance. Además, conocían cada palmo del desierto, cada árbol o matorral que se alzaba en el extremo desde el cual oteaban el horizonte como aves rapaces.

La primera piedra alcanzó a uno de los guerreros situados en las posiciones más retrasadas. Fue un golpe seco en la cabeza que lo hizo caer al suelo, desplomado como si se hubiera desmayado por el calor. Eso fue lo que pensó uno de sus compañeros, hasta que vio la sangre que manaba de la brecha abierta en la cabeza, un líquido oscuro que se secaba al contacto con la arena. Una flecha alcanzó a otro de los guerreros en el ojo. Su cuerpo sin vida se desplomó y rodó unos metros por las cálidas arenas. Fue el preludio de un enfrentamiento que no debería prolongarse demasiado en el tiempo.

Fragmentos de roca roja y flechas con plumas del mismo color, tributo a la sangre derramada que desaparecía, absorbida por la aridez del terreno. Sangre roja a las puertas del desierto rojo. Los cuerpos de los muertos pronto serían enterrados como si hubieran caído sobre un mar de lodo. Antes de que Drakkan y el resto de los hombres a espada se dejaran ver ya había tres cadáveres, tres hijos del fuego naufragando en las onduladas olas que convertían la estéril superficie en un lago sediento de sangre.

El cazadragones y los suyos irrumpieron en gritos, apareciendo entre las rocas que rodeaban a los siervos del dios Dragón. Ya solo quedaban cuatro. El líder del grupo desenvainó su espada.

—Vosotros, mantened alejados a los demás —Drakkan se adelantó a los suyos, pensando que si acababa con el hombre que se le acercaba sus seguidores se rendirían. «Necesito al menos un par de ellos con vida».

Por un momento, el resto de las combatientes permaneció expectante. Rodeados y en inferioridad numérica, los hijos del fuego sabían que sus opciones de salir con vida eran más bien escasas. Los tres cadáveres que poco a poco eran engullidos por una depredadora arena así lo atestiguaban. Los acompañantes de Drakkan tampoco parecían decididos a atacar, al menos mientras el enfrentamiento entre su líder y el guía de los hijos del fuego fuera cosa de dos.

El cazadragones observó a su adversario. Era un individuo de cuerpo desproporcionado: brazos hercúleos y abdominales marcados que resultaban exagerados en comparación con su altura y el recorrido de sus piernas, gruesos pilares que soportaban un peso excesivo. El dragón de color verde tatuado en su pecho parecía estar a punto de derretirse bajo los rayos de un sol implacable. El sudor recorría su

cabeza lampiña en pequeñas gotas que se multiplicaban por encima de su frente y resbalaban hasta acercarse a una mirada oscura, fija.

La espada del guerrero mordió la arena en dos ocasiones, haciendo saltar una nube de polvo, como si la sangre de la tierra saliera a borbotones a través de la herida recibida. Drakkan se movía con agilidad entre los montones de arena. No era tan corpulento como el otro hombre, pero sus pasos resultaban livianos, como si sus piernas estuvieran ligeramente elevadas por encima de las rojizas olas. Un primer ataque hizo que el siervo del Dragón trastabillara al tiempo que sus espadas chocaban. La hoja que esgrimía el cazadragones era más sutil y alargada. Su brillo plateado contrastaba con los destellos que despedía la otra arma, cuyo metal más bien parecía un cristal curvo de color azabache.

El hijo del fuego sujetó su espada con ambas manos y descargó un mandoble que hubiera sesgado el cuerpo de Drakkan en dos de no ser por su habilidosa respuesta. El cazadragones interpuso de nuevo su espada, con una elegancia que parecía exenta del esfuerzo que en realidad estaba realizando. El sudor recorría todo su cuerpo como si acabara de bañarse. Un nuevo grito de ira precedió a otra acometida del hombre dragón. Al contacto con las gotas que caían por su pecho la criatura parecía cobrar vida, intentando abandonar su prisión para salir volando, libre. Una nueva columna de polvo ocultó a ambos. Por encima de ellos, el cielo parecía un reflejo de la arena que los rodeaba. Su color rojizo imploraba el derramamiento de sangre, una ofrenda a punto de ser presentada ante los dioses, si es que allí pudiera habitar algún dios.

Drakkan insistió en un nuevo ataque. Su rival parecía más torpe a la hora de retroceder, alejándose momentáneamente del centelleante filo que, como una serpiente, trataba de morderlo. La mordedura le alcanzó en el hombro izquierdo. La sangre desbordó el corte y se derramó por el brazo en finas hileras. El cazadragones sonrió, convencido de que una o dos embestidas más bastarían para hacer caer al siervo del dios de fuego. Entonces no dudaría en atravesar su corazón. Eran asesinos, fanáticos seguidores de una deidad cuyas llamas devoraban a todo aquel que se negara a someterse bajo su yugo.

El hijo del fuego lanzó un grito de rabia y atacó. Drakkan se echó a un lado, esquivando el ataque con facilidad. La embestida fue predecible, al contrario de lo que sucedió a continuación. Al moverse hacia un lado, las gotas de sudor que amenazaban su mirada se deslizaron traicioneras, primero sobre su ojo derecho. La vista se le nubló al tiempo que un ligero escozor le hizo cerrar los ojos. El hijo

del fuego aprovechó ese margen de tiempo que la fortuna le había concedido. Se lanzó contra Drakkan y le hizo caer al suelo. La espada plateada salió volando y se perdió en la arena a unos metros de donde ambos hombres se encontraban envueltos en una nube rojiza. Drakkan estaba tendido boca arriba, aturdido por el golpe. Encima de él, el hijo del fuego sonreía mientras, con una rodilla postrada en tierra, levantaba su espada curva para asestar el golpe definitivo.

—¡No! —el grito de Shyra encontró su eco en las paredes de roca parduzca que la había mantenido oculta a la vista de todos.

Por fortuna para Drakkan, la muchacha hizo algo más que elevar la voz. El hijo del fuego sintió un dolor punzante, bajó la mirada hasta dar con la flecha que acababa de alcanzarlo y sintió la muerte que se abría paso en su interior. El dragón verde tatuado en el pecho sangraba abundantemente, herido en el rostro. Dragón y hombre cayeron al suelo, mortalmente lacerados.

—¡Rendíos! —gritó uno de los acompañantes de Drakkan, el hombre robusto que había rescatado a Sílax de una muerte segura en el desierto. Shyra apuntaba a un nuevo objetivo. Y todos los demás se acercaban peligrosamente, cerrando el círculo que rodeaba a los fanáticos.

Los hijos del fuego se miraron. Eran tres, frente a una docena de enemigos. Sujetaban sus espadas de hoja negra conscientes de que nada podrían hacer frente a los arcos de algunos de sus captores. En un gesto lleno de rabia, uno de ellos arrojó su arma al suelo, esperando que los demás lo imitaran. Las espadas se perdieron en la arena.

El silbido de una flecha rompió la calma dejada por el silencio de los aceros; uno de sus portadores dio un grito y se llevó la mano a su hombro. La pluma roja delataba a la autora del ataque.

—¡Shyra, basta ya! —gritó Drakkan.

La muchacha ya había tomado otra flecha tras errar en su anterior disparo. Había apuntado a la cabeza de aquel miserable. En sus ojos podía leerse una mirada repleta de odio. El pulso le temblaba y su vista se había empañado. Con el arco tensado y otro proyectil a punto de ser lanzado, contuvo la guerra desatada en su interior: el recuerdo de los hijos del fuego matando a los suyos frente a la orden de Drakkan, a quien había tomado, más que por líder, por un verdadero padre.

—Por favor —la voz del cazadragones sonó como una tierna súplica.

Llevada por la rabia, apuntó a la izquierda de su objetivo y dejó escapar la flecha. El proyectil pasó a un lado del herido y despidió un

destello en su roce contra las rocas. Shyra arrojó el arco al suelo, incapaz de comprender por qué Drakkan estaba dispuesto a perdonar la vida de aquellos asesinos.

Los hijos del fuego fueron arrojados al suelo y posteriormente obligados a caminar con las manos atadas a la espalda. A su alrededor, las miradas de sus captores permanecían atentas a cualquier intento de fuga. Al igual que Shyra, había quienes no dudarían en acabar con todos los adoradores del dragón si el cazadragones se lo permitiera. En un enfrentamiento con los hijos del fuego nunca se habían hecho prisioneros. El Desierto Rojo terminaba siendo el destino de sus cadáveres. Al menos así conseguían atraer a las serpientes, escorpiones e incluso aves rapaces que podrían servir luego de alimento, guisados o asados y hechos rodajas, como solía hacer Shyra.

Drakkan se situó a la cola del grupo, antes de dirigir una última mirada al líder de los fanáticos, que tenía los ojos abiertos y la boca torcida en una amarga expresión. Sus brazos inertes caían desparramados como gruesas ramas de un tronco podrido. El dragón tatuado en el pecho había desaparecido, ahogado bajo la sangre que rodeaba a la herida. «Que su dios dragón se encargue de él». Los ojos del cazadragones se detuvieron en la flecha clavada en el cadáver. La pluma roja le recordó a quién debía agradecer el seguir con vida.

—Shyra… —llamó a la muchacha, situada junto a Sílax, unos metros por delante.

—Gracias —le dijo cuando estuvo frente a ella—. De no ser por ti, ahora estaría muerto. —Echó a andar, de nuevo.

—Así es como deberían estar todos ellos… —señaló a los prisioneros—. Muertos…

—Sé que el dolor que sientes por lo de tu familia nunca te abandonará. Será un recuerdo permanente de lo cruel que puede llegar a ser el hombre. Sé que estos fanáticos no merecen vivir. Son asesinos que matan sin necesidad, sin remordimientos.

—Entonces…

—Debes aprender a controlar tus impulsos, pequeña —la miró con ternura—. De lo contrario, tus instintos te llevarán a la perdición. Confía en mí. Todo este tiempo he estado dirigiendo vuestros pasos. Y no nos ha ido mal, ¿verdad? Ahora tenemos un nuevo compañero, que necesita de alguien que esté junto a él para enseñarle nuestra forma de vida en estas tierras tan ingratas.

—Lo sé —Shyra dirigió la vista a Sílax, que caminaba por delante de ellos, atento a todo cuanto sucedía a su alrededor. El caballero parecía aliviado por no haber tenido que entrar en combate. Todo había sido más fácil de lo que un primer momento había imaginado.

—En ese caso, serás su maestra.

—No lo entiendo —los ojos de la muchacha se posaron sobre los prisioneros—. Ellos no nos habrían dado una oportunidad. Estaríamos muertos, como mis padres. ¿Por qué les perdonas la vida?

Drakkan la sujetó del brazo, obligándola a detenerse para guardar cierta distancia con el resto del grupo. Se agachó para ponerse a su altura y dejó escapar una sonrisa.

—¿Perdonarles la vida?

—Sí. Es la primera vez que no…

—No he dicho nada de perdonarles la vida. Lo que ocurre es que, por el momento, los necesitamos vivos.

—¿Por el momento?

—Ya te lo explicaré… Os lo explicaré a todos. Pero hay algo que, si te sirve de consuelo, quiero que tengas presente: los cadáveres de estos también servirán de alimento, pero no para el desierto —su expresión se tornó severa al dirigir la mirada a los prisioneros.

«El desierto ya se ha alimentado de suficiente sangre».

CAPÍTULO 9

MÓSTUR

Darr abrió los ojos, despertando de un nuevo sueño. A lo largo de toda la noche, su mente había dibujado imágenes de la fachada exterior del templo, de una ceremonia, de las murallas de Móstur… Sus pensamientos, fijos en la proximidad del rito de admisión a la Orden, le habían transportado durante la madrugada a extraños lugares, inexistentes parajes que habitaban en algún rincón perdido de su imaginación.

Acariciado por las primeras luces del nuevo día, el chico se acercó al único ventanuco de la habitación asignada por Zen Varion. Esta era una estancia sencilla, muy propia para un iniciado en la Orden Helvatia. Sus desnudas y húmedas paredes de color pálido parecían a punto de derretirse en un suelo de madera que crujía al sentir cualquier peso sobre sus tablones. La presencia de un humilde camastro, un escritorio y un viejo arcón daban forma al mobiliario. Estos elementos eran los únicos que podían encontrarse en los dormitorios de los clérigos menores de la Orden. Contiguas unas de otras, ubicadas en torno al pasillo que recorría toda la planta, estas sobrias alcobas se disponían de tal modo que la diferencia más apreciable entre ellas era la posición ocupada por un mobiliario similar a todas.

La mirada de Darr trataba de abarcar todo cuanto sucedía en el exterior, donde la visión de los jardines que rodeaban la Morada constituía todo un regalo con la llegada del nuevo día. Paseando por el mosaico formado por los numerosos rosales que daban colorido a la explanada exterior, algunos caballeros de la Orden conversaban apaciblemente con un grupo de jóvenes denlores que, camino del templo, se preparaban para hacer llegar a los dioses las primeras oraciones del día.

Tras un par de golpes que retumbaron en las paredes, la puerta de

la habitación se abrió lentamente, dando paso a la imagen de ZenVarion.

—Date prisa, Darr. Nos esperan para acudir al templo. ¿Has podido descansar?

—Creo que no he dormido ni la mitad de la noche —respondió el chico, frotándose uno de los ojos.

—Me lo imaginaba. A mí me pasó lo mismo la noche anterior a mi nombramiento. Son muchos los recuerdos, las emociones… e incluso las dudas, en las horas previas al que ha de ser uno de los principales momentos de tu vida. Antes, la ceremonia tenía lugar aquí mismo, en el Templo de Zelsios. Acudían Presthes, zenlores y denlores venidos de otros pueblos y ciudades próximas… o lejanas. Los alrededores de la Morada se convertían en un continuo ir y venir de clérigos y caballeros… Era un día de gratos encuentros y experiencias compartidas que alimentaban nuestra fidelidad a Athmer a través de una mayor unión —los ojos de Zen Varion se abrieron aún más y su boca se arqueó en una sonrisa iluminada por aquel gratificante recuerdo.

—¿Por qué ahora no se celebra aquí? ¿Por qué en el Templo de Athmer?

—Porque allí el rito adquiere una especial trascendencia. Zelsios es el padre de todos los dioses, pero Athmer es a quien realmente vas a consagrar tu vida. Hace unos años, el Gran Maestro decidió que todas las ceremonias de consagración a Athmer debían celebrarse en su templo, aunque fuera en el extremo más alejado de la ciudad. Y creo que acertó con esa decisión. Puede que no sea un lugar tan imponente como este, pero sí es un templo mucho más antiguo y de mayor tradición. Ha sobrevivido a todos los ataques a Móstur, como si los pueblos salvajes que un día casi nos arrebatan la ciudad sintieran demasiado respeto, casi miedo, por aquel espacio sagrado.

—¿Quién presidirá la ceremonia?

—El Gran Maestro es quien toma esa decisión, pero nadie ha sido capaz de decirme dónde se encuentra. Supongo que Yar Wistler tenía razón: los miembros del Consejo deben de estar preparando otra de esas reuniones secretas. Y solo ellos y los dioses saben qué importantes asuntos serán tratados.

—Entonces, ¿no podremos ver al Gran Maestro?

—No te preocupes. Tendrás tiempo de sobra para conocerlo, ahora que ya estás aquí para quedarte entre nosotros. Sin embargo, debo advertirte. No te hagas demasiadas ilusiones. Therios es un hombre poco dado a dejarse ver o conocer. Seguramente, solo oirás de sus labios unas cuantas palabras de ánimo y perseverancia en el camino

nuevo que vas a emprender, en compañía de los nuevos denlores… Por cierto, ¿has llegado a conocerlos?

—Ayer tuve tiempo de hablar con alguno de ellos, antes de irme a dormir.

—Seguramente, sus dudas serán las mismas que las tuyas. Procura relacionarte con los denlores que encuentres entre estos muros. Algunos llevan aquí poco más de un año. Sería un buen momento para conocer mejor la vida de los ya iniciados a la Orden. Hay excelentes jóvenes llenos de ilusión por poder ayudar a quienes más lo necesitan. Algunos terminarán convirtiéndose en zenlores… otros se quedarán en el camino, abandonarán tras ser conscientes de los muchos sacrificios que supone la vida de un clérigo. La voluntad es una fiera difícil de dominar cuando parece que se la enjaula para siempre… No te asustes, Darr —Zen Varion había visto el cambio de expresión en el rostro de su alumno—. No te hubiera traído hasta aquí si no estuviera plenamente convencido de tu disposición… y de tus cualidades para convertirte en miembro de la Orden.

—¿Y qué pasa con mis defectos? Muchas veces me habéis dicho que pueden llegar a hacerme sucumbir.

—Únicamente si no los reconoces. El hombre que es consciente de sus debilidades las hace frente y, tarde o temprano, gana la batalla contra sí mismo. Pregunta a los caballeros y te hablarán de los muchos sacrificios que han tenido que llevar a cabo para ganarse el honor y el respeto, no solo de los demás, sino también de sí mismos. Sin embargo, el hombre que no reconoce sus defectos tiene un problema mayor, pues sus debilidades se convierten en un enemigo invisible a sus ojos, en una enfermedad que lo devora poco a poco… Siento haber empezado a sermonearte desde las primeras horas de la mañana… Date prisa, que llegamos tarde.

—¿Tengo que llevar algo al templo?

—No es necesario hacer ninguna ofrenda, por el momento. Eso sí, no olvides ponerte la capa y las sandalias que encontrarás en el arcón. Los dioses se merecen el mayor de los respetos por parte de aquellos que acuden a su sagrado hogar.

El chico obedeció y, cuando estuvo dispuesto, ambos abandonaron aquella pequeña estancia. Recorrieron un pasillo repleto de alcobas gemelas hasta alcanzar las escaleras que descendían a la planta principal, presidida por un atrio. En el interior de la sucesión de arcos y columnas que constituían el perímetro del patio destacaba un cuidado jardín repleto de colorido. En el centro, una fuente presidía el que para muchos era, sin duda, uno de los rincones más hermosos de Móstur. El agua se derramaba por el pilón, tejiendo a su incesante

paso una melodía capaz de silenciar a todos cuantos se acercaban por primera vez a ella, para contemplar la belleza de su transparente roce con el mármol. De un blanco puro como el que se empleaba para esculpir las estatuas de los dioses, la fuente constituía no solo el centro del jardín, sino también el corazón de la Morada.

La emblemática construcción de los helvatios era, para muchos, un excelente refugio que les protegía de la barbarie del mundo exterior. Numerosos clérigos y caballeros acudían allí, buscando la tan ansiada paz que sus almas demandaban en determinados momentos de sus agitadas vidas.

Zen Varion reconoció a varios de los maestros y caballeros que, en las inmediaciones del jardín, esperaban el momento de acudir al templo a presentar sus primeras plegarias. Caminando junto a él, Darr observaba a los helvatios con el deseo de unirse lo antes posible a ellos, de ser uno más de los denlores, de ser admitido definitivamente en la Orden. Su maestro también estaba impaciente por verle convertido en uno más de todos aquellos jóvenes siervos de Athmer.

—Cuando regresemos te presentaré a algunos de los zenlores que se encargan de instruir a los iniciados. Aún recuerdo el día en que me presentaron a los mayores maestros la Orden. Yo tenía, más o menos, los mismos años que tú tienes ahora. Por aquel entonces, la rama de los clérigos poseía más miembros que la de los caballeros… Cómo ha cambiado todo. Y eso que ahora tampoco estamos atravesando por momentos muy delicados.

—¿Hay muchos iniciados?

—En los últimos tres años se han incorporado cerca de cincuenta nuevos miembros. Varios han abandonado después de ser nombrados denlores. Sin embargo, los caballeros han ido añadiendo un número bastante más amplio de jinetes a la Orden. La caballería está muy valorada, tal vez demasiado… sobre todo por la nobleza, que necesita continuamente incorporar nuevos guardianes a sus casas, nuevos vasallos con los que incrementar su poder y su influencia. Y eso se paga, y bien, al caballero. Por eso, aunque la mayor parte de nuestros jinetes sirve a Athmer antes que a sus señores, son muchos los que sirven, por encima de todo, al «dios» oro. No ocurre así entre nuestros clérigos, hombres acostumbrados a una vida alejada de los lujos, de las posesiones materiales. Por eso somos más libres. Y aunque tal vez nuestra fortaleza física sea menor que la de los caballeros, nuestro espíritu se mantiene firme.

Zen Varion guiaba a su discípulo por los corredores que cruzaban cada rincón de la Morada y saludaba con respeto a aquellos que se cruzaban en su camino.

Alcanzaron la salida por una puerta trasera que comunicaba con un patio. Al otro lado podía verse una de las puertas de acceso al Templo de Zelsios, cuyos alrededores empezaban a contagiarse de la vida que despertaba en el resto de la ciudad. Móstur iniciaba pronto su actividad, del mismo modo que, con la temprana caída de la oscuridad, quedaba sumida en una absoluta quietud. La calma de la noche únicamente era interrumpida por la vigilancia de los guardias o los actos de vandalismo llevados a cabo por algún ladrón o asesino.

El interior del templo era aún más hermoso que el exterior. La textura de su piedra, las bóvedas que recorrían las tres naves en las que se dividía la construcción y una gran vidriera situada en una de las paredes, frente a la entrada principal, formaban un armonioso conjunto, lleno de luz gracias a los numerosos ventanales ubicados allí donde incidían los rayos del sol en los primeros instantes del alba.

Una de las cosas que más llamó la atención de Darr fue la ausencia de pinturas o imágenes repartidas por el interior, elementos muy comunes en todos los demás templos que había visitado. Los iniciados allí congregados se repartían en los numerosos reclinatorios ubicados alrededor de un altar del color del oro, una mesa convertida en el núcleo del templo, en el nivel más elevado de la superficie, una tarima a la que se accedía tras ascender diez peldaños de piedra. El color gris de la escalera contrastaba con el blanco suelo que sostenía el ara de las ofrendas a los dioses, un símbolo de purificación: el paso de la tiniebla interior a la luz de la sabiduría con un brillo eterno representado por el oro del altar. A un lado, en una hornacina flanqueada por dos columnas esculpidas en la roca, se alzaba altiva la estatua de una de las divinidades. Era la imagen de Athmer, el dios creador del hombre, aquel que era digno de adoración por todo ser humano. Su rostro desconocido debía permanecer siempre oculto bajo la capucha de su túnica. Representar la cara del dios en cualquier estatua estaba considerado como una terrible blasfemia, un osado intento, por parte del hombre, de reproducir la divinidad de su amo y señor, un atrevimiento que se castigaba con la muerte. Por ese motivo, entre otros, para los pueblos extranjeros este era un misterioso dios en quien muchos veían a la misma muerte, en forma de espíritu desprovisto de cualquier atisbo de humanidad.

La imagen tenía en su mano derecha un báculo cuyo extremo superior estaba constituido por una esfera, símbolo del sol, de la eterna luz.

Darr escudriñaba cada rincón del templo, empapándose de todos los detalles que lo inundaban. Contemplaba con interés los ornamentos que escondían algún símbolo de la Orden, o tal vez de la

vida que debía guiar a todo helvatio. Miró a su alrededor y contempló los serios rostros de cuantos le rodeaban, en medio del más absoluto silencio reinante en el lugar sagrado.

Uno de los maestros arrodillados junto al altar se percató de la presencia de los recién llegados. En ese momento, se puso en pie y, juntando las manos, entonó una de las alabanzas con las que los clérigos acostumbraban a comenzar sus oraciones. El resto de los miembros de la Orden repitió aquel mismo canto, al unísono, elevando sus súplicas, haciendo que sus voces recorrieran las bóvedas y convirtieran todo el templo en una fuente de calma, de paz para todos cuantos en su interior, clérigos y caballeros, daban gracias a los dioses por la llegada de un nuevo día.

Al terminar el tercero de los cánticos, los caballeros fueron abandonando el templo para dirigirse, unos a las casas de sus señores, otros a los establos del castillo, o a las torres que custodiaban las murallas. Casi todos ellos tenían muy claro lo que debían hacer durante el día. Los más allegados a los nobles se dispondrían para esperar las caprichosas órdenes de sus señores, que a menudo los empleaban como maestros para sus hijos, a quienes enseñaban a montar a caballo, o a manejar las armas.

Los denlores no tardaron mucho tiempo en salir. Tras pronunciar en silencio las plegarias que cada uno considerara oportunas, el zenlor que presidía aquella primera oración del día inclinó la cabeza ante la estatua de Zelsios, situada en una hornacina de la pared principal, y se dio la vuelta. Por detrás de él, los demás clérigos emularon su reverencia y lo acompañaron hasta la salida, permitiendo que, de nuevo, el silencio reinara en el recinto sagrado.

—¿Qué es lo que más te ha llamado la atención, Darr, además de la potente voz del zenlor?

—Todos estaban de pie, o de rodillas… No había nadie sentado.

—Es difícil encontrar un templo en el que pueda palparse de esta forma la devoción a los dioses. Todos los que aquí acuden lo hacen para rezar. Los que vienen de paso, o utilizan este recinto sagrado para resguardarse del frío no son bienvenidos. Ha costado mucho, y se ha tenido que derramar sangre para conseguirlo, pero finalmente todo el pueblo ha llegado a comprender cuál es el único uso que debe darse a la morada de los dioses. Pronto irás descubriendo que en Móstur, las leyes divinas se cumplen de manera estricta, por el bien de todos los ciudadanos. Incluso el detalle más nimio, si se descuida, puede empezar a convertirse en la primera de otras muchas ofensas a Zelsios o Athmer.

—¿Todas las leyes se cumplen de una forma tan firme?

—Casi todas —Zen Varion acarició su barba, pensativo—. Bien, tengo que ir a visitar a otro de mis amigos. ¿Te apetece venir conmigo?

—¿En busca de más respuestas?

—En parte, diría que sí —sonrió Zen Varion, al ver adivinadas sus intenciones—. Veo que vas conociendo parte de la fama que tengo entre algunos habitantes de la ciudad.

—Entonces, ¿vamos a visitar a otro de esos nobles?

—No. Este es un comerciante nybnio que lleva mucho tiempo viviendo en Móstur. La mayor parte de los alimentos y el vino que nos llega desde Nybnia son traídos bajo su influencia. Tiene el control sobre numerosas caravanas que recorren la ruta de comercio, desde allí. Las telas nybnias gozan de una exquisita reputación entre los nobles más derrochadores. Para mí, personalmente, lo mejor que tienen es el vino. Es uno de esos caldos con un sabor imposible de olvidar, repleto de aromas que le llenan a uno de recuerdos, de momentos inolvidables…

Darr se echó a reír, al contemplar la expresión de su maestro, que parecía estar degustando los tan ansiados frutos de las viñas nybnias.

—Supongo que te resultará difícil comprender mi pasión por el buen vino. No tiene nada que ver con esa fiebre por la cerveza que colma las tabernas de la ciudad. Una copa al final de la jornada, solo una, durante la cena, es para mí como un último regalo que me hacen los dioses antes de morir el día. Y he de reconocer que, cuando estoy en Móstur, me resulta casi imposible renunciar a ese último sorbo que precede al sueño.

—Ese nybnio, ¿vive lejos? —Darr paseaba la mirada por los alrededores de la plaza.

—Vive muy cerca de aquí, en el barrio que concentra al mayor número de foráneos que habitan en la ciudad. Esa es la puerta que conduce a las casas de los comerciantes. Como comprobarás muy pronto, las callejuelas que componen este punto de la ciudad no están muy transitadas.

—¿Por qué?

—Los ciudadanos no quieren mezclarse con el pueblo nybnio. Esa entrada es como una frontera que divide dos reinos. Los nybnios son muy dados a mantener sus propias costumbres, allí donde van. La verdad es que, salvo contadas excepciones, son pacíficos, se limitan a cumplir con la voluntad de su dios, Thariba.

—¿El dios del comercio?

—Quienes se empeñan en creer en todas las divinidades conocidas lo llaman así, el dios del comercio. Para los nybnios, es el único dios,

origen y fin de todo. Por tradición histórica, en virtud de la antigua alianza que un día nos unió con ellos, sus creencias son respetadas. Su dios es pacífico y ellos no tratan de imponer su culto a quienes no formamos parte de su pueblo.

—Y además nos traen su vino —Darr no pudo evitar dejar escapar una sonrisa.

—Exacto. Pero, como comprenderás, no es su vino el motivo por el que vamos a ver a mi amigo.

—Supongo que será…

—Sigo necesitando respuestas, Darr.

—¿Sobre la muerte del rey?

—Y sobre las próximas consecuencias que sin duda están por llegar. Los comerciantes pueden ser muy buenos informadores. Y los nybnios, los más fiables.

—¿Por qué los nybnios?

—No están mancillados por el poder que corroe a los nobles, ni sujetos a la esclavitud de su oro o el de los caballeros. Los nybnios se mantienen ajenos al resto de la ciudad. Muchos nobles compran sus productos, pero no les verás arrastrarse, como hacen otros, por cerrar un trato. Supongo que por eso casi siempre salen ganando.

—¿Con vos también?

—Si el vino es bueno, supongo que sí. Pero a cambio, yo también obtengo lo que necesito, algo que a ellos, en especial a mi amigo, les sale gratis. La información sobre acontecimientos que se suceden lejos de aquí tiene un mayor alcance cuando viaja en caravanas nybnias, y llegan a mis oídos tan puras como el agua de nuestros ríos, antes de ser manipulada por quienes pretenden utilizarla para alcanzar un mayor poder.

—Os entiendo, maestro, aunque todo esto es tan… nuevo para mí…

—Lo importante es que, además de entenderme, aprendas de todo lo que ven tus ojos y escuchan tus oídos. Y ahora, no pierdas detalle del barrio de los comerciantes, repleto de humildes pero hermosas casas.

Las callejuelas escondidas al otro lado del arco que daba forma a la entrada eran, en su mayoría, estrechos callejones que serpenteaban por el barrio, en ocasiones al abrigo de los numerosos arcos repartidos por el terreno nybnio. Sus plazas, casi vacías por el día, de noche se convertían en punto de encuentro para los comerciantes y artesanos que, recién terminada su jornada de trabajo, se reunían para compartir alimentos y conversación, y disfrutar así de los últimos instantes del día a la luz de lámparas, velas o alguna pequeña hoguera

cuyas sombras danzaban melodiosas, llenas del embrujo de las antiguas leyendas y acontecimientos que contaban los más ancianos.

Al cruzar una de las numerosas esquinas que poblaban el barrio, Zen Varion escuchó unos sigilosos pasos, muy cerca. Por más atento que estuvo a aquella extraña presencia, no pudo evitar que unos robustos brazos, surgidos de la nada, se abalanzaran sobre Darr.

—No te muevas, si no quieres que le rompa el cuello —la voz sonó en un tono grave, muy apropiada para un hombre de gran envergadura como el que mantenía sujeto al muchacho, elevándolo unos centímetros por encima del arenoso suelo de la calle.

Zen Varion alzó la cabeza y contempló a aquel individuo de brazos de acero. Su agresivo rostro contrastaba con el nerviosismo que invadía a Darr, incapaz de hacer esfuerzo alguno por soltarse.

—Hola, Desius… La última vez fuiste más silencioso, aunque he de reconocer que, para ser tan grande, tienes cierta agilidad a la hora de acechar a tu presa… Por cierto, ya puedes soltarlo. Viene conmigo.

—Hola… Zen. ¿Quién es él? —para alivio de Darr, las tenazas que lo apresaban se abrieron y pudo volver a poner los pies en el suelo, aunque sus piernas continuaron temblando.

—Es mi pupilo… Darr. Venimos a ver a Morgosh.

—Ah sí… Morgosh. ¿Quieres que te lleve hasta él?

—Sí, por favor.

—Bien, Zen. —Desius comenzó a caminar—. Pero tengo que decirte que no sé si va a poder recibirte.

—¿Y eso por qué?

—Pues… —el gigantón dudó, rascando su poblada barba con una de sus enormes manos—. Está muy ocupado, últimamente… Sí, ocupado. No admite muchas visitas, y no trata con la gente… al menos no tanto como hace unas semanas.

—¿Y a qué se debe ese repentino aislamiento?

—No sé. Yo solo vigilo las calles, no a él.

—Me parece bien. Cumples con tu deber, y a juzgar por el modo en el que nos has sorprendido, lo haces a la perfección.

—No son muchos los ladrones que se cuelan en nuestro barrio, y en ocasiones, como en vuestro caso, detengo a personas que no han hecho nada… Pero así todos saben que las calles no están, como parecen… vacías.

—No es mala idea, pero deberías tener más cuidado. Al pobre Darr todavía le tiemblan las piernas.

—Y todavía me duele el pecho —añadió el chico.

—No era mi intención hacerle daño.

—Lo sabemos —respondió Zen Varion.

—Solo quería asustaros.

—Eso también lo has conseguido, ¿verdad Darr?

—Ya lo creo que sí. Por un momento pensé que ibais a cumplir vuestra amenaza.

Desius se echó a reír.

—¡Fuera de aquí!

Aquellas voces les hicieron detener sus pasos y su conversación. Procedían de una callejuela cercana. Los gritos aumentaron en volumen e intensidad.

—¡Si vuelvo a verte por aquí, Desius te estrangulará como a un pato!

Zen Varion y Darr miraron a su corpulento acompañante.

—Otro de esos comerciantes que intentan engañar a Morgosh, seguro.

En apenas unos segundos, un hombre de aspecto demacrado apareció ante ellos. Su acelerada carrera le hizo toparse con Desius. Al percatarse de quién era el grandullón con el que acababa de chocar, el individuo retomó su carrera y aumentó el ritmo de sus pasos hasta perderse en cuestión de segundos por uno de los rincones.

Cuando llegaron frente a la casa de Morgosh, encontraron al comerciante de pie junto a la entrada, maldiciendo en voz baja con la mirada fija en el cielo, como si pidiera a los dioses una explicación a lo sucedido.

—Espero no llegar en mal momento —habló Zen Varion, provocando la reacción del comerciante, un hombre de baja estatura, prominente barriga y aspecto afable a pesar del mal humor que lo invadía continuamente cuando se hablaba de dinero.

—Vaya… Qué agradable sorpresa —el nybnio dibujó una sonrisa mientras caminaba hacia Zen Varion para saludarlo con un fuerte abrazo—. Mi querido Zen… Nunca es un mal momento para que nos honres con tu presencia. En cambio… esos malditos ladrones vestidos de falsos comerciantes…

—¿Han vuelto a robarte?

—No, esta vez no —Morgosh miraba a su alrededor. Sus ojos se movían inquietos buscando la presencia del hombre al que había expulsado momentos antes de su casa.

—Creo que ya estará algo lejos —sonrió el helvatio—. Tus amenazas han debido de surtir efecto.

—Yo no estaría tan seguro… Esos malnacidos nunca se rinden. Debería dejar de amenazarles tanto y hacer justicia de una vez por todas. Tal vez bastaría con cortarles la mano derecha. Así se lo pensarían más antes de intentar estafarme con sus sucias mercancías.

—Sabes que las leyes de Móstur no te permiten aplicar la justicia por tu cuenta.

—La justicia de Móstur es ciega cuando de un nybnio se trata. Lo sabes tan bien como yo, Zen; hace distinciones entre ricos y pobres, nobles y campesinos… Los extranjeros no podemos confiar en la justicia que imparte esta ciudad…

—Ya hemos hablado de eso en muchas ocasiones, Morgosh.

—Sí. Y te lo seguiré recordando mientras haya miembros de tu orden dentro del Consejo. Pero dejemos de lado mis problemas con esos miserables que se hacen llamar comerciantes. ¿Qué te trae de vuelta a la ciudad? No me lo digas… Te has enterado de lo sucedido con el rey y has venido en busca de respuestas, ¿verdad?

Zen Varion y Darr se miraron durante apenas unos segundos de un silencio que el maestro no tardó en interrumpir.

—A ti no puedo engañarte, Morgosh. Eres demasiado astuto como para dejarte convencer por cualquier otra excusa. En parte, has acertado. Sin embargo, el principal motivo por el que estoy en la ciudad es acompañar a mi joven discípulo en uno de los momentos más importantes de su vida, su nombramiento como denlor. Me enteré de lo del rey poco antes de llegar, así que decidí, como tú bien dices, buscar respuestas. Y qué mejor lugar que este para encontrarlas.

—Por supuesto —el nybnio sonrió suspicaz—. Sabes que nosotros no nos dejamos influenciar por la información envenenada que se extiende por la ciudad. Tenemos nuestras propias formas de obtener las verdades que se suceden a nuestro alrededor.

—¿Y bien? ¿Qué verdades son esas?

—Siento decepcionarte, amigo mío. Pero me temo que en esta ocasión no va a ser posible.

—Pon un precio…

—No, Zen Varion. No se puede fijar un precio a aquello de lo que no se dispone. Me temo que aún es demasiado pronto para poner algo de luz en todo este asunto.

—Pero tus hombres están repartidos por toda la ciudad. No pierden detalle de los movimientos que se producen en el seno del Consejo. Algo habrán tenido que averiguar…

—Por favor, Zen Varion —Morgosh habló en voz baja mientras miraba nervioso a su alrededor—. Sé más discreto en tus palabras. Del mismo modo que yo tengo mis espías, los guardianes de la ciudad no permanecen ajenos a todo cuanto sucede entre los nybnios. Podría haber alguno no muy lejos de aquí… Venid conmigo. Os conduciré al interior de mi casa para que podamos hablar tranquilamente en compañía de mi padre. Tal vez él sea la persona más adecuada con la

que tratar de averiguar lo que nos depara el futuro inmediato de nuestra ciudad. Seguidme.

Asegurándose una vez más de que en aquella callejuela que precedía a su lujosa vivienda no había ninguna extraña presencia, el comerciante se puso a caminar, seguido de los helvatios. En último lugar, Desius el «gigante», como así le llamaban los niños nybnios, acompañó a los recién llegados hasta el interior de la casa, situada al otro lado de un pequeño patio.

A diferencia de las estancias de la Morada, el hogar de Morgosh no se caracterizaba precisamente por su sobriedad. El comerciante era un hombre que no parecía privarse de toda clase de lujos y caprichos con los que cubrir cada rincón de su amplia casa. Esculturas, pinturas y objetos de una exquisita talla se repartían por los pasillos y salones que el comerciante y sus invitados iban dejando atrás.

Llegaron a un salón amplio y excesivamente ornamentado. Cerca del ventanal más próximo al otro extremo, sentado junto a una mesa rectangular repleta de manuscritos, un anciano de aspecto frágil y apagado leía un libro que destacaba entre los demás por su gran tamaño.

El macilento rostro del padre de Morgosh contrastaba con el color escarlata y el hilo de oro bordado en las amplias mangas de su saya de lino. Sus ojos se afanaban por leer el contenido de las páginas que unas manos huesudas, semiocultas bajo los pliegues de las mangas, iban pasando con la parsimonia propia de quien no tiene otras ocupaciones que distraigan su atención.

—Padre… Déjame que te presente a un buen amigo mío.

El anciano levantó la vista y escudriñó, aparentemente desconfiado, el rostro y aspecto de los visitantes.

—Caballeros helvatios… ¿A qué se debe esta visita? ¿Acaso mi hijo ha vuelto a hacer alguna de las suyas? Yo siempre le digo que los impuestos deben pagarse a su debido tiempo si no queremos tener problemas, pero…

—No, padre —interrumpió Morgosh—. No tenemos ningún problema con los impuestos. Zen Varion no está aquí para representar los intereses de sus superiores. En realidad, no es como otros muchos miembros de su orden. Es uno de los pocos amigos que tengo al otro lado de nuestra… frontera.

—Pues no estoy seguro de que elijas muy bien a tus amigos —el anciano se puso en pie y, apoyándose en el bastón que le ayudaba a caminar, se acercó hasta el maestro y su discípulo.

—Te presento a Zen Varion y su joven alumno…

—Darreth, señor —habló el chico.

—Él es mi padre, Gorich. Uno de los comerciantes más… veteranos…

—Ancianos, querrás decir —se apresuró a corregir el aludido—. Y déjame que me presente yo mismo. Estoy viejo, pero no mudo. Soy, probablemente, el extranjero que lleva más tiempo en esta ciudad. He vivido las situaciones más difíciles por las que Móstur ha atravesado en sus últimos ochenta años de historia, aunque en los últimos tiempos haya estado algo alejado de la ciudad… Y creo que he regresado en el peor de los momentos. Los fantasmas del pasado tal vez estén a punto de llegar, incluso con mayor violencia…

—No asustes a nuestros invitados —Morgosh trató de restar importancia a aquellas inesperadas palabras—. Seguro que pronto se restablece la calma en la ciudad, en cuanto el Consejo ponga un poco de orden en todo este caos…

—Sí, orden. Eso es lo que realmente falta, o ha faltado siempre: un poco de orden.

—Toma asiento, Zen Varion. Haré que te traigan una copa de ese vino que tanto te gusta.

El zen agradeció el gesto del nybnio inclinando ligeramente la cabeza.

—Un poco de orden —repitió el anciano Gorich, perdiendo su mirada en el suelo, como si buscara en su memoria algo que no lograra recordar con claridad.

—Respecto al vino —Zen Varion fijó la mirada en Morgosh— nos queda más bien poco de ese último cargamento que nos enviaste. Así que imagino que muy pronto recibirás la visita de uno de mis hermanos.

—Ya era hora. Creí que os iba a durar para siempre. Si al resto de tus… hermanos, les gustara tanto como a ti, seguro que vendrían mucho más a menudo a verme. No te preocupes, que para vosotros tengo reservado un caldo especial, lo mejor que han dado mis viñas en mucho tiempo… y al mismo precio que la última vez. Para que luego digas que los nybnios somos avaros.

—Sabes que yo nunca he dicho eso… Y aunque, por lo general, probablemente sea así entre la mayoría de comerciantes de la ciudad, creo que tú constituyes una de las pocas excepciones que conozco.

—En eso estamos de acuerdo: yo también creo que tú eres una excepción a los de tu Orden. Cuando voy por la calle, fuera de nuestros dominios, veo a muchos zenlores que, lejos de cumplir con sus obligaciones, se acercan demasiado a las tabernas de la ciudad…

—No juzgues tan a la ligera a aquellos que no conoces…

—Conozco a los helvatios mucho mejor de lo que tal vez ellos me

conocen a mí. Y créeme, en estos primeros momentos posteriores a la muerte del rey he podido ver a muchos de esos zenlores deambular por lugares que antes no solían frecuentar, barrios en los que la llegada de la oscuridad se convierte en un enemigo más.

La llegada de uno de los sirvientes que atendían de forma constante las órdenes del comerciante provocó que este cambiara de conversación.

—Probad este vino. Os aseguro que es lo mejor que habréis tomado en todo este tiempo. Si os gusta, puedo ofreceros unas cuantas barricas a un precio más bajo del que cobro al resto de ciudadanos.

Zen Varion esperó a que todas las copas fueran distribuidas entre los presentes.

—¿Se os ocurre algún motivo por el que podamos brindar? —preguntó el maestro.

—En este momento se me ocurren varios —respondió Morgosh, mirando fijamente al interior de su copa—. Vuestra llegada podría ser uno de ellos, así como el inminente nombramiento de vuestro discípulo…

—Brindemos por la esperanza… de que la muerte del rey no traiga la desgracia sobre la ciudad.

A las palabras de Gorich siguió un silencio estremecedor. El anciano había hablado en un tono severo, como si tuviera la certeza de que esa esperanza sería inútil. Bebió de su copa y volvió a sentarse, posando su mirada en las páginas del libro que estaba leyendo unos momentos antes.

Morgosh tardó en reaccionar y, sin saber qué decir, optó por saborear el vino con un largo trago. Lo mismo hicieron los helvatios. Zen Varion pareció satisfecho con el sabor de la bebida, una de las mejores que recordaba haber probado en los últimos años.

—Maestro Varion… —habló Gorich— sentaos un momento, por favor, y escuchad las palabras de este pobre anciano que ya está en el ocaso de sus días.

Ocuparon las sillas que rodeaban la amplia mesa donde reposaban los libros, mapas y otros manuscritos seleccionados por el anciano para consumir la mayor parte del día en su lectura y estudio.

—Os seré sincero… Nunca he sentido una simpatía especial por los miembros de vuestra orden, tal vez porque vuestra cultura y la nuestra están demasiado distantes y, a los ojos de todos vosotros… o al menos la inmensa mayoría, los nybnios somos un pueblo extranjero incapaz de amoldarse al estilo de vida y costumbres mantenidas por el resto de los ciudadanos. Nuestra religión poco o nada tiene que ver con los dioses a los que adoráis… Sin embargo, vos y vuestro discípulo me

habéis caído bien. Y no suelo equivocarme a la hora de juzgar a las personas nada más conocerlas. Además, el hecho de que mi hijo os considere amigo suyo refuerza mi primera impresión. Por eso, voy a daros un consejo que, si bien os puede llenar de temor en un primer momento, no habéis de desestimar si, tal y como pienso, se avecinan tiempos difíciles para todos.

—En ese caso, agradeceré de todo corazón vuestras palabras —Zen Varion miró al anciano a los ojos, dibujando una expresión en su rostro que denotaba su inquietud.

—Como os he dicho antes, soy uno de los extranjeros más ancianos de esta ciudad, y tal vez también uno de los habitantes de más avanzada edad entre todos los mostures. He vivido tiempos de paz para todos los ciudadanos, tiempos de persecución a los de mi pueblo… y tiempos de guerra y conflictos… fuera y dentro de estas murallas. Y lo que he aprendido acerca de los gobernantes que se han ido sucediendo a lo largo de mi dilatada vida es algo tan fundamental como terrible: No hay ser humano que no se corrompa ante los frutos de la ambición; el poder resulta tan dulce para el que lo prueba como amargo para quienes a menudo lo sufren. Durante mucho tiempo, el gobierno de Móstur ha ido recayendo sobre la figura del rey, con un poder limitado por el Consejo cuando se trataba de decisiones importantes. Ambos se han distribuido la responsabilidad, en una balanza que mantenía el destino de la ciudad en un equilibrio que todos hemos creído adecuado. Sin embargo, la condena a muerte de Dunthor, decidida por el propio Consejo… es algo que ha terminado con ese equilibrio. Ahora debemos esperar a que el príncipe Kylan alcance la edad necesaria para poder gobernar. En estos momentos, el poder está repartido entre grupos con intereses muy distintos y es posible que, sin la figura del rey, se desate una terrible lucha por lograr el control de la ciudad.

—Por el momento, es más que probable que el Consejo otorgue a la reina un papel trascendental en el cambio —Zen Varion trataba de convencer a un Gorich que no pareció muy conforme con aquella respuesta.

—Aunque esa sería una posible solución, estoy convencido de que no todo va a ser tan fácil. Recordad que la reina Tayra lleva muy poco tiempo aquí, y que ni siquiera es la madre del príncipe. Seguramente, en el seno del Consejo habrá notables diferencias en este aspecto, y los nobles…

—Tendrán que aceptarla, como todos los demás —sentenció Zen Varion, tras el silencio dejado por las reflexiones de Gorich.

—He viajado mucho, Zen. He visitado muchos lugares que ni

siquiera figuran en todos estos mapas. Y hay un hecho que he podido constatar en todas las ciudades en las que he conocido hombres de casas importantes por sus posesiones y títulos: cuando un rey muere, los nobles se convierten en buitres que se reparten los restos del cadáver, hiriéndose entre ellos si es necesario.

—En ese caso, nosotros no podemos hacer nada por evitar lo que los nobles estén dispuestos a hacer…

—Sin embargo, Zen —interrumpió el anciano—, existe en nuestra ciudad un precedente que muy pocos recordarán, un hecho que algunos miembros de vuestra orden se encargaron de ocultar…

—Padre, por favor —Morgosh trató de detener a Gorich en lo que consideraba que podría resultar una ofensa para los helvatios. No sería la primera vez que su progenitor provocaba el enfado en alguno de los invitados del comerciante.

—Él debe saberlo… No necesito llevarme este secreto a la tumba y compartirlo tampoco puede hacerme ningún daño, ahora que me queda tan poco tiempo de vida.

—¿Qué secreto? —inquirió el maestro.

Gorich abrió bien los ojos y, clavando su mirada en Zen Varion, comenzó a narrar un capítulo de la historia de Móstur que parecía haber sido enterrado, olvidado.

—Hubo un rey que durante años llevó a la ciudad a un periodo de paz y esplendor. Acabó con las guerras y disputas con los pueblos de alrededor forjando alianzas que los nobles no aprobaban, en su afán por enriquecerse con más tierras. Los caballeros veían cómo sus servicios eran menos necesarios y los clérigos helvatios se irritaban al ver cómo los ciudadanos ofrecían al monarca más ofrendas que a los propios dioses. Por aquel entonces, los miembros del Consejo eran quince, cinco de los cuales pertenecían a vuestra orden. Una noche en la que mi padre y sus dos hermanos regresaban a la ciudad más tarde de lo habitual, escucharon unos pasos muy próximos a ellos. Creyendo que eran bandidos, se escondieron en la maleza. Vieron varias antorchas que se encendían, dejando al descubierto a los miembros del Consejo que, en secreta reunión, conspiraban contra el rey. Mi padre pudo verlo y escucharlo todo; escuchó los argumentos de cada uno de los que allí se encontraban. Algunos estaban de acuerdo en acabar con el monarca… Otros parecían indecisos. Solo hubo dos que se negaron rotundamente, dos helvatios que habían sido recientemente incorporados. Fueron los únicos que intentaron detener aquella descabellada idea… y lo pagaron con sus vidas, traspasados por las espadas de los caballeros que acompañaban a los nobles. Al contemplar las ejecuciones, los que parecían indecisos optaron por

aceptar los argumentos de quienes querían acabar con el rey. Y así fue como, entre todos ellos, dieron forma a un horrible plan para matar a toda la familia real.

—Y, según queda reflejado en nuestros escritos, así fue —Zen Varion conocía parte de la historia, al menos en lo referente a la muerte de la reina y los príncipes.

—Sí, pero en lo referente a la persecución desatada entre los miembros de vuestra orden los escritos son tan mudos como aquellos que provocaron las masacres, matanzas entre los helvatios que se negaron a luchar por hacerse con el poder tras la muerte del rey.

—¿Masacres?

—Decenas de clérigos que murieron por no aceptar la «voluntad de los dioses».

—¿Qué voluntad? —Zen Varion parecía consternado, al igual que Darr, cuya mirada no lograba despegarse de los ojos de Gorich.

—Eso es algo que nadie conoce. Mi padre descubrió la fosa en la que habían sido enterrados los sacrificados; pero, como era lógico, decidió guardar absoluto silencio. Los asesinos difundieron sus mentiras, anunciando que habían enviado a varios clérigos a otros pueblos para propagar el culto a los dioses. Mientras los fieles de Athmer se regocijaban por aquella muestra de valentía, los cadáveres de los «elegidos» se pudrían bajo tierra.

—Pero, padre…

—Si, sé que te preguntarás por qué os cuento esto, un hecho del que nunca antes había hablado contigo y que ahora revelo a tus invitados, tan desconocidos para mí como la mayor parte de miembros de su orden, con los que apenas he mantenido trato en estos últimos años. Esta advertencia no es únicamente para ellos, Morgosh… También tú y yo… nuestro pueblo, debe tener en cuenta las consecuencias que puede traer la ejecución del rey. Hay muchos nobles que no nos quieren ver entre sus muros, hombres mancillados por la avaricia y la ambición que, en su afán de dominar la ciudad, nos ven como una amenaza, como un pueblo bárbaro que tarde o temprano intentará tomar la ciudad. Si esos nobles se hacen con el control del Consejo es más que probable que se desate una persecución… Intentarán expulsarnos de la ciudad o tal vez ni siquiera nos den esa opción.

—Somos una minoría en relación al resto de habitantes. Es impensable que pudiéramos resultar una amenaza. Padre, ¿no crees que estás exagerando?

—Dime una cosa, hijo… ¿Hasta qué punto confías en estos invitados tuyos? ¿Hay algún secreto que no te atreverías a revelarles?

—Zen Varion siempre ha sido para mí un gran amigo. Fuera de nuestro barrio, es la persona que más ha velado por nosotros. Siempre me ha informado de todo aquello que él ha creído conveniente para mi seguridad… nuestra seguridad.

—En ese caso, yo tampoco dudaré en compartir secretos con él. Uno de ellos, el que estaba a punto de revelarte hoy, poco después de mi llegada, es la información que me han dado algunos de nuestros espías, información que proviene directamente de algunas casas nobles… palabras escuchadas por algunos de los sirvientes a los que compramos su valiosa colaboración. Se está empezando a extender un rumor demasiado peligroso…

—¿Qué rumor? —el rostro de Morgosh parecía haber palidecido con el transcurso de la conversación.

Gorich paseó la vista entre los otros tres. Por un momento dudó, como si se arrepintiera de haber llevado la conversación hasta aquel punto. Pero ya no había vuelta atrás. De todos modos, era algo que estaba a punto de revelar a su hijo, pues realmente constituía el verdadero motivo de su retorno, lejos del pretexto de descansar de sus viajes, como así había hecho creer a Morgosh. Ya poco importaba que los helvatios conocieran lo que según sus informadores podría estar a punto de suceder.

—Se ha extendido entre algunos nobles el rumor de que los nybnios estamos forjando una alianza con los leryones para ayudarles a conquistar la ciudad.

—Pero eso es imposible. Los leryones sienten por nosotros casi tanto desprecio como por los demás ciudadanos de Móstur.

—Sí, pero habrá muchos que creerán a esos nobles si alegan que queremos utilizar la debilidad que supone la muerte del rey Dunthor para el gobierno de la ciudad. Dirán que nosotros queremos aprovecharnos de esa confusión para adquirir un poder que siempre se nos ha negado. Siento ser portador de malas noticias, hijo. He intentado encontrar un momento desde que llegué para compartir contigo este temor.

—¿Qué podemos hacer? —Morgosh parecía desesperado.

—He aumentado la vigilancia sobre los nobles. Debemos estar al tanto de cada uno de sus movimientos para adelantarnos a las intenciones que puedan tener aquellos que están contra nosotros. Afortunadamente aún tenemos apoyos entre las casas más importantes, así que es posible que, por ahora, no se atrevan a actuar abiertamente contra los nuestros.

—¿Podemos ayudaros en algo?

—Me temo que no, Zen Varion. Por el momento, no hay forma de

probar ni predecir el alcance de esta conspiración. Lo único que todos nosotros podemos hacer es vigilar bien nuestros pasos y estar alerta ante cualquier situación que pueda parecernos extraña, dentro y fuera de estos muros, por parte de los nobles, caballeros o, en vuestro caso, los demás miembros de la orden.

—Supongo, mi querido amigo, que si veníais a mí en busca de información, os lleváis más de la que hubierais imaginado.

—Y de mucho más valor del que cabría esperar… Gracias por vuestro consejo, Gorich. Os aseguro que nos ha de ser de una gran utilidad. Y ahora, si nos disculpáis, debemos irnos. Pronto tendrá lugar la ceremonia de nombramiento de Darr y tenemos que ultimar los preparativos.

—Por supuesto —Morgosh se puso en pie para despedirlos—. Ante cualquier problema que os surja, si hay algo que pueda hacer por vosotros… no dudéis en venir a esta casa, donde siempre seréis bien recibidos.

—Gracias Morgosh… y a vos también, Gorich. Gracias por ser tan generosos con nosotros al compartir vuestros secretos.

—No es nada, maestro Varion. Pronto abandonaré este mundo y adonde sea llevado mi cuerpo o mi alma poco importarán los secretos que haya guardado hasta el último soplo de vida. Por favor, seguid mi consejo: sed prudente… y cuidad bien de vuestro discípulo.

El comerciante guio a los helvatios hasta el atrio que constituía la entrada a la casa. El silencio en las calles aledañas era absoluto, como si los estrechos caminos que serpenteaban por el barrio estuvieran desiertos. Desius paseaba de un lado a otro del patio, vigilante, como siempre. Al ver a Morgosh y los discípulos de Athmer, se dirigió a ellos. Parecía preocupado.

—¿Qué ocurre, Desius? —el nybnio intuyó que su vigilante había descubierto algo extraño.

—Zen Varion… creo que os han seguido hasta aquí.

—¿Quién? —el maestro frunció el ceño.

—No estoy muy seguro… He visto a uno de los miembros de vuestra orden, tal vez uno de los otros zenlores. Tenía la capucha puesta y no he podido diferenciarlo. No estaba solo, iba acompañado de varios miembros de la Guardia Real, que parecían escoltarlo. Entraron en una de las viviendas que hay a la entrada del barrio y… creo que no han salido de allí. ¿Queréis que os acompañe hasta que dejéis atrás nuestras calles?

—No, gracias Desius. Iremos solos. No creo que tenga mucha importancia. Tengo algunos compañeros que, de vez en cuando, se dejan ver lejos de nuestra Morada.

—Pero no en nuestro barrio, Zen. Muchos de los vuestros nos consideran extranjeros indignos por no compartir vuestra religión. Es muy raro encontrar por aquí a un clérigo helvatio. Vos sois, tal vez, una de las pocas excepciones.

—No te preocupes. Seguro que todo tiene una explicación lógica.

Apenas Zen Varion respondió, todos ellos pudieron escuchar el característico golpeteo de las botas que lucían los miembros de la Guardia Real. Los pasos, cada vez más cercanos, les hicieron contemplar la llegada de aquellos hombres de los que el gigante hablaba. Uno de los miembros de la orden, acompañado de varios soldados, se acercó hasta el Zen y sus discípulos.

—¿Zen Varion? —preguntó el otro clérigo mientras descubría su rostro.

—Sí, soy yo —respondió el maestro, con un tono de voz casi desafiante.

—En nombre del Consejo y, bajo la orden directa del Gran Maestro de nuestra orden, quedáis arrestado. No opongáis resistencia y seréis llevado ante nuestros superiores como un hombre, no como un animal. En cuanto a vuestro discípulo, será mejor que regrese a la Morada lo antes posible.

—Zen Varion no ha hecho nada malo —Desius se interpuso entre los guardias y el Zen.

—No, por favor —el maestro trató de evitar lo que parecía un inminente enfrentamiento—. Iré con vosotros sin oponer resistencia. Únicamente… me gustaría conocer de qué se me acusa.

—Lo siento. No me han sido revelados los motivos de vuestra detención. Mi deber es, simplemente, llevaros hasta el castillo. Allí se os darán las explicaciones oportunas, o se os juzgará conforme a las acusaciones que puedan recaer sobre vos. En realidad, eso es algo que no nos incumbe, ni a mí, ni a mis acompañantes.

—Está bien —Zen Varion no tuvo más remedio que acatar las órdenes del clérigo enviado por el mismo Gran Maestro. Junto a él, Darr luchaba por controlar su estado de nerviosismo ante aquella inesperada situación. Sin embargo, el semblante de Zen Varion era muy distinto. Lejos de mostrar miedo por aquella injusta detención, irradiaba una aparente serenidad. El helvatio no era capaz de imaginarse los cargos que podrían pesar sobre él, que apenas había tenido tiempo de llegar a la ciudad. Lo que sí trató de disimular, a ojos de Darr, fue un profundo pesar porque tal vez no podría asistir a su nombramiento, ceremonia para la que restaban unas horas que él seguramente pasaría encerrado en las mazmorras, esperando el momento de aclarar lo que sin duda debía de ser un malentendido.

—Maestro… —el chico trató de ir junto a él, pero uno de los guardias, el más corpulento, parecía decidido a impedírselo.

—Quieto, Darr. Obedece las órdenes. Vuelve a la Morada y prepárate para uno de los instantes más memorables de tu vida. No dejes que este malentendido empañe un día tan especial para ti. Con un poco de suerte, cuando entres en el templo de Athmer… probablemente, yo ya estaré allí, esperándote. Ahora, ve a la Morada, rápido.

Darr tardó en reaccionar, pero al final optó por obedecer a su maestro. Inmóviles junto a la entrada al patio, Morgosh y Desius contemplaron, incapaces de hacer nada por evitarlo, cómo los guardias rodeaban a Zen Varion y, obligándole a caminar junto a ellos, lo llevaban por la solitaria calle, en dirección a la fortaleza real. Tras una última mirada hacia atrás, el maestro dobló la esquina y desapareció a la vista de los nybnios.

—¿Qué hacemos? —preguntó Desius, desesperado. Le había costado contener su impulso de arremeter contra los guardias.

—Me temo que nada… Estoy convencido de que Zen Varion sabe muy bien lo que hace y, a la menor sospecha de que su vida corre peligro, sabrá cómo escapar. Nosotros… únicamente podemos esperar que solo se trate de un malentendido, o por el contrario estoy convencido de que no tardaremos en conocer las primeras consecuencias de la muerte del rey. Ahora… necesito hablar con mi padre.

Desius quedó solo, pensando si debía o no ir detrás de los guardias y seguirles hasta el castillo. Morgosh regresó al interior de su casa, para informar a Gorich de lo sucedido. La idea de que los presagios de su padre pudieran estar empezando a cumplirse lo llenó de temor. Detenciones, persecuciones… Quizá el Consejo ya se hubiera reunido. O tal vez los nobles ya habrían tomado una decisión.

CAPÍTULO 10

EL TEMPLO DEL DRAGÓN

El templo levantado en honor al dios Dragón era un lugar de peregrinaje para los hijos del fuego. Repartidos entre las rojas columnas que lo sostenían, centenares de devotos presentaban sus plegarias y ofrendas. *Lady* Moira se encargaba de hacer llegar los obsequios a los pies de la imagen de su dios, un dragón de tres cabezas, cada una de ellas coronada por una decena de cuernos como cuchillos curvos. Las tres bocas dejaban al descubierto su interior, repleto de colmillos puntiagudos entre los cuales asomaba una lengua de serpiente. Multiplicadas por todo su cuerpo como las estrellas del cielo, las escamas de la bestia la dotaban de una piel pétrea, símbolo de su poder, de la inmortalidad. Sus garras arqueadas como ganchos y afiladas como arpones, asomaban a cada extremo de sus gruesas y definidas patas.

A la luz de las antorchas que la flanqueaban, la imagen del dragón resultaba mucho más imponente. Las llamas se movían inquietas, proyectando unas sombras que al contacto con la superficie del relieve dotaban de mayor realismo a la imagen. La bestia parecía querer escapar de la roca sobre la que había sido tallada. Tenía por ojos seis rubíes cuyos destellos eran como fijas miradas que el dios dirigía a aquellos que acudían a su presencia. Nadie que estuviera en la sala de adoración podía escapar a la vista de una de las tres cabezas. Tal y como aseveraban sus devotos, el dios Dragón lo observaba todo. Nada escapaba a su entendimiento, a su poder; un poder que a menudo se manifestaba en forma de castigo para aquellos que se negaban a admitirle como dios único y verdadero. Las columnas del sacrificio se alzaban formidables a ambos lados del dragón, como los arqueados bordes de un pergamino plegado a uno y otro lado. Aún tenían restos de sangre de los últimos sacrificios presentados ante el dios, sangre de los idólatras que colmaría su ira por un tiempo. Pero la bestia nunca

parecía saciar su sed voraz, nunca lo haría hasta que los demás dioses desaparecieran para siempre.

Lady Moira estaba en pie, cerca de la imagen. En su mano derecha sostenía una delgada vela encendida con la que iba prendiendo las mechas de otros cirios, velones repartidos de tres en tres a lo largo de la pared principal del templo. La sacerdotisa caminaba entre las columnas, perdiéndose en sus sombras para luego volver a aparecer. Vestía una capa carmesí que ocultaba los pliegues de su túnica. Sujeta al cuello gracias a un broche de oro con forma de cabeza de un dragón, el manto constituía su indumentaria habitual a la hora de presentar las ofrendas ante su dios. Sobre sus cabellos, la diadema que dejaba al descubierto su frío rostro parecía más bien un cordón plateado.

El interior del templo tenía el cálido color y la temperatura de un atardecer de verano. Las llamas permanecían inmutables, como la luz de un farol protegida del aire. El tiempo y la calma parecían eternos, y las plegarias se alzaban, silenciosas, al igual que las columnas de humo que desprendía el incienso al contacto con las ascuas. De ello se encargaban los acólitos, que alimentaban los braseros situados en cada una de las esquinas del templo. Los discípulos de *lady* Moira recogían, silenciosos, algunas de las ofrendas presentadas por los peregrinos, hombres del fuego que con sus sacrificios buscaban la protección del dios Dragón. El rezo silencioso ante la imagen de la bestia era también símbolo del temor que todo mortal debía profesar ante el verdadero dios.

Othor había esperado, pacientemente, a que la sacerdotisa terminara de encender las velas.

—Mi señora, el Rey de las Montañas solicita vuestra audiencia —susurró a oídos de la sacerdotisa.

Lady Moira asintió con la cabeza, manteniendo la seriedad requerida en el lugar sagrado. Sus pasos sigilosos desaparecieron de la sala de la adoración para dirigirse a la estancia en la que, días atrás, había recibido a sus mensajeros. El recuerdo de la cabeza de Grinnar la ayudaría en su negociación con el Rey de las Montañas si en algún momento no veía saciada la sed de venganza que la consumía por dentro. Había jurado ante la imagen del dios Dragón que el pueblo de Ark sufriría por su ofensa a los hijos del fuego. Y, si había algo de lo que *lady* Moira podía vanagloriarse, era de ver cumplidas sus promesas, siempre. Sentía que, cada vez que se arrodillaba ante su dios y lo invocaba en su interior, este respondía acudiendo en su ayuda. Incluso en alguna ocasión, al alcanzar el éxtasis con que el humo del incienso forjaba sus oraciones, le parecía escuchar en su

corazón las respuestas que el Dragón, a través de la imagen del templo, le ofrecía en mitad del silencio.

Con la certeza de que en esta ocasión el dios volvería a estar de su lado, atravesó el portón de acceso al lugar en el que tomaba las decisiones más importantes. Permaneció sola, reflexiva, hasta que un acólito cruzó el umbral, anunciando la llegada de Ghorbar, líder de los clanes del Norte.

—Déjanos a solas —ordenó al acólito, mientras sus ojos se fijaban en el aliado que su oro parecía estar a punto de comprar.

La personalidad del Rey de las Montañas resultaba tan extravagante como los vivos colores estampados en su túnica sin mangas, una prenda que mantenía ceñida a la cintura con un cordón rosáceo cuyos extremos pendían a su derecha como serpientes de lana. Lucía también una corona de oro, a juego con los anillos de sus pulgares y unos aros que colgaban de sus orejas, pequeños pendientes que relucían con cada uno de sus gestos, al igual que las esmeraldas y rubíes incrustados sobre el ornamento que le distinguía como monarca frente a los clanes del Norte.

Si de algo se percató *lady* Moira al recibir al Rey de las Montañas fue de la pasión que aquel hombre sentía por los metales preciosos. La sacerdotisa no imaginaba que el líder de los norteños fuera un individuo bajito, regordete, y con una estridente sonrisa que, de forma perenne, asomaba entre sus labios. Se había imaginado que recibiría a un guerrero, esbelto y aguerrido, de facciones marcadas y exhibiendo sus armas a la espalda. Desde luego, lo que tenía frente a ella distaba mucho de parecerse a esa clase de líderes, algo que la hizo mostrarse desconfiada desde que sus miradas se cruzaron.

Ghorbar también se mostró sorprendido al contemplar por primera vez a la sacerdotisa, aunque de forma muy distinta. Él había imaginado que sería llevado ante una anciana, como las sabias hechiceras que habitaban en las leyendas y relatos contados a los niños antes de dormir. Sus ojos abarcaban toda la imagen de la hermosa mujer que, sentada frente a él, esperaba una respuesta.

—Si vuestra oferta es sincera —su voz sonaba divertida—, mis hombres marcharán sobre Móstur… o sobre los mismísimos infiernos si fuera necesario. Oro y tierras… Una generosa ofrenda…

—Todo depende del número de hombres que pongáis a mi disposición —la sacerdotisa le sirvió una copa de vino. El monarca aceptó gustosamente y dio un largo trago.

—Tres mil espadas… —saboreó el oscuro caldo—. Y alrededor de un millar de arqueros. Están acampados a menos de dos días de viaje. Una orden vuestra y los haré llamar… Os los presentaré de uno en uno

si así me lo pedís.

Lady Moira sonrió ante una adulación más de aquel monarca tan inusual. La presencia de la sacerdotisa era imponente, envuelta en los pliegues de un delicado vestido de color rojizo cuyas transparencias dejaba a la vista unas piernas que mantenían absorto a Ghorbar. El hombrecillo, lejos de esconder su mirada, imaginaba el cuerpo desnudo que escondía la belleza de la hija del dragón. Esbozó una sonrisa maliciosa tras la cual volvió a concentrarse en la conversación. Para entonces, *lady* Moira ya había adivinado sus pensamientos y, deseosa de continuar complaciendo los instintos primarios de su aliado, cruzó sus piernas, dejando al descubierto unos muslos que atrajeron de nuevo la mirada del rey. «Si le enseño los pechos, conseguiré otros tres mil hombres», rio para sus adentros, haciendo gala de una poderosa arma con la que podría manipular a su interlocutor.

—Cuatro mil hombres…

—Por el momento. Tal vez pueda conseguiros otros dos mil más si… —la expresión del hombrecillo se tornó pícara—… si me concedéis el dominio de Ryth… Siempre he deseado vivir en una fortaleza como la que se alza en sus fértiles tierras…

—Es una ciudad por la que no tengo ningún interés… —*lady* Moira se ajustó la hermosa diadema que brillaba sobre sus cabellos trenzados —. Es toda vuestra, a cambio de esos dos mil guerreros.

—Gracias, mi señora. Sois muy generosa. Respecto a los términos de nuestro acuerdo, me comunicabais que sería posible que se nos unieran las tribus bárbaras de las tierras salvajes. Al respecto —el rostro de Ghorbar se tornó serio por primera vez— permitid que dude de la fidelidad de esas tribus sin civilizar.

«Curiosa observación, tratándose de un hombre que únicamente parece adorar al dios oro», pensó la sacerdotisa.

—¿Os incomoda luchar al lado de esas tribus?

—Eso es, precisamente, lo que os quería decir. Si hubiera alguna posibilidad de modificar ese punto del tratado, mis hombres y yo os estaríamos profundamente agradecidos.

Lady Moira fingió cierta incomodidad por tener que dividir los ejércitos. En realidad, los acontecimientos parecían desarrollarse mejor de lo esperado. La destrucción de Ark era un deseo prioritario y obsesivo. Antes de la llegada del monarca y su séquito, la sacerdotisa se había planteado ofrecerles el doble de oro a cambio de iniciar la marcha sobre la ciudad sin esperar al resto de posibles fuerzas aliadas. «Me acabáis de dar la excusa perfecta para acelerar la destrucción de Ark».

—A cambio de no compartir batalla con esos salvajes, si os place podéis disponer ya mismo de mis hombres. A decir verdad, están ansiosos por ponerse a vuestro servicio, mi señora.

«Acabas de leerme el pensamiento», la sacerdotisa simuló reflexionar sobre la propuesta que ella misma había estado dispuesta a plantear.

—Está bien. Creo que vuestros guerreros podrían ser enviados por separado. ¿Quién se encargaría de dirigirlos en el campo de batalla?

—Tengo dos hijos. Cualquiera de ellos podría encargarse de liderar el ataque. Son más altos y fuertes que yo aunque, como habréis podido observar, no se necesita tener muchas cualidades para ser más hábil que yo en el arte de la guerra. Si me eligieron Rey de las Montañas no fue precisamente por mi destreza como guerrero, sino por otras virtudes —señaló su sien—. No hay nadie en todo el Norte que conozca esas inhóspitas tierras mejor que yo. Tampoco hay nadie que posea más oro. Pero ni todo el oro del mundo es capaz de comprar las nubes o las lluvias, o puede hacer que el sol se aleje lo suficiente como para no sembrar nuestras tierras de áridos paisajes.

—Os nombraron rey a cambio de obtener un lugar mejor donde vivir, ¿verdad?

—Exacto. Las montañas pueden lograr refugiarnos de la mirada del sol. En cambio, nuestras tierras… Me gustaría guiar a mi pueblo a fértiles llanuras, verdes prados y bosques perennes repletos de riachuelos. Agua, vida… Hemos sufrido demasiado tiempo el azote del destierro al que fuimos sometidos en el pasado.

—Y ahora podéis tener un lugar habitable… Y una oportunidad de venganza —*lady* Moira dio un trago a su copa, haciendo desaparecer las últimas gotas de aguamiel.

—En realidad no sé cuál de las dos cosas ansían más mis hombres. Supongo que para conseguir las tierras primero tendrán que conformarse con buscar venganza.

—Entonces creo que nuestro tratado va a perdurar por mucho tiempo. Y ahora, ya que habéis puesto vuestros hombres a mi disposición, permitidme que os indique vuestro primer destino: la ciudad de Ark.

—¿Ark? —el hombrecillo frunció el ceño. No esperaba que aquella ciudad tan antigua como insignificante pudiera resultar del interés de su aliada.

—Me gustaría que os dirigierais hasta allí —la sacerdotisa se acercó al monarca—. Pero tengo que deciros… que no puedo entregaros esa ciudad.

—¿Puedo preguntaros qué interés podría tener para vuestro pueblo

un lugar como aquel?

—¿Interés? —*lady* Moira se echó a reir—. No tengo interés en quedarme con la ciudad, pero no creo que os gustara gobernar un montón de cenizas, ¿verdad?

—Así que la ciudad de Ark… Si así lo pedís, haré que arda con tal furia que podáis contemplar las llamas desde aquí mismo, mi señora. Bosques, murallas, casas… Mis hombres la convertirán en un negro recuerdo.

—En ese caso —*lady* Moira se acercó al monarca. Ghorbar, prendado del perfume que, como un aura, rodeaba a la sacerdotisa, deleitó su mirada con el generoso escote oculto tras su delicada túnica —, permitidme que comparta con vos mis verdaderos deseos para Ark.

El aliento de la sacerdotisa era dulce por el sabor del aguamiel, pero sus palabras fueron como un veneno con el que Ghorbar y sus hombres deberían mancillar la ciudad de *Sir* Womar. Las órdenes de la sacerdotisa roja fueron tan crueles que mientras las escuchaba, el Rey de las Montañas tornó su afectuosa expresión en un repentino temor a la hija del dragón. Contempló sus ojos claros, que se habían vuelto rojizos al calor de las llamas que alumbraban la estancia.

—Una sentencia demasiado atroz, ¿no os parece? —dejó escapar el rey de los norteños, con voz temblorosa.

—Dadme sangre para que pueda ofrecer mis sacrificios —la sacerdotisa pasó su dedo por la rechoncha barbilla de Ghorbar—. Vos conseguiréis tierras y oro, y yo lograré aplacar la ira del dios Dragón.

El monarca sintió la calidez que desprendían las manos de *lady* Moira, y la gelidez de su mirada. A su alrededor, las sombras parecían haber encogido con el roce de las llamas y la penumbra empezaba a sucumbir en las garras de las tinieblas. La estancia se oscureció durante unos segundos y solo se escuchó el crepitar de un fuego a punto de morir. Ghorbar observó la inquisitiva mirada de la mujer. Si había algo verdaderamente oscuro en aquel lugar no era la falta de luz, sino el corazón de la sacerdotisa roja.

CAPÍTULO 11

MÓSTUR

La reina Tarya se encontraba en sus aposentos cuando una de sus criadas entró para anunciar la visita del Gran Maestro, que esperaba ser recibido por la propia reina para tratar algunos asuntos de especial interés.

—Hazle pasar al salón de las espadas —ordenó mientras elegía uno de sus vestidos más ceñidos.

Therios era un hombre que sabía apreciar la belleza de una mujer sin dejarse llevar por esos instintos que, según había manifestado el propio Gran Maestro en alguna ocasión, «ahogaban la razón y el pensamiento del hombre sabio, transformándolo en un animal más». Algunos de los miembros de la orden no parecían compartir esa misma opinión y, tras haber sido sorprendidos con alguna de las cortesanas de la reina, habían recibido su castigo: la expulsión de la Orden Helvatia. En algunos casos, este castigo parecía ir mucho más lejos, y las calles de Móstur se teñían con la sangre de aquellos «traidores», cuyos cuerpos sin vida aparecían en el suelo de alguna plaza, de la noche a la mañana, sin que nadie supiera exactamente lo que había sucedido, aunque todos imaginaran de quién partía la orden de aquellas matanzas.

Therios inspiraba entre los ciudadanos el mismo temor que la presencia de los verdugos encargados de las ejecuciones en la Plaza del Poder. Su aspecto resultaba tan impasible como impenetrables eran sus pensamientos. La reina conocía bastante bien los rasgos más significativos de su carácter, o al menos así lo creía ella. Lo veía continuamente en las reuniones del Consejo, o en las numerosas visitas al castillo donde había sido recibido por el rey con la más absoluta discreción. La prudencia que residía en sus palabras era un fuerte contrapeso en la balanza del poder del Consejo, compensando las precipitadas y violentas soluciones que algunos otros miembros,

especialmente los nobles, trataban de dar a los problemas más complicados.

La reina se miró al espejo, asegurándose de que su aspecto sería del agrado del Gran Maestro. Ya de por sí, la belleza natural de Tayra no necesitaba de ningún maquillaje, vestido o joyas, para ser percibida y contemplada por todo aquel que estuviera frente a ella. Su siempre despierta y astuta mirada parecía esconder algún secreto o intención que provocaba en muchos súbditos una desconfianza que contrastaba con la afable apariencia del rey. Incluso en algunos barrios de la ciudad se había extendido el rumor de que Tayra había sido una de las responsables de la muerte del monarca, contra el que habría conspirado para hacerse con la corona antes de que esta pudiera pasar al hijo de Dunthor.

El Gran Maestro fue conducido a la llamada «sala de las espadas», una estancia amplia denominada así por las numerosas armas que decoraban sus paredes, en especial cuchillos y espadas que habían pertenecido a varias generaciones de reyes y famosos caballeros de Móstur. Convertidas en reliquias del pasado, ya no eran más que un conjunto de hojas melladas desprovistas del brillo desprendido algún día en el fragor de la batalla.

El Gran Maestro conocía el origen de un gran número de aquellas espadas, sus portadores, sus hazañas o incluso la forma en que murieron estos reyes y caballeros. Algunos de ellos habían recibido su merecido: un castigo doloroso por sus continuas blasfemias ante los dioses. Ni siquiera tenía muy claro el motivo por el que la espada de aquellos desgraciados era expuesta en aquella sala. Habría sido más apropiado exhibir sus cabezas tal y como los cuervos las habían dejado. Al menos así todo aquel que acudiera al palacio y se adentrara en la sala podría aprender una valiosa lección. Si así se hubiera hecho, Therios congregaría allí a todos los nobles de la ciudad. Más de uno sentiría un aguijoneo recorriendo su cuello. Las armas nunca causarían la misma impresión.

Había espadas curvas, dagas como alfileres, espadas de dos manos… Todas viejas e inservibles. El Gran Maestro se preguntó si el verdugo encargado de ejecutar las penas de muerte sería capaz de cortar la cabeza de un reo empleando una de aquellas armas; y de un solo corte, por supuesto. «Tendría que matarlo a golpes», sonrió para sus adentros, paseando la mirada por las paredes.

Con las manos ocultas en el interior del hábito violáceo que lo distinguía como el supremo guía de la Orden, Therios caminaba por la estancia como un visitante que únicamente quisiera admirar las huellas del pasado grabadas en la piedra.

Lo cierto era que, para el Gran Maestro, la sala guardaba otro significado que nada tenía que ver con las espadas que lo decoraban. Allí había mantenido con el rey Dunthor la mayor parte de sus secretas reuniones, ajenas al resto de miembros del Consejo, con excepción de la reina. Tarya sabía de aquellos encuentros privados. Sin embargo, ni el Gran Maestro ni el propio monarca le habían revelado el contenido de sus enigmáticas conversaciones. El rey Dunthor únicamente se había limitado a pedirle el más absoluto silencio acerca de tales visitas, producidas siempre al amparo de la noche, incluso a altas horas de la madrugada.

Las puertas de la sala se abrieron para dar paso a la reina, cuya apariencia provocó en el Gran Maestro una expresión de agrado. Therios contempló la hermosa figura de Tayra, que caminaba hacia él con su habitual andar tan confiado y seductor al mismo tiempo, y una sutil sonrisa que parecía esconder algún oscuro pensamiento. El color celeste de su vestido dejaba al descubierto parte de los hombros, cerrándose sobre la espalda con un generoso escote. Los delicados tejidos de la prenda perfilaban el contorno de un busto digno de cualquier estatua de la misma Daera, resaltando la belleza de un cuerpo que no parecía sentir el roce del tiempo. Suspendida del cuello mediante una cadena plateada, las pequeñas piedras incrustadas en el metal centelleaban con el roce de la luz, despidiendo colores de tonos marinos azulados y verdosos.

—Bienvenido, Maestro Therios. Espero no haberos hecho esperar demasiado.

—Permitidme, mi señora, que alabe vuestro gusto —el Gran Maestro besó cortésmente la mano extendida de la reina—. Ese vestido realza aún más, si cabe, vuestra delicada hermosura.

—Vos siempre tan gentil con las mujeres… ¿O soy yo la única que puede sentirse tan halagada por vuestras palabras?

—La hermosura no es demasiado útil, majestad, si la mente está desprovista de un atisbo de sabiduría. Por eso mismo, vos sois merecedora de todos mis halagos, pues reunís las más preciadas cualidades que, en mi opinión, son dignas de ser admiradas en toda mujer.

—Sin duda sabéis cómo tratar a una dama. Estoy convencida de que, de no haber elegido ese hábito, habríais sido el caballero más deseado por las hijas de los nobles.

—Fui caballero, antes de entrar en la Orden, y supe ganarme el favor de algunos nobles y, ciertamente, el cariño de algunas de sus hijas…

—¿Qué provocó entonces, si me permitís preguntároslo, ese

cambio de vida?

—Los hombres a los que servía no eran dignos. Muchos de ellos únicamente velaban por su dinero y sus posesiones, esas mismas riquezas que, tras causar su muerte, pasaban a manos de otros.

—Entonces… —la reina lo miró fijamente— ¿esa es la opinión que mantenéis acerca de la nobleza?

—Afortunadamente, hay casas en las que todavía se heredan, además de oro y títulos, la honradez y el buen juicio de antaño, cuando nobles y caballeros no eran muy distintos en algunos de estos ideales.

—Imagino que no quedarán muchas de esas casas…

—Por desgracia, cada vez menos. Precisamente, el motivo de mi visita tiene mucho que ver con todo esto.

—Lo sé… Estoy informada de ciertos… rumores acerca de algunos de esos nobles.

Aquellas palabras provocaron en el Gran Maestro una expresión de admiración que la reina interpretó con agrado. Sin duda, compartía una valiosa información con uno de los hombres que más poder ejercían en el Consejo y, probablemente, quien más secretos conocía sobre cada uno de los otros miembros.

—No me imagino cómo pueden haber llegado esos rumores hasta vos, si es que realmente estamos hablando de los mismos sucesos que podrían estar teniendo lugar en este mismo momento.

—Me temo que sí, Maestro Therios. Veréis —la voz de la reina adquirió un tono más suave, casi sensual, al tiempo que se aproximaba un poco más al Gran Maestro—, la mayor parte de los hombres son muy confiados, incluso fáciles de manipular. Únicamente hace falta un buen vino… y un lecho confortable, para satisfacerles y conseguir de ellos algo mucho más valioso que un momento de placer.

—Sin duda, majestad —Therios habló pausadamente, pensando sus palabras— vos podríais extraer cualquier clase de información o conseguir cualquier cosa que os propusierais… sin tener que recurrir a esos métodos. Aunque imagino que, entre las mujeres que viven en el castillo, hay quienes deciden emplear esa estrategia tan eficaz y gratificante al mismo tiempo.

—Alabo vuestra inteligencia, Maestro Therios. Sois el hombre más valioso y apropiado para guiar a nuestra ciudad en estos difíciles momentos —por un instante, la sonrisa desapareció de su rostro.

—Más que difíciles, trascendentales, majestad. Deduzco, por vuestra expresión, que ha llegado a vos cierta información acerca de la casa de los Hortten.

—¿Información o rumores?

—Siempre han existido muchos rumores acerca de las intenciones de esa casa por hacerse con la corona. Yo os hablo de información veraz que, aunque me resultaría demasiado difícil de probar ante el Consejo, es tan fiable como peligroso resulta su contenido para los intereses de nuestra ciudad. La vida de muchos está en peligro si no somos capaces de acabar a tiempo con la conspiración de *lord* Galberth y los demás Hortten.

—Mientras *lord* Galberth siga siendo miembro del Consejo, poco o nada podemos hacer por condenar a su familia. Sé que ha reunido a sus hermanos. Probablemente ahora mismo todos ellos estén ya en la ciudad. Sin embargo, no podemos encerrarlos en las mazmorras sin un motivo sólido. Esos nobles tienen demasiado peso en el gobierno de Móstur.

La casa Hortten era de origen nybnio, algo que siempre había hecho correr por la ciudad toda clase de rumores acerca de una posible conspiración de *lord* Galberth. Según los habitantes más dados a elucubrar intrigas y traiciones, el noble, uno de los más ancianos de la ciudad, estaría tratando de conseguir el apoyo exterior y, sobre todo, el de aquellos que vivían en el barrio nybnio, para dar un golpe a la corona y hacerse con el trono. Pese a sus incontables riquezas y posesiones, carecía de suficientes caballeros o ejércitos con los que poder tomar el control de la ciudad. No obstante, los espías enviados semanas atrás por el rey Dunthor habían regresado poco después de su muerte, y habían revelado al Gran Maestro algunos de aquellos estratégicos movimientos que la casa Hortten estaría planeando. La llegada de los hermanos de *lord* Galberth bien podría ser acompañada por el acecho de tropas nybnias que esperaran el momento más oportuno para lanzarse a la conquista de la ciudad.

—Nybnia nunca ha sido un pueblo hostil —dijo la reina, nada más escuchar la revelación del Gran Maestro.

—Las cosas han cambiado, majestad. Nybnia ya no goza del esplendor que tuvo una vez gracias a las riquezas de su comercio marítimo. Esas rutas son ahora más inseguras, y es posible que los nybnios hayan optado por otra alternativa de riqueza.

Antes de que la reina pudiera dar su opinión acerca de las palabras de Therios, uno de los guardias hizo acto de presencia en la sala para reclamar la atención del Gran Maestro.

—Seguiremos hablando sobre esto en cuanto tenga más información, majestad. Pero me temo que no podremos contar con el Consejo.

—De acuerdo. Espero poder teneros aquí lo antes posible.

El Gran Maestro se dio la vuelta, dispuesto a seguir al guardia que,

inmóvil junto a la puerta, le estaba esperando. Therios ya sabía el motivo de aquella interrupción, pues había ordenado que se le avisara en cuanto Zen Varion hubiera sido trasladado a las mazmorras.

—Maestro Therios… —las palabras de la reina le hicieron darse la vuelta para contemplar en ella una inusual preocupación reflejada en su rostro.

—¿Sí, mi señora?

—¿Son estos…? —Tarya titubeó, no muy segura de las palabras que estaba a punto de pronunciar—. ¿Son estos los hechos que estabais tratando con mi marido en aquellas visitas?

Por un momento, Therios también dudó. Delatado por su mirada, se apresuró a contestar a la reina.

—Sí… Sí, majestad.

Se dio la vuelta y se marchó.

Al sigiloso caminar del clérigo le siguió el sonido de la puerta al cerrarse. El salón permaneció en un silencio absoluto. La reina se quedó tan sola como confusa, con numerosos interrogantes que se acumulaban en su interior. Uno de ellos era, sin lugar a dudas, el conocer por qué el Gran Maestro había mentido en aquella última respuesta. El líder de la Orden Helvatia, tan astuto como poderoso, era portador de peligrosos secretos que la reina era incapaz de imaginar, como los encuentros mantenidos con Dunthor. Las conversaciones entre ambos contenían un motivo aterrador en el que Therios jugaba un papel fundamental.

CAPÍTULO 12

ARK

Diez monedas de plata. Esa era la recompensa adicional que cada uno de los tres elegidos recibiría de manos de la sacerdotisa roja por llevar a cabo la misión previa al asalto de Ark. Cuando el Rey de las Montañas se lo propuso a sus capitanes hubo tantos voluntarios que casi terminan enzarzándose en una pelea. Ghorbar decidió echarlo a suertes.

A diferencia de su rey, los guerreros llegados del Norte eran, por lo general, hombres de gran estatura y brazos fuertes, aunque su inteligencia tampoco tenía demasiado que ver con la del monarca. Si bien todos ellos sentían predilección por el oro y la plata, Ghorbar tenía la capacidad de utilizarlos al servicio de otros intereses más meditados y retorcidos.

Lady Moira había insistido mucho en que la secuencia de actuaciones se llevara a cabo de forma precisa, tal y como se lo había repetido al monarca en varias ocasiones. La sacerdotisa tendría que consolarse imaginando el sufrimiento que causaría el inicio de las hostilidades. Por desgracia, no estaría presente en el momento en que *Sir* Womar se diera cuenta del terrible error que había cometido. Le habría gustado recrearse en su dolor, en un sufrimiento que no sería sino el comienzo de la destrucción de su ciudad, de su pueblo.

La ciudad de Ark era, además de antigua, sobria en sus construcciones. Exceptuando, entre otros, los palacios que albergaban a los adinerados caballeros, la mayor parte de las casas tenía tejados de paja y madera, y enclenques muros de adobe. Daban forma a barrios enteros, agolpados en torno a una muralla que tampoco resultaba una barrera defensiva como la de las grandes urbes de Móstur.

El plan trazado por *lady* Moira no se centraba demasiado en la estrategia a seguir a la hora de atacar la ciudad. El ejército formado

por los hijos del fuego y los clanes del Norte sería lo suficientemente numeroso como para hacer cumplir sus deseos. La presencia de un millar de arqueros entre las tropas sería importante para evitar un mayor número de bajas, aunque no decisivo para alcanzar la victoria.

La sacerdotisa quiso convertirse en un testigo privilegiado de la destrucción de Ark. Viajaría con su ejército hasta una de las montañas a cuya sombra se levantaba la ciudad. Desde allí, el fuego de las llamas sería todo un regalo para sus ojos y una ofrenda para el dios Dragón. Los gritos de dolor retumbarían en la noche, convertidos en una melodía para sus oídos ávidos de súplicas por parte de los ciudadanos. El fuego ahogaría sus voces para siempre.

Había llegado el momento. Ghorbar y sus hijos dirigían los ejércitos que, acampados a una jornada de camino hasta la ciudad, eran conscientes de que muchos habitantes intentarían escapar a la masacre que se cernía sobre ellos. Para evitarlo, *lady* Moira había dividido sus tropas, que cercarían Ark desde Norte, Sur, Este y Oeste. Con el transcurso del atardecer previo al ataque, los ejércitos irían cerrando el círculo, acabando con la vida de todo aquel que encontraran en su camino. Fueron muchos los hombres, mujeres y niños que intentaron abandonar la ciudad en vano. Los guerreros de los clanes no tenían piedad, resultaban incluso más salvajes que los hombres del fuego. Violaban a las mujeres en presencia de sus maridos y ahorcaban a cuantos capturaban en los bosques cercanos.

El cielo del atardecer despedía colores sangrientos, como los que esparcían los ejércitos de *lady* Moira. La sacerdotisa aguardaba impaciente, ya en la cima, el momento en que sus hombres caerían sobre Ark. Sería en el preciso instante en que un sol moribundo comenzara a desaparecer en el horizonte. Aunque para esa hora *Sir* Womar ya debería estar derramando sus primeras lágrimas de dolor.

A lo largo de todo el día, los consejeros de Ark habían estado deliberando, buscando el modo de proteger la ciudad. Unos querían concentrar las defensas en el portón principal; otros pretendían buscar una huida abriendo una brecha en el círculo de enemigos que los rodeaba. A falta de un acuerdo y, llevado por la desesperación, *Sir* Womar había tomado la determinación de distribuir a la guardia a lo largo de toda la muralla, al tiempo que enviaba a varios mensajeros, los más sigilosos y precavidos, en un último intento por solicitar ayuda a cualquiera de las poblaciones cercanas. A dos kilómetros de la ciudad, uno de aquellos mensajeros sería el primero en acabar colgando de un árbol.

Fuera de las murallas, los gritos de los insensatos que intentaban huir cada vez se escuchaban más cercanos. Los hijos del fuego estaban

cerrando el círculo en torno a la ciudad; un círculo cuyo centro era, precisamente, el palacio del gobernador.

A media tarde, *Sir* Womar ya se encontraba a punto de abandonar la plaza. Allí había congregado a sus guardias más allegados, aquellos que vigilaban la entrada y salida de cuantos se acercaban hasta el caballero o uno de sus consejeros. Tras las últimas instrucciones, les había dicho que antes de entrar en combate quería acercarse a su hogar, a despedirse de su mujer y su hijo. En realidad, sus intenciones eran muy distintas. Acudiría a su palacio pero, lejos de abrazar a sus seres queridos para luego tomar parte en la batalla, tomaría lo imprescindible y los llevaría al otro lado de las murallas. Tratarían de escapar a una muerte que ya preveía demasiado cercana.

No había puesto los pies fuera de la plaza cuando vio a uno de sus criados. Al contemplar lo que sostenía su mano derecha sintió un dolor punzante en su corazón. Era una bolsa, salpicada de unos colores oscuros que recordaba muy bien, así como otras manchas más recientes. Del fondo caían pequeñas gotas que, desde el interior, habían calado en sus tejidos. Eran del mismo color que las manchas de la mano que la sujetaba.

«Sangre».

Sir Womar sintió un vuelco en el corazón. Miró al hombre que se acercaba a él, y vio las lágrimas que, surcando sus mejillas, se perdían en las huellas de sangre que salpicaban su rostro.

—Lo siento, mi señor… —el criado rompió a llorar. La bolsa se deslizó entre sus dedos y cayó al suelo. Él se arrodilló, con las manos cubriendo su cara, ocultando su llanto.

El caballero se acercó. Sus piernas temblaban. Todo su cuerpo se estremecía. «Es el fin», pensó con dolor. De haber sido otro el portador de la bolsa pensaría que en su interior se encontraba la cabeza de uno de sus consejeros. Pero el hombre que lloraba junto a aquella cabeza era uno de los que permanecían al cuidado de su casa, de su mujer, de su hijo.

Desbordado por el miedo, por el terror que se esparcía a su alrededor, abrió la bolsa. Lo hizo muy despacio, dejando un pequeño agujero por el que observar su contenido. Fue suficiente para descubrir el rostro sin vida de su hijo que, con los ojos abiertos, le miraba con la expresión de pánico que había precedido a su muerte.

Sir Womar retiró la vista del rostro blanco y ensangrentado de su único hijo. Miró a su alrededor y deseó que alguna flecha surgiera desde el otro lado para atravesar su corazón y aliviar definitivamente su dolor. Solo encontró gentes que corrían de un lado a otro, sin rumbo. Los gritos del exterior se escuchaban más y más cercanos.

A un lado, dos columnas de soldados corrían en dirección Norte; al otro, varios ciudadanos hablaban a voces. Había dos ancianos entre ellos. Sostenían unas espadas que no lograrían salvarles de una muerte segura y tal vez horrible. Más a lo lejos había familias enteras que, abandonando sus casas, intentarían escapar a los invasores. Había niños que vagaban por las calles, llorando al saber que sus padres les habían abandonado.

Los húmedos ojos de *Sir* Womar contemplaron el dolor que sacudía los cimientos de la ciudad. Giró sobre sus pasos y se encaminó hacia una de las torres adosadas al palacio del gobernador, su fortaleza. Sabía que ni siquiera allí encerrado llegaría con vida al siguiente amanecer. Abrió la puerta de la torre y subió pesadamente los peldaños de una escalera de piedra. «Desde aquí observaré nuestro final».

Desde lo alto de la torre, la visión era aún más estremecedora.

El sol ya tenía su mitad oculta en el horizonte; huía de la terrible escena que se dibujaba en los alrededores de Ark. Al Norte, el fuego empezaba a crecer a medida que devoraba los barrios más pobres. Las primeras columnas de humo pronto se extenderían a uno y otro lado, se propagarían por el aire en forma de una gigantesca ola gris. Las llamas avanzarían hasta convertir la urbe en una extensa pira que iluminaría la noche. Al sur, los invasores arremetían contra una de las puertas de entrada a la ciudad. El caballero observó a un numeroso grupo que, junto a los árboles, esperaban la señal para adentrarse al otro lado de las murallas. De las ramas colgaban inertes los cuerpos de algunos habitantes capturados en las cercanías. «Elige tu forma de morir», pensó, tentado de dar un paso más hasta situarse frente a una de las almenas para luego dejarse caer. Una muerte sin dolor, lejos del fuego y de la horca. Se acercó al borde, decidido. Pero el dios Dragón parecía empeñado en privarle de su último deseo. Una mano lo sujetó con fuerza y lo alejó del vacío, empujándole contra el suelo.

—Aún no has sufrido lo suficiente —escuchó nada más golpearse contra la gélida piedra.

—¿Por qué nos hacéis esto?

—Digamos que… Has desatado la ira del dios Dragón. Tú, *Sir* Womar, eres el responsable de la caída de tu ciudad, de la muerte de sus habitantes. Los acólitos de la sacerdotisa roja me han contado lo que hiciste con uno de los suyos. Una cosa es rechazar una propuesta, y otra muy distinta es desatar la ira de un pueblo.

—Tu sacerdotisa quería obligarnos a unirnos a ella… para luego conquistar nuestra ciudad, imponer el culto a su dios.

—Me temo que te equivocas, gobernador. *Lady* Moira solo quería

soldados, mercenarios. Su objetivo es mucho más ambicioso que una miserable ciudad como esta.

—Tal vez su objetivo es subyugar todas las tierras que se encuentran a su alrededor… Incluidas las vuestras. Os ha tendido la mano derecha, pero en la izquierda se encuentra la garra de su dragón. La sacerdotisa roja someterá a vuestro pueblo. Vuestros hijos perecerán entre sus llamas. El Norte sangrará…

—¡Cállate de una vez! —le dio una patada—. De todos modos, ¿a ti qué te importa lo que suceda tras tu muerte?

—No lo hagas, por favor…

—¿Ahora vas a suplicarme? Tomaste una decisión. Decidiste cambiar la sangre de tu pueblo por la de un miserable acólito. Ah, y por una moneda con un niño y un anciano. Vuestro sacrificio os va a costar demasiado caro. Me encantaría seguir hablando, pero el fuego avanza y el tiempo apremia. Antes de acabar contigo tengo que cumplir un encargo más para la sacerdotisa.

—Déjame morir —el caballero rompió a llorar—. Deja que me lance al vacío.

—¿Y permitir que tu cabeza se rompa contra el suelo? —un nuevo empujón le obligó a caminar escaleras abajo—. Lo siento, *Sir* Womar. Me resultas más valioso si tu cara no sufre demasiados daños. No quiero privarme de mi recompensa. Me ha costado mucho encontrarte —sonrió el norteño.

—En ese caso, atraviésame con tu espada, córtame la cabeza. Pero, por favor, termina ya con esto.

—Veo que estás muy desesperado. La sacerdotisa roja disfrutaría contemplando esta escena. Le diré que suplicaste una muerte rápida. Pero, como podrás imaginar, ella no me permite complacerte de ese modo. Camina más rápido.

Salieron de la torre. Los hombres del fuego ya habían alcanzado el interior de las murallas. Los llantos y súplicas de los ciudadanos se fueron apagando. Por el contrario, las llamas que devoraban el norte de Ark crecían, al igual que el número de cadáveres esparcidos por las calles.

El norteño dio un nuevo empujón a *Sir* Womar, que se vio rodeado por los otros hombres, situados junto al roble que se alzaba en medio de la plaza.

—En este árbol aún no hemos colgado a nadie.

—¿Estáis preparado, caballero?

—Matadme ya, de una vez —*Sir* Womar se dejó llevar por la rabia —. ¡Matadme!

—Lo siento, gobernador —habló el norteño— *lady* Moira me ha

ordenado que prolongue tu sufrimiento un poco más. Por eso, y ahora que ya has sido testigo del triste final de tu hijo, no puedes dejar este mundo antes que tu mujer. ¡Traedla aquí!

—¡No! —los ojos del caballero miraron nerviosos, a su alrededor. Uno de los hombres del fuego arrastraba a la esposa del gobernador que, habiendo recibido una brutal paliza, solo pudo dirigir la vista a su marido mientras la soga rodeaba su cabeza como el abrazo mortal de una serpiente.

—¡Alzadla! —ordenó uno de los hombres de fuego, recreándose en el sufrimiento del gobernador.

La cuerda se tensó. *Sir* Womar miró hacia otro lado mientras el cuerpo sin vida de su mujer se balanceaba, pendiente de una rama.

—Ahora sí, ya debemos acabar con esto —el norteño tenía prisa por salir de la ciudad lo antes posible. La visión de las llamas resultaba cada vez menos grata a medida que el calor y el humo que desprendían se iban acercando—. Colgadlo.

Sir Womar cerró los ojos. Sintió cómo era sujetado por varias manos que lo arrastraban hasta el árbol. El roce de la soga era áspero, frío como el filo de un cuchillo. Lo pusieron en pie mientras deslizaban por la rama el otro extremo de la cuerda. Sus pies se elevaron. Los llantos cesaron, los gritos se apagaron. La muerte trajo consigo el silencio.

Desde lo alto, la mirada felina de *lady* Moira se deleitaba con la destrucción de la ciudad. Contempló el avance de las llamas y escuchó el eco de los gritos. Ark se consumía en un fuego que sobreviviría al transcurso de la noche. Todo se había ido desarrollando según lo previsto: las flechas incendiarias surcando el cielo como una lluvia de estrellas; el fuego propagándose de Norte a Sur en forma de enfurecidas acometidas de un mar candente que devoraba todo a su paso; escombros y cenizas, polvo y huesos… La ciudad de Ark pronto se convertiría en una gigantesca mancha negra, un oscuro océano donde flotarían las únicas ruinas dejadas tras el paso del fuego, como testigos de lo que un día fue una ciudad, la primera en sucumbir a las llamas del dios Dragón.

Al lado de la sacerdotisa, varios de sus acólitos participaban de aquel mismo pensamiento. «El dios Dragón ha escuchado la plegaria de su pueblo», susurró uno de ellos. La luz de las antorchas que sujetaban reflejaba el brillo de sus ojos, abiertos como nunca para contemplar el castigo divino.

Lady Moira se echó la mano al bolsillo. Entre sus dedos, la moneda entregada por el acólito dejaba al descubierto el rostro del anciano decrépito. Sus facciones inspiraban compasión; una compasión que

había huido lejos de ella. Hombres, mujeres, niños… No había hecho distinción entre unos y otros. Aquella noche, el dios Dragón había mostrado al mundo su cara más cruel. Nunca antes se había perpetrado una masacre así, en nombre de un dios. Ni siquiera en los tiempos de guerra entre Móstur y Leryon. Muy pronto, la destrucción de Ark formaría parte de los episodios más sangrientos de las crónicas de la comarca. Los propios clanes del Norte se encargarían de propagar las atrocidades realizadas en nombre de la sacerdotisa. *Lady* Moira fue consciente de que, desde aquella noche sería temida y odiada al mismo tiempo. Prefirió dejar aquel pensamiento a un lado, pues aún no había visto cumplida su venganza. Esperó pacientemente el transcurso del tiempo. Las llamas se movían, crecían y se extinguían; el humo subía hasta acariciar el firmamento, con colores que iban del gris al negro; y en la montaña el viento empezaba a hacerse fuerte, a rugir como una fiera hambrienta.

Las estrellas se apagaron y el amanecer trajo a la sacerdotisa el regalo que había estado esperando. El norteño elegido para acabar con la vida de *Sir* Womar regresaba con el trofeo prometido. Sostenía la bolsa en la que deberían encontrarse las tres cabezas solicitadas.

—Mi señora… —el guerrero vació el contenido del saco, dejando que las cabezas rodaran a los pies de *lady* Moira. La sacerdotisa contempló de manera especial el rostro sin vida de *Sir* Womar.

—¿Cómo ha muerto? —preguntó, impasible.

—Tal y como ordenasteis: después de contemplar la cabeza de su hijo y la muerte de su esposa. Murió ahorcado en el árbol de la plaza.

—Bien. Cuando retornemos al templo te pagaré el doble de lo acordado. Ahora quema las cabezas. No quiero que los cuervos se envenenen picoteando esta carroña.

—Sí, mi señora.

Entre los presentes se encontraba el hijo mayor de Ghorbar, que miraba con estupor la sonrisa que asomaba a los rojizos labios de la sacerdotisa. Pronto se encontraría de nuevo con su padre, que se había adentrado entre las ruinas para comprobar, a la luz del amanecer, el escaso número de bajas sufrido entre los suyos.

Cuando el Rey de las Montañas escuchó las palabras de su primogénito, un repentino temor recorrió todo su cuerpo.

«El poder del dios Dragón se ha desatado, y su llama no parece dispuesta a extinguirse».

CAPÍTULO 13

MÓSTUR

La roca que revestía la celda irradiaba un frío muy similar al de los gélidos muros que, en el exterior del castillo, resistían las constantes envestidas del viento. Tan húmedas como sucias y pestilentes, las mazmorras resultaban, con excepción de los barrios más pobres y de las cloacas, el lugar más inmundo de la ciudad. Estaban distribuidas en tres niveles de profundidad que albergaban toda clase de malhechores, desde los prisioneros más insignificantes a ojos de los vigilantes hasta los asesinos más despiadados que aguardaban su inminente ejecución. Muchos de ellos eran encerrados en estancias comunes, reducidas celdas en las que apenas podían sentarse sin estorbarse unos a otros. A este grupo de desdichados pertenecían los miembros de las cofradías de ladrones que habían ido más allá de lo que resultaba su principal «oficio». Un ladrón podía ser castigado en varias ocasiones, según su reincidencia en delitos considerados menores, como el robo, cuya condena podía consistir en el pago de una cantidad de oro, o tal vez la amputación de un brazo o una pierna. El asesinato, en cambio, solo tenía un castigo: la muerte.

Recostado contra una de las paredes de su celda, Zen Varion había pasado la última hora sumido en el sueño, vencido por el cansancio y, tal vez, también por el hediondo olor que envolvía aquella maraña de pasillos y calabozos. Escondidos en la penumbra, muchos de ellos apenas eran iluminados por las escasas antorchas dispuestas en los dos primeros niveles.

El zenlor despertó bruscamente, al sentir en su pie izquierdo el roce de una de las ratas que acostumbraban a vagar por los más pestilentes y húmedos corredores. Miró a su alrededor, donde la penumbra apenas le permitía distinguir las esquinas de los muros que le rodeaban. Un atisbo de luz, al otro lado de la infranqueable puerta de hierro, fue lo único que le permitió saber que no se encontraba en

el nivel más profundo, donde reinaba una oscuridad tan inmensa como la desgracia de los condenados que allí apuraban sus últimas horas de vida; muchos de aquellos pobres desgraciados suplicaban de forma incesante una piedad que nunca les sería otorgada. Sus voces se perdían, ahogadas como sus propias esperanzas, pues la única luz que contemplarían antes de su traslado a la Plaza del Poder sería la de la antorcha portada por sus verdugos.

El helvatio había perdido la noción del tiempo. Su calabozo apenas disponía de un ventanuco que, situado junto al techo, dejaba entrar un hilo de luminosidad, lo suficiente como para darse cuenta de que aún no había caído la tarde.

La desesperación le acechaba en cada rincón, con cada segundo que pasaba sin que nadie fuera capaz de darle una explicación. Estaba necesitado de conocer el motivo por el que permanecía allí encerrado, lejos de su discípulo, que no tardaría mucho en ser nombrado denlor. Maldijo su suerte, al comprobar la soledad de aquellos muros y saber que no saldría de allí a tiempo para poder acudir a la ceremonia. Los guardias encargados de conducirlo hasta la inexpugnable prisión le habían cubierto la cabeza, poco antes de acceder allí a través de una de las entradas más recónditas del castillo. Ninguno de aquellos soldados había sido capaz de explicarle las causas de su detención e inmediato envío a las mazmorras. No había tenido oportunidad de hablar con nadie, ni de ver a alguno de sus más inmediatos superiores dentro de la orden.

Un sentimiento de desolación invadió todo su ser, una desesperanza impropia de un hombre tan seguro de sí mismo, tan confiado en la voluntad de los dioses. Se sentía abandonado por Zelsios, olvidado por Athmer… por aquel a quien había consagrado su vida. Su mente se dejó llevar por los sucesos vividos en las horas anteriores a su detención, desde el mismo instante en el que había llegado a Móstur en compañía de su joven discípulo. Recordó su conversación con Gorich. Las palabras del nybnio y su relato acerca de la masacre de helvatios habían quedado grabadas en su interior como una firme advertencia. Aquel recuerdo lo llenó de temor. ¿Y si la ciudad de Móstur parecía condenada a revivir aquellos sucesos pasados? La muerte del rey en unas circunstancias tan misteriosas, así como los distintos intereses de los miembros que componían el Consejo… una combinación demasiado peligrosa para el futuro inmediato de la ciudad, así como para la estabilidad de la Orden Helvatia.

El eco de un sonido cercano, casi contiguo a la pared que lindaba con el corredor, interrumpió sus inquietantes cavilaciones. Era el

chirrido de una de las puertas repartidas por los laberintos de las mazmorras. Escuchó pasos. El golpeo de las pesadas botas que lucían los guardianes resultaba muy diferente al provocado por el caminar de cualquier otro soldado. En la puerta de su celda, al igual que sucedía en las restantes del primer nivel, se abría una ventana atravesada por varios barrotes, un hueco que permitía a los custodios de las mazmorras comprobar el interior de cada una de las estancias en las que se encontraban los reos. A través de ese agujero en la puerta, Zen Varion vislumbró una luz.

La oscuridad de la galería dio paso a la penumbra provocada por la llama de una antorcha. Se acercó a la puerta, esperando la llegada del guardián.

—¡Zen Varion! —escuchó desde el otro lado.

—¡Aquí! —el zenlor acarició los barrotes de la celda mientras buscaba con la mirada a quien lo había llamado, que no tardó en dejarse ver.

—¿Os encontráis bien, zen? —habló de nuevo el enviado.

El helvatio reconoció al guardián, uno de los soldados que días atrás habían estado asistiendo a sus enseñanzas acerca de los Textos Sagrados, tal y como era costumbre entre quienes velaban por la seguridad en el castillo, así como en toda la ciudad; una costumbre impuesta por el Consejo, que de este modo pretendía afianzar el culto a los dioses entre todos aquellos que debían garantizar el cumplimiento de las leyes y el adecuado gobierno de Móstur.

—¿Morland?

El guardián se detuvo frente a la celda. Era un hombre alto y fornido, barba hirsuta y nariz achatada que parecía esconderse entre unos ojos saltones de color verde. Un jubón acolchado, con el emblema de Móstur bordado en el pecho le identificaba como uno de los guardias al servicio de la ciudad. Los tonos pardos de la vestimenta habían quedado mancillados por la suciedad que rezumaban los muros y suelos de las mazmorras.

—¿Os encontráis bien? —preguntó el soldado, acercando la antorcha a la puerta para poder ver el rostro del zenlor.

—Sí… al menos por el momento. Dime, Morland, ¿sabes por qué me han encerrado? ¿Has podido escuchar algo?

—No. Sé que el Maestro Therios ha ordenado capturar a varios zenlores.

—¿A quiénes?

—No estoy seguro, pero creo que casi todos ellos forman parte de un grupo de clérigos que llegó ayer… provenientes de Olmist según tengo entendido. Pero no sé de qué se les acusa.

—Yo no he hecho nada malo, Morland.

—Os creo, zen. Pero no puedo hacer nada por vos. Las órdenes del Maestro son tan precisas como rotundas. Incluso se ha encargado él mismo de guardar las llaves de algunas de las celdas. Nunca antes se había comportado de ese modo…

—¿Dónde están los otros zenlores?

—En varios de los pasillos paralelos a este. El mismo Therios eligió los calabozos para cada uno de los prisioneros, encargándose de que todos fuerais convenientemente aislados. Os seré sincero, zen. Todo esto me está pareciendo tan extraño como impropio en el Maestro, que normalmente no suele entrometerse tanto en los asuntos referentes a la detención y encarcelamiento de los acusados.

—¿Han sido informados los demás miembros del Consejo?

—No lo sé. Lo único que he podido averiguar es que, por el momento, todos permaneceréis esta noche en las celdas. Mañana seréis presentados ante el Maestro para el correspondiente interrogatorio. Si a lo largo de la tarde averiguo algo más os informaré de todo aquello que os atañe. Mientras tanto, no puedo serviros de mucha ayuda. Únicamente puedo hacer que os traigan algo de comer si estáis hambriento.

—Gracias Morland.

—Otra cosa, Zen Varion… —el guardián titubeó por un momento, no muy seguro de lo que estaba a punto de decir.

—¿Sí?

—Los miembros de vuestra orden que forman parte del Consejo están teniendo un comportamiento muy extraño, últimamente. El Maestro Therios, así como el Presthe Grimward y Zen Darlish han estado manteniendo reuniones secretas, al margen de la reina y los nobles. No he podido conocer el motivo de tales reuniones, pero tanto ocultismo y desconfianza entre los propios miembros del Consejo no puede traer nada bueno.

—¿Cómo conoces que se han llevado a cabo esos… encuentros privados? El Maestro es demasiado precavido, cuando se trata de asuntos de extrema importancia o gravedad.

El guardián miró a ambos lados del pasillo, durante unos segundos de silencio. Comprobó que el único sonido a su alrededor era el crepitar de la llama de su antorcha. Después se acercó aún más a la celda, para poder susurrar su respuesta.

—Me temo que alguien ha dado la orden de vigilar a todos los miembros del Consejo.

—¿Quién?

—No lo sé. Tal vez la reina, o el capitán Genthis… Supongo que

están tratando de averiguar algo acerca de…

—¿De qué, Morland?

—Acerca de algunos rumores que muchos hemos escuchado: una conspiración del Maestro para derrocar a los demás miembros del Consejo y tomar el control de la ciudad, imponiendo lo que algunos denominan «la dictadura de los dioses».

Morland calló, como si se hubiera arrepentido de compartir con Zen Varion aquellas últimas revelaciones. Pues, al fin y al cabo, él formaba parte de quienes, según se decía, estaban tratando de hacerse con el poder.

—No sé por qué os he contado todo esto, Zen Varion. Supongo que, tal y como están las cosas, no hay muchas personas en quien confiar. Vos siempre habéis tratado de enseñarme lo que es bueno y justo, más allá de tratar de imponerme los mandatos de los dioses, como tratan de hacer la mayoría de los otros zenlores. Supongo que ese es el principal motivo que me ha llevado a confiar siempre en la rectitud de vuestros actos. Nunca he sentido un fervor especial por los dioses; únicamente he acudido al templo cuando he sido llamado por mis obligaciones como soldado. No soy dado a postrarme ante nadie, pero valoro la integridad de aquellos que me rodean y vuestra honradez está fuera de toda duda. Así que haré todo lo posible por veros fuera de esta celda lo antes posible.

—Gracias Morland —respondió Zen Varion, con una leve sonrisa —. Tú también me has demostrado que puedo confiar en ti.

Sin decir nada más, el guardián se dio media vuelta. A medida que sus pasos se alejaban, el corredor volvía a quedar inmerso en su habitual oscuridad.

Zen Varion se sentó de nuevo en el suelo, apoyándose contra la pared. Su mente reunió todas las revelaciones y secretos confesados por Morland, así como las confidencias de Gorich y su injustificada detención, formando así un complicado entramado de rumores y sucesos que componían un acertijo tan complejo como peligroso.

CAPÍTULO 14

MÓSTUR

El templo de Athmer era la edificación más armoniosa de cuantas habían sido levantadas a las afueras de Móstur. No se trataba de una ostentosa construcción, como las que se alzaban en las grandes ciudades, portentosas moradas para los dioses llamadas a acoger no solo a un gran número de habitantes; pues eran muchos los peregrinos que, llegados de lejanos lugares, a menudo centraban más su atención en la grandeza de la roca y la hermosura de las vidrieras que en las plegarias a los dioses. El templo de Athmer, en cambio, era un edificio sobrio en su interior, aunque de una extraordinaria belleza externa, de blanca piedra y pulcra fachada, levantado sobre numerosas columnas que, en su interior, formaban una hilera de arcos, desde la entrada principal hasta el altar donde se llevaban a cabo las ofrendas al dios. Allí mismo, a varios metros de altura, destacaba, por su realismo, una estatua del tamaño de un hombre que representaba a Athmer, tal y como los primeros miembros de la Orden lo habían descrito en unos pasajes que ahora formaban parte de los denominados «Textos Sagrados». La imagen representaba a un hombre alto y corpulento, vestido con el hábito de los clérigos y la capa de los caballeros. Esta unión entre las dos ramas de la Orden también podía adivinarse al contemplar la espada que sostenía con su mano derecha, así como el báculo en el que parecía apoyarse la izquierda. Su pose vigilante parecía estar observando a todo aquel que cruzara el umbral de su morada. Tenía una corona llameante sobre su oculto rostro, símbolo de la luz que había de guiar a todos aquellos que se encomendaran a él.

En una pequeña estancia aledaña al interior del templo propiamente dicho, el joven Darr esperaba con impaciencia la llegada del gran momento de su consagración, su llamamiento para ser nombrado denlor. Aquella ceremonia había congregado a varios e

importantes miembros de la Orden, todos ellos clérigos gustosos de acoger a Darr así como a otros cuatro jóvenes que, al igual que él, habían acudido desde lugares lejanos, acompañados por los maestros o zenlores encargados de su custodia. Una vez en el interior del templo, solo los «llamados» podrían situarse al pie del altar, frente al oficiante que debería consagrarles. En la mayoría de las ceremonias, era el clérigo más anciano de la orden el encargado de llevar a cabo el rito de admisión, tal y como recogían las normas establecidas en el código helvatio.

Al escuchar su nombre, «Darreth», de labios del Maestro que presidía el acto, el discípulo de Zen Varion abandonó la antesala para unirse a sus compañeros que, habiendo sido llamados con anterioridad, permanecían tumbados boca abajo frente al altar.

Durante el trayecto hacia el lugar que debía ocupar, Darr apenas se fijó en los asistentes. Entre ellos no se encontraba aquel a quien le hubiera gustado ver. El recuerdo de Zen Varion estuvo a punto de distraer su atención más tiempo de lo debido, pues una vez que se hubiera tumbado frente al altar, su único pensamiento tendría que ir encaminado a dar gracias a Athmer por aquella llamada, aquella oportunidad para convertirse en uno de sus siervos, de sus elegidos.

A un lado del altar, Zen Darlish mantenía entre sus manos un voluminoso libro. El desdibujado rostro de aquel anciano daba fe de que se trataba del clérigo más longevo. Por encima de su frente apenas podían adivinarse unos cabellos más bien escasos. Sin embargo, cubría su nuca una melena que se dejaba caer por detrás de sus orejas. Sus enrevesadas barbas hacían lo propio por debajo de un fino bigote de color grisáceo. La profunda mirada del anciano, en parte escondida por las numerosas arrugas que surcaban su rostro, permanecía fija en los jóvenes que se encontraban tumbados frente a él, postrados ante la imagen de Athmer.

Bajo la atenta mirada del resto de clérigos, situados entre las columnas que sostenían el templo, el zenlor leyó las palabras contenidas en el interior del libro, y que formaban parte del rito de nombramiento.

—¿Prometéis aceptar con agrado la voluntad de Athmer, y estar siempre dispuestos a cumplir lo que él disponga para vosotros?

—Prometo —respondieron al mismo tiempo los iniciados.

Tras una breve pausa, el anciano continuó leyendo.

—¿Prometéis fidelidad al Gran Maestro Therios y a sus sucesores como Maestros de nuestra orden, acatando sus mandatos y cumpliendo vuestras responsabilidades como denlores de la Orden Helvatia?

—Prometo.

—¿Prometéis respetar a vuestros hermanos, que hoy son testigos de vuestro nombramiento, para ayudarles a cumplir la misión encomendada a cada uno de ellos?

—Prometo.

A un gesto del anciano, varios clérigos se acercaron a los jóvenes, portando el hábito y la espada como dos de los símbolos más significativos de la Orden Helvatia.

Los jóvenes se pusieron en pie para que les fuera impuesta la nueva indumentaria.

Tras pasar varias páginas del libro, el Maestro tomó de nuevo la palabra, mientras los iniciados eran vestidos con el hábito y la capa granates que los caracterizarían como denlores.

—Este hábito os distingue como miembros de la orden Helvatia. Llevadlo siempre con honor, cumpliendo todo cuanto en él se significa. Que ninguna acción indigna de un denlor manche la pureza de las vestiduras que ahora recibís, como nuevos hermanos nuestros.

Nada más terminar de ceñirse el hábito, cada uno de los iniciados se fue poniendo de rodillas. El zenlor dejó el libro sobre el altar y se acercó al primero de aquellos jóvenes, en compañía de los clérigos que portaban las espadas.

—Que esta espada que ahora recibes te ayude siempre a cumplir la voluntad de Athmer. Utilízala para defender a los oprimidos. Álzala frente a los que traten de ahogar con su poder el lamento de los que sufren. Que el dios de la Luz ilumine tu entendimiento, para que defiendas a tus hermanos con sabiduría y justicia —Zen Darlish acompañó sus palabras con ostentosos gestos, situando la espada sobre ambos hombros del joven.

—Que Athmer, dios de la Luz, te dé fuerzas para ser fiel al juramento que acabas de hacer. Que él guíe siempre tus pasos y te conceda su favor. Y si rompes las promesas realizadas hoy frente a tus hermanos, que su ira caiga sobre ti y te condene a sufrir eternamente el tormento de Mynthos.

—Que así se cumpla —respondió finalmente el novicio, con voz temblorosa, mientras tomaba la espada y la apoyaba en el suelo, sujetando la empuñadura con ambas manos.

Y así, uno a uno, los cinco jóvenes fueron recibiendo el hábito y la espada que habrían de mostrarles, ante todos los hombres, como discípulos de Athmer y fieles servidores de sus designios.

El rito de nombramiento culminó con unas últimas palabras a cada nuevo miembro de la Orden. Cuando le llegó el turno a Darr, el chico se puso de rodillas, permitiendo que Zen Darlish le impusiera las

manos.

—Darreth… Por el poder que Athmer, dios de la luz, me ha concedido, yo te nombro nuevo denlor de nuestra Orden. Sírvele siempre con orgullo y honor. Que a partir de este mismo instante, él ilumine tus pasos para que todos tus actos sean agradables a sus ojos. Alabado sea Athmer.

Todos los clérigos que se encontraban en el templo, como testigos del nuevo nombramiento, respondieron al unísono.

—Sea por siempre alabado.

A continuación, el zenlor se acercó al altar y tomó de nuevo el libro. Con paso lento se dirigió hacia uno de los nuevos denlores y le entregó el volumen.

En ese libro se guardaban fragmentos de los «Textos Sagrados», algunos de los cuales, según la tradición, habían sido otorgados a los hombres por el mismo dios de la Luz; palabras en ocasiones escritas en un lenguaje de difícil interpretación, cargado de símbolos y enigmas, y también mandatos que para la Orden de los Helvatios constituían su sagrada forma de vida.

De pie junto al altar, de cara al resto de asistentes, el denlor buscó el texto correspondiente a la ceremonia. Con voz acompasada y solemne, comenzó a leer en alto:

«Al principio de los tiempos, no existía nada fuera de los dioses. Todo a su alrededor era un vacío insondable rodeado de penumbra y silencio, hasta que Zelsios y Abtera decidieron crear un lugar en el que habitar. Y así, por el divino poder de Abtera, surgieron la tierra y el cielo, el agua y las nubes. Zelsios buscó un lugar en medio de la superficie creada por la diosa. Llamó a este lugar Mynthos, que significa "tierra de los dioses".

Tuvieron tres hijos: Athmer, dios de la Luz; Daera, diosa del aire, y Lorwurn, dios del mar y las profundidades. Todos ellos fueron dotados de extraordinarios poderes y virtudes, pero también de vicios y defectos. Y el más terrible de ellos fue la envidia.

Un día, en su afán por conseguir el favor de su madre, los tres hijos pugnaron entre ellos por la concepción de la criatura más perfecta. De este modo, culminaron la creación del mundo que conocemos:

Sosteniendo su vara, Daera sopló sobre la tierra y esta se llenó de plantas y árboles, dando origen a bosques y hermosas espesuras que colmaron cada rincón de la obra creada por su madre.

Lorwurn agitó su báculo y de las profundidades surgieron los primeros animales, incontables criaturas de especies diversas que poblaron la superficie terrestre y la dotaron de mayor vida y movimiento.

Athmer, con un golpe de su cayado sobre las rocas, hizo brotar una

llama de fuego, con la que moldeó una criatura superior a los animales y plantas: el ser humano, con capacidad para pensar, discernir, amar. Y esas virtudes, inexistentes en el resto de criaturas, hicieron que fuera él quien se ganara el favor divino de Abtera, que le concedió el poder sobre la luz del sol, creando así los ciclos del día y la noche, en los que el hombre y la mujer habrían de servir a la diosa, mientras ella, a cambio, les otorgaría su gracia y los frutos de la creación de sus otros hijos.

Daera aceptó la decisión de su madre, y observó con agrado las virtudes de los primeros hombres y mujeres que dedicaron sus vidas a los dioses, hasta el punto de sentir una especial predilección por aquellos pueblos que la adoraban de una forma más fervorosa.

Oculto en las profundidades que gobernaba, Lorwurn, cegado por la ira, planeó su venganza: dotaría a los hombres y mujeres de los mismos sentimientos que él poseía en abundancia: envidia, rencor, odio… De este modo, la raza humana quedó condenada para siempre: los hombres comenzaron a odiarse unos a otros, a enfrentarse, a matarse entre ellos. Cuando Abtera descubrió lo que Lorwurn había hecho, le expulsó de Mynthos y le condenó a la oscuridad, donde habría de permanecer eternamente».

El denlor dejó de leer y, besando la página que contenía lo que muchos denominaban «el relato de la creación», se dispuso a devolver el libro a Zen Darlish.

El eco de un silbido, propagado por las bóvedas del templo, quebró el silencio que precedió a las palabras del iniciado, que no tuvo tiempo ni tan siquiera de girarse. Fue una saeta, surgida de la penumbra reinante en el otro extremo de la estancia. Atravesó su garganta y la sangre comenzó a salir a borbotones. La mirada del joven se tornó blanca, perdida; todos sus sentidos se apagaron. Su cuerpo, inerte, se desplomó hacia adelante, hasta caer pesadamente al suelo. El rojo líquido fue expandiéndose alrededor de su rostro, en hileras que pronto empaparon el hábito que le había sido entregado.

Los helvatios que presenciaron aquella horrible escena reaccionaron con gritos, devolviendo a la realidad a aquellos que, perdidos en sus meditaciones, mantenían los ojos cerrados.

Algunos de los que se encontraban más cercanos a las puertas del templo se giraron bruscamente para buscar el origen del fatídico ataque. Otros se echaron al suelo. A sus espaldas, la oscuridad comenzó a escupir saetas que, con mortales susurros, mordían a los asistentes a la ceremonia. Nada pudieron hacer ante el invisible enemigo que, ocultos tras las columnas y protegidos por la negrura que los envolvía, descargaban sus proyectiles contra los helvatios,

decididos a provocar una masacre entre los miembros de la Orden.

Las plegarias y oraciones habían sido sustituidas por los desesperados gritos y lamentos que, como si de un campo de batalla se tratara, se adueñaron de la estancia, como único responsorio al mortal cántico entonado entre las columnas. El aroma a incienso dio paso al hedor de la muerte, que fue avanzando hacia el altar a medida que los helvatios más cercanos a la oscuridad sucumbían al ataque y eran silenciados por la lluvia de saetas. Los hábitos puros y sagrados de los clérigos eran mancillados con manchas rojizas mientras la vida huía de ellos. Algunos, malheridos, elevaban sus últimas plegarias a Athmer, agotando sus últimos instantes; otros, caían ya muertos, ensartados por varias flechas.

Aquellos que se encontraban en las cercanías del altar tuvieron algo más de tiempo para tratar de huir. Entre ellos se encontraba Zen Darlish. Los movimientos del anciano resultaban torpes, sometidos a la lentitud con la que su avanzada edad lo tenía condenado. Sus ojos se habían quedado demasiado tiempo fijos en el joven que había caído en primer lugar. Su tardía reacción y la dificultad para encontrar un lugar en el que ponerse a salvo no le dieron demasiado tiempo. Tres pasos, quizá cuatro… Un dolor punzante recorrió todo su cuerpo cuando la primera flecha se alojó en su estómago. A tientas, como un ciego en medio de la nada, buscó el roce del altar. Otra flecha, esta vez en el pecho, le hizo caer. El anciano quedó sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la mesa del sacrificio y una respiración moribunda. Allí permaneció inmóvil, observando cómo los lazos de la muerte continuaban atrapando a sus hermanos que, tan indefensos como él, habían acudido al templo desprovistos de cualquier arma. Su mirada se iba apagando a medida que el aire, cada vez más escaso, entraba y salía de sus pulmones en débiles bocanadas. Su cuerpo se fue deslizando a medida que la respiración se volvía más dificultosa y perdía el sentido del tacto. Sus ojos contemplaron a los hermanos que, frente a él, ya habían encontrado su final. Tras unos segundos de espasmos, todo se tornó oscuridad. A su espalda, sobre la hornacina situada en lo alto, la estatua de Athmer se alzaba impasible, con el rostro ciego, inexistente, bajo la capucha de su túnica, ajeno a la matanza de sus hijos, a los que muy pronto acogería en su seno.

En las inmediaciones del altar, el joven Darr se arrastraba por el suelo, huyendo del estrado del templo, donde resultaba más fácil ser alcanzado por los proyectiles cuya lluvia iba siendo tan decreciente como cercana a los últimos miembros de la orden que luchaban por escapar a la muerte del desconocido enemigo. No tuvieron esa misma oportunidad sus jóvenes compañeros. Uno tras otro, antes de poder

ocultarse entre las columnas más próximas, los recién nombrados denlores fueron alcanzados, uniéndose así a sus maestros, ya caídos. Darr tuvo que ir reptando entre los cadáveres. Cualquier puerta por la que escapar se encontraba demasiado lejos, inalcanzable. No había escapatoria posible. Se detuvo junto a los cuerpos sin vida de dos de sus compañeros, casi oculto a los ojos invisibles de la oscuridad de la que continuaban manando las flechas y saetas. El rugido del ataque fue decreciendo a medida que se apagaban los lamentos de los clérigos.

Como si se tratara de un cadáver más, Darr permaneció quieto, evitando cualquier movimiento que pudiera delatarlo. Su mirada nerviosa buscaba en la oscuridad un atisbo de la presencia de los atacantes. Algunas de las lámparas repartidas en los extremos habían sido apagadas. La tiniebla se había ido apoderando aún más del templo, a punto de caer sobre el estrado, a punto de engullirlo todo en un mar negro de muerte y dolor. Por un momento, el joven denlor deseó que así fuera, que la penumbra diera paso a la oscuridad más absoluta. De ese modo tendría una única oportunidad de abandonar aquel infierno.

La lluvia de saetas llegó a su fin. Fue un silencio únicamente interrumpido por los últimos sollozos y súplicas, susurros que se ahogaban entre charcos de sangre y hábitos empapados.

Desde el suelo, Darr pudo escuchar el sonido de unas pisadas, cada vez más cercanas. Lentas, desconfiadas… Los asesinos habían decidido comprobar las consecuencias de su ataque. Pronto se asegurarían de que no quedaba nadie con vida. Darr sintió que el pulso se le aceleraba, que la ansiedad crecía en su interior. Y no podía hacer nada para escapar. Pronto se uniría a sus hermanos y maestros, a los que ni siquiera había podido conocer. Sintió unas lágrimas que recorrían sus mejillas y cerró los ojos, con el único deseo de alcanzar una muerte sin sufrimiento.

Los pasos se acercaban, se escuchaban con mayor claridad. El denlor sintió que estaban por todas partes. Abrió los ojos y miró a su alrededor, hasta que consiguió ver una sombra que emergía de la oscuridad. Después otra, otras… Tenían el rostro cubierto por capuchas. Vestían negras túnicas y mantenían sus manos aferradas a los arcos y ballestas con las que habían perpetrado un ataque tan ruin como preciso. Parecían espectros que, levitando a su paso por la parte central del templo, se aseguraban de que no había quedado ningún helvatio vivo. Algunos sostenían una espada con la que se acercaban a los clérigos moribundos para sesgar su último hilo de vida.

Con el corazón desbocado y el pecho a punto de estallarle, Darr

contuvo la respiración, consciente de que, muy pronto, varios de aquellos asesinos llegarían hasta él para cerciorarse de que estaba muerto.

Los asesinos quedaron a la vista del joven denlor. Uno de ellos, el más próximo, se quitó la capucha y dejó su rostro al descubierto. Era un hombre de pelo corto y entrecano peinado hacia atrás. Tenía una frente pronunciada y una cuidada barba que surcaba su rostro trazando una delicada línea curva, más amplia allí donde se unía con el bigote, tan oscuro como su mirada.

Por detrás de él, otros dos hombres imitaron su gesto y se retiraron las capuchas mientras continuaban contemplando el resultado de su ataque.

—¿Qué hacéis? —gruñó alguien, desde el fondo—. Poneos la capucha.

—¿Qué importa ya? Todos están muertos… o a punto de morir. Te dije que deberíamos haber capturado con vida a uno antes de empezar a matarlos. Si me hubieras hecho caso, me habría infiltrado entre ellos. Era tan fácil… Fíjate bien, maldita sea, ni siquiera iban armados.

—Este nos puede servir —indicó uno de los encapuchados, señalando a un denlor que, en susurros, suplicaba clemencia. Cuando se acercó a ponerlo en pie vio la sangre que manaba de su pecho malherido, empapando el hábito.

—Ese no, idiota. ¿No lo ves? —el hombre de barba y mirada oscura caminaba entre charcos de sangre—. Le habéis atravesado, como a todos los demás. Ahora, ¿qué hacemos?

—Deberíamos irnos de aquí, antes de que nos descubran.

La respuesta de otro de los encapuchados originó una discusión entre los asesinos, que se echaban la culpa unos a otros de que el plan no hubiera salido según lo previsto.

Darr trataba de comprender qué estaba sucediendo, pero lo único que pudo averiguar es que, para que el ataque hubiera surtido el efecto que deseaban quienes lo habían perpetrado, al menos debería sobrevivir uno de los helvatios. Pero ¿para qué? Al menos, una cosa parecía segura. Si le encontraban, no terminaría como el resto de clérigos… al menos por el momento. Pero ¿qué harían con él?

Perdido en sus cavilaciones, el joven denlor no podía apartar la vista del asesino que veía más próximo. Aquel individuo de aspecto fiero y afilada lengua continuaba maldiciendo con cada paso que le acercaba al estrado del templo.

Las voces crecían a medida que intervenían más hombres en la discusión. Todos echaban la culpa a uno de los que se encontraba más próximo a la oscuridad. Para entonces, era el único que aún mantenía

su rostro cubierto.

—Yofren… busca en la antesala del templo, tal vez aún quede alguno.

—O tal vez deberíamos llevarnos a su dios —el aludido, que ya se encontraba junto a los cuerpos de los jóvenes denlores, alzó la mirada para contemplar la estatua de Athmer—. Es el único que aún sigue en pie. ¿Quieres que le pregunte? —gesticuló, sarcástico—. Oh, Athmer, dios de la luz, dime donde podemos encontrar a más siervos tuyos para evitar que esta misión sea un auténtico fracaso… Dice que aquí no queda ninguno. Los habéis matado a todos… —Yofren se dio la vuelta, dando la espalda a Darr—. Enhorabuena, Rithlon… Ha sido todo un éxito.

El denlor pensó que, si había alguna oportunidad de escapar, debía de ser en aquel preciso instante. Yofren se alejaba de él, en dirección a sus otros compañeros. Se movió con todo el sigilo que pudo, reptando junto a uno de los cadáveres. Estaba a punto de arrastrarse por detrás del altar cuando sintió una mano que lo sujetaba con fuerza.

—Tengo a uno —escuchó a sus espaladas. Centrado en los movimientos de Yofren, no había sido capaz de ver a otro de los asesinos que se había acercado por detrás. Arrastrado entre charcos de sangre y los cuerpos de los que manaban, quedó tendido a la vista de los demás asaltantes. Uno de ellos extrajo una daga de su hábito y, aproximándose al denlor, lo examinó detenidamente.

—Este sí nos puede servir —sonrió con mirada felina, dejando entrever el interior de su boca desdentada.

—Bien —Yofren clavó los ojos en el joven—. ¡Atadle al altar!

Darreth opuso resistencia, pero fue inútil. Sujetado entre dos, fue levantado en vilo y conducido a la mesa sagrada, donde aún descansaba el cuerpo de Zen Darlish. Yofren empujó el cadáver hasta dejarle caer al suelo.

Ataron de pies y manos a Darr y lo dejaron sobre el altar, tendido boca arriba. Paralizado por el pánico, observó a sus captores que se retiraban mientras Yofren, cuchillo en mano, se acercaba a él, con una media sonrisa que para Darr constituyó la más horrible visión que pudiera imaginar. Se detuvo junto a él, y le impuso la mano izquierda sobre su pecho; alzó la derecha, que sujetaba el cuchillo. El joven sintió su respiración desbocada mientras veía cómo el arma apuntaba hacia él. Cerró los ojos, esperando su final.

—Thariba —pronunció Yofren, con voz solemne— dios único y verdadero, señor de la vida y de la muerte, te ofrecemos el cuerpo de este joven helvatio como sacrificio agradable a tus ojos…

—¡Alguien se acerca! ¡Tenemos que irnos!

Darr abrió los ojos al tiempo que sentía cómo la mano del asesino se separaba de su pecho. Miró a su alrededor.

Alertados por uno de los que habían permanecido en la oscuridad, vigilando el exterior del templo, Yofren y sus compañeros no dudaron en salir huyendo de forma precipitada. Por suerte para el joven, el sacrificio a Thariba no llegó a efectuarse.

Los pasos de los asaltantes se alejaron. Llegó el silencio; un silencio que olía a sangre y muerte. Ya no se escuchaban lamentos, ni súplicas silenciosas; habían cesado. Tan solo podía escucharse la entrecortada respiración de Den Darreth que, atado sobre el altar, dirigió la mirada a la imagen de Athmer. En sus pensamientos, agradeció al dios que le hubiera permitido seguir con vida, al tiempo que le suplicaba por la llegada de alguien que pudiera rescatarle de aquel lugar sagrado, convertido en un cementerio helvatio.

CAPÍTULO 15

FUEGO DE DRAGÓN

Drakkan les había revelado el destino, pero no la verdadera misión que deberían llevar a cabo. Su deseo era poder avanzar lo más rápidamente posible y ello requería que la compañía no fuera muy numerosa. Eligió a otros cinco miembros de su grupo, que le acompañarían en su viaje hacia el Norte. Llevarían consigo a los tres prisioneros, piezas que consideraba fundamentales para el éxito de la aventura que se disponían a iniciar.

Las montañas que configuraban Fuego de Dragón eran altas y picudas. Rocas rojizas y piedra negra se unían para formar una cordillera que, vista desde lo alto, revestía la forma de una serpiente repleta de escamas parduzcas que se arrastrara por las áridas tierras del fuego.

«Es una locura», había afirmado uno de los guerreros de Drakkan antes de solicitar al cazadragones un lugar en la compañía.

«La primera de otras aún peores», había sido la respuesta.

Drakkan tenía a todos sus seguidores, más que intrigados, preocupados por su forma de actuar en los últimos meses. Había estado viajando en solitario en dirección al Norte, sin mencionar a nadie la razón de aquellas escapadas que se prolongaban durante días o semanas. Había dejado al cargo del grupo a Bronnar, el hombre cuyos brazos gigantescos Sílax conocía bien. Sus ojos eran castaños, al igual que sus ásperos y enredados cabellos, y una densa barba que ocultaba su continua sonrisa. A su espalda, una poderosa hacha testimoniaba la fuerza descomunal de aquel gigantón de aspecto rudo y feroz. «Una fiera con corazón de cordero», como lo había definido el propio Drakkan en alguna ocasión.

—Así que quieres viajar hasta Fuego de Dragón, Bron…

—No quiero morir sin haber visto esas montañas lo más cerca posible —los ojos del grandullón se habían iluminado con la idea de

acompañar a Drakkan.

—En ese caso, y aunque tengamos que nombrar a otro al frente de los que se queden aquí, me temo que tu ayuda va a ser más que necesaria. Vendrás conmigo.

Bron había sido el primer elegido. Su bigote se expandía en una expresión de felicidad que el grandullón era incapaz de ocultar bajo sus tupidas barbas. Lo primero que hizo fue afilar la doble hoja de su hacha.

La siguiente decisión resultó más sencilla. Drakkan seleccionó a otros dos hombres ágiles y diestros con la espada. Su misión principal sería custodiar a los prisioneros que los acompañarían; tarea ardua teniendo en cuenta que únicamente serían dos miembros de la compañía por cada hombre del fuego. Por fortuna, aquellos miserables no se parecían demasiado a su líder caído. No eran tan corpulentos y la expresión de sus ojos distaba mucho de dejar entrever la furia del guerrero del dragón tatuado. Drakkan lo tenía muy claro: Lancel y Myler vigilarían cada respiración de los cautivos.

Lancel era más bien bajo y delgado, sobre todo en comparación con Bron. Tenía barba hirsuta y un pelo juguetón, lleno de rizos que se agitaban de forma graciosa cuando movía la cabeza. Le llamaban «lobo» porque su padre se dedicaba a amaestrar a estos animales en las cercanías del Bosque Centinela. Había nobles que, bien por guardar sus tierras o por simple capricho, compraban lobos que pudieran serles de utilidad para protegerse de los bandidos o para hacerles compañía, custodiando su hogar. El padre de Lancel los convertía en perros guardianes o en dóciles guías. Lobo siempre iba acompañado de sus dos «colmillos», delgadas espadas de un acero rojizo cuya procedencia era desconocida para todos. Parecían eternamente manchadas de sangre. Livianas y de empuñadura fría y cobriza, siempre estaban al alcance de su portador.

Myler «Ojos de halcón» o, simplemente «Halcón» era el explorador más cauteloso y observador del grupo. Sus rapaces ojos atisbaban tanto el horizonte como el interior de aquellos con los que se cruzaba. Poseía una capacidad especial para prever acontecimientos que le habían hecho ganarse cierta fama de brujo en la tierra que habitara años atrás. Tenía el cabello largo y liso, labios finos que se ocultaban tras su negruzca barba y una mirada desconcertante capaz de ocultar su estado de ánimo, dibujando una expresión que, en ocasiones, resultaba demasiado engañosa. De hecho, Drakkan no pudo adivinar en un primer momento su reacción tras ser nombrado cuarto miembro de la compañía. Pero si de algo estaba seguro el cazadragones era de la seguridad y cautela que el «Halcón» aportaría en los momentos

fundamentales de la misión. Además, también era diestro a la hora de empuñar cualquier tipo de arma. Había tomado como trofeo la espada curva de uno de los hijos del fuego. La llevaría a su espalda junto con su escudo, una rodela de madera de roble tachonada con puntas de hierro que lo convertían en algo más que una defensa.

Hasta aquí, Drakkan tenía las ideas muy claras. Sin embargo, el quinto miembro de la compañía suponía tomar una decisión un tanto arriesgada. Fuego de Dragón podría resultar un lugar demasiado inhóspito para una niña, y el viaje entrañaba un peligro que tal vez sobrepasaría sus capacidades, una prueba que, si lograba superar, la cambiaría para siempre. El cazadragones necesitaba a alguien sigiloso, capaz de pasar desapercibido no solo ante los humanos. Shyra era la más adecuada para llevar a cabo la tarea que probablemente resultaría la más difícil, pero crucial para el éxito del viaje. No obstante, la idea de arriesgar la vida de la cría martilleaba su cabeza una y otra vez.

—Llévame contigo —había pedido ella, suplicando con esa mirada de criatura tierna y frágil.

—Pero si ni siquiera conoces el motivo de nuestro viaje —fue la respuesta de Drakkan ante el ímpetu de la «víbora»—. Será peligroso… Muy peligroso.

Aquellas palabras habían producido en Shyra el efecto contrario al que cabría esperar.

«Lo más peligroso sería permanecer encerrada en esta cueva durante más tiempo», había pensado la pequeña.

—Aquí vivimos en un peligro constante… ¿Qué importa que allí donde vaya pueda encontrar peligros nuevos? El caballero escorpión me protegerá.

—¿El caballero escorpión?

—Sílax. Podría venir con nosotros.

Drakkan fijó su mirada en el caballero. Sílax no parecía tener interés en permanecer encerrado en las cuevas. Prefería el desconocido riesgo que le era ofrecido. Al fin y al cabo, había perdido lo que más quería. Nadie podría provocarle un sufrimiento mayor que el que ya había padecido. Así que, tras observar la mirada de la pequeña y los ojos de Drakkan, en espera de una respuesta, no tuvo mucho tiempo para pensar una decisión.

De ese modo, Sílax se había convertido en el sexto y último miembro de la compañía.

La despedida fue tan breve como las acostumbradas por el cazadragones en cada una de sus anteriores escapadas a lo desconocido. Un escueto discurso supuso el comienzo de la aventura que se disponían a emprender; una aventura que seguía constituyendo

una auténtica incógnita para los cinco elegidos que lo acompañaban. Lo único que sabían era que su destino sería Fuego de Dragón, pero nadie había logrado arrancar de Drakkan el motivo de aquel desafío a las tierras del fuego. Alguno se lo había preguntado, en secreto. «¿Quieres vengarte de los que te arrebataron todo cuanto querías? Confía en mí». Era un motivo suficiente para ahogar cualquier otra pregunta.

Mientras la compañía dejaba atrás al resto del grupo, Drakkan pensó en el itinerario que deberían seguir, así como los primeros inconvenientes de la misión. Las provisiones eran más bien escasas, pero resultarían suficientes para acometer las primeras jornadas. Abordarían Fuego de Dragón por el sur, desde el nacimiento del río Éresot, último reducto de tierras fértiles. Cerca de allí aún quedaba alguna aldea en la que podrían abastecerse de suficiente comida para poder afrontar el resto del camino: las duras jornadas de viaje por los senderos escondidos entre las montañas, inhóspitos parajes donde el verde de la vegetación y el azul del río daban paso a la grisácea superficie árida y pedregosa así como el color rojizo de las arenas y rocas que precedían a las montañas. Como si el sol habitara en el Norte, su calor se tornaría más agresivo cuanto más se acercaran a Fuego de Dragón. Y por si esto no fuera suficiente, la compañía de tres prisioneros que veían aquel viaje como el posible sacrificio de sus vidas.

Abriendo la marcha, Drakkan caminaba pensativo, ausente. Los dedos de su mano derecha tamborileaban la pequeña bolsa de cuero sujeta a su cintura. A su espalda, sobresalía entre el resto del equipaje una espada larga, enfundada en su vaina. Su empuñadura despedía destellos ante la impasible mirada del sol de la mañana que, ya desde las primeras horas, les advertía del calor que deberían soportar durante todo el día.

Tras el cazadragones, los prisioneros avanzaban en fila, con las manos atadas a la espalda y una soga que unía sus piernas, obligándoles a guardar una corta distancia entre ellos. Caminaban bajo la atenta mirada de Lobo y Halcón, situados a los flancos.

Por detrás de ellos, la presencia de Bron constituía un motivo más para alejar de los prisioneros la intención de huir. El grandullón silbaba una cancioncilla en tonos agudos y melodía cambiante, como las traviesas notas de una flauta. El hacha colgaba a su espalda con las hojas envueltas en un paño grisáceo, sucio.

En último lugar, Shyra y el «caballero escorpión» parecían destinados a permanecer juntos durante todo el camino. Sílax había cogido cariño a la cría que tanto le recordaba a su hija. El carácter

protector que siempre había manifestado hacia su pequeña le incitaba a prestar una constante atención a la «víbora», cuyo sentimiento hacia él no parecía muy distinto. Ella había sido la encargada de curar sus heridas y darle de comer durante los primeros días. De algún modo, sentía que era su responsabilidad cuidar de aquel hombre de aspecto afable y mirada sincera. Tenía siempre a mano el cuchillo con el que acostumbraba a juguetear a menudo. Se había convertido en una prenda más que ponerse cada día. Más aún, en ocasiones lo sujetaba de noche, cuando dormía. En sus pesadillas, los hijos del fuego volvían a atacarla. Eran muchos, demasiados para que la mordedura de una víbora pudiera detenerlos a todos.

Shyra no perdía de vista a los prisioneros. Dos de mediana edad y uno algo más joven. Todos ellos de cabeza rasurada y tatuajes que recorrían parte de su cuerpo. Ni siquiera pudo ver con claridad qué reflejaban aquellas manchas sobre su piel. Lo único que quería era arrancarlas con su cuchillo como hacía cuando era más pequeña con los bordados de aquellas prendas que su madre estaba a punto de desechar. A diferencia de aquellas telas que tanto le gustaban guardar, la piel tatuada de los hombres de fuego únicamente la quería para comprobar cómo la sangre inundaba los tatuajes. Así había sucedido con su líder. El dragón verde se había ahogado en el manantial rojo que su flecha le había abierto en el pecho. Aquello le había producido una dulce satisfacción. Tal vez sería lo más parecido al sentimiento de venganza que invadía todo su ser. Algún día se convertiría en una verdadera víbora para aquellos asesinos; sigilosa y letal. Y tenía la esperanza de que el viaje en compañía de Drakkan fuera ese comienzo que tanto anhelaba: dejar de huir para poder atacar. Y las primeras víctimas serían esos tres prisioneros. Cuanto más los miraba más cerca sentía su mano del cuchillo que, envainado, colgaba en su cintura.

«Si Drakkan no acaba con ellos, lo haré yo».

—¿Siempre es tan escueto en sus explicaciones? —las palabras de Sílax hicieron que la cría volviera en sí.

—Sí. La verdad es que no da muchas explicaciones cuando toma una decisión. En eso, a veces es un poco cabezota —dejó escapar una sonrisa traviesa—. Pero creo que ninguno puede quejarse de esas decisiones. Él siempre cuida de nosotros y por eso, aunque no sepamos lo que nos espera en Fuego de Dragón, confiamos en cada uno de sus pasos.

—Parece un buen hombre…

—Lo es. Un buen hombre, y un gran líder. Ninguno de los miembros de nuestro grupo conoce su verdadera historia. Se dicen tantas cosas de él…

—¿De verdad crees que fue uno de los hijos del fuego?

La mirada de Shyra buscó a Drakkan, a quien pudo vislumbrar entre los prisioneros que caminaban por detrás de él.

—Espero que nunca haya formado parte de esos asesinos. Prefiero pensar que es un verdadero cazador de dragones, que ha estado vagando durante años por estas tierras buscando esas bestias… Prefiero eso a verle como uno de estos bandidos.

—Hubo un tiempo en el que los hijos del fuego no eran como ahora —Sílax recordó algunas historias que había escuchado—. La adoración al dios Dragón no estaba tan extendida y el fanatismo no era algo propio en estas tierras.

—Lo sé. Drakkan decía que fue la llegada de la sacerdotisa Maesha lo que cambió todo.

El cazadragones les había contado todo lo referente al surgimiento de un nuevo culto al dios Dragón, una creencia resucitada de las antiguas tradiciones que veían en esta bestia la fuente de todo poder. La sacerdotisa Maesha transformó estas creencias ancestrales en una poderosa arma con la que unificar el norte de las Tierras del Fuego. El poder y el dominio vendrían de la garra del dragón. Fue esta bruja quien, entregándose por completo a su dios, propagó un culto incapaz de aceptar a otras religiones, una ideología feroz que declaró la guerra al resto de dioses. Entre las tierras más próximas a Fuego de Dragón se había propagado una profecía que, para muchos, estaba a punto de verse cumplida. Se decía que la bruja había sido fecundada por el propio dios. El fruto de esta unión sería portador del poder del dragón, que haría caer a sus enemigos. El dios habitaría en el mundo de los hombres, tal y como había sucedido antaño, y todo aquel que no se arrodillara ante él sería expulsado del mundo de los vivos. Así lo anunciaba la propia Maesha.

—La «bruja del anochecer» —el caballero recordó el nombre con el que se la denominaba por las consecuencias que tuvo su aparición—. Cuando sus fanáticos la encumbraron como reina, la sangre comenzó a correr como ríos de lava en aquellos pueblos y aldeas que se negaron a aceptar la religión del dios Dragón. El anochecer cayó sobre el Norte, la oscuridad de la llama del dragón. Sus seguidores, los hijos del fuego, se fueron volviendo cada vez más sanguinarios…

—Por eso prefiero creer que Drakkan nunca fue uno de ellos.

—¿Qué fue de la sacerdotisa Maesha? —Sílax llevaba mucho tiempo sin escuchar más historias acerca de aquella mujer.

—Unos dicen que dejó las Tierras del Fuego, otros afirman que murió asesinada, víctima de un intento por acabar con la dictadura impuesta por su dios… O muerta a manos de su propia hija. Y

Drakkan… —Shyra no parecía muy convencida de querer seguir hablando sobre aquel suceso.

—¿Qué os ha contado Drakkan?

—Nada… No nos ha contado nada. Pero es curioso cómo evita mencionar a Maesha y su desaparición. Conozco esa expresión de Drakkan. Es como si él lo supiera, pero no quisiera contárselo a nadie.

—Todos guardamos algún secreto.

—¿Tú también? —Shyra clavó su mirada en el caballero. Sus ojos tenían el brillo de la inocencia y, al mismo tiempo, de una picardía impropia de su edad.

—Claro… Y tú —respondió con una sonrisa burlona—. Todos. La diferencia está en que hay unos secretos más peligrosos que otros…

—Sí, y el de Drakkan parece bastante peligroso, ¿no crees?

—¿Sobre la bruja? No sé, tal vez no lo sea…

—No me refería al de la bruja —la expresión de la cría se tornó seria—, sino al de Fuego de Dragón. ¿Para qué nos lleva hasta allí?

—No lo sé —respondió el caballero, y miró a los tres hijos del fuego—. ¿Y para qué los lleva a ellos?

Se hizo un breve silencio. Durante unos segundos, Sílax sintió un escalofrío recorriendo su cuerpo. Un pensamiento atroz surcó su mente. Miró a la niña y no pudo evitar hacerse una pregunta.

—¿Confías en él?

—Sí —ella frunció el ceño—. ¿Por qué no habría de hacerlo?

—Dijiste que tal vez fue en algún momento uno de los hijos del fuego… ¿Y si todavía…?

—¿Qué? —la muchacha se apartó bruscamente—. No… Él no es uno de ellos. Es imposible.

La respuesta no pareció convencer al caballero.

—No lo sé. Pero no me gusta este viaje.

—Pues yo prefiero esto a tener que estar eternamente escondida en una cueva para no encontrarme con los siervos del dragón. Y Drakkan nos ha prometido que lucharía por acabar con la sacerdotisa roja y sus fanáticos. No… Él no es uno de ellos… Al menos ahora. No sé cómo piensa acabar con todo esto, pero no va a resultar nada fácil si es verdad lo que se dice de *lady* Moira.

—¿Qué se dice?

—Que es la hija del Dragón.

—Es la hija de Maesha, una mujer de carne y hueso. Y si la madre ha desaparecido, podemos hacer que ella desaparezca igual.

—¿Tú crees? —los ojos de Shyra adquirieron mayor brillo.

—Sí. Y si de verdad confías en Drakkan por lo que te ha demostrado durante todo este tiempo, yo también confiaré en él.

—Sí… Nos dará la venganza que tanto deseamos.

—En ese caso, no solo le seguiré hasta Fuego de Dragón, sino hasta el confín del mundo si allí pudiera alcanzar mi venganza. Es lo único que me queda. Lo demás ya me lo arrebataron.

—Sí. A mí también. Y a nuestros amigos —los ojos de la muchacha buscaron a los tres prisioneros—. Me da igual lo que nos espere en nuestro destino. Volveré de Fuego de Dragón y dedicaré el resto de mi vida a acabar con el culto al dios Dragón y a perseguir y matar a sus devotos. Me convertiré en una guerrera.

—¿En las tierras de Móstur?

—Donde sea. He oído que en Olmist admiten a mujeres en sus ejércitos.

—¿Y a niñas? —sonrió Sílax.

—Ya no soy una niña —la cría le dio un empujón.

—Para ser una muchacha de trece años, tienes bastante fuerza —el caballero casi termina en el suelo.

—¿Me enseñarás a manejar la espada como hacías con los hijos de aquellos nobles?

—De acuerdo… ¿Cuándo quieres que comencemos con la primera lección?

—Cuando Drakkan nos conceda un descanso —buscó con la mirada a su líder, que no daba señales de fatiga en sus firmes pisadas.

El cazadragones meditaba en soledad los pasos a seguir. Su mano acariciaba el broche plateado que mantenía cerrada la bolsa colgada a la cintura. En su interior guardaba algo demasiado valioso como para dejarlo al descubierto.

CAPÍTULO 16

EL TEMPLO DEL DRAGÓN

La ciudad de Los Dragones había sido, según la religión de los hijos del dragón, el lugar elegido por su deidad para hacerse presente en el mundo de los vivos. Sin llegar a ser una ciudad extensa o poderosa, había conservado durante muchos años su carácter de lugar sagrado. Los habitantes de las Tierras del Fuego acudían allí en peregrinación a rendir culto a su dios. Sus calles se llenaban de fieles devotos cuyas ofrendas eran presentadas en el antiguo templo.

Aquel tiempo había quedado muy lejano. Las creencias propagadas por los sacerdotes del dragón habían colmado la paciencia de los dioses de Móstur y Leryon. Tropas llegadas de diferentes regiones de ambos reinos rodearon la ciudad, se adentraron en el interior de sus muros y sacrificaron a todos los sacerdotes del dragón frente al templo, aboliendo así una religión que, durante mucho tiempo, permaneció escondida, esperando que llegara el momento de renacer de sus cenizas y alzarse con mayor fuerza a la conquista de los idólatras.

Las ruinas de la antigua ciudad estaban situadas en un terreno llano y árido. Junto a las ruinas, cerca de las montañas, había sido el lugar elegido para levantar el nuevo templo del Dragón. Desde las puertas del santuario, la sombría visión de los restos de la antigua ciudad colmaba el atardecer de sombras del pasado; la imagen del dios tallada en la pared principal del nuevo templo observaba aquellas ruinas, el recuerdo de lo que un día aquellos que se hacían llamar pueblos civilizados hicieron con los hijos del fuego, los hijos del dragón.

Lady Moira caminaba en línea recta, en lo alto de la escalinata que conducía a la entrada al templo. Su visión se perdía en las ruinas de la antigua ciudad. Restos de columnas y muros que se extendían en medio de la aridez de un paraje cálido y rojizo como la imagen de su

dios. Las colinas cercanas estaban semidesnudas, con árboles y arbustos que, como los ralos cabellos de un anciano, se desparramaban por sus laderas dejando ver la arena de la superficie. El amanecer era pausado, grisáceo. En el horizonte, un sol perezoso permitía que la luna en su fase creciente contemplara el mundo durante un poco más de tiempo antes de volver a esconderse. Las nubes debieron de haberse ido algún día para no regresar jamás y el aire de la mañana era como el aliento de un dragón.

La sacerdotisa perdía sus ojos en la llanura que precedía a las ruinas de la antigua ciudad, el lugar elegido para agrupar sus tropas y partir en dirección al Sur. Podría crear un ejército capaz de secar el río Éresot a su paso si no fuera por las diferencias existentes entre los clanes del Norte y los pueblos de las tierras salvajes. Los norteños no querían tratar con los bárbaros y estos también eran reacios a compartir batalla con cualquier otro aliado. Pero aquello no suponía ningún problema para los intereses de los hijos del fuego. El primer objetivo se había llevado a cabo de forma exitosa, más de lo que la propia sacerdotisa había imaginado en un principio. La crueldad de su venganza habría llegado a oídos de Móstur y Leryon, propagada por el humo de Ark. Varios días después de la masacre aún se veían nubes grisáceas emergiendo de las ruinas, vagando como si se tratara de los espíritus errantes de aquellos que habían perdido la vida en la batalla.

Un percance en sus planes mantenía preocupada a la sacerdotisa. Los bárbaros habían enviado un mensajero para informarla de que su llegada se retrasaría durante unos días. Las disputas internas entre los que se encontraban a favor de sellar el pacto y aquellos que no querían tener cuentas con los hijos del fuego habían desembocado en una reducción de aliados. Los que finalmente accedieran a sellar el acuerdo retrasarían su incorporación a las tropas del dragón. *Lady* Moira no parecía convencida de que, finalmente, fuera a obtener ayuda por parte de aquellas tribus salvajes. «Si me traicionan, ellos también tendrán su final», había pensado mientras veía cómo el emisario de los bárbaros desaparecía de su vista para regresar junto a los suyos. «Por el momento, tengo a Ghorbar», se consoló. Había hecho llamar al Rey de las Montañas, a quien ya había entregado varios cofres repletos de oro como agradecimiento a su apoyo.

El objetivo de *lady* Moira era mucho más ambicioso de lo que en un primer momento había manifestado en sus pactos. Propagar el culto al dios Dragón y derrocar a todas las demás deidades era la visión que cegaba su mente. Y para ello tenía que unificar las Tierras del Fuego. El Rey de las Montañas jugaba un papel crucial en este sentido. La sacerdotisa estaba convencida de que, tarde o temprano, él

y los norteños se entregarían al dios Dragón o, al menos, le reconocerían como único dios y señor de las tierras que estaban a punto de habitar y gobernar. Ghorbar no era un hombre que pudiera resultar atractivo físicamente. No obstante, la seguridad que siempre mostraba y el respeto que su pueblo sentía hacia él transformaban esa primera imagen de noble ricachón y acomodado. Su sabiduría le hacía más atractivo que muchos guerreros que la sacerdotisa tenía a su cargo. «Es perfecto para culminar el nacimiento de la nueva era del Dragón». Lo convertiría en un auténtico monarca, con un reino que fuera mucho más que una montaña. «No podrá rechazar mi propuesta», sonrió mientras observaba la llegada del rey.

Ghorbar subió las escaleras que ascendían hasta el templo. Los norteños habían sabido ganarse el respeto y reconocimiento de los hijos del fuego. La recompensa de tierras y riqueza tenía al Rey de las Montañas impaciente por encaminarse a las regiones fértiles de Móstur. «Tendremos un lugar mejor donde habitar», había prometido a los suyos.

—Mi señora —el rey hizo una reverencia—. Mis hombres os dan las gracias por vuestro oro.

—Es un pequeño adelanto de lo pactado, una muestra de la gratitud de mi pueblo. Hemos vencido a nuestro primer enemigo, pero aún nos quedan muchas batallas, y más complicadas de la que os haya podido resultar esta primera.

—No lo dudo —los lascivos ojos de Ghorbar se recreaban con la imagen de la sacerdotisa, cuyo vestido de escote cuadrado y ceñido a la espalda dejaba al descubierto los hombros y unas piernas doradas y sensuales. *Lady* Moira perdía la vista en el amanecer. En cambio, la mirada del Rey de las Montañas se concentraba en otro tipo de atracción. Recordó los tiempos en los que su mente aún no se había visto cegada por el poder. De joven, había disfrutado de la compañía de hermosas mujeres que mantenían su lecho siempre cálido, pero ninguna tenía en sus ojos el fuego que desprendía la mirada de *lady* Moira. «No quisiera estar en la piel de sus enemigos», pensó el monarca.

—Me han llegado noticias de nuestros aliados de las tierras salvajes. Según me ha comunicado su emisario, retrasarán su incorporación a mi ejército.

—No se puede confiar en ellos, mi señora. Por eso os pedí que mantuvierais a mis hombres lejos de esa escoria.

—Lo sé. Temo que finalmente no acudan en nuestra ayuda. Por suerte, he encontrado en vos un poderoso aliado —sonrió.

—Exacto —Ghorbar se sonrojó, atravesado por la mirada de la

sacerdotisa, suspicaz y seductora.

—No voy a esperar a tener nuevas noticias de los bárbaros, ni me voy a quedar de brazos cruzados esperando su llegada. Por eso os he hecho venir, para pediros que preparéis a vuestros hombres para partir, mañana, al amanecer.

—Muy bien. Me encargaré de que, a lo largo de hoy, tengan todo dispuesto.

—Observad las ruinas de nuestra antigua ciudad. Los pueblos de Móstur y Leryon nos despojaron de nuestro esplendor. Es hora de que los hijos del fuego recuperen lo que les pertenece.

—Haré que vuestros enemigos caigan a vuestros pies suplicando una muerte rápida.

—Ghorbar… ¿Os habéis planteado alguna vez vuestras creencias? ¿No os habéis preguntado si verdaderamente un dios rige nuestros destinos?

—Mi señora —el Rey de las Montañas eligió cuidadosamente sus palabras—. Nunca he confiado en los dioses de Móstur o Leryon, siempre enzarzados en esa lucha continua que acaba enfrentando a pueblos y tierras. Tampoco me he sentido tentado a seguir los pasos de Thariba, pues el único parecido que tengo al pueblo nybnio es el gusto por el comercio, por el oro…

—¿Y respecto al dios Dragón?

—He de reconocer que, si hay un dios que me inspira, por lo menos respeto, es el vuestro. No estoy muy familiarizado con vuestra tradición y vuestra historia, pero si algún día mis hombres y yo hemos de temer a la ira de una deidad, creo que sería al dios Dragón a quien suplicaría clemencia por mi incredulidad.

—En ese caso, ¿creéis posible que algún día podáis terminar aceptándolo en vuestras vidas?

Ghorbar enmudeció. Ante una respuesta negativa *lady* Moira podría llegar a considerarlos como enemigos en el futuro. La sacerdotisa no parecía dispuesta a consentir un rechazo a su dios. En realidad, el Rey de las Montañas no temía al dios Dragón, pero sí a su hija; y más de lo que habría imaginado que llegaría a temer a cualquier hombre o mujer. Los siervos del Dragón eran numerosos y todos ellos parecían dispuestos a dar la vida por su dios.

«Y *lady* Moira es su reina».

—Tal vez… —respondió, tembloroso—. Aunque no os lo puedo garantizar con total seguridad… Pero estoy convencido de que mi pueblo y el vuestro podrían terminar abrazados a una misma fe.

—Necesito más hombres —replicó la sacerdotisa—. ¿Podríais conseguírmelos?

Aquella pregunta cogió por sorpresa al Ghorbar, aunque resultó un alivio. «Prefiero buscar soldados a tener que encontrar un dios», pensó. De conseguir más guerreros, ¿qué podría pedir a cambio? Riquezas, tierras… Su sed de oro quedaba saciada con el acuerdo ya alcanzado. La sacerdotisa era tan generosa como ambiciosa en sus pretensiones.

—Podría compraros mercenarios. Enviaría emisarios a las tierras perdidas, más allá de los pueblos salvajes o incluso cruzaría las tierras de Móstur hasta el reino prohibido si tuviera la certeza de encontrar allí hombres capaces de unirse a nosotros, pero me llevaría demasiado tiempo. Lo siento, mi señora… Os he entregado cuanto poseo. ¿Qué me podríais ofrecer vos a cambio?

—Si te ofreciera más oro o tierras, no creo que sirviera de mucho, ¿verdad? —Ghorbar asintió—. Sé que has puesto en mis manos todo cuanto tienes. Pero necesito de ti algo más. Por el momento, tal vez no tengas hombres que ofrecerme. Por el momento…

—Mis hombres y los vuestros… Formamos un poderoso ejército, el más numeroso que se pueda imaginar en estos momentos. Las hostiles relaciones entre Móstur y Leryon juegan a nuestro favor, así como la indiferencia de los nybnios.

—Tenéis razón —*lady* Moira sonrió, pensativa—. Sus dioses están eternamente enfrentados y Thariba observa pacíficamente desde sus ciudades portuarias. Si iniciamos la invasión de las tierras de los mostures, los leryones no se entrometerán.

—Y si lo hicieran, sería para apoyar la caída de Móstur. Tengo informadores que me ponen al corriente de cuanto sucede en una y otra región. Cuando iniciemos la conquista de Móstur, mis enviados me mantendrán al tanto de las reacciones que se sucedan en Leryon. Incluso podríamos buscar una alianza con ellos…

—No —la sacerdotisa fue rotunda—. No quiero ningún pacto con los leryones. Son ambiciosos y traicioneros. Su indiferencia me ayudará a conquistar Móstur.

—En ese caso, permitid que haga llegar a mis informadores nuevas órdenes.

—Mañana partiremos al Sur —la sacerdotisa observó el horizonte. La luna había huido, el sol gobernaba ya el día—. Será el comienzo de la era del dios Dragón. Y necesito, mi querido Ghorbar, que, si bien vuestros hombres se mantienen, por el momento, indiferentes a las creencias de mi pueblo, vos os convirtáis —la sacerdotisa se acercó aún más al Rey de las Montañas. La calidez que desprendía su cuerpo provocó en Ghorbar un profundo deseo de acariciar su piel, de sentir que la hija del Dragón era realmente humana.

—Pero, mi señora. Convertirme…

—Confiad en el dios Dragón. Seréis testigos de su poder derramado por nuestras tierras. Cuando nuestros pueblos se unan bajo un único estandarte y nuestros ejércitos marchen sobre Móstur sentiréis en vuestro interior el favor del único y verdadero dios. Dádmelo, Ghorbar… Entregad vuestra alma al Dragón y os juro que seréis infinitamente recompensado.

—¿Con oro, tierras…?

—Sois el Rey de las Montañas, ¿verdad? —los dedos de *lady* Moira acariciaron el rostro de Ghorbar mientras las palabras salían en forma de susurros. El aliento de la sacerdotisa era gélido, como el roce de la brisa en un amanecer otoñal, pero sus ojos reflejaban el fuego del verano. Sus rojos labios se arquearon en una sonrisa seductora, provocativa.

—Así es —Ghorbar sintió cómo empequeñecía a los ojos de la sacerdotisa, envuelta en un halo de poder y seguridad que la convertía, no solo en la hija del dragón, sino en la verdadera reina de los hijos del fuego. Ellos harían cualquier cosa por ella. Y él… Él estaba a punto de concederle aquello que pedía. La mirada del dragón era poderosa, y su reflejo sobre los ojos de la sacerdotisa, la muestra de un poder llamado a gobernar las tierras del Sur. «Si no accedo a su fe, tarde o temprano me tratará como a los demás idólatras».

—¿Qué os parecería gobernar un reino mucho más extenso que cualquier montaña o cordillera que podáis imaginar? No solo tendréis tierras, Ghorbar… Tendréis súbditos, hombres y mujeres a vuestros pies que darán la vida por vos si así se lo pedís —la voz de *lady* Moira era como una melodía capaz de transportar el alma a un universo pleno, inimaginable. Sus palabras eran las notas de una armonía perfecta.

—¿Un reino?

—El nuevo reino del Dragón, en vuestras manos, pero a sus pies. Los hombres a vuestro servicio; sus almas, en poder de mi dios… de nuestro dios.

En ese instante, la sacerdotisa se apartó de forma brusca de Ghorbar. El rey sintió cómo la llegada de Othor le alejaba el olor a incienso que rezumaba la piel de *lady* Moira, y le devolvía a la realidad. Por unos segundos, la imagen del horizonte que tenía ante él había sido sustituida por la de un dios con forma de dragón que le tendía la mano. «Un reino entero a cambio de mi alma», meditó.

—Majestad… —el acólito hizo una profunda reverencia—. Un grupo de guerreros llegados de Olmist solicitan presentar su ofrenda al Dragón.

—¿Son muchos? —preguntó *lady* Moira, sin apartar su mirada del Rey de las Montañas, quien todavía parecía estar bajo su embrujo.

—Alrededor de un millar, contando a mujeres y niños.

—Más peregrinos en busca de una respuesta a sus plegarias. «Y quizá esta respuesta sea la guerra». De acuerdo, Othor. Ofréceles nuestra hospitalidad. Comida, bebida… No descuidéis ningún detalle. Y luego dirígeles hasta el interior del templo para que presenten su ofrenda. Yo iré dentro de un momento.

—Sí, mi reina —el acólito se fue con paso silencioso.

—¿Veis, Ghorbar? Cada vez son más los que se acercan al dios Dragón y le encomiendan incluso sus propias vidas. Esos devotos han hecho un largo viaje desde Olmist para presentarse ante el único y verdadero dios. Cada uno de ellos daría la vida por tener la oportunidad que os estoy ofreciendo. Presentarán sus oraciones y, si se entregan por completo, permanecerán a nuestro lado y marcharán a la guerra sin recibir nada a cambio.

—Lo sé, majestad.

Lady Moira sabía que estaba cerca de convencer a Ghorbar. Era la primera vez que se dirigía hacia ella como «majestad». «Comienza a admitir quién es la verdadera reina, la que rige el destino de nuestro pueblo, de nuestra alianza», contuvo la sonrisa que amenazaba con desbordar su rostro.

—Entonces, ¿cuál es vuestra respuesta? ¿Aceptáis convertiros en el Rey de las Tierras del Fuego a cambio de adorar al dios Dragón y todo cuanto representa?

Ghorbar sentía que una ansiedad crecía en su interior. La expresión inquisitiva de la sacerdotisa pedía o, mejor dicho, ordenaba, que le fuera otorgada una respuesta definitiva. Lo pensó una última vez. Le sería entregado un reino a cambio del alma; recibiría una corona al tiempo que sería desposeído de su corazón. «Rey de los Hijos del Fuego». *Lady* Moira tenía razón. Cualquiera de aquellos hijos mataría por recibir el poder que ella le estaba ofreciendo.

—Acepto vuestro regalo, mi señora.

—Habéis tomado la decisión más adecuada —*lady* Moira tornó su expresión en una sonrisa cómplice—. Mañana, antes de partir, haré público vuestro nombramiento. Os presentaré ante el dios Dragón, a quien juraréis fidelidad eterna. Os arrodillaréis ante él y os será impuesta la corona de fuego, símbolo de vuestro poder como rey.

Ghorbar quedó en silencio, escuchando la relación de sucesos que tendría lugar al día siguiente, antes de partir. Seguramente sus hombres no estarían conformes con la decisión de entregarse al dios Dragón. Ellos no tendrían que hacerlo. Solo él… «Un reino entero a

cambio de mi alma». Volvió a escuchar en su interior.

—Mañana, yo mismo os reverenciaré en medio de la multitud, como rey y señor de estas tierras, Ghorbar. Seré vuestra súbdita; vuestra mano derecha al frente de nuestro pueblo, pero súbdita, al fin y al cabo. Pero la generosidad de mi oferta va más lejos todavía —la sacerdotisa se acercó de nuevo, cerciorándose de que, en esta ocasión, no sería interrumpida por nadie.

—Os escucho —Ghorbar volvió a sentir el aroma del incienso que envolvía a ambos. Los ojos de *lady* Moira refulgían como las piedras preciosas que daban forma a la mirada del dios Dragón. Sus labios volvieron a torcerse, en una expresión que al Rey de las Montañas se le antojó incluso lujuriosa. En otras circunstancias hubiera sentido una erección que pronto le llevaría a buscar la satisfacción de sus deseos más carnales. Sin embargo, estaba aterrado, incapaz de sentir si la sangre abandonaba su cabeza o, por el contrario, abandonaba todo su cuerpo.

—La generosidad del dios Dragón no tiene límites para quienes se entregan a él sin reservas. Quiero daros algo más que una corona con la que podáis alzaros como rey —se acercó aún más. Para entonces, los ojos del monarca se habían perdido en la hechizante mirada que lo mantenía atenazado. Ghorbar ni siquiera sintió la mano que se deslizaba por sus cabellos.

—¿Qué vais a entregarme? —preguntó con voz queda.

—Una noche entera —la sacerdotisa acercó su boca a la de Ghorbar. El beso fue húmedo, intenso. Los labios de la sacerdotisa tenían un sabor a incienso mezclado con la dulzura del aguamiel y las flores de su perfume. Ghorbar sintió cómo su cuerpo era atraído con fuerza al de *lady* Moira, que rodeaba su cuello con unos brazos que parecían interminables. El calor que transmitía la sacerdotisa lo invadió como si se hubiera acercado demasiado a una hoguera. Recorría todo su cuerpo, de la cabeza a los pies. Cerró los ojos y se dejó atrapar por el placer de aquel beso interminable—. Una noche entera… —repitió *lady* Moira en un susurro— y un heredero al trono del Fuego.

CAPÍTULO 17

FUEGO DE DRAGÓN

Los paisajes se iban tornando cada vez más áridos a medida que se acercaban a Fuego de Dragón. El sol comenzaba a irradiar su calor incluso antes de dejarse ver en un cielo despejado que al amanecer era pálido y al caer la tarde se teñía de un color sangriento. A lo largo del día los rayos de luz eran como flechas de fuego arrojadas contra todo aquel que intentara aproximarse a las rocas rojizas.

Shyra ya había perdido la cuenta de los días que habían pasado. Huían del sol para poder avanzar un mayor recorrido de noche. Habían buscado refugio en cuevas y montañas que pudieran ofrecerles un hueco al cobijo de sus sombras. La muchacha echaba de menos las primeras jornadas de viaje, en los que la visión de las aguas del Éresot era todo un regalo para los sentidos. En las cercanías de Fuego de Dragón no había dulces sonidos ni hermosos paisajes. Tierras agrietadas, como si estuvieran a punto de abrirse y engullirlos a todos; árboles y arbustos con ramas desnudas, escuálidas y sedientas; y un sol enfurecido que intentaba derretirlos con su calor. «Terminaremos abrasándonos», pensaba mientras sus ojos buscaban a Drakkan, que siempre avanzaba a la cabeza del grupo.

El cazadragones les había dicho que estaban a punto de alcanzar el sendero que conducía hasta el mismo corazón de la montaña, el centro de Fuego de Dragón. Para alivio de sus acompañantes, era un camino abierto en la roca. Allí los rayos de luz no podrían herirlos.

Quienes peor lo estaban pasando eran los tres prisioneros. Uno de ellos había intentado escapar. Se las había ingeniado para cortar la cuerda que lo unía a sus dos compañeros. No había logrado llegar muy lejos. Drakkan había impedido que Myler cortara una mano al hijo del fuego como castigo a su intento de fuga. No obstante, el cazadragones fue claro en sus amenazas. «La próxima vez, perderás algo más que la mano».

Bron caminaba a la cola del grupo. Oteaba los alrededores con desconfianza, como si temiera que les estuvieran siguiendo o esperando en algún recodo del camino para caer sobre ellos. El grandullón no solo se caracterizaba por su fuerza. Era un hombre rudo que podría pasarse media vida habitando las áridas tierras del desierto sin quejarse un solo día. Si se habían retrasado más de lo previsto no había sido precisamente por él. En algún momento del viaje había cargado con uno de los prisioneros que, falto de fuerzas, más que caminar se arrastraba por la arena.

—Ya estamos cerca —Drakkan dejó escapar una sonrisa mientras señalaba el paso abierto en la montaña, una brecha que les permitiría avanzar a la sombra de las paredes de piedra rojiza.

—¿Adónde conduce el sendero? —al igual que los demás miembros del grupo, Shyra estaba impaciente por conocer el motivo del viaje. Drakkan les había dicho que una vez que se encontraran lo suficientemente cerca les revelaría su propósito.

—A nuestro destino —respondió el cazadragones, sentándose sobre la arena—. Este es un buen lugar para pasar la noche. Con las primeras luces del día nos adentraremos en Fuego de Dragón. Allí debemos extremar las precauciones si queremos lograr el objetivo de nuestra misión.

—¿Y cuál es ese objetivo? —Preguntó Bron—. ¿No crees que, ahora que estamos tan cerca, deberías contarnos qué te has propuesto?

—Sí, ha llegado la hora de que os revele el secreto que os he estado ocultando durante todo el viaje. Pero me temo que no puedo compartirlo con todos —miró de reojo a los prisioneros. No quería que ellos se enteraran.

Los hijos del fuego estaban exhaustos. Sus tatuajes parecían derretirse al contacto con el sudor que les empapaba la piel. Nadie sabía sus nombres. Para los demás miembros del grupo solo eran vulgares asesinos que aún seguían con vida gracias a la misericordia mostrada por Drakkan. Por orden del cazadragones, fueron amarrados a uno de los árboles de gruesos troncos que constituían, junto con unos matojos secos y sin hojas, la única vegetación situada al pie de las montañas.

—Perdonad que durante todo este tiempo os haya tenido desinformados acerca de mi plan —Drakkan se aseguró de que su voz no sería escuchada por los hijos del fuego—. El motivo del viaje requería de la máxima cautela, de forma que he preferido poner a prueba, una vez más, vuestra confianza en mí. Y, una vez más, no me habéis defraudado…

—Sí, pero —interrumpió Bron—. ¿Por qué nosotros, Drakkan?

—Ahora, cuando os explique qué es lo que me propongo, te darás cuenta de que he seleccionado a los más apropiados para este cometido, la más peligrosa aventura en la que os haya podido meter.

—¿Peligrosa? —Lancel dejó escapar una carcajada. Sus rizos se agitaron, juguetones—. Pues más vale que, a partir de este momento las cosas se empiecen a poner realmente mal. Hasta ahora, el único peligro ha sido el de morir quemados por el sol.

La expresión de Drakkan confirmó que así sería a partir del mismo instante en que decidieran poner los pies en el interior de las montañas.

—Hasta el momento, hemos tenido suerte. La aridez y las altas temperaturas de estas tierras las convierten en un lugar demasiado inhóspito para habitar. Hemos viajado durante días sin cruzarnos con nadie, lejos del peligro que habita en los senderos más al sur. Pero la verdadera amenaza comienza a partir de ahora, pues los habitantes de estas montañas no tienen nada que ver con los bandidos, ni con los hijos del fuego…

—¿Cuántas veces te has adentrado en estas montañas, Drakkan? —Bron sospechó cuál era el destino de los viajes del cazadragones, esos en los que desaparecía durante demasiado tiempo.

—Las suficientes como para conocer el trazado del sendero así como los picos que dan forma a Fuego de Dragón y, sobre todo, conocer también a sus habitantes.

—No me asusta lo despiadados que puedan llegar a ser —Bron acarició su hacha—. Partiré en dos a todo aquel que ponga una mano sobre cualquiera de vosotros.

—Pero entonces… —Shyra estaba confusa—. ¿Para qué me has traído a mí? No soy ni la mitad de fuerte que cualquiera de vosotros. Si hemos de luchar, y no somos precisamente un grupo numeroso…

—En estos momentos, el sigilo es más importante que la fuerza. Y tú eres, probablemente, la más sigilosa del grupo… La fuerza no nos salvará a ninguno.

—¿Cómo que no? —Protestó Bron—. Tú me has visto luchar, Drakkan. He hecho caer a tres o cuatro hombres que me atacaban casi a la vez. En el combate, la fuerza es fundamental…

—No siempre, Bron —Drakkan se echó la mano a la bolsa abrochada a la cintura y extrajo una cáscara de colores verdosos salpicada en tonos pardos—. No si se trata de un dragón.

Los miembros del grupo enmudecieron al escuchar aquellas palabras. Los ojos de todos quedaron hipnotizados por la visión de los fragmentos de la cáscara.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Bron.

—Del interior de las montañas.

—Entonces, es cierto —habló Shyra—. El «cazadragones»… Realmente los has visto, los has…

—Ese nombre me lo dieron mucho antes de ver un dragón. En realidad… —Drakkan dudó— me lo pusieron en una etapa de mi vida que creí haber dejado atrás. Llamábamos dragones a los hijos del fuego. En aquella época, no eran más que grupos de bandidos que asaltaban los pueblos y aldeas más alejados de las ciudades. Entraban en nuestros hogares, robaban, a veces incluso violaban o mataban antes de volver a desaparecer. Cansados de sus incursiones por nuestras tierras, de sus saqueos y sus crímenes, formamos un grupo de guerreros que se encargara de custodiar lo que era nuestro. Nos escondíamos en los bosques cercanos, vigilábamos los alrededores y salíamos al encuentro de esos malnacidos a los que dábamos caza. Colgábamos sus cuerpos de los árboles más cercanos a nuestros poblados, una advertencia para el resto. Pero, lejos de disuadirlos, provocamos el efecto contrario…

—¿Qué sucedió? —Shyra nunca había visto al cazadragones con ese brillo en sus ojos, a punto de derramar una diminuta lágrima.

—Vinieron como una manada de lobos hambrientos. Centenares, miles… Arrasaron nuestras aldeas, lo quemaron todo y mataron a todo aquel que se interpuso en su camino. Mi familia, mis hijos… Nunca he querido compartir con nadie este dolor, no quería resucitar los fantasmas del pasado. Supongo que, al fin y al cabo, no soy muy diferente a vosotros. He luchado contra los hijos del fuego, odiando a todo aquello cuanto representan… Y este viaje nos conducirá a alcanzar la venganza definitiva contra los siervos del dragón.

—Ni siquiera creí que pudieran existir los dragones… —Bron no podía apartar la vista de la cáscara—. Después de tanto tiempo…

—Pero Drakkan —Sílax había estado callado demasiado tiempo—. ¿Cómo vamos a enfrentarnos a una de esas criaturas? No hemos visto nunca uno de ellos… Si son tan poderosos y gigantescos como se cuentan en esas historias que no creíamos, ¿cómo hacerles frente?

—Yo los he visto, en varias ocasiones… Y créeme, Sílax, será mejor que ellos no nos descubran a nosotros. Es imposible hacerles frente con nuestros aceros: el fuego de dragón es capaz de derretir cualquier metal como si de una vela se tratara. El sigilo es nuestra mejor arma.

—Pero entonces, ¿qué te propones?

—¿Cuál es nuestra misión en este lugar?

Las preguntas de Lancel y Myler encontraron como respuesta una mirada del cazadragones en dirección a la brecha abierta en la roca, el camino que habría de conducirles a un mundo desconocido para los

demás miembros de la compañía.

—Necesitamos uno de estos —Drakkan señaló las cáscaras del huevo antes de volverlas a ocultar en el interior de su bolsa.

—¿Estás loco? —Bron no podía creérselo—. ¿Pretendes robar un huevo de dragón? ¿Y qué piensas hacer con él?

—Eso ya es algo que hablaremos más adelante. Por el momento, lo que hemos venido a hacer aquí es eso, conseguir uno o dos huevos de dragón. Hay algunas bestias que habitan en el interior de la montaña. Otras, en cambio, han hecho nidos en algunos de sus picos. Elegid adónde preferís que nos dirijamos.

—Cuanto menos quedemos a la vista de esas criaturas, mejor. Prefiero el interior de la montaña.

Al igual que Bron, los restantes miembros de la compañía eligieron adentrarse en las cuevas internas de Fuego de Dragón antes que subir a uno de sus picos, a la vista de cualquier criatura que pudiera observar desde lo alto.

—Bien, creo que esa es la respuesta más sensata. Afortunadamente, las grutas escondidas bajo la montaña contienen túneles demasiado estrechos para los dragones. Podremos movernos con mayor rapidez y sigilo por esos pasadizos.

—Y los prisioneros —Lancel señaló a los hijos del fuego— ¿cuál es su cometido?

—Prefiero decíroslo más tarde… En el momento adecuado. Vendrán con nosotros hasta la entrada a las cuevas y, una vez en el interior, alguien tendrá que quedarse con ellos. Había pensado en vosotros dos —señaló a Lancel y Myler—. Los demás buscaremos los huevos en uno de los agujeros en los que duermen esos monstruos. Con cuatro que vayamos será suficiente.

Drakkan prefirió no dar más detalles acerca de lo que encontrarían en el interior de los túneles y pasadizos a los que se dirigirían al día siguiente. El atardecer estaba a punto de morir y las tinieblas acechaban desde el horizonte. Fuego de Dragón se alzaba majestuosa y repleta de colores cambiantes con la proyección de una luz a punto de desaparecer. En poco tiempo, las montañas se fundirían con el cielo en un manto de oscuridad, un velo punteado de estrellas brillantes. La luna estaba ausente, escondida en algún rincón del eterno firmamento.

La cena fue ligera. Sin una hoguera que pudiera atraer la atención de indeseados visitantes, unas rebanadas de pan acompañaron al queso y al poco jamón que les quedaba. Tomaron también algunas piezas de frutas que empezaban a perder su color. El resto de las provisiones lo constituían, fundamentalmente, carnes de cerdo y pollo que, crudas, no parecían muy apetecibles.

Nada más terminar de comer, Drakkan les instó a dormir cuanto antes. Debían reponer fuerzas para afrontar la mañana siguiente, el comienzo del verdadero peligro del viaje. Agotados por aquella última jornada y conscientes de la necesidad de reponer fuerzas para poder afrontar un día que se antojaba como el más difícil de sus vidas, se abandonaron al descanso.

El cazadragones hizo la primera guardia. Sus ojos parecían incapaces de cerrarse; estaban tan despiertos como su imaginación. Recordó el sonido del dragón que había visto en su anterior viaje a las montañas de picos afilados como colmillos: los bramidos, el batir de sus alas, el repiqueteo de sus garras sobre las rocas… Aquella vez tampoco había ido allí solo. Un joven que contaría unas veinte primaveras se había cruzado en su camino. Drakkan recordó su cara, pero no su nombre. Se había empeñado en seguirlo hasta las entrañas de la montaña. La noche anterior al momento de adentrarse en Fuego de Dragón, ambos se habían detenido para descansar. Al amanecer, Drakkan se encontró solo. El chico se había adelantado para descubrir, por sí mismo, los tesoros ocultos en el interior de las cavernas. Lo único que encontró fue uno de los huevos del dragón. La desgracia cayó sobre él en cuanto la cáscara terminó de quebrarse. Los ligeros bramidos del pequeño dragón que había en su interior fueron capaces de atraer a quien tal vez sería su madre. Oculto tras una de las piedras que se alzaban en el interior de Fuego de Dragón, Drakkan únicamente pudo contemplar la llegada de dos o tres dragones que acudían en ayuda de la cría. Un río de fuego, proveniente de una de aquellas gigantescas fauces, convirtió el cuerpo del joven en un conjunto de huesos y cenizas.

Para entonces, el cazadragones ya había leído mucho acerca de estas criaturas. En su juventud había devorado libros enteros sobre héroes que se enfrentaban a toda clase de bestias. Su curiosidad le había llevado a leer textos acerca de animales que habitaron las regiones de Móstur o Leryon en la antigüedad; no relataban épicas hazañas o peligrosas aventuras, sino que hablaban de las costumbres de muchas de aquellas criaturas, algunas de las cuales no se habían vuelto a ver en mucho tiempo. Costumbres, forma de vida, alimento… Aquellos volúmenes eran una fuente de conocimiento y estudio de diferentes especies salvajes que merodeaban o habían merodeado por las diferentes regiones de ambas comarcas.

Con el transcurso de la noche, Drakkan sintió que su cuerpo comenzaba a sucumbir al cansancio acumulado de los días. Por suerte, cuando sus párpados le pesaban demasiado, Bron acudió a relevarle. El grandullón vio pasar el tiempo mientras acariciaba su hacha,

imaginando cómo serían los dragones que habitaban más allá de la frontera que estaban a punto de atravesar. Miró frente a él. La luna tenía un color anaranjado, casi rojizo, como si también hubiera sido herida por los rayos del sol. A medida que avanzaba la noche parecía haber aumentado en tamaño o, al menos, en brillo. Por debajo de ella podía adivinarse la gigantesca masa rocosa cuya brecha parecía la apertura del portón de una fortaleza. En su interior gobernaba una oscuridad silenciosa y solitaria. Bron se preguntó si habría algún dragón acechando, custodiando la entrada a un reino que parecía prohibido a los hombres.

Lancel y Myler fueron los siguientes en hacer guardia. Se sentaron en el suelo, con sus espaldas apoyadas en una de las rocas que rodeaban la montaña, como un ejército dispuesto para el asedio de una ciudad. Había rocas de todos los tamaños y formas, pequeñas piedras enraizadas en el árido suelo y masas pedregosas que parecían gigantes recostados junto a ellos. Grisáceas, pardas, o pálidas… Al reflejo de la luna, los cálidos colores habían dado paso a la gélida visión de la penumbra amenazante. A un lado, los miembros de la compañía dormían; algunos incluso roncaban. A otro lado, amarrados a un árbol, los hijos del fuego permanecían sentados en el suelo, con la espalda apoyada en el rugoso tronco que se encorvaba a ambos lados, con ramas como deformes brazos estirados.

Lancel y Myler también sucumbieron al esfuerzo de las anteriores jornadas de viaje. Fueron Shyra y Sílax los que se encargaron de hacer la última guardia. Hablaron sobre los caballeros de Móstur, las antiguas creencias acerca de los dioses… El amanecer los sorprendió cuando Sílax explicaba a la muchacha una antigua receta, un brebaje para mantener la mente más despierta y los ojos abiertos en momentos como aquel.

—Despertad —escucharon cómo Drakkan se dirigía a los demás—. Debemos continuar nuestro camino.

Lancel, el «lobo», se encontraba atrapado en un profundo sueño. Tuvieron que despertarle de forma más brusca para hacerle regresar a la realidad. En cambio, Myler parecía haber estado durmiendo con un ojo abierto, atento a cuanto sucedía a su alrededor. Se incorporó nada más sentir las pisadas del cazadragones, antes de escuchar sus palabras.

Los hijos del fuego tardaron en reaccionar. Bron se acercó para liberarlos del grueso tronco que los mantenía atenazados, casi sin poder moverse. Se pusieron en pie y esperaron una nueva orden. Parecían no haber dormido en toda la noche. Aun así, no se mostraban dispuestos a pronunciar una sola palabra. Excepto por las escuetas

respuestas a las escasas preguntas hechas por sus captores, no habían hablado en todo el camino.

Drakkan fue el primero en acercarse a la abertura de la roca, una grieta que dejaba al descubierto un sendero por el que apenas podrían pasar de dos en dos. Tendrían que avanzar con el mayor sigilo posible. A partir de aquel momento, se adentrarían en un territorio habitado por los enormes reptiles. El cazadragones temía que las bestias pudieran estar acechando en cualquiera de los picos que, desde las cumbres, observaban como los centinelas de un castillo con sus lanzas en alto.

Comenzaron su incursión en las entrañas de Fuego de Dragón, caminando sobre una superficie arenosa repleta de restos desprendidos de las paredes de roca. La luz del sol se sentía como el eco lejano de una voz. La penumbra los mantenía a salvo de un calor que no se atrevía a penetrar en el interior de aquellos muros cobrizos. El sendero serpenteaba, giraba a uno y otro lado al tiempo que se estrechaba para luego recuperar su amplitud. Ascendía como la escalinata de un templo, en peldaños dispersos y desiguales, creados de forma natural a pesar de que, en determinados puntos, pudiera imaginarse que eran fruto de la actuación del hombre.

Drakkan les obligaba a detenerse cada poco tiempo para asegurarse de que el grupo no se dispersaba en su avance. Los sonidos de la montaña también le hacían parar sus pasos para poder observar y escuchar a su alrededor. El aire ululaba entre las grietas y los ecos lejanos de pequeños guijarros desprendidos de las paredes de roca constituían un murmullo que recorría el interior de Fuego de Dragón. La luz se volvía más clara y peligrosa a medida que el sendero ascendía en pequeños repechos. Sus pendientes parecían, en ocasiones, bajar en vez de subir; las paredes se estrechaban hasta amenazar con cerrar el paso; la superficie del sendero se convertía en un camino pedregoso, casi resbaladizo. Durante media jornada de viaje, el único paisaje que el cazadragones y los suyos pudieron contemplar frente a ellos fue la masa de roca que los rodeaba por todas partes; roca áspera y de cálidos colores; fragmentos que, como gárgolas sin una forma definida, sobresalían en las paredes como imágenes deformes esculpidas por algún gigante. Algunas de ellas parecían a punto de dejarse caer sobre aquellos que pasaban por debajo.

Descubrieron el final del interminable sendero cuando el sol descendía para esconderse entre las montañas. La ruta por la que les había conducido el cazadragones moría en una pequeña extensión creada en el interior de la cordillera, en una llanura de piedra, como si se tratara de una plaza de la cual partían varios caminos que se

ocultaban en el interior de las montañas. Era la antesala a varias grutas que, repartidas a su alrededor, constituían todo un laberinto de oscuros túneles que únicamente se podían adivinar al otro lado de aquellos agujeros abiertos en la roca.

—Ahora sí, debemos extremar las precauciones —Drakkan les hablaba en voz baja, mirando hacia arriba. A su alrededor, las paredes de roca habían sido sustituidas por la visión de los picos que daban forma a Fuego de Dragón. Desde allí, cualquier criatura podría estar acechando, custodiando las entradas a las cuevas.

—¿Cómo lo vamos a hacer? —Shyra recordó lo que Drakkan les había dicho el día anterior en referencia a los cuatro que se adentrarían en la cueva.

—Lancel y Myler esperarán aquí junto a los prisioneros. Los demás nos dirigiremos a aquel agujero abierto en la roca —señaló uno de los más grandes—. Tened cuidado cuando lleguemos al interior. Sed sigilosos, cualquier sonido es propagado por el eco. Y los dragones son criaturas difíciles de sorprender, al menos cuando están despiertos. Dormidos, a veces se encuentran sumidos en un sueño profundo del que no se despiertan fácilmente. Suelen esconderse en estas cuevas para huir del sol y buscar un lugar más fresco para tumbarse. Pero aquí también es donde algunos de ellos tienen sus huevos… y los guardan como si fueran montones de oro. Yo abriré el paso. Me seguirán Shyra y el caballero. Bron, tú esperarás a que hayamos entrado en la cueva antes de cruzar esta pequeña llanura.

—De acuerdo —el grandullón se aseguró de que mantenía el hacha colgada a su espalda, en un gesto que repetía de manera inconsciente antes de encaminarse a una pelea. En esta ocasión, espadas y hachas no servirían de mucho frente al poder desatado de una bestia como las que intentarían evitar.

Drakkan atravesó la antesala a los pasadizos. Sus pasos eran silenciosos, mudos. Detrás de él, Shyra y Sílax hicieron lo mismo. A su alrededor, los picos de Fuego de Dragón asomaban amenazantes; constituían las puntiagudas almenas de una fortaleza que parecía extenderse de manera infinita hasta rozar un cielo palidecido por la llegada del atardecer. Bron fue el último en cruzar el umbral que les separaba de uno de aquellos nidos de dragón. Sus pasos resultaron menos sigilosos que los de sus compañeros. Fuego de Dragón parecía un paraje solitario, olvidado por el paso de los años. Así lo habrían deseado los hombres del fuego que, en compañía de Lancel y Myler, sentían que, si había posibilidades de escapar, aquel sería el momento propicio para intentarlo.

Drakkan entregó a Bron una antorcha.

—No la enciendas hasta que yo te diga. Con un poco de suerte encontraremos uno de esos nidos entre la penumbra. Seguidme.

Caminaban en fila, arrimados a una de las paredes. Por encima de ellos, el techo parecía una cúpula presidida por un mosaico de colores oscuros. Las grietas se multiplicaban y recorrían suelos y paredes; la luz era cada vez más débil y el aire puro daba paso a un olor cada vez más hediondo, como el de una montaña de alimentos putrefactos. La oscuridad se fue haciendo más fuerte. Las sombras crecían en extensión y número. Drakkan y los suyos habían minorado el ritmo de sus pasos. Acariciaban la pared rocosa para afianzar su sigiloso avance.

El cazadragones les hizo detenerse para escuchar el sonido que les llegó propagado por el eco. Se hizo continuo, incesante y casi inconfundible: una respiración profunda. Pero su volumen comenzó a resultar exagerado. Parecía la respiración de un gigante.

—Es uno de ellos —Drakkan sonrió, consciente de que su búsqueda estaba a punto de dar fruto. Por fin había llegado el momento que tanto había esperado, el mismo que tanto había temido.

Se acercaron a la fuente de los sonidos. Por fortuna, la oscuridad no era absoluta. El cazadragones tomó una vela y prendió la mecha. Desprendía una llama que alumbraba mucho menos que la antorcha que había decidido mantener guardada. Aquella luz sería suficiente para acercarse a la criatura o, mejor dicho, a los huevos que debería estar custodiando.

—Mirad —indicó al frente.

Sus tres acompañantes quedaron sobrecogidos al contemplar la criatura que, unos metros por delante de ellos, permanecía arrebujada junto a una de las paredes de la roca. La penumbra delataba su imponente presencia, dejando al descubierto el contorno que se perfilaba en la roca. Se movía suavemente al compás de la respiración.

—Está dormido… Igual que la última vez que lo vi. Y, al igual que la última vez que estuve aquí, a su lado está el botín que nos espera. Mirad.

Drakkan tenía razón. Los huevos se encontraban entre fragmentos de piedras que, repartidos a su alrededor, daban forma a un nido.

—Es tu turno, Shyra.

—¿Qué? —La chica casi deja escapar una voz demasiado alta—. ¿A qué te refieres?

—Tú eres la más sigilosa. Debes ir allí y tomar uno o, mejor dicho —le entregó una bolsa negra de lana— dos huevos.

—¿De verdad tienen un sueño profundo? —la chica observaba la imagen del dragón, una montaña oscura que se alzaba en un extremo

de aquella estancia.

—Sí. Confía en mí.

—De acuerdo —Shyra se quitó las botas y tomó la bolsa de lana. Sus delicadas pisadas parecían los pequeños saltos de un pájaro. A medida que se acercó al dragón pudo sentir su fétido aliento, mezclado con la putrefacción que lo rodeaba. Huesos desparramados, restos de rocas y piedras preciosas cuyo brillo se había apagado bajo el polvo, guijarros que se habían desprendido de la pared, y finalmente, los huevos. Eran cinco, más pequeños de lo que Shyra había pensado en un primer momento. En la penumbra resultaba imposible averiguar de qué color eran. Tenían pequeños puntos y manchas oscuras, y pesaban bastante.

Shyra introdujo dos en la bolsa. Dio media vuelta y volvió sobre sus pasos. Los huevos pesaban mucho, así que su avance fue muy lento, casi al compás de la respiración del dragón: potente pero pausada.

—Vámonos de aquí —Drakkan tomó la bolsa y revolvió los cabellos de la muchacha—. Buen trabajo, pequeña.

Sílax y Bron respiraron aliviados. «Ha sido más fácil de lo que imaginé… Demasiado fácil», se decía el grandullón, que durante el retorno no dejaba de echar la vista atrás para asegurarse de que la montaña continuaba respirando.

Al salir al aire libre descubrieron una escena que no esperaban encontrar. Tendido en el suelo, junto a un charco de sangre, uno de los hijos del fuego yacía muerto, tumbado boca abajo. A su lado, otro de los prisioneros estaba sentado sobre el suelo, con una flecha clavada en el muslo. La punta había atravesado la pierna, que sangraba abundantemente. El herido no paraba de lamentarse.

—¿Qué es esto? —Drakkan se olvidó del sigilo con el que habían caminado hasta el momento y echó a correr hacia el lugar en el que habían dejado a sus compañeros y los prisioneros, junto al extremo del sendero—. ¡Rápido, seguidme! —gritó a sus compañeros.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó a Lancel y Myler, que sujetaban al tercer prisionero, el único que no había resultado herido.

—Intentaron escapar —respondió el lobo.

—Lo siento, Drakkan —añadió el halcón—. No hemos podido evitarlo.

—De acuerdo, guiad al resto del grupo —tomó al tercer prisionero y ató sus manos a la espalda—. Hay que darse prisa. Bron, ayúdame.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Shyra, observando cómo Drakkan y el grandullón conducían al hijo del fuego junto a sus compañeros. El prisionero trataba de resistirse, en vano.

—Ganar algo de tiempo… —respondió el cazadragones—. ¡Marchaos!

Dejaron al tercer prisionero atado de pies y manos junto a los otros dos. Drakkan abrió su bolsa y sacó las cáscaras del huevo. Tras romperlas en pequeños pedazos, las dejó caer sobre el charco de sangre del cautivo que ya había muerto.

—Esto terminará de atraerlos… —miró a Bron—. Corre.

Apenas había terminado de hablar cuando un poderoso bramido hizo temblar los cimientos de las montañas. Procedía del interior de la cueva que acababan de abandonar.

—No sabía que el efecto fuera inmediato —Bron llegó por delante de su compañero hasta el inicio del sendero.

—No creo que haya sido la cáscara del huevo, pero al menos el dragón se tomará su tiempo en oler esos restos antes de acabar con los hombres que le hemos servido de almuerzo.

—¿Y después? ¿Qué pasará cuando descubra que allí no están los huevos?

—Tú corre.

Alcanzaron a los otros miembros de la compañía, que también habían escuchado el aterrador rugido.

—Tenemos poco tiempo, mientras la bestia termina con los hijos del fuego. Después, posiblemente quiera continuar buscando a los ladrones de huevos. Deprisa, no os detengáis por nada. Corred hasta que dejemos atrás esta cordillera y podamos buscar otro refugio.

Nadie se atrevió a hacer nuevas preguntas. Guiados por el cazadragones, corrieron al ritmo que este les imponía. No había transcurrido mucho tiempo cuando escucharon un nuevo bramido. Después fueron dos, tres gritos tal vez, procedentes de los prisioneros; sus voces quedaron ahogadas tras un nuevo bramido, aún más potente que los anteriores.

—Que los dioses estén de nuestro lado —Drakkan aceleró el ritmo de sus pasos. Habían agotado el tiempo concedido por el sacrificio de los hijos del fuego.

CAPÍTULO 18

SKELDON

La aldea de Skeldon era considerada por muchos como la frontera entre el territorio dominado por los mostures y las tierras pertenecientes a los pueblos bárbaros, salvajes que habitaban al otro lado de las montañas y que adoraban al dios Lorwurn, hermano, aunque también adversario, de Athmer. Entre los pueblos entregados al culto de este ser maligno se encontraban los leryones, una raza despiadada que antaño había dominado un terreno tres veces mayor del que ahora ocupaba.

Desde hacía varios meses, el Consejo de Móstur no había tenido noticias de los sucesos acontecidos en Leryon y, preocupados únicamente por mantener la paz de sus tierras y los territorios cercanos a la frontera, sus miembros no parecían tener la intención de estrechar la vigilancia de sus principales enemigos.

Pero Leryon quedaba aún lejos de Skeldon, más allá de unas montañas levantadas como una barrera que durante el duro invierno constituían un paso casi infranqueable para cualquier mortal.

A punto de llegar el ocaso de la jornada, un océano de nubes grises se había encargado de acelerar la llegada de la oscuridad a todo el valle sobre el que se asentaba la aldea. Bartheos trataba de distinguir, entre las sombras, los primeros vestigios de aquel poblado: una empalizada que parecía cubrir un importante trazado de su perímetro. Por encima de la unión de troncos asomaban los oscuros y, en algunos casos, maltrechos tejados de las viviendas más visibles. El lóbrego aspecto de Skeldon constituía, sin duda, el ingrediente más atractivo para dar vida a las historias y leyendas que habían llegado hasta Móstur y Leryon, relatos que se desarrollaban dentro de una atmósfera de sangre y muerte, repletos de cadáveres que ya únicamente servirían para alimentar a los cuervos. Si algo tenían de cierto las leyendas era la presencia de estas aves que, como una plaga, podían verse

repartidas por toda la aldea, ocultas entre las ramas de los árboles o visibles en los tejados de pizarra que dotaban al poblado de un aspecto aún más oscuro.

Con paso lento, pero decidido, Yar Gregor y sus acompañantes se fueron acercando a lo que parecía ser la entrada, un ruinoso portón flanqueado por dos torres de madera situadas tras el pequeño muro de troncos. Al observar la empalizada y lo que se ocultaba tras ella, Bartheos pensó que en aquel lugar sería difícil encontrar una posada donde pudieran comer o dormir.

A punto de acariciar la puerta de madera, el caballero helvatio observó movimiento en el interior de las dos torretas, donde creyó ver la figura de hombres armados que se movían en línea, siguiendo el trazado de la sobria muralla que los defendía. Sus sospechas fueron confirmadas y los vigilantes se dejaron ver, desprovistos de cualquier tipo de armadura, con unas rudimentarias armas como único equipamiento. Hachas de leñador, mazas con puntas oxidadas o incluso palos, constituían el principal arsenal ofensivo que los pobladores de Skeldon presentaban como defensas. Los rostros de aquellos aldeanos reflejaban una misma preocupación. Vivían en una aldea tranquila, casi abandonada; un lugar de paso para comerciantes o peregrinos que se dirigían a algunos de los templos cercanos a Móstur. Sin embargo, la escena que los vigilantes tenían ante ellos era poco usual: un grupo de hombres armados y sobre sus monturas: caballeros, escuderos… jinetes que podrían alterar la calma reinante en el interior. Para los más agoreros, aquello era un mal presagio, el augurio de una guerra que pronto se cerniría sobre la comarca.

—¡Deteneos! —gritó uno de los vigías. Al igual que la mayoría de cuantos se encontraban al otro lado de la empalizada, mostraba un aspecto desarrapado, como el resto de la aldea.

Yar Gregor alzó su mano derecha, y sus acompañantes frenaron la marcha de los caballos.

En una de las torretas asomaron dos guardias, que escrutaron con la mirada a los hombres que se disponían a entrar en su poblado.

—¿Qué asuntos os traen hasta este lugar?

El helvatio observó con atención la expresión poco amigable de cuantos se encontraban al otro lado.

—Fuimos sorprendidos por los miembros de una cofradía de ladrones que nos han desviado de nuestro camino. Únicamente queremos pasar aquí la noche y mañana proseguir nuestro regreso a Móstur.

Los vigías se miraron y, durante unos segundos, la insistente caída de la lluvia fue el único sonido que interrumpía el silencio dejado tras

las palabras del caballero.

—Está bien —respondió finalmente uno de los guardias—. Os dejaremos pasar, pero no queremos incidentes en nuestro poblado. Si causáis molestias en la posada seréis expulsados de forma inmediata.

—Aceptamos vuestra advertencia, y os damos las gracias por vuestra hospitalidad —respondió de forma cortés Yar Gregor.

Las puertas se abrieron y los recién llegados pudieron contemplar el nutrido grupo de hombres que custodiaban la aldea. Provistos de sus rudimentarias armas, más bien parecían un conjunto de habitantes llamados de forma precipitada a defender sus casas frente a la llegada de un invasor. Ninguno de ellos tenía el aspecto de un guerrero, y mucho menos de un caballero como los que destacaban en Móstur. Se hicieron a un lado y permitieron el paso a Yar Gregor, que se había adelantado al resto. El caballero avanzó sin prestar atención a los rostros severos que vigilaban desconfiados cada uno de sus movimientos a través de lo que parecía ser la única calle empedrada de la aldea. De esta partían numerosas bifurcaciones, caminos de arena y gravilla que en muchos casos morían cerca de las viviendas ubicadas a ambos lados. Las pequeñas ventanas de estas casas de pobre aspecto dejaban escapar las mortecinas luces que iluminaban sus interiores, constituyendo la única señal de vida que podía encontrarse más allá de la puerta de entrada y los hombres que la custodiaban.

Los caballos, distribuidos en dos filas, caminaron pausadamente por la piedra, como si se mantuvieran en alerta ante cualquier peligro que pudiera aparecer en un lugar tan abandonado y alejado de las tierras de Móstur. Así lo hicieron durante un tramo de la calzada hasta que un sonido rompió el silencio de su avance por la aldea.

El pedregoso sendero que constituía la vía principal giraba hacia la derecha, dejando a un lado lo que sin duda debía de ser una posada, a juzgar por el bullicio que tenía lugar en su interior.

Yar Gregor y Bartheos fueron los primeros en detenerse junto a la entrada, en cuyo dintel colgaba un destartalado letrero que, sujeto por una cadena oxidada a una madera que sobresalía de la fachada, se movía de un lado a otro, empujado por las ráfagas de viento que azotaban la aldea.

—«El jabalí hambriento». —Al leer las letras que daban nombre a la posada, Bartheos recordó algunas de las historias que su padre le había contado acerca de los ladrones y bárbaros, relatos que tenían su inicio en un lugar así denominado.

El joven, que apenas había aprendido a convivir con los peligros de la oscuridad sin sentir un miedo casi irracional, no pudo evitar que los

fantasmas de aquellas leyendas, o tal vez realidades, invadieran su mente hasta el punto de provocar un incontenible temblor en sus piernas.

—¿Te encuentras bien, Bartheos? —Yar Gregor se percató del cambio en el rostro del joven—. No te preocupes. Pasaremos la noche aquí y mañana regresaremos lo antes posible a rutas que sean seguras. Las cofradías de ladrones nos han alejado demasiado del camino de vuelta a casa, pero ni siquiera ellos se atreven a franquear la aldea, ni a vagar por las cercanías de las montañas. Saben que, al otro lado, es posible que no duren ni media jornada de viaje antes de ser atrapados por los bárbaros. Caer en manos de esos malditos es aún peor que una muerte a espada.

—Yar Gregor… ¿puedo hacerte una pregunta? —el joven se mostraba intranquilo, tal vez apesadumbrado por la escena que había presenciado en el puente.

—Por supuesto, Bartheos.

—¿Por qué…? ¿Por qué mataste a esos campesinos?

—No eran campesinos, sino ladrones.

—En cualquier caso, ¿no les deberíamos haber dado una oportunidad?

—Y así lo hice, les di la oportunidad de contarme la verdad. Es lo único que les pedí, que no me mintieran… Y a pesar de saber que la vida de su hijo estaba en juego, aquel hombre me mintió. No me importa lo que tratara de ocultar, le ofrecí la posibilidad de salvar su vida y la de su hijo… y la rechazó. Es más… Ni siquiera estoy seguro de que fuera su hijo. No atormentes tu mente Bartheos: eran bandidos, asesinos que merecían morir. De habernos capturado, ¿crees que ellos habrían mostrado alguna piedad para con nosotros? No te fíes de las apariencias. Hay hombres con muchos secretos que ocultar… demasiados.

—¿Cómo supiste que mentía?

—Afirmó que toda su familia, incluyendo a su mujer, habían sido acogidos por una de las cofradías de ladrones, llamada «Los Hijos de Briathor», ¿recuerdas?

—Sí —Bartheos asintió, impaciente.

—He recorrido estas tierras en varias ocasiones, las suficientes como para averiguar algo sobre los miembros de esos grupos de ladrones y asesinos. Los «Hijos de Briathor» es una cofradía que nunca acogería a una mujer entre los suyos. Para ellos, suponen una distracción demasiado dulce como para poder centrarse de forma adecuada en el viejo oficio de apropiarse de lo ajeno. Además, esta cofradía se dedica exclusivamente a robar, evitando por todos los

medios enzarzarse en contiendas y peleas con sus víctimas. Se les considera tan sigilosos como eficaces en sus fechorías. Son ladrones, no asesinos. Y los que nos perseguían han acabado con algunos de nuestros hombres. Me da igual que fueran a decir la verdad o no, tenía pensado ejecutarles de todas formas… Algún día lo entenderás, Bartheos. Si no defiendes a los tuyos, acaban perdiéndote el respeto. Si hubiera decidido hacer prisioneros entre los asesinos de mis soldados, ¿cómo crees que habría actuado el resto?

Cuando todos los hombres que acompañaban a Yar Gregor y Bartheos se agruparon en las cercanías de la posada, el caballero tomó la decisión que todos ellos esperaban.

—Descabalgad y preparaos para cenar —ordenó el Yar—. Por fortuna, los hombres que nos perseguían no traían armas únicamente —sonrió mientras extraía una bolsa que parecía repleta de monedas.

—¿Puedo ayudaros en algo? —escucharon una voz proveniente de la oscuridad que rodeaba a la entrada, donde apareció la figura de un hombre tan delgado como sigiloso. Vestido con ropajes oscuros como la misma noche, y con una capucha que cubría parte de su rostro, le había resultado fácil permanecer oculto a ojos de todos los que se encontraban cerca. Nadie había advertido su presencia hasta escuchar aquella melodiosa voz que resultaba casi atrayente.

—¿Sois el posadero? —preguntó Yar Gregor, convencido de que no lo era.

—No…

—Entonces dudo mucho que podáis ayudarnos.

—El posadero os dará de cenar si así lo deseáis, pero tal vez le resulte imposible daros un consejo que os pueda resultar más útil que el hecho de llenar vuestros estómagos.

—Por el momento, lo único que queremos es cenar.

—Por el momento… Pero no olvidéis esto: con los tiempos que corren por estos lugares, hay ciertas informaciones… ciertos consejos, que os pueden salvar la vida.

—En este momento no nos interesan —insistió el caballero.

—Pues deberían interesaros… y en este momento. En fin, como deseéis, he tratado de advertiros —dijo antes de desaparecer con el mismo sigilo con el que se había hecho presente.

Tras escuchar aquellas últimas palabras, todos los hombres miraron a Yar Gregor.

—No le habréis creído, ¿verdad? Únicamente es otro de esos embusteros embaucadores… que tratan de conseguir unas monedas a costa de sus mentiras. No le hagáis caso. Si ahí dentro hay alguien que pueda tener algo contra nosotros, seguramente se le quitarán las ganas

de luchar nada más vernos entrar.

Bajo la puerta, las luces del interior de la posada se reflejaban entre las sombras de quienes cruzaban de un lado a otro. El griterío que reinaba al otro lado se alternaba con las risas, insultos y golpeteos de jarras. La música se mezclaba con las voces de aquellos que, a pesar de sus pocas dotes para el canto tras varios litros de bebida, intentaban sin lograrlo, entonar una canción que pudiera ser, al menos, comprensible para el resto.

—Este lugar está repleto de borrachos —exclamó Bartheos, que no parecía muy convencido de querer entrar.

—Sin duda —respondió Yar Gregor—, pero es el único sitio en los alrededores donde podremos comer algo, y tal vez dormir. No creo que encontremos un lugar más adecuado en todo Skeldon.

—Skeldon… —repitió el joven, tratando de recordar otra de las historias que había escuchado a su padre acerca de ese pueblo o aldea.

—A pesar de su aspecto y sus… agradables habitantes, la aldea de Skeldon es muy apropiada para poder dormir sin que nadie nos moleste. El recuerdo de los sucesos que un día tuvieron lugar en su interior mantiene a los ladrones y asesinos a varios kilómetros de distancia.

—¿Qué sucesos?

—Después de la cena te lo explicaré… si así lo deseas. Pero ahora, creo que nuestros estómagos reclaman una atención más urgente. Llevamos varios días comiendo alimentos que no se nos ocurriría ni tan siquiera probar si estuviéramos en Móstur. Ya es hora de darnos un buen festín, con vino y carne asada. ¿Qué os parece, muchachos? ¿Entramos a cenar?

Apenas tuvo tiempo de terminar su pregunta antes de que los demás hombres estallaran en gritos de aprobación.

Yar Gregor se situó en primer lugar. Abrió la puerta y observó con atención el interior de la posada, paseando su aguda mirada entre todos los que allí se encontraban. Con la excepción de tres o cuatro hombres, el resto no parecía portar armas visibles a sus ojos. Ajenos a la mirada del caballero, siguieron cantando y gritando mientras, al lado derecho, los músicos parecían disfrutar cada vez más con un auditorio tan entregado a sus sonidos. Sin embargo, al darse cuenta del numeroso grupo que empezaba a distribuirse por la estancia, los juglares y su público empezaron a prestar más atención a los recién llegados que a la propia melodía, convertida finalmente en una música mortecina que se fue apagando lentamente a medida que Yar Gregor caminaba hacia el extremo opuesto a la entrada.

En la parte izquierda, el fuego de la chimenea crepitaba con

fuerza, alimentado por los leños con los que un anciano saciaba el voraz apetito de las llamas. A la izquierda de la chimenea, la esquina estaba cubierta por el montón de troncos destinados a ser empleados aquella noche con el fin de mantener viva la luz que conservaba la calidez de la estancia.

Desde el otro lado del mostrador, un hombre de mediana edad y aspecto demacrado clavó en Yar Gregor sus ojos saltones, que destacaban sobre unos pómulos hundidos y una pálida tez. Tenía ceñido un delantal que le quedaba grande, a juzgar por la extrema delgadez de todo su cuerpo; y sujetaba con sus largos y delgados dedos una jarra que limpiaba con un trapo repleto de manchas.

El caballero pensó que, si aquel lugar tenía clientes, no sería precisamente por el «amigable» aspecto del posadero, que no les quitaba la mirada de encima, con semblante serio.

—Buenas noches —habló el Yar con un tono suave—. Venimos de un largo viaje y necesitamos recuperar fuerzas. ¿Podríamos cenar aquí?

El posadero asintió con la cabeza, pero no dijo una sola palabra.

—Perfecto —continuó hablando el helvatio—. Por cierto, nuestros caballos también necesitan comer algo y descansar, ¿sería posible?

Nuevamente se hizo el silencio, mientras el posadero estudiaba el aspecto de los nuevos clientes.

Ante la falta de respuesta, Yar Gregor se echó la mano al bolsillo de su uniforme y extrajo una moneda cuyo brillo provocó el cambio en el amargado rostro del posadero, así como el del anciano que se encontraba junto a la chimenea.

—Yo me ocuparé de vuestros caballos, mi señor. Mi nombre es Verkian y ayudo al propietario de la posada, mi hermano menor.

El caballero observó por un momento a aquel individuo de aspecto descuidado, inconfundible olor a vino y mirada perdida; y dejó escapar una sonrisa al ver que por fin alguien les dirigía la palabra.

—Bien. Entonces, por favor, acompañe a uno de mis escuderos.

El anciano salió detrás de uno de los miembros más jóvenes del grupo, y ambos se perdieron al otro lado de la puerta.

—Me llamo Bristhos —habló finalmente el posadero— y soy el dueño de esta humilde posada, conocida especialmente por nuestra carne guisada. Nuestro estofado de jabalí es considerado por muchos de mis clientes como un manjar difícil de superar por la comida de sus lugares de origen. Y siempre lo acompaño con un buen vino.

—¿Vino nybnio?

—Sí, aunque si vos gustáis de otro tipo de bebida para disfrutarlo, o preferís otro tipo de carne o pescado…

—Probemos entonces ese jabalí, bien acompañado por un buen caldo nybnio. Nuestro largo viaje merece una cena copiosa que nos haga reponer fuerzas… Por favor, no escatiméis en nada. Si mis hombres os piden algo más, no pongáis pegas, ¿de acuerdo? —lanzó una moneda al aire que el posadero atrapó ágilmente entre sus esqueléticas manos.

—Entendido, señor.

La posada había quedado silenciada por la presencia de los mostures. Nada más verlos y, temerosos de las consecuencias de su llegada, varios parroquianos habían optado por salir lo antes posible de allí, para evitar cualquier clase de problemas que pudieran traerles los nuevos clientes. Fueron varios los que, a trompicones y tras chocar con alguna de las mesas o taburetes repartidos por la posada, alcanzaron la puerta y dejaron que sus precipitados pasos se escucharan al otro lado, cada vez más lejanos.

Yar Gregor y los suyos fueron ocupando sus sitios, según las indicaciones del posadero. Aquel hombre parecía más amigable de lo que cabía esperar nada más contemplar sus facciones.

Los mostures se distribuyeron en unas mesas separadas del resto de ocupantes que habían decidido permanecer en la estancia, con actitud desconfiada, como si no vieran con buenos ojos a aquellos extranjeros. Sin embargo, a ninguno de ellos se le pasó por la cabeza el hablar con cualquier miembro de la compañía de Yar Gregor para tratar de averiguar su origen o el motivo de su viaje.

Bartheos se sentó junto al caballero, por quien parecía sentir una admiración especial. El joven se esforzaba por aprender del resto de jinetes que le acompañaban de vuelta a su hogar; y a pesar de no tener momento ni oportunidad para demostrar lo que él consideraba como pequeños avances, estaba convencido de que iba por buen camino, gracias a las enseñanzas de los caballeros.

—Pareces pensativo, Bartheos. ¿No me dirás que lo que te he dicho sobre Skeldon te mantiene preocupado, o temeroso?

—Únicamente… Me preguntaba qué he de hacer para llegar un día a ser caballero… es decir, para llegar a ser un «Yar».

Para empezar, tienes que conocer nuestra historia.

—Sí, la conozco.

—Bien, me encantará comprobarlo. Todos dicen que tu padre sabe mucho acerca de la historia de nuestro pueblo y nuestra orden. Me gustaría saber si ha sido capaz de transmitir a su hijo parte de esos conocimientos. Habla, Bartheos.

—De acuerdo —el chico paseó una tímida mirada por el resto de los comensales, que aguardaban atentos sus palabras tras la

expectación creada por Yar Gregor. Trató de hacer memoria y, poco a poco, fue recordando parte de lo que sabía acerca de la rama caballeresca de los Helvatios.

—Las hordas bárbaras amenazaban con atacar Móstur, tras haber invadido las ciudades más próximas. En el interior, el gobernante de la ciudad, *lord* Braken Stelthan, un valeroso guerrero de raíces nybnias que había tenido que abandonar su tierra tras el ataque bárbaro, se dispuso a unir a los caballeros dispersos que servían a varios señores. Para ello les obligó a jurar fidelidad a la Corona mediante un rito que, poco a poco, iría dando forma a lo que posteriormente se convertiría en la ceremonia de la jura de espada. Los antiguos caballeros que sirvieron al rey tenían un mismo uniforme, en cuyo centro, bordado, aparecía un escudo, con el árbol y la espada.

—Correcto —aplaudió Yar Gregor—. ¿Y qué simbolizan el árbol y la espada?

—El árbol es el símbolo del lugar en el que los primeros caballeros juraron fidelidad al monarca: a la sombra del gran roble situado en el jardín del castillo.

—Un árbol que años después sería quemado por Fisias…

—El «cruel».

—Exacto, un noble que a punto estuvo de doblegar al mismísimo rey. Sin embargo, acabó como termina todo traidor: quemado en la hoguera… junto a las cenizas de ese primer árbol. Poco después se plantó el que ha perdurado hasta nuestros días, de modo que nuestro escudo no ha sufrido apenas cambios en todos estos años… Y dime, Bartheos: muchos hijos de nobles han decidido abrazar la fe de Athmer de una forma más profunda, ¿no has considerado la posibilidad de convertirte en denlor o zenlor?

—Siempre me ha llamado más la atención la vida de los caballeros, y aunque mi padre me ha hablado de la labor que prestan los denlores entre aquellos que los necesitan, me siento más atraído por la caballería.

—Pero eres aún muy joven. Llevas toda tu vida junto a tu padre y no conoces la batalla o la pelea con otro hombre. La primera rama de los Helvatios fue la de los caballeros. Surgió con el fin de defender la ciudad de las hordas bárbaras. Fueron muchos los que prestaron juramento y fidelidad al rey, en el nombre de Athmer, y todos ellos fueron hombres de espada, guerreros decididos a luchar por defender su ciudad.

—Lo sé, mi padre me ha hablado mucho de los primeros tiempos de la orden, tras la primera victoria sobre los pueblos bárbaros, que sirvió para frenar su expansión hasta los territorios cercanos a

Móstur…

—La guerra resultó devastadora —interrumpió Yar Gregor—, y la ciudad quedó repleta de muertos y heridos que necesitaron la atención de los supervivientes. La misión de los caballeros fue auxiliar a toda esta gente. El Gran Maestro nombrado por el rey, *Sir* Guilbran Rosvilth, fue el principal impulsor de este gesto de los caballeros, y el que decidió crear la rama auxiliar de los Helvatios, que pronto derivaría en un movimiento profundamente espiritual encargado de velar por el cuerpo y el alma de todos aquellos que se sintieran necesitados.

—Conozco también lo referente a los clérigos, su jerarquía y misión. Pero nunca me he sentido identificado con ellos. Quizá la vida en la casa de mi padre dista mucho de ser como la de un denlor.

—Y muy diferente de la de un caballero, Bartheos. Antes luchábamos por un ideal común: defender nuestra ciudad. Ahora, luchamos por defender los ideales de otros, como pueden ser los de tu padre. Y créeme: siento un gran afecto hacia *lord* Belson. Pero hay otros nobles cuyos pensamientos y deseos son muy diferentes; hombres capaces de traicionar a su propio pueblo, a sus hijos o hermanos por un puñado de oro o unas tierras.

—Pero tú no eres como otros caballeros. Eres un Yar…

—Eso no me convierte en alguien mejor, muchacho. La grandeza de un caballero no puede medirse por su título, tal vez ni siquiera por sus cualidades, sino más bien por sus actos y el reflejo de estos sobre cuantos le rodean. Hay caballeros que resultan valiosos porque así lo consideran los nobles. En cambio, otros valen menos que su propia armadura, porque han sido despreciados por sus señores. Afortunadamente, este no es el caso de los «Yar», para quienes Athmer es nuestro verdadero señor. Por cierto, ¿sabes de dónde proviene nuestro… título, el de «Yar»?

—Procede del primer caballero Helvatio, llamado *Sir* Yarfren Silthen. Mi padre lo ha mencionado en muchas ocasiones.

—Veo que *lord* Belson no ha perdido el tiempo contigo, aunque debería haberte advertido de los peligros que entrañaba nuestro viaje. Dirigirse hacia los límites de nuestros dominios no es como dar un agradable paseo por las tierras cercanas al castillo. Supongo que esa es una de las principales lecciones que has aprendido.

La conversación entre los hombres sentados a la mesa había ido tomando diferentes rumbos tras la primera respuesta de Bartheos a las interminables cuestiones planteadas por Yar Gregor.

La llegada de las jarras provocó la distracción de los otros hombres, no tanto por el vino que contenían como por la mujer que

las traía, una hermosa joven de cabellos dorados y unos sutiles movimientos que hechizaban a todos cuantos la contemplaban acercarse o alejarse. Resultaba difícil de creer que en aquel tugurio pudiera encontrarse una mujer tan hermosa. «No creo que sea hija del posadero», Yar gregor contuvo la risa que le provocaba la comparación entre la hermosa joven y el esquelético tabernero.

Instantes después de que cada comensal dispusiera de la bebida, fue el propio dueño de la posada quien se encargó de servirles la cena. Repartido en varias fuentes humeantes, el estofado de jabalí desprendía un aroma que para Yar Gregor y los suyos supuso todo un deleite. La carne de jabalí, troceada en pequeñas porciones que se alternaban con los otros ingredientes, fundamentalmente patatas, cebolla y zanahoria, estaba cubierta por una salsa que desprendía un aroma a manzana y especias. Muy pronto el silencio se adueñó de los comensales, concentrados en saciar su apetito con la tierna carne, que regaban con abundante vino. Yar Gregor era el único que parecía resistirse a probar bocado, perdido en sus pensamientos. Probó el vino y, por un momento, cerró los ojos. Llevaba tantos días sin saborear algo así…

Los caballeros brindaron, en primer lugar, por aquellos que habían caído en la emboscada de los asesinos. «Que Athmer los tenga en su presencia». Hubo quien quiso brindar por los que habían propiciado aquel festín con su dinero, aunque sus palabras no fueron muy bien recibidas por los demás.

El intenso olor de la carne no distrajo la atención de Yar Gregor, que a pesar de su conversación con Bartheos no había dejado de pensar en el extraño que habían visto a la entrada.

—Bristhos… —llamó al posadero, en el momento en que este paseaba su mirada por la mesa de los caballeros, comprobando que la cena era de su agrado.

—¿Falta algo, mi señor?

—No… No falta nada. Quería preguntarte acerca de un hombre con el que nos hemos encontrado justo antes de entrar.

—¿Pálido, delgado y provisto de una capa negra, a juego con el resto de su vestimenta?

—Exacto… ¿quién es?

—Se llama… o mejor dicho, se hace llamar Derit. Es un tahúr, un tramposo que va por las tabernas tratando de ganar algo de dinero con aquellos que son tan aficionados a las cartas o a los dados, como a abusar del vino mientras juegan y pierden, con este habilidoso ladrón.

—Ha tratado de… vendernos un consejo.

—Creedme, sus consejos e informaciones son de lo más útiles para

quienes se deciden a darle una moneda a cambio. No sé de qué lugar es ese personaje, pero algo es seguro: sabe muchas cosas que nosotros desconocemos.

—¿Qué cosas?

—No sé… Acontecimientos que han sucedido, o incluso que han de suceder, costumbres bárbaras y de otros pueblos que nada tienen que ver con los bárbaros.

—¿Tú también le has pagado por esa información?

—Digamos que, tenemos un trato: yo le dejo acudir a mi taberna para que pueda ganarse un dinero con aquellos viajeros que deseen arriesgar sus monedas; y él, a cambio, me informa de sucesos que han tenido lugar en los últimos días o el estado de las caravanas, mejores precios de algunos bienes, hombres que están cerca de aquí…

—¿Os ha hablado de nosotros?

—No. Aunque el hecho de que se haya marchado justo antes de que llegarais vos y vuestros hombres me ha dado mucho que pensar. Lo primero que se me ha pasado por la cabeza, nada más veros, es que si Derit ha decidido huir de vuestra presencia es porque traeríais problemas a este lugar.

—No somos unos alborotadores, Bristhos. Lo único que queremos es pasar aquí la noche y regresar lo antes posible a nuestra ciudad. Somos caballeros, escuderos… hombres de honor, no ladrones.

—Eso es lo que pensé nada más contemplar vuestro escudo. No conozco a ningún caballero helvatio que sea considerado como un malhechor, así que ver el símbolo de vuestra orden me ha tranquilizado bastante. Y ahora, si me disculpáis, debo atender la mesa de los juglares.

—Entonces me gustaría pedirte un pequeño favor —Yar Gregor extrajo varias monedas—. ¿Podrías pedirles que continúen deleitando a los presentes con otras de sus melodías? El ambiente de la taberna ha decaído mucho desde que se apagó su música. Toma tú también una de las monedas, por las molestias.

—Gracias, señor.

El posadero se apresuró a cumplir los deseos de Yar Gregor, el único del grupo que aún no había probado el delicioso jabalí, cuyo olor había atraído la atención de algunos de los clientes más cercanos a los mostures. La carne desaparecía de las bandejas de barro de igual modo que el vino lo hacía de unas copas bastante deterioradas. El helvatio paseó la mirada por sus compañeros. Todos ellos comían, devoraban la cena como si llevaran varios días sin probar bocado. Bartheos comía más deprisa de lo habitual en él, y varios de los jóvenes escuderos ya habían apurado un primer plato y esperaban una

señal para poder servirse otro.

—Gracias por vuestra generosidad, Yar —habló uno de los juglares, que se había acercado hasta ellos nada más recibir el dinero —. ¿Queréis que toquemos algo en especial? Tenemos muchas historias que contar a través de nuestra música, muchos personajes que recordar en cada una de nuestras canciones. Decidme, ¿qué hazañas os gustaría escuchar?

—Únicamente deseo escuchar unas agradables notas con las que acompañar el vino y la carne. Me gusta la música que es capaz de devolverme buenos recuerdos, ya sea a través de los sonidos o de la letra que le dé vida. Aunque si se trata de la voz de una mujer, prefiero escuchar algo más que dulces notas. Sorprendednos con una música que despierte sentimientos, emociones… Logradlo, y tendréis otra moneda más… cada uno.

—Sí, mi señor —los ojos del juglar se abrieron más de lo normal. Regresó a la mesa junto a sus compañeros y les transmitió las palabras del caballero. Ante la generosa oferta, los músicos no se hicieron de rogar y tomaron sus instrumentos para arrancar de ellos las más hermosas notas. A su alrededor, un público expectante silenció la posada, decidido a dejarse guiar a las entrañas de lugares remotos, épicas hazañas, amores inolvidables…

La melodía fue entonada con sonidos dulces como la belleza de una mujer, ardientes como el corazón de un guerrero. La cítara y el laúd elevaron su voz en armoniosas notas que impregnaron la estancia de nostálgicos acordes, seguidos del sugerente susurro de una flauta travesera. Fue el preludio del canto iniciado por una joven de rostro risueño y cabellos largos y rizados. De su expresiva mirada y labios perfilados manaba el poder de un hechizo que mantenía a todos los presentes absortos. Aquella voz parecía hablar a cada uno de ellos, fundida con las frágiles notas de un arpa que la muchacha acariciaba con ternura.

El arpa enmudeció. Su portadora se puso en pie y, con gráciles pasos, fue caminando hacia la mesa en la que se encontraban los caballeros. Su voz se alzó por encima de la melodía, en un cántico arrebatador que había logrado emocionar a varios de los comensales de Yar Gregor.

Era la historia de un jinete perdido, un héroe que regresaba del campo de batalla en busca de su prometida. Los tristes acordes de los instrumentos reflejaban el sufrimiento de este caballero errante que, despojado del sueño de una vida en brazos de su amada, partió de nuevo en busca de nuevas aventuras. La muerte, siempre tan caprichosa, se empeñó en perseguirlo hasta dar con él. Compadecida

del sufrimiento del caballero, le concedió un último deseo: vivir lo suficiente como para poder ver una vez más el rostro de su prometida y morir en sus brazos.

El sonido de la flauta fue el único testigo de los últimos momentos del caballero. La melodía se apagó lentamente a medida que la joven entonaba las palabras pronunciadas por el jinete, antes de abandonarse al oscuro regazo de la muerte.

En cuanto los músicos dejaron morir la última nota de la triste melodía, el heterogéneo grupo que componía la clientela de la posada estalló en aplausos y nuevas voces que devolvieron a aquel sitio la algarabía que había reinado antes de la llegada de Yar Gregor y sus compañeros.

El caballero entregó a uno de sus escuderos la recompensa prometida. El joven se acercó a la mesa de los músicos y repartió entre ellos las monedas. Complacidos por aquella cantidad ganada en tan poco tiempo, decidieron deleitar a todos los presentes con un pequeño repertorio de melodías, historias repletas de hermosas damas y nobles caballeros, épicas victorias y trágicas derrotas, crueles enfrentamientos y amores prohibidos.

Las puertas de la taberna se abrieron de manera repentina, provocando un estruendo que apagó la música, sustituida por las voces del recién llegado, un hombre bajo y gordo que, fuera de sí, gritaba enloquecido.

—¡Bristhos! ¡Bristhos!

—¿Qué sucede? —preguntó el posadero, nervioso.

—Le he visto… detrás de uno de esos malditos árboles —el recién llegado parecía fuera de sí—. Está aquí. Y no son imaginaciones mías, le he visto de una forma tan clara como ahora te veo a ti.

—¿Estás seguro de que era él? —el posadero empezó a ponerse nervioso.

—Te lo juro por mis dos hijos, Bristhos. Era él. Sí, era Koldber. Deberías venir, Bristhos. Y manda a algunos de tus hombres, seguro que aún está por aquí.

—¿Quién es ese Koldber? —preguntó en voz alta uno de los juglares.

—Uno de los sacerdotes de Lorwurn —contestó el posadero.

—¿Os da miedo uno de esos sacerdotes?

—Los que están vivos, no —Bristhos fijó su mirada en los ojos del juglar—. Koldber murió hace más de trescientos años.

Al escuchar la respuesta, todos los presentes callaron, dejando un silencio estremecedor.

—¿Ya has vuelto a beber? —preguntó finalmente uno de los

clientes, tratando de oler al recién llegado—. No deberías dejarle entrar, Bristhos. No es más que un borracho con ganas de llamar la atención.

—No, no lo es —le reprochó el posadero, hundiendo su mirada en el hombre que acababa de hablar—. Yo le creo.

—¿Le crees? Pero míralo bien…

—Le creo porque es el tercer aldeano que me confiesa algo así. Ayer, Verloth me habló de una sombra que había visto en los alrededores del cementerio, la imagen de otro de esos sacerdotes. Y hace poco tiempo, uno de esos comerciantes que van de paso me advirtió sobre la presencia de un hombre vestido con oscuras túnicas, un hechicero, como él lo denominaba.

—Mi hijo estuvo hace poco tiempo en el cementerio —habló uno de los clientes más ancianos—. Vino a casa diciendo que había visto tumbas saqueadas y piedras removidas… que había escuchado el eco de voces extrañas. Pensé que lo de las voces serían imaginaciones suyas, o la confusión de los ruidos del viento.

En la mesa de los mostures, la conversación entre Bristhos y sus clientes no parecía merecer mucha más atención que los últimos pedazos de jabalí repartidos entre las bandejas. Al menos así lo dejaban ver algunos de los comensales, cuya mirada se perdía en el plato que tenían frente a ellos.

En cambio, Yar Gregor no perdía detalle de las intervenciones de algunos de los clientes, interesantes reflexiones que daban credibilidad a las palabras del recién llegado.

—¿Has oído eso, Bartheos? —el caballero fijó la mirada en el joven que, al igual que él, escuchaba atentamente todo cuanto se decía a su alrededor—. Me temo que nuestros queridos juglares ya tienen un buen motivo para componer una nueva canción. ¿Tú crees en las palabras de todos estos hombres?

—Bueno… —el joven había palidecido nada más escuchar las razones dadas por el posadero, motivos que parecían suficientes como para creer lo que para muchos solo eran ilusiones de un borracho—. Cuesta bastante pensar que pueda suceder algo así, ¿no?

—Supongo que sí. Aunque si nos atenemos a los hechos que tuvieron lugar en esta misma aldea, y la trágica muerte de ese tal Koldber, es posible que pudiéramos considerar la veracidad de semejantes revelaciones.

—¿Cómo murió Koldber? —Bartheos miró al Yar con una expresión de asombro.

—No lo sé. Conozco la leyenda, pero no sabría decirte qué hay de verdadero en esa historia. Supongo que es uno de los inquietantes

relatos por los que esta aldea está considerada por muchos como un lugar maldito. Si quieres te la cuento, aunque no creo que pueda, precisamente, ayudarte a conciliar el sueño esta noche.

—Me va a ser difícil poder dormir esta noche, me la cuentes o no. Así que, adelante, te escucho.

—Bien… Que conste que te he advertido. No quiero que luego me vengas con ilusiones o visiones acerca de uno de esos clérigos de Lorwurn. Lo que cuenta la leyenda sucedió hace unos trescientos cincuenta años.

«El culto al dios Lorwurn siempre había estado muy extendido entre los leryones, que lo adoraban como dios supremo del hombre, señor de la vida y de la muerte. Sin embargo, en la ciudad de Móstur era considerado como una idolatría que nunca debería tener lugar entre los nuestros, una blasfemia contra Zelsios y Athmer que debía ser castigada con la muerte.

Koldber era uno de los mejores miembros de nuestra orden, un zenlor capaz de combinar una espiritualidad casi perfecta con una entrega sin reservas a cuantos le necesitaban. Alimentaba sus creencias con obras que lo hacían merecedor de la gracia de los dioses y del respeto de los hombres. No había nadie en todo Móstur que pudiera hablar mal de él.

Un día, empujado por lo que muchos consideraron como una revelación divina, Koldber inició un viaje que le habría de llevar más allá de esta aldea, a las profundidades escondidas entre las montañas que nos separan de los pueblos bárbaros. Allí, según manifestó al Gran Maestro que por aquellos años regía a la orden, Athmer le desvelaría sus designios para la raza humana, cuando el propio dios de la Luz viniera a nuestro mundo para borrar todo rastro de violencia y odio, para rescatar a los elegidos y enviar a los condenados a Mynthos, donde serían juzgados por sus crímenes y maldades. Koldber estaba convencido de que le sería revelado el día concreto en que esto sucedería.

Así fue como abandonó Móstur, confiado de que volvería con las respuestas a cada uno de los interrogantes de nuestra fe. Se convertiría en el portador de una luz con la que iluminar nuestra oscura razón, con la que hacernos comprender el destino que los dioses habían establecido para el hombre.

Pasaron diez años desde su partida, tiempo durante el cual nadie supo de él. Todos dieron por hecho que habría muerto víctima de los ladrones y asesinos que se ganaban la vida saqueando los caminos escondidos entre Skeldon y las "Montañas Sagradas", tal y como las denominaban los leryones, que las consideraban como la morada de su dios.

Cuando ya nadie le creía con vida, un día apareció. Llegó a la ciudad desprovisto de su hábito de denlor, vestido como un ciudadano más.

Quisieron enviarle a la Morada, pero él se negó. Incluso se negó a entrar en el templo de Athmer. El Gran Maestro dio la orden de encerrarlo en las mazmorras, hasta que fuera interrogado y se descubriera la causa de su deserción. Sometido a todo tipo de torturas, le arrancaron finalmente una confesión que constituyó su sentencia de muerte. Koldber se había convertido en un sacerdote de Lorwurn. Horrorizados por la afrenta que podría suponer para Zelsios y Athmer el tener entre ellos a un servidor del "maligno", decidieron llevarle lejos de la ciudad. Una compañía formada por caballeros helvatios y varios zenlores se encargó de conducirle hasta los límites de las montañas. Allí, no se sabe exactamente dónde, Koldber fue decapitado. Tampoco se conoce el paradero de su cadáver. Pero lo más misterioso de todo, el secreto que muchos han querido conocer y nadie ha sido capaz de descubrir, es el motivo por el cual el hombre más fervoroso de Athmer terminó convirtiéndose en sacerdote de Lorwurn».

—¿Y si realmente quien le hizo aquella revelación fue el propio Lorwurn? —Bartheos daba vueltas a aquellas últimas palabras.

—No te molestes en tratar de averiguar lo sucedido. Como te he dicho antes, tan solo es una leyenda. No sabemos qué puede haber de cierto en todo este relato. Siempre creí que realmente Koldber murió asesinado por los bandidos, pero al escuchar a estos eskeldianos… En fin, de cualquier modo no es asunto nuestro. En estos momentos, mi principal preocupación es salir de aquí al amanecer para continuar nuestro viaje y llevarte de vuelta junto a tu padre.

—¡Bristhos! —gritó Yar Gregor, extrayendo la bolsa del oro arrebatado a los campesinos.

El posadero se acercó hasta su mesa y comprobó con agrado los restos de la cena. Las vacías bandejas evidenciaban que los mostures habían saciado su apetito con creces.

—Espero que todo haya sido de vuestro agrado, señor.

—Si las habitaciones de tu posada son acogedoras, mañana nos iremos de aquí más que satisfechos —el yar le entregó la mitad de las monedas que había en la bolsa, dinero más que suficiente para pagar el alojamiento de él y todos sus hombres y caballos.

—Gracias por vuestra generosidad, mi señor. Ahora mismo os envío a varios hombres para que os acompañen hasta vuestras habitaciones. Por cierto, a pesar de todo lo que acabáis de escuchar… No os inquietéis por lo que cuentan mis clientes. Estoy convencido de que, más allá de cualquier explicación a estos acontecimientos, no habéis de temer nada.

—En mi opinión no hay nada que temer.

El posadero contaba las monedas mientras las iba guardando. Se

quedó con una, que fue pasando entre sus alargados dedos mientras pensaba sus últimas palabras a Yar Gregor, que ya parecía dispuesto a irse.

—Tomad, mi señor —ofreció aquella moneda al caballero—. Si volvéis a ver a ese hombre encapuchado con el que os cruzasteis a la entrada, hacedme caso: compradle uno de sus consejos.

CAPÍTULO 19

MÓSTUR

La luz de la luna se abría paso entre los errantes jirones de nubes que vagaban por el cielo. Sus tenues reflejos se derramaban sobre el bosque, sumiéndolo en penumbras que se alternaban con la oscuridad reinante bajo el dosel de ramas y hojas.

Como un ejército dispuesto para la batalla, hileras de sauces se agolpaban al pie de la montaña, rodeando un sendero pedregoso que serpenteaba hasta adentrarse en el interior del bosque.

Escondidos al abrigo de la oscuridad, dos filas de caballos cruzaban a sus jinetes por mitad de la densa arboleda. Su viaje llegaba a su fin al tiempo que se disponían para realizar la misión que les había sido encomendada. En el punto más oscuro del bosque, los hombres que formaban el grupo se ocultaron y esperaron, pacientes, la señal de uno de ellos que, trepando entre las ramas, ocupó un lugar apropiado para otear el sendero en uno y otro sentido.

Una hora más tarde, la calma de la noche fue interrumpida por los acelerados pasos de alguien que, ignorando que sus movimientos eran vigilados, se dirigía directamente a la trampa que le había sido tendida.

Un golpe seco precedió el desplome de aquel desdichado, cuya huida había llegado a su fin. Se trataba de un ladrón que había logrado escapar en varias ocasiones a los caballeros helvatios enviados por el Gran Maestro. Sin embargo, tal y como Therios manifestaba en repetidas ocasiones, «los malhechores no pueden escapar a la justicia de los dioses».

Cuando el bandido abrió los ojos, se vio atado a un árbol. Frente a él, iluminaban aquel rincón del bosque las llamas de varias antorchas. Sus portadores, caballeros helvatios que servían al Gran Maestro, mantenían la mirada fija en el prisionero.

—¿Qué es esto? —gritó el bandido—. ¡No he hecho nada malo!

¡Dejadme en paz!

—Será mejor que dejes de dar voces —le recomendó uno de los caballeros, en un tono suave.

—Pero… No he vuelto a robar desde aquel día… Os lo juro por los dioses.

Los caballeros se hicieron a un lado y, ante la aterrada mirada del ladrón, apareció la silueta de un hombre que, ataviado con su hábito y una capa de color azabache, caminó hacia él. Cuando el rostro del clérigo quedó al descubierto a la luz de las antorchas, el prisionero fue consciente de que no lograría escapar a una nueva condena.

—No deberías poner a Athmer por testigo de tus mentiras —la voz del Gran Maestro sonó como una sentencia pronunciada con desprecio. Therios se aproximó aún más hasta situarse lo suficientemente cerca del bandido como para que el temor de este se transformara en un auténtico pánico.

—Te advertimos la última vez que estuviste en las mazmorras. ¿Recuerdas, Bran?

El otro hombre asintió tembloroso, incapaz de sostener la dura mirada que caía sobre él.

—Suplicaste perdón, y el Consejo te permitió seguir con vida. ¿Acaso la pérdida de tu mano izquierda no te ha ayudado a reflexionar durante todo este tiempo? —el tono elevado de la voz de Therios únicamente encontró el silencio de la noche por respuesta.

El Gran Maestro comenzó a pasear en torno al prisionero que, incapaz de hablar para defenderse, guardó un silencio cómplice de sus fechorías.

—Te expulsamos de Móstur, y decides robar a aquellos que viven fuera de la ciudad. ¿Pensabas que no te descubriríamos? ¿Que no te alcanzaríamos? —se detuvo frente a él, con los ojos llenos de odio—. ¡Contesta, Bran!

El bandido miró nervioso a su alrededor. Junto al Gran Maestro, incluso los caballeros parecían reflejar en sus rostros el temor que el clérigo infligía con sus interrogatorios.

—Yo… Solo pretendo poder dar de comer a mi familia…

—¿A costa del trabajo de otros? Ayer entraste en la casa de Dórethen, ¿verdad? ¿Cuánto te llevaste? ¿Cinco… diez doriaks?

—Fueron tres… únicamente tres —Bran sollozó entre lágrimas, abatido por aquella verdad al descubierto que pesaba sobre él.

El llanto de aquel pobre desdichado y su confesión provocaron que el Gran Maestro se creciera en la seguridad con la que actuaba, como siempre, ante todos los demás. Se acarició la barba, pensativo. El bandido, convencido de que sería llevado ante el Consejo para

escuchar su sentencia de muerte, mantenía la mirada en el suelo, desprovisto ya de toda esperanza. Therios se giró hacia él. El rostro del helvatio dibujó una malévola sonrisa, delatora de una terrible idea que empezaba a cobrar vida en su mente.

—¿A qué distancia diríais que nos encontramos de la casa de Dórethen? —preguntó a los caballeros situados junto a él.

—A media jornada de viaje, Maestro —respondió uno de ellos.

—Media jornada de viaje… —la expresión de Therios se tornó aún más mordaz mientras volvía a mirar a su víctima—. Dime una cosa… ¿no crees que, lo más justo sería ir a devolver esas monedas? Porque… aún las llevas contigo, ¿verdad?

—Sí…

—Bien. Entonces, cuanto antes deshagamos este error, antes serás perdonado. ¿No lo crees así?

—Sí… —Bran miró al helvatio, tratando de adivinar el significado de aquella sentencia.

—Desatadle —ordenó el Gran Maestro, para asombro de sus acompañantes y del propio prisionero.

Apresurándose a cumplir la orden, uno de los caballeros tomó su cuchillo y cortó el nudo de la soga que mantenía a Bran amarrado al árbol.

—Bien —el Gran Maestro respondió, satisfecho—. Ahora, enséñame ese dinero que no te pertenece, Bran.

El ladrón sacó una pequeña y desgastada bolsa de piel donde guardaba las monedas y se la dio a Therios. Este, tras comprobar que efectivamente había tres doriaks, se la devolvió.

—Perfecto. Guárdala de nuevo.

Bran no lograba entender el impredecible comportamiento del Gran Maestro, que parecía disfrutar provocando la confusión de los que se encontraban a su alrededor.

—Ahora —se dirigió hacia los caballeros— tomad un extremo de la soga y atadle bien los brazos.

Su orden fue cumplida por el más corpulento de los hombres que se encontraban junto a él. Movido por la curiosidad, se apresuró a coger la soga y amordazar ambos brazos del bandido.

—Tú… —indicó Therios al otro caballero— Tráeme mi caballo.

Cuando el Gran Maestro vio cumplidas todas sus órdenes, tomó el otro extremo de la soga y subió a su montura. Hizo un nudo sobre las riendas y miró al prisionero.

—Vayamos a casa de Dórethen y devolvámosle su dinero.

—Por favor… Dejadme subir a uno de vuestros caballos…

—Huiste a pie y a pie has de volver, si eres capaz. Te prometo que,

hasta la llegada del amanecer, nuestro paso será el que tú decidas…

—Pero, Maestro…

—¡Basta! Tienes lo que resta de la noche para llegar a nuestro destino.

—No es suficiente. Por favor, dadme algo más de tiempo…

—Tuviste el tiempo suficiente como para arrepentirte de tus delitos y empezar una nueva vida. No voy a concederte un segundo más. Nada más ver el sol, mi caballo comenzará a galopar y te… juro por los dioses que no se detendrá hasta llegar a la casa de Dórethen.

Las palabras de Therios se convirtieron en una condena a muerte, una sentencia que el propio maestro se encargaría de hacer cumplir. Bran fue consciente de que no tendría tiempo suficiente para huir de un destino que caería sobre él, de forma inexorable, con la llegada del alba. Por más tiempo que intentó ganar durante la noche, no fue suficiente para eludir su castigo.

A la mañana siguiente, serían varios los testigos de una estremecedora visión: la del caballo de Therios galopando por uno de los caminos principales que conducían a Móstur, arrastrando tras de sí el cuerpo de un hombre cuyos gritos desgarradores se desvanecían al mismo tiempo que la tierra se teñía con su sangre.

CAPÍTULO 20

SKELDON

La mente de Bartheos se negaba a permitirle conciliar el sueño, manteniéndole atrapado en los pensamientos que rondaban su cabeza, en forma de imágenes que no le dejaban abandonarse al descanso. La leyenda de Koldber y las afirmaciones de los aldeanos habían dado vida a un espectro que, como si se tratara de un recuerdo más, acudía al joven en forma de incesantes imaginaciones que lo mantenían tan despierto como preocupado. Llevaba casi una hora tumbado, girándose a hacia uno y otro lado, intentando encontrar una posición confortable sobre el camastro de su alcoba, una modesta y descuidada estancia cuyo olor a humedad resultaba un impedimento más para dormir.

Por segunda vez, el joven se incorporó para acercarse a la ventana. La vista no resultaba especialmente agradable. Al otro lado del camino, tras un muro de piedra que rodeaba todo su perímetro, el cementerio de Skeldon configuraba un paraje mustio y siniestro: montículos de tierra que se intercalaban con sepulturas de piedra, losas ubicadas sin un orden concreto, esparcidas por una superficie cubierta de arena; árboles cuyas enfermizas ramas habían perdido todas sus hojas y dibujaban lánguidas sombras a su alrededor.

Bartheos no pudo soportar aquella visión por mucho tiempo y, de manera casi inconsciente, miró hacia otro lado. Observó la entrada a los establos donde descansaban los caballos del grupo. Fue allí, junto a la gran puerta de madera que destacaba en mitad del edificio, donde el joven creyó ver una sombra que se deslizaba suavemente entre los árboles alineados junto al camino.

Cuando aquella imagen se dejó ver a la luz de la luna, Bartheos pudo distinguir al hombre encapuchado que habían encontrado a su llegada a la posada. Derit, el «tahúr», como lo llamaba Bristhos, se deslizaba suavemente junto a la piedra. Su imagen parecía avanzar

flotando, como si se tratara del espectro del que había escuchado hablar en la posada. Pasó de largo junto a los establos y se dirigió directamente hasta el cementerio. Tras cruzar la puerta de entrada, desapareció en el interior de la morada de los muertos.

Intrigado por las palabras del posadero, en referencia a los consejos de aquel hombre tan peculiar, Bartheos se sintió tentado de acudir a Yar Gregor, que debía de encontrarse en la estancia contigua, para llevarle hasta el tahúr y solicitarle ese consejo que anteriormente se había negado a comprar.

Sin embargo, ya habían pasado varias horas desde que se hubieran retirado cada uno a su alcoba, así que no creyó que el caballero siguiera despierto. Probablemente, él sería el único de los mostures que no se encontraba dormido a una hora tan avanzada de la noche. Hubiera ido él mismo para satisfacer así su curiosidad a cambio de una moneda. Pero la sola idea de adentrarse al otro lado del muro le provocaba escalofríos que sacudían todo su cuerpo. Sin duda, el cementerio era el centro de la aldea, el punto donde confluían varios de sus caminos. El chico no era capaz de imaginar qué estaría haciendo Derit en un sitio así, donde la única compañía era la de aquellos que ya habían abandonado este mundo.

Mientras estos pensamientos mantenían su mente despierta, más bien intranquila, sus ojos continuaron fijos en lo que pudiera suceder en el exterior. Para su sorpresa, apareció otro hombre que, saliendo de la posada, parecía seguir los pasos del tahúr. No podía creerlo: era Yar Gregor. Nada más identificarlo, Bartheos vistió su cuerpo casi desnudo y, sin apenas tiempo para ponerse la capa, bajó las escaleras de madera que conducían hasta la entrada de la posada. Una vez fuera y, contemplando la imagen del helvatio hasta que este cruzó el umbral que separaba a vivos y muertos, corrió en la misma dirección. Se situó junto al muro y caminó pegado a él, acariciando sus ásperas piedras. Sigiloso, como las pisadas de quienes habían pasado por allí momentos antes, sintió su pulso acelerado y su respiración entrecortada.

Al llegar a la entrada, Bartheos se detuvo. Frente a él, la puerta de madera se movía ligeramente a uno y otro lado. Sus astilladas y desiguales tablas dejaban a la vista varias tumbas, testigos de las numerosas vidas que el tiempo y los hombres se habían encargado de enterrar bajo la arena.

Finalmente, decidió cruzar el umbral. Una fuerte presión se apoderaba de su pecho a medida que sus pasos le guiaban al otro lado. Se ocultó detrás de uno de los árboles más cercanos al muro, desde donde podría observar sin ser visto. No muy lejos de allí, Yar Gregor

acababa de llegar hasta el tahúr, al pie de una tumba en la que había depositado un ramo de orquídeas.

Derit y Yar Gregor se miraron. El tahúr inclinó la cabeza, con gesto cortés, para saludar al recién llegado.

—¿Puedo preguntaros quién es?

—No lo sé —respondió el tahúr, mirando al helvatio a los ojos para ver su expresión de asombro.

—¿Lleváis flores a un desconocido? —el helvatio observó que aquella no era la única tumba con un ramo a sus pies—. ¿A varios desconocidos?

El tahúr asintió.

—Estos… no tienen a nadie que los honre. Sus vidas, lo que fueron o lo que hicieron… Todo ha quedado enterrado con sus cuerpos. Son lo que un día llegaremos a ser nosotros también: únicamente recuerdos que el paso del tiempo irá borrando, como el nombre escrito en algunas de estas lápidas.

—Entonces, si algún día tendremos que unirnos a ellos… ¿por qué no mejor hacerlo cuando nos llegue el momento?

—¿Por qué no hacerlo antes? Cuando uno es consciente del triste final que lo espera aprende a apreciar cuanto tiene a su alrededor, aunque viva en un mundo de pobreza, miseria e injusticia. Te hace apreciar la vida, te hace ser más fuerte.

—¿Y por qué ha de ser este nuestro final? ¿No creéis que los dioses tengan reservado algo mejor para aquellos que cumplen sus mandatos?

—¿Los dioses? —sonrió Derit—. Los dioses son los primeros que deberían querer un final así para quienes cometen toda clase de crímenes en su nombre, ¿no os parece? Yo… Hace tiempo que dejé de acordarme de ellos. Ahora únicamente sé que, con cada día que pasa, está más cerca el tiempo del olvido.

—¿Pasáis mucho tiempo aquí?

—El suficiente como para apreciar la compañía de los muertos más que la de los vivos. Al menos, estos ya no pueden hacer daño a nadie.

Bartheos aguardaba en su escondite, sin que llegara a sus oídos la conversación que mantenían Derit y Yar Gregor. Sin embargo, sí pudo distinguir el gesto del caballero, que extrajo algo de su bolsillo para ofrecérselo al tahúr.

—Hace unas horas me ofrecisteis un consejo —Yar Gregor jugueteaba con la moneda, pasándola entre sus dedos.

—Sí, es cierto —respondió Derit, con su melodiosa voz—. Y vos lo rechazasteis.

—Y si os dijera que he cambiado de opinión, ¿aceptaríais esta

moneda a cambio de vuestra información?

El tahúr clavó la vista en los ojos interrogantes de Yar Gregor, tratando de estudiar al caballero durante un prolongado momento de silencio. Su astuta expresión y la firmeza de su mirada incrementaron la curiosidad del helvatio por conocer lo que aquel hombre podría aportarle, a él y a su grupo.

—Mi oferta sigue en pie, caballero, aunque el contenido de mi consejo bien podría resultar más valioso que el precio que estáis dispuestos a pagar.

—¿Más valioso? —Yar Gregor se sorprendió al oír aquellas palabras— ¿De qué valor estaríamos hablando?

—No sé, eso depende de vos.

—¿De mí?

—Por supuesto. Depende de lo que valga para vosotros vuestra vida y la de vuestros hombres.

—Dicho así, es un precio muy razonable. Pero ¿cómo sabré que no me engañáis?

—No confiáis en mí, ¿verdad?

—Tengo por costumbre no confiar en los desconocidos, sobre todo cuando visten de negro y llevan capucha. Vuestro aspecto no inspira, precisamente, confianza.

—Tenéis razón. No soy alguien de quien os podáis fiar. De hecho, me gano la vida a través del engaño.

—No resulta muy noble por vuestra parte, ¿no creéis?

—No siempre engañar es algo detestable. Son muchos los juegos de cartas o dados que se basan precisamente en eso, en el engaño, como uno de sus ingredientes, tal vez el principal, para poder ganar.

—En ese caso, permitid que siga dudando de vos.

—En ese caso, permitidme demostraros mis honradas intenciones.

—Serían más honradas si no hubiera dinero de por medio. Normalmente, la gente no pide una moneda por dar un consejo.

—Tal vez porque no encuentran a alguien dispuesto a pagársela. Sin embargo, otros piden la moneda y ni siquiera dan el consejo, y hay quienes aconsejan mal sin pedir dinero a cambio. Decidme, ¿cuál de todos ellos os parece más útil?

Yar Gregor se quedó mudo ante los razonamientos de Derit, cuya facilidad de palabra era capaz de engatusar a todo aquel que se cruzara en su camino.

—De acuerdo —volvió a hablar el tahúr—. Para que vuestra confianza sea completa y la venta de mi consejo sea tan transparente como segura, os propongo un trato: ¿qué os parece si os doy el consejo y vos juzgáis su valor? Si lo consideráis tan útil como yo os he dicho,

me pagáis.

—¿Y si no es así?

—Si no os resulta de utilidad, no tendréis que darme nada a cambio.

—Pero de ese mismo modo, yo también podría engañaros a vos, y llevarme un consejo útil sin haberos pagado.

—Eso no sería muy honrado por vuestra parte.

—El engaño no siempre es algo detestable —sonrió Yar Gregor, recordando las palabras pronunciadas anteriormente por el tahúr.

—Para un tahúr, no. Sin embargo, para un caballero helvatio, el engaño tiene otro punto de vista muy distinto.

—Estoy de acuerdo con vos y acepto con agrado vuestra propuesta. Dadme el consejo y os pagaré por él.

—Es justo. Muy bien. Empecemos por una sencilla pregunta: sois de Móstur, ¿verdad?

—Sí.

—Habéis pasado bastante tiempo en tierras lejanas y ahora regresáis a vuestra ciudad, viniendo desde las rutas de las caravanas. ¿Son ciertas mis suposiciones?

—Absolutamente ciertas.

—Bien, en ese caso no me he equivocado de comprador. Escuchad lo que ha sucedido últimamente, no muy lejos de aquí. ¿Conocéis la posada «El caballero errante»?

—Sí, aunque no he llegado a entrar nunca.

—Yo, en cambio, paso allí demasiado tiempo. Es uno de los lugares que más frecuento, no solo por la agradable compañía que proporcionan sus hermosas doncellas, sino también porque concentra a un gran número de hombres de dinero, algunos de ellos nobles, dispuestos a apostar las monedas que les sobran tras sus infidelidades. Creedme, no hay nada mejor que las embriagadoras palabras y caricias de una hermosa mujer para hacer que un hombre confiese hasta sus secretos más ocultos. Frente a algunas de aquellas embaucadoras damas, muchos desnudan su mente incluso antes que su cuerpo. Por desgracia, esas astutas meretrices están demasiado acostumbradas a sacar provecho de sus clientes incluso cuando estos ya se han ido, vendiendo la información que han logrado recabar sobre ellos. Yo soy uno de sus principales compradores; aunque he de reconocer que también me gusta disfrutar de su agradable compañía. En fin, no entraré en detalles que no conciernen a lo que me gustaría contaros. Tengo entendido que los nybnios, a excepción de los que ya habitan en vuestra ciudad, son muy poco dados a acudir a Móstur, ¿verdad?

—Sí, es cierto —respondió Yar Gregor.

—Su cultura, su religión… poco o nada tienen que ver con la vuestra, por lo que, generalmente, no deben de tener demasiados motivos para cruzar sus fronteras y dirigirse a las vuestras. Sin embargo, hace varios días me crucé con un grupo de ellos, allí, en «El caballero errante». Me sorprendió tanto ver a aquellos extranjeros que hablé con mis proveedoras de información, para que pusieran especial interés en conocer a los nybnios. Como podréis imaginar, aquella noche tuve que desembolsar más de lo habitual, dinero que no tuve ningún problema en reunir, pues los nybnios son, por lo común, malos jugadores y tan persistentes que son capaces de perder grandes sumas de dinero en poco tiempo.

—Supongo que son vuestro tipo ideal de rivales, ¿verdad?

—Exacto. Aquella noche gané lo suficiente como para no tener que regresar en varias semanas… al menos, a conseguir unas monedas. Además de su dinero, los nybnios se dejaron allí una valiosa información que constituye el motivo principal por el cual nuestros caminos se han cruzado de nuevo en este lugar —Derit se aseguró de que estaban solos.

—De acuerdo… —Yar Gregor estaba impaciente por seguir escuchando al tahúr—. Habladme, pues, de esos nybnios.

—Por supuesto… No tengáis prisa, caballero. Cuanto más tiempo me deis, más cosas podré recordar.

—En ese caso, tomaos el tiempo que haga falta.

—Bien… Lo primero que averigüé acerca de esos nybnios es que se dirigían a Móstur. Aquellos incautos revelaron mucho más de lo que cabría esperar: formaban parte de una numerosa compañía que, acampada a pocos kilómetros de la posada, se disponía a alcanzar vuestra ciudad en pocos días. La mayor parte de ellos eran miembros de una misma familia acompañada por un séquito de hombres y mujeres de clase no tan noble, a juzgar por sus vestiduras.

—¿Llegasteis a verlos?

—Por supuesto. No pensaréis que suelo ir de negro por ser este mi color favorito, ¿verdad? Vestir así me ha salvado la vida en más de una ocasión… En fin, continúo con lo que realmente más os importa. Averigüé que entre los nybnios se encontraban tres hermanos. Todos ellos tenían un aspecto parecido al de los caballeros que sirven a los nobles de vuestra ciudad. Eran lo que podría denominarse como unos «guerreros adinerados», hombres de influencia, sin duda. Supe quiénes eran realmente en cuanto escuché el apellido que compartían: Hortten.

Al oír aquello, el semblante de Yar Gregor cambió profundamente,

reflejando una preocupación casi olvidada tiempo atrás, cuando los rumores que corrían en la ciudad acerca de la casa de los Hortten parecían haberse desvanecido.

—Veo que sabéis lo que eso puede significar —sonrió Derit, consciente de que su información comenzaba a merecer el precio fijado—. También puedo aseguraros que la llegada de los Hortten a Móstur no será anunciada, ni se producirá a la vista de todos. Serán muy pocos los que se dejen ver entrando a la ciudad. Muchos de los nybnios llegarán en secreto, otros acamparán en las cercanías, y tal vez algunos se refugien en el barrio de los comerciantes, ocultos en las viviendas de los de su raza. En mi opinión, hace mucho tiempo que ese barrio debió de ser desalojado, y sus habitantes expulsados…

—Los nybnios nunca han sido un peligro para nuestra ciudad.

—Nunca han necesitado serlo.

Yar Gregor se quedó en silencio, meditando todo lo que acababa de escuchar, pasando la moneda entre sus dedos mientras decidía si permitía a sus hombres descansar hasta el amanecer, o por el contrario, los despertaba de forma inmediata para continuar su viaje y llegar lo antes posible a Móstur.

—Imagino que no hace falta que os aconseje respecto a lo que os acabo de contar. Habréis sacado vuestras propias conclusiones a raíz de mi valiosa información. Porque, no dudo de que os ha resultado interesante, ¿verdad?

—No os quepa la menor duda, Derit —Yar Gregor le lanzó la moneda y el tahúr la cogió hábilmente.

—Por cierto, podría deciros algo más.

—¿A cambio de otra moneda?

—No. Esta información os la doy gratis. Los tres hermanos vienen acompañados por otro hombre, un individuo alto y robusto que parece ser quien da las órdenes y comanda el grupo. Por su aspecto, más que un noble bien podría parecer un rey extranjero.

—¿Sabéis su nombre?

—Por desgracia, no tuve tiempo de averiguarlo. Al parecer, había estado acampado en otro lugar distinto al resto, acompañado por toda una guardia a su disposición. No sé si volveremos a vernos, caballero. Si así sucede y, para entonces, habéis averiguado quién es o cuál es realmente su posición entre los nybnios… os agradecería que compartierais conmigo esa información.

—Gracias, Derit. Esta conversación ha sido realmente útil. Bristhos me dijo que vuestros consejos resultaban siempre de gran interés.

—Por eso siempre procuro obtener algo a cambio. Bien, mi querido comprador… —Derit estiró el brazo para estrechar la mano del yar—

Espero que no encontréis dificultades en vuestro retorno a Móstur.

—Y yo espero que un día pueda veros de nuevo, y compartir con vos todo lo referente a ese nybnio.

—Bueno… En ningún momento os he dicho que fuera nybnio. A juzgar por su acento, más bien diría que pertenecía a un pueblo menos… neutral.

—¿A un pueblo bárbaro, de las tierras de Leryon?

—Tal vez. Sin embargo, prefiero no seguir hablando sobre lo que no conozco. Nunca me he equivocado en la información dada a mis clientes. No me gustaría que esta fuera la primera vez. Cuidad vuestros pasos, y los de vuestros hombres…

—Así lo haré, Derit.

—Por cierto, un último consejo. Tal vez deberíais decir a vuestro joven amigo que no está bien espiar a otros, aunque… dicho por mí, tal vez os resulte un poco irónico.

Ante la sorprendida mirada del helvatio, Derit señaló al árbol que no había logrado proteger a Bartheos de su aguda visión. Tras dejar escapar una pícara sonrisa, el tahúr dio media vuelta y desapareció en cuestión de segundos por un agujero abierto en el muro en su extremo opuesto a la entrada.

Al ver aYar Gregor caminando hacia su escondite, el hijo de *lord* Belson se dio cuenta de que su presencia no había pasado desapercibida.

—Bartheos… ¿Eres tú?

Avergonzado por su actitud, el joven no tuvo más remedio que dejarse ver.

—Lo siento, Yar Gregor. Pero al veros desde la habitación no pude evitar dejarme llevar por la curiosidad. Quería averiguar cuál era el consejo que ese extraño podía ofreceros y…

—De acuerdo, no me des más explicaciones. Pero la próxima vez que vayas a vigilar a alguien pon más empeño en no ser descubierto. En determinadas circunstancias podría costarte la vida.

—Lo tendré en cuenta para próximas ocasiones.

—Y ahora, es el momento de volver a las habitaciones y tratar de dormir. Al amanecer partiremos hacia Móstur y viajaremos rápido, para estar allí lo antes posible.

Ambos se dirigieron al interior de la posada. A pesar de tener motivos suficientes para pensar que el caballero había comprado la información ofrecida por el tahúr, Bartheos no se atrevió a preguntar por su contenido. Estaba convencido de que, más pronto que tarde, le sería revelado.

CAPÍTULO 21

MÓSTUR

En el interior del calabozo de Zen Varion, la noche transcurrió lenta y gélida. Las corrientes de aire vagaban a su antojo por el laberinto que daba forma a las mazmorras, como espectros empeñados en visitar con su frío roce a los desafortunados prisioneros que aguardaban su hora.

El maestro despertó con las primeras luces de la mañana que, de forma tímida, se colaban por el ventanuco para poner algo de luz en medio de una oscuridad tan eterna como irrespirable. El alegre canto de los pájaros en el exterior constituía el sonido más agradable que podía escucharse; era la melodía de una libertad inexistente entre los gruesos muros que separaban las celdas.

Como había sucedido en la tarde anterior, el ruido de una puerta al abrirse avisó al preso de que en breves momentos recibiría la visita de los guardias. En esta ocasión, el sonido de los pasos confirmaba que no se trataba de un único hombre.

Zen Varion se incorporó. Sintió su cuerpo demasiado pesado. Apenas había podido descansar, tumbado durante toda la noche en un suelo que resultaba tanto o más frío que las paredes que lo envolvían. Caminó lentamente hasta situarse junto a la puerta y esperó la llegada de sus visitantes.

—¿Zen Varion? —habló uno de los guardias, con voz grave.

—Sí. Estoy aquí.

El zen vio la llama de la antorcha que portaban los soldados enviados por el Gran Maestro. Con esperanza y temor al mismo tiempo, escuchó el sonido de las llaves, al otro lado. En unos momentos, el cerrojo de la puerta sonó bruscamente y esta se abrió con un estridente chirrido, dejando ver a los dos guardias que, armados con sus espadas, se dispusieron a atar las manos al zen para efectuar su traslado ante Therios.

—El Gran Maestro quiere veros, Zen Varion. Extended los brazos

para que podamos poneros la cadena.

—¿Vais a pasearme así por el castillo: atado, como un vulgar criminal? —el clérigo obedeció y uno de los guardias le ató las manos —. Los miembros de la corte pensarán que he cometido un delito.

—Yo que vos, me preocuparía únicamente si fuera el propio Gran Maestro quien pensara de ese modo. Al fin y al cabo, él es quien debe juzgar vuestros actos.

—¿Actos? Yo no he hecho nada malo.

—Confiad en que Therios crea en vuestras palabras —habló el otro guardia, un joven que parecía más amigable que su compañero—. Por el momento, los otros dos miembros de vuestra orden que han sido juzgados, acusados de lo mismo…

—¡Cállate! —le increpó el primero—. No nos está permitido revelar ese tipo de información… y menos a un prisionero.

—¿Qué ha sucedido con esos miembros de la orden? ¿De qué se les ha acusado?

—Lo lamento, Zen Varion. Pero no podemos informaros de nada que aún no haya sido firmado por el propio Gran Maestro… o por el Consejo.

Condujeron al clérigo a través de innumerables galerías invadidas por la penumbra hasta alcanzar un estrecho corredor. La luz se colaba tímida entre sus ventanales. Aun así, Zen Varion tuvo que cerrar los ojos, pues su vista parecía haberse acostumbrado demasiado a la oscuridad de las mazmorras.

Los interminables peldaños de unas escaleras les guiaron por los subsuelos del castillo. Atrás fueron quedando los gritos y súplicas de las mazmorras, así como las gélidas corrientes que manaban de sus profundidades.

Entraron en una sala oscurecida por el color de sus paredes de piedra. No era lo que podría denominarse como una estancia acogedora pero tampoco reflejaba la frialdad y negrura de las celdas escondidas bajo tierra. En su interior, los clérigos que aguardaban la llegada del zenlor parecían dos sombras inmóviles.

El Gran Maestro y Grimward, el Presthe, permanecían de pie junto a un escritorio, con rostros serios y miradas de preocupación. Zen Varion sintió un escalofrío recorriendo su cuerpo al contemplar la expresión dibujada en el semblante de Grimward, un hombre de castaños y largos cabellos siempre cuidadosamente peinados hacia atrás. Los que lo conocían bien aseguraban que era el ejecutor de las órdenes del Gran Maestro; su siervo, como decían otros. Para todos ellos, era un hombre sometido a la voluntad de Therios ya que, a pesar de su condición de miembro del Consejo, sus opiniones y elecciones

constituían una extensión de las palabras y alternativas elegidas por el líder de la orden.

Al ver entrar a Zen Varion, encadenado como cualquiera de los otros reos que esperaban ser ajusticiados, el Presthe se apresuró a ordenar a los guardias que liberaran sus muñecas maniatadas.

Una vez libre, el zenlor permaneció en silencio, esperando escuchar las primeras palabras del Gran Maestro, que dio permiso a los guardias para que abandonaran la sala. Zen Varion, que no acababa de comprender la extraña situación en la que se encontraba, trató de contener el nerviosismo ante aquella atípica escena.

Los juicios más relevantes requerían la presencia de un mínimo de tres miembros del Consejo, en representación de, al menos, dos estamentos. Por lo general, los nobles no querían saber nada de los juicios en los que se dirimieran asuntos internos de la orden helvatia. De igual modo, los helvatios tampoco solían inmiscuirse en los litigios cuyos motivos estuvieran relacionados con los títulos u otras posesiones de los nobles. Sin embargo, tanto unos como otros procesos se llevaban a cabo en el salón exclusivamente dedicado a una de las responsabilidades más importantes del Consejo: impartir justicia.

—Zen Varion —tomó la palabra el Presthe—. Ayer, por la mañana, siguiendo las instrucciones dadas por el Gran Maestro, se ordenó vuestra inmediata detención y traslado a las mazmorras de este castillo. Según consta en las informaciones recibidas, —el Presthe tomó uno de los pergaminos que cubrían el escritorio— los guardias cumplieron con esta orden y os condujeron hasta una de las celdas. ¿Es eso cierto?

—Sí, es cierto —contestó Zen Varion, mirando a los ojos de quien parecía estar a punto de leer la acusación que debía de pesar contra él.

—Habéis sido acusado —fue el Gran Maestro quien continuó hablando— de ser vistos, en compañía de varios zenlores, en una de las posadas cercanas a la ruta del comercio…

—¡Eso es falso! —interrumpió el prisionero.

—Por favor, Zen Varion. Dejad que el Gran Maestro continúe hablando —Zen Grimward trató de poner paz con sus palabras, tal y como acostumbraba a hacer en el Consejo, cuando las opiniones se tornaban en motivo de discusión.

—Como os decía, el delito por el que se ordenó vuestra inmediata detención es el de haber incumplido una de nuestras más estrictas normas, al haber pernoctado en un lugar prohibido a los clérigos de la orden… Sin embargo —el Gran Maestro mantenía su severa mirada fija en la expresión, no menos seria, dibujada en el rostro de Zen Varion—, he de pediros disculpas por este grave error.

—Según afirmaron varios testigos de la ciudad —procedió a aclarar Grimward— fueron cinco los zenlores que cometieron este delito. Solo uno de esos ciudadanos creyó que vos estabais entre ellos. Afortunadamente, fue una confusión. Los cinco ya han sido convenientemente identificados y detenidos.

—¿Y qué va a ser de ellos?

—Por el momento, y a la espera del juicio, continuarán encerrados en las mazmorras durante varios días. Hay diversos asuntos que el Consejo considera más urgentes.

Zen Varion imaginó lo que sucedería con aquellos acusados. Recordó el caso similar de otros tres jóvenes denlores que habían sido vistos en una taberna. Aquel pensamiento le devolvió una imagen terrible, el desfigurado rostro del cadáver mutilado del más joven, aparecido junto al río. Estaba convencido de que, en ocasiones, la justicia del Consejo era impartida de una forma clandestina a quienes, en un principio, únicamente se castigaba con una veintena de latigazos o un mes en las mazmorras. Siempre había una excusa para explicar aquellas extrañas muertes: un ajuste de cuentas, los bandidos…

—Lo que significa, que vos debéis quedar libre —aquellas palabras del Gran Maestro regresaron a Zen Varion a la realidad.

—Acepto vuestras disculpas… aunque no sean capaces de devolverme el tiempo perdido… Vine aquí para acompañar a mi discípulo en su ceremonia de nombramiento, pero… En fin, si me disculpáis, me gustaría ver a Den Darreth para poder felicitarle. Ya he permanecido demasiado tiempo encerrado entre estos muros.

—En ese caso… —el Presthe miró a Therios, quien asintió con la cabeza, dando su permiso para que Grimward hablara sobre lo ocurrido en el templo de Athmer— deberíais estar sumamente agradecido por el error de vuestra detención.

—¿Cómo? —Zen Varion frunció el ceño— ¿Agradecido? ¿Por qué he de agradecer una noche en las mazmorras?

—Esa noche en las mazmorras —sentenció Therios— os ha salvado la vida.

CAPÍTULO 22

FUEGO DE DRAGÓN

El anochecer cayó como una bendición de los dioses. Durante el camino de vuelta a través del sendero, Drakkan parecía convencido de que el dragón caería sobre ellos. «Puede estar esperándonos en cualquier parte». Sus compañeros apenas podían seguir unos pasos que cada vez resultaban más acelerados. Por suerte, la oscuridad había llegado en su auxilio de manera repentina.

El cazadragones se detuvo en el último tramo del camino, antes de salir de la protección que les brindaban las paredes rocosas. Miró hacia arriba pero únicamente encontró un manto plagado de estrellas y una luna pálida cuyo tenue reflejo les ayudaría a pasar desapercibidos. Pensó en un lugar en el que poder esconderse para descansar. Estaba exhausto, sin fuerzas para continuar la huida. Pero el dragón no sentiría cansancio alguno. Si detenían su avance, tarde o temprano los encontraría. Miró hacia atrás y vio rostros cansados como el suyo, miradas que suplicaban una pausa, aunque resultara breve.

—De acuerdo, dormiremos unas horas antes de continuar, pero deberemos reanudar la marcha antes del amanecer. La noche es nuestra mayor aliada en estos momentos.

Los otros cinco asintieron. Apenas tenían respiración suficiente para poder pronunciar una sola palabra. Esperaron la señal de Drakkan y corrieron tras él, en un último esfuerzo por alcanzar un lugar seguro. Después llegaría el tan ansiado descanso.

El cazadragones se detuvo junto a unas rocas que, amontonadas unas sobre otras, dejaban al descubierto dos entradas a un interior hueco en el que podrían pasar la noche sin miedo a que alguna criatura pudiera encontrarles desde el aire.

—Sentaos. —Drakkan fue el primero en dejarse caer—. Aquí estaremos a salvo de esa bestia.

Con la alegría de haber dejado atrás el peligro, Shyra se sentó junto al caballero.

—No ha estado tan mal el día, ¿verdad? —la cría le miró con esa sonrisa pícara que dejaba escapar a menudo mientras se apoyaba en su costado.

—Bueno… He tenido días peores —confesó Sílax, rodeándola con un brazo para poder hacer mejor de almohada—. Y ver a esa criatura ha sido algo impresionante.

—Sentir su aliento también ha resultado impresionante —Shyra puso cara de asco—. Creí que me iba a marear. Durante unos segundos pude ver sus ojos, cerrados. Me pregunto de qué color serán.

—Rojos —respondió Drakkan—. Rojos y brillantes como grandes rubíes. Antes de que os durmáis, permitidme que os cuente la siguiente parte de mi plan.

—¿Es tan peligrosa como la que ya hemos vivido? —preguntó Bron.

—Bueno… En este sentido, tengo que deciros un par de cosas. La primera es que… Resultará más peligrosa. Es fácil esquivar la vista de una sola criatura —Drakkan echó la mano a la bolsa de lana y acarició uno de los huevos. Parecía estar caliente—. En cambio, el siguiente destino está plagado de ojos enemigos. No podremos pasar desapercibidos tan fácilmente.

—Bien… —sonrió el grandullón—. ¿Cuál es ese destino?

—Antes de nada, tengo que deciros que este otro viaje es opcional. Yo voy a ir para intentar lo que hace un tiempo podría parecernos algo imposible. Pero hemos sufrido demasiado y estamos tan cerca de lograrlo… Sin embargo, no voy a pediros que me acompañéis. De hecho, no quiero que ninguno de vosotros me acompañe hasta el final —repartió una severa mirada entre los cinco.

—Estás de broma, ¿verdad? —Bron se resistía a dejar solo a su amigo.

—No, Bron —insistió Drakkan—. No quiero que ninguno me siga. Es demasiado arriesgado.

—Pero, Drakkan. No puedes obligarnos a dejarte marchar —respondió Lancel.

—¿Hacia dónde quieres dirigirte esta vez, maldita sea? —gruñó el grandullón.

—Al templo del dios Dragón —sentenció el cazadragones.

Su respuesta estremeció a los demás. Hubo un silencio en el que cada uno de ellos intentó asumir las palabras que habían sido pronunciadas, como el texto de una maldición, de un presagio de muerte.

—No puedes entrar ahí. Está vigilado por los acólitos de esa sacerdotisa roja. Sus guerreros custodian los alrededores de la antigua ciudad de Los Dragones. Si te vieran…

—Lo sé, Bron. He estado allí y conozco sus peligros. No creas que no he meditado esta decisión. He valorado sus riesgos y por eso he llegado a la conclusión de que no quiero ninguna compañía. Si los acólitos de la bruja me descubren no lograré escapar a los hijos del fuego.

—Amigo —sonrió Bron—. Creía que con la visión del dragón ya tendrías suficiente como para satisfacer tu sed de locas aventuras —dejó escapar una carcajada—. Pero lo de llegar hasta el templo del dios Dragón la supera con creces…

—El resultado bien puede merecer la pena. Con gusto daría mi vida si consigo acabar con la sacerdotisa roja y sus hijos del fuego. Moriría en paz.

—Si es por eso —Shyra miró fijamente a Drakkan. Sus ojos desprendieron un brillo— yo también daría la vida. ¿Cuál sería el plan? ¿Qué te propones hacer para acabar con esa bruja? Sea lo que sea, yo te acompaño.

—No, Shyra…

—Te acompañaré hasta los alrededores del templo. Si después quieres continuar tú solo, prometo no seguirte.

—Yo también voy —replicó el grandullón.

—Y yo —respondieron Lancel y Myler, casi al mismo tiempo.

—Y yo, por supuesto —añadió Sílax.

—Bien —Drakkan dejó escapar una sonrisa—. Parece que os he contagiado a todos mi locura. Uno de los huevos está más caliente que el otro… Más caliente que la otra vez que lo acaricié.

—¿Cuándo fue eso? ¿Fuiste tocando uno por uno todos los huevos? —Shyra trató de recordar la última vez que Drakkan había abandonado el refugio de las cuevas. Se preguntó qué sería de aquellos a los que dejaron. Deseó que los días hubieran transcurrido allí con absoluta normalidad, sin ataques de los hijos del fuego, sin sobresaltos.

—Eran cinco los huevos que vi en el nido, en el mismo lugar al que te envié, pequeña. Sentí el aliento del dragón mientras los acariciaba. Estaban fríos, como en anteriores ocasiones.

—Maldita sea, Drakkan —le interrumpió Bron—. ¿Cuántas veces has ido a ese lugar?

—Las necesarias para asegurarme del éxito de mi plan.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —Shyra estaba deseosa de conocer el verdadero propósito del cazadragones, aunque se imaginaba cuál

podría ser.

—Voy a hacer una ofrenda al dios Dragón sin que la sacerdotisa se entere, al menos al principio. Llevaré los huevos y los esconderé entre el oro, objetos y demás tributos. Si es la propia sacerdotisa la que los encuentra, creerá que es una señal, una de esas profecías que han de cumplirse.

—¿Cómo lograrás que los dragones se dirijan al templo? —preguntó Shyra.

—Con el nacimiento de una de estas criaturas bastará. Sus pequeños bramidos, por muy inofensivos que nos puedan parecer, serán el arma más poderosa que cualquier pueblo haya empleado para hacer frente a los hijos del fuego. En cuanto el dragón sienta la presencia de su cría acudirá allí donde se encuentre. No habrá piedad para todos aquellos que estén en el templo: arderán bajo las llamas propagadas por la ira de su dios.

—He de reconocer, Drakkan, que parece un plan casi perfecto —aplaudió Bron—. Permíteme que le añada una pequeña distracción para facilitar tu llegada al templo. Podemos hacer algo de ruido para atraer la atención de esos acólitos y sus guerreros. ¿Qué te parece?

—Sí —añadió Shyra—. Podríamos acabar con varios de ellos a flechazos. Así atraeremos su atención por el tiempo suficiente.

—Parece una buena idea.

—En realidad es una locura… dentro de otra locura aún mayor —carcajeó Bron—. ¿Estáis todos de acuerdo?

Todos respondieron afirmativamente. No querían perderse aquella nueva aventura que les proponía su líder.

—En ese caso, descansad. Yo haré la primera guardia.

Drakkan permaneció con los ojos bien abiertos. Su mirada reflejaba los preocupantes pensamientos que acudían a su mente. «Para bien o para mal, será nuestra última misión», se dijo mientras paseaba la vista por cada uno de sus valientes guerreros. Al llegar a Shyra, la sorprendió con los ojos abiertos, fijos en él. La expresión de la cría reflejaba un profundo agradecimiento. «Sabe que este es el principio del fin de la compañía. Pronto cada uno seguirá su camino». Sin dejar de mirarla, se echó la mano a uno de sus bolsillos para extraer un sobre cerrado. Lo observó una última vez y se lo entregó a la muchacha.

—Toma. Guárdalo bien.

—¿Qué es? —preguntó, extrañada por aquel repentino regalo.

—No lo abras hasta que llegue el momento más adecuado.

—¿Cómo sabré cuando será ese momento?

—No te preocupes… Lo sabrás.

—Gracias, Drakkan… Gracias por todo lo que me has enseñado —la cría bostezó y cerró los ojos.

El cazadragones disimuló las lágrimas que desbordaban sus ojos. El momento de separarse de sus compañeros se acercaba de manera inexorable. Sabía que no volvería a ver a aquellos que habían dejado en las cuevas. En cuanto a los que se encontraban allí, con él… El destino se antojaba como un mar furioso deseando engullir cualquier barco que se adentrara en sus aguas. Y él era el capitán de uno de esos barcos. Se dirigían al centro mismo del peligro, a la guarida de los hijos del fuego. Salir con vida de allí sería la más peligrosa aventura en la que se iba a embarcar. «Si nos capturan, nos convertirán en una ofrenda a su dios».

Sílax sustituyó a Drakkan en la siguiente guardia. El caballero sentía sus fuerzas menos mermadas que en días anteriores. Tal vez era el deseo de ver cumplido el plan trazado por su guía lo que le impulsaba a esperar impaciente el momento de partir. Él también llevaría a cabo su venganza si fuera testigo de la muerte de la sacerdotisa. «No abandonaré aquel lugar hasta verla arder entre las llamas», acarició la cabeza de lobo que pendía de su cuello. Estaba fría. En su mente, el recuerdo de la matanza perpetrada por los hijos del fuego seguía siendo la costra de una herida que nunca sería cerrada. Cada vez que rememoraba esos sucesos era como si se arrancara la costra, permitiendo que la herida sangrara de nuevo.

El caballero dejó que pasara el tiempo hasta que creyó conveniente reanudar la marcha. No habría una siguiente guardia. Como había dicho Drakkan, la noche era su mejor aliado en aquel momento. Sílax despertó al cazadragones en primer lugar. Ambos coincidieron en que lo mejor sería partir, continuar el camino y asegurarse de que, definitivamente, habían dejado atrás el mayor de los peligros.

Partieron con las estrellas aún en el firmamento, un océano oscurecido por la huida de la luna entre unas pequeñas nubes. «Nubes —pensó Drakkan—. Por fin volvemos a verlas». Aquello parecía un buen augurio, una señal de que el día siguiente sería menos caluroso.

Pero no fue así. La mañana llegó cálida, ambiciosa. Las nubes eran jirones blanquecinos que, como la espuma del mar, parecían a punto de desaparecer en un océano azul. Se dispersaban, incapaces de luchar contra un sol que pronto se dejaría ver.

Al menos, en este nuevo viaje el paisaje resultaba bastante más agradecido que la visión de las montañas de Fuego de Dragón. El nacimiento del río Éresot se encontraba oculto en unas colinas de roca gris. El musgo se agarraba con fuerza a la piedra, y los matojos se repartían a su alrededor, entre árboles de lánguidas ramas y endebles

hojas.

Shyra caminaba mirando a ambos lados, disfrutando del paisaje que se abría ante ellos. Habían dejado atrás los macizos de roca que más bien parecían gigantescas llamas de fuego, así como la arena arcillosa que irradiaba el calor del sol. En Fuego de Dragón, las gotas de sudor más bien parecían lágrimas que dejara escapar la piel ante el constante castigo que sufría en aquel paraje perdido.

Las aguas de los riachuelos tañían dulces notas en su recorrido. Emergían del interior de la roca hasta formar un único caudal, una melodía llena de vida a su alrededor.

—Seguiremos el trazado del río hasta los alrededores de la ciudad de Los Dragones —Drakkan tenía claro cómo aproximarse a su destino, pero lo que ocurriera después era algo que solo los dioses conocían.

—¿Dónde se encuentra el templo del dios Dragón? —preguntó Sílax.

—Al pie de las colinas, situado entre estas y los restos de la antigua ciudad de Los Dragones, un montón de ruinas que los hijos del fuego aún veneran como el recuerdo de un pasado que ha de volver —el cazadragones metió la mano en el interior de la bolsa y acarició los huevos. A la luz del sol resultaban mucho más hermosos de lo que parecían en la penumbra de la cueva. Su superficie era áspera, rugosa como un pergamino que se seca tras mojarse.

—Aquí ya sí debemos extremar las precauciones. Los habitantes de estas tierras no son tan peligrosos como las criaturas de Fuego de Dragón, pero son numerosos y, al igual que los dragones, podrían estar acechando en cualquier rincón. Llegaremos a las cercanías del templo por el oeste, a través de una colina desde la cual la visión del santuario del dios Dragón resulta imponente. Será en ese preciso momento cuando…

—¿Cuando nuestros caminos se separen? —Bron terminó la frase ante el repentino silencio del cazadragones.

—Así es —confirmó Drakkan—. Cuando nuestros caminos se separen. «Se separen para siempre».

Shyra adivinó los pensamientos que mantenían a su líder absorto. Estaba convencida de que no era su propia vida lo que más le preocupaba, sino la de los demás miembros del grupo. Ya en más de una ocasión les había manifestado que su último deseo era ver caer al dios Dragón, destruir su morada. Ese momento parecía demasiado cercano. Caminaban hacia el templo portando la maldición que sería presentada ante el dios en forma de ofrenda.

—Todo saldrá bien —susurró la chica cuando pasó al lado del

cazadragones.

—Si consigo llegar al templo y dejar allí los huevos…

—Nosotros te ayudaremos a lograrlo.

—No quiero que os acerquéis demasiado, Shyra —Drakkan la atrajo hacia él, sujetándola del brazo con una caricia—. Lo último que querría es verte en manos de los hijos del fuego.

—Descuida. No permitiré que me atrapen.

—Yo tampoco —besó los revueltos cabellos de la pequeña.

A continuación, Drakkan se dirigió a Sílax. Y después pasó un rato hablando con Lancel y Myler, y con Bron… Su rostro se había desprendido del temor manifestado en Fuego de Dragón; su expresión era serena, afable, con una sonrisa que parecía no querer abandonarle.

Shyra observaba atentamente los gestos de su guía y comprendió que ya quedaba poco tiempo.

«Se está despidiendo. Sabe que no volveremos a vernos cuando lleve a cabo esta última misión».

CAPÍTULO 23

EL TEMPLO DEL DRAGÓN

El templo del dios Dragón no resultó la visión más impresionante que Drakkan y los suyos contemplarían, tras coronar una de las colinas que se levantaban alrededor de sus áridas tierras. Sus ojos contemplaron algo mucho más estremecedor.

El despliegue del ejército de *lady* Moira se veía, desde allí, como la desembocadura de varios ríos en un mar de aguas furiosas y brillantes.

Los hombres del fuego avanzaban desde el templo en columnas, manteniendo un estricto orden y un paso firme hasta alcanzar al resto del ejército, constituido por los norteños que, bien a pie o sobre sus monturas, daban forma a una masa sin orden que más bien parecía una ola a punto de arremeter contra un acantilado. Las armas de unos y otros centelleaban de forma constante hasta deslumbrar a Drakkan y los suyos que, desde las rocas que coronaban la colina, no podían creer lo que veían sus ojos.

—El dragón despliega sus alas, a punto de alzar el vuelo en dirección al sur —Drakkan perdía su mirada en el templo, origen de la riada de hijos del fuego que continuaban descendiendo la escalinata hasta desembocar en el resto de tropas que, como fieras hambrientas, parecían esperar el momento de partir en busca de alimento.

—¿Qué hacemos, Drakkan? —Bron parecía impaciente.

—Me temo que no será necesario preparar una distracción. Creo que la sacerdotisa roja se ha encargado de ello. Esperaré a que el templo quede vacío para aproximarme hasta aquellas rocas. Una vez que esté allí…

—Te acompaño hasta las rocas —replicó el grandullón—. Y si quieres, también hasta el interior del templo…

—¡No! Es demasiado peligroso. Cuando lleguemos hasta las rocas, vuestro papel en esta misión habrá terminado.

—¿Y qué vamos a hacer después? —preguntó Shyra—. No tenemos

adónde ir.

—Cualquier lugar es mejor que permanecer a la vista de los hijos del fuego. Su sacerdotisa estará ocupada reagrupando las tropas y preparando su avance, pero dudo mucho que decida dejar atrás el hogar de su dios —Drakkan tocó el interior de la bolsa. Posó su mano sobre el huevo que mantenía una temperatura más cálida y sintió que algo se movía en su interior—. No tenemos mucho tiempo. Seguidme.

Descendieron la colina, lejos de la mirada de los ejércitos de *lady* Moira, y se aproximaron al lugar que Drakkan había indicado. El estruendo del despliegue de tropas les llegaba cada vez más cercano. Era un rugido constante, incesante. El suelo retumbaba a su paso, como si la tierra se fuera a abrir bajo sus pies.

Llegaron hasta las primeras rocas que los mantendrían ocultos. Desde allí esperaron a que el templo se vaciara de guerreros.

—Espero que la bruja y sus acólitos tarden en regresar —dijo Drakkan cuando la riada de hombres del fuego dio paso a la aparición de la sacerdotisa.

La silueta de *lady* Moira resultaba inconfundible. Ataviada con una túnica de color escarlata, caminaba flanqueada por sus acólitos en una lenta procesión que partía del templo en dirección al borde de la escalinata, donde les esperaba una hilera de lámparas encendidas. Sus llamas se alzaban esbeltas, poderosas como el fuego del dragón. Los acólitos caminaban descalzos, portando cirios encendidos que sujetaban con ambas manos en su solemne avance. *Lady* Moira caminaba con las manos escondidas en las amplias mangas de su túnica. Su pelo, recogido en una trenza, estaba coronado por una diadema de oro con rubíes engarzados. Las piedras preciosas desprendían destellos anaranjados que iluminaban aún más el hermoso rostro de la hija del dragón.

Al llegar al borde de la escalinata, los acólitos se repartieron por delante de las lámparas, manteniendo sus cirios en alto mientras la sacerdotisa se dirigía a un ejército entregado a sus palabras.

—Es el momento —Drakkan se volvió hacia sus compañeros.

En ese instante, vio una sombra que se escondía detrás de una de las rocas.

—Nos han descubierto —dijo en voz baja señalando en dirección a la sombra.

—Nosotros nos encargamos —Bron tomó su hacha—. Tú dirígete al templo para terminar lo que hemos empezado.

—Está bien —Drakkan se giró en dirección opuesta a las rocas donde acechaba el peligro. Antes de dar un primer paso, sintió una mano sobre él.

—Buena suerte, amigo —Bron sonrió con esa expresión que dejaba escapar antes de un enfrentamiento— y gracias por todo. Ha sido un honor estar a tu lado todo este tiempo.

—Lo mismo digo, amigo —Drakkan correspondió con un abrazo—. Cuida de ellos.

Shyra quiso decir algo, pero no tuvo tiempo. Solo pudo contemplar cómo Drakkan se encaminaba hacia su destino. El cazadragones miró hacia atrás una última vez. Al ver la mirada de la cría posada sobre él, sus labios se arquearon en una media sonrisa. Guiñó un ojo y saludó con la mano en señal de despedida. Ella asintió con la cabeza.

«Buena suerte, Drakkan».

Habría querido abrazarlo con fuerza, darle las gracias una vez más por todo lo que le había dado. El cazadragones había encontrado a una niña débil e indefensa y la había convertido en una chica capaz de mirar al peligro a los ojos, de afrontar su destino con determinación, sin miedo al dolor o a la muerte. Shyra había imaginado una despedida diferente, más pausada.

Un sonido tras las rocas confirmó que no había tiempo. Las cartas del destino estaban sobre la mesa y la muerte se cernía sobre la colina como un pescador que echa las redes y espera el momento de verla llena de peces.

Pasos cercanos, el murmullo de una orden y espadas desenvainadas. Eran las primeras notas de una melodía que comenzaba susurrante para después irrumpir en los mortales acordes producidos al entrechocar los aceros.

Bron tomó la delantera del grupo, flanqueado por Sílax y Lancel. Por detrás de ellos, Shyra y Myler ya tenían sus arcos dispuestos y con una primera flecha ansiosa por encontrar un objetivo. Fueron varios los hombres del fuego que se precipitaron en su ataque. El primero de ellos dejó a la vista medio cuerpo; demasiado fácil para que una flecha de pluma roja encontrara carne que morder.

Un alarido, seguido de varias voces. Los asaltantes abandonaron su escondite tras las rocas para caer sobre ellos. Aparecieron tres, cuatro, cinco… Bron no pudo seguir contando. Esquivó la embestida de uno de ellos, que únicamente logró dibujar su trazo invisible en el aire. El hacha del grandullón era grande y pesada, pero su portador la blandía como si se tratara de una liviana espada. La sujetó con ambas manos y la hizo chocar contra el acero negro de su agresor, que salió volando. Un nuevo giro y el filo del hacha se precipitó contra el cuello de aquel desgraciado. Su cabeza se separó del cuerpo, salpicando sangre en todas las direcciones.

La canción de acero continuó su acelerado y sangriento ritmo.

Sílax avanzaba ágilmente entre las rocas, seguido por otro de los hijos del fuego, que se movía con torpeza en su persecución. El caballero esgrimía su espada con un estilo muy diferente a las toscas acometidas de su rival. El negro acero chocaba contra la hoja plateada, en los continuos ataques efectuados por el guerrero de rostro tatuado. En un arrebato de ira descuidó demasiado su defensa. Sílax sorteó el precipitado ataque y descargó su respuesta, cercenando el brazo de su rival antes de atravesar su estómago con otro rápido movimiento. El caballero tuvo tiempo de mirar hacia el templo, pero Drakkan ya se había perdido a la vista de todos ellos.

«Espero que lo consiga».

Se dio la vuelta y subió a una de las rocas, desde la que se abalanzó sobre otro de los hijos del fuego.

Shyra se vio obligada a separarse de Myler. Ambos disparaban sus flechas a una velocidad únicamente comparable con su puntería. Ya eran cinco o seis las víctimas que no habían logrado acercarse lo suficiente a ellos. Los proyectiles de plumas rojas habían hecho blanco en pleno rostro; las flechas de Myler se repartían entre el pecho y el estómago de unos cuerpos que caían junto a las rocas. La cría fue arrollada por uno de los atacantes. Por suerte, el hacha de Bron impidió que su agresor la embistiera, esta vez, con su espada. El grandullón retornó al lugar en el que había iniciado el combate. Allí le esperaban otros dos guerreros.

El enfrentamiento había dispersado al grupo a medida que la tempestad inicial de voces y choque de aceros comenzaba a amainar. Lancel había sido herido en el brazo izquierdo. Su diestra manejaba la espada con una rapidez endiablada. Saltó entre las rocas y se separó de los demás, perseguido por dos adversarios. El Lobo corrió hacia unos matorrales. Se ocultó para luego volver a aparecer y sorprender a uno de sus perseguidores. Embistió una y otra vez. Su acero golpeó una pared de roca, haciendo saltar centelleantes chispas de fuego. Enzarzado con uno de los hombres del fuego empeñado en no dejarle escapar, escuchó tras él unas pisadas. Se dio la vuelta demasiado tarde. El golpe le dejó tendido en el suelo, sin conocimiento.

Shyra empuñó su cuchillo. Lo sujetaba con fuerza, dudando entre aguantar un poco más o lanzarlo contra el hombre de cabeza afeitada que, mirándola fijamente, sonreía con malicia.

—Vas a morir, muchachita —alzó su espada curva para señalarla.

—Atrévete a tocarme —respondió la pequeña.

El guerrero lo intentó una vez. Shyra se agachó para esquivar su ataque. La espada pasó demasiado cerca de su cabeza. No hubo un segundo intento. El hombre de fuego cayó hacia adelante. Por detrás

de él asomó Sílax.

—¿Dónde están los demás? —preguntó nervioso, mirando a su alrededor. Allí solo vio los cuerpos de algunos de los asaltantes.

—No lo sé. Estaba con Myler y, de repente, me vi sola.

—¿Sabes si han descubierto a Drakkan?

—No. Le vi marchar y después… ¡Allí está Bron!

Corrieron a su encuentro. Al llegar a él, el grandullón no les permitió abrir la boca.

—Huid… Ha llegado el momento de preparar esa distracción.

—No vamos a dejarte solo —respondió Shyra.

—Escúchame, maldita sea. Vienen más, y esta vez son demasiados. Sílax, ha sido un placer conocerte… Lamento que nuestra despedida tenga que ser de este modo… Cuida de ella.

—No, Bron… —insistió la muchacha.

—Por todos los dioses, huid. No queda tiempo —se acercó a Shyra y la rodeó con sus brazos durante unos segundos—. Cuídate, niña… Voy a preparar la distracción.

—¿Cómo lo vas a hacer?

—En realidad —Bron empuñó el hacha y se fue alejando de ellos— yo soy la distracción.

El grandullón se separó de las rocas, dejándose ver mientras corría lo más lejos que podía de sus compañeros.

—¡Venid aquí, bastardos del dragón! —gritó al grupo que se dirigía hacia las rocas, una veintena de guerreros—. Voy a acabar con vuestra sacerdotisa y después me cagaré en vuestro maldito templo. ¿Quién es el primero que quiere probar mi hacha?

Se adelantaron dos.

—Bien, así me gusta. Con un poco de suerte os mataré a ambos de un solo golpe. Acercaos, malnacidos. Hoy es el día en que por fin vais a descubrir si vuestro dios existe.

Bron comprobó cómo atraía hacia sí a todo el grupo de guerreros. Era consciente de que, si no empezaba a derribar enemigos, algunos se desviarían hacia las rocas. Así que arrolló a uno de aquellos que se habían acercado demasiado. Mientras el primero caía al suelo el segundo recibía un hachazo en el estómago. El primero no lograría ponerse en pie.

—¡Dos menos! ¿A quién le toca ahora?

«Así me gusta, venid todos».

Bron hizo girar su hacha, dibujando un círculo por delante de él. Agitaba su arma con la facilidad con la que se sujeta un bastón. La longitud del astil le permitía sorprender en sus acometidas. La hoja del hacha mordió el pecho de otro de sus adversarios y a continuación

derribó a uno que se le acercaba por la espalda. Fue su último ataque antes de que la oleada de guerreros cayera sobre él.

—No podemos irnos de aquí… —Shyra parecía a punto de romper a llorar— Nos necesitan…

—No, Shyra. Ya no podemos hacer nada… por ninguno de ellos.

—Drakkan lo sabía… Sabía que nuestro viaje había llegado a su fin y que nos dispersaríamos.

—Todos lo preveíamos. Aunque no pensábamos que fuera a resultar de este modo.

—Y ahora… ¿hacia dónde nos dirigimos? —la muchacha se esforzaba en seguir los pasos de Sílax.

—No lo sé… Supongo que hacia el sur.

—El ejército de la sacerdotisa se dirigirá a Móstur… Debemos avisarles para que se preparen. Los norteños y los hijos del fuego se han unido.

—El dragón está a punto de levantar el vuelo… Observa.

Sílax buscó un refugio desde el que contemplar la escena sin ser vistos. Desde allí pudo ver los ejércitos de *lady* Moira que, alzando sus armas, respondían con gritos a la arenga de la sacerdotisa. El sonido de todas aquellas gargantas alzando la voz al unísono le recordó al poderoso bramido que habían escuchado en Fuego de Dragón.

En lo alto de la escalinata, la sacerdotisa roja alzaba los brazos. Las voces cesaron durante unos segundos mientras ella les hablaba. Tras las palabras de *lady* Moira, un nuevo rugido del ejército se alzó fuerte. Los estandartes ondeaban, agitados por los guerreros de las primeras filas, dejando ver centenares de cabezas de dragón rojas sobre fondo negro en unos casos, blanco en otros. Algunos soldados entrechocaron sus armas, provocando que el sonido del acero retumbara en los alrededores del templo. Su eco se propagaba hasta las ruinas de Los Dragones. Era como si la antigua ciudad despertara de su letargo y sus restos cobraran vida, en un grito que clamaba venganza.

Los acólitos se dieron la vuelta. Sosteniendo las luces de sus cirios, caminaron lentamente en dirección al templo. El santuario parecía haber quedado solitario. Así lo desearon Shyra y el caballero. Ambos se preguntaban si Drakkan había logrado llegar a tiempo. La respuesta no tardaría en llegar.

—¡No! —la muchacha señaló a la izquierda del templo, donde varios hijos del dragón llevaban sujeto al prisionero.

Sílax sintió como si acabaran de atravesar su corazón. El grupo de captores caminaba en dirección a la sacerdotisa. Antes de que los ejércitos partieran al sur, *lady* Moira efectuaría un último sacrificio como ofrenda al dios Dragón.

«No podemos hacer nada para evitarlo», pensó con amargura.

CAPÍTULO 24

MÓSTUR

—Madre… ¿Estás bien? —sujetando un caballo de madera, el príncipe Kylan observaba con preocupación el compungido rostro de su madrastra, frío como era habitual en ella, pero más apagado que en otras ocasiones. Desde la muerte de su marido, Tarya había sido testigo de un cambio en el comportamiento de todos aquellos que, de algún modo, tenían en sus manos las decisiones más importantes en el gobierno de la ciudad. El poder, repartido entre los diferentes estamentos representados por el Consejo, se mantenía en un equilibrio demasiado frágil. Como si de una engañosa tregua se tratara, una falsa paz, sus miembros se habían tornado desconfiados, no solo entre aquellos que representaban diferentes intereses. Los caballeros, entre ellos mismos, al igual que los nobles y los clérigos, guardaban secretos, enviaban mensajeros, emisarios encargados de vigilar a unos y otros. Frente a todos ellos, Tarya ocupaba el asiento dejado por su marido. Ella estaba sola. No había nadie en quién pudiera confiar sus decisiones más importantes sin temor a un consejo oportunista, a una manipulación en favor de algún interés oculto. El castillo se había convertido en un lugar más silencioso de lo habitual; sus paredes parecían albergar secretos demasiado peligrosos, intenciones viles y traicioneras que se desvanecían por momentos ante la presencia de la reina.

—¿Estás bien?

Tarya, sentada junto al príncipe, tardó en reaccionar. Sentía los ojos cansados y el cuerpo agotado. Reflejado en un semblante afligido y triste, su estado no había pasado desapercibido para Kylan. El chico no estaba muy seguro de sus propios sentimientos hacia ella. Del excesivo respeto, casi miedo, había pasado a una compasión cuyo motivo no lograba entender.

—Sí —Tarya mostró una sonrisa demasiado forzada—. Estoy bien,

Kylan. Ahora duerme, es tarde y estarás cansado.

—Tú pareces estar muy cansada —el príncipe la miraba fijamente a los ojos.

—Sí, lo sé.

—Le echas de menos, ¿verdad?

Al escuchar aquella pregunta, la reina apenas pudo contener las lágrimas. Kylan, sin embargo, no fue capaz de reprimir el llanto. Sus ojos brillaron y, sin parpadear, su fija mirada comenzó a empañarse por el silencioso lloro. Las lágrimas acudieron a él, fiel a su hora, en el instante cercano al sueño, cuando la noche oscurece la realidad al tiempo que ilumina los inmortales recuerdos que habitan en el corazón. Descendiendo por las mejillas del niño, las dos pequeñas gotas dejaron una estela que pronto fue borrada por las caricias de una mujer cuya entereza menguaba con el paso de los días.

—Sí… Le echo de menos —en esta ocasión, la ternura dibujada en su rostro era fiel reflejo de sus sentimientos.

—¿Por qué…?

—No lo entenderías, Kylan. No merece la pena que te tortures con esos pensamientos. Recuerda todo lo bueno que hizo tu padre por ti, por Roth, por mí.

La reina dirigió la mirada al otro lado del dormitorio, donde el pequeño Rothlan llevaba un tiempo dormido.

—Hoy se ha caído del caballo.

—¿Roth?

—Sí —Kylan sonrió, recordando lo ocurrido aquella tarde en las clases de Yar Bolfren.

—Pero Roth es demasiado pequeño para subirle a un caballo, ¿cómo se le ha podido ocurrir a…?

—Era uno de los más pequeños. Iba muy despacio y no le ha pasado nada. Solo se ha asustado un poco.

—Menos mal… De todos modos, a veces Yar Bolfren es demasiado…

—¿Bruto? Sí, a veces. Sobre todo, cuando sus hijos no le hacen caso… Da muchas voces.

—¿A vosotros también?

—Alguna vez, cuando no hacemos lo que él dice. Pero no suele enfadarse. Siempre se está riendo. Deberías parecerte un poco más a él.

—¿Yo?

—Sí. Deberías sonreír más, como ahora —el niño sujetaba la mano de Tarya, acariciándola suavemente con sus delicados dedos.

—De acuerdo —sonrió de nuevo la reina— Procuraré ser más

alegre, ¿vale?

—Vale.

—Y ahora —Tarya se acercó aún más a él y le dio un beso en la frente—, a dormir.

Kylan cerró los ojos mientras escuchaba los pasos que se alejaban de su cama.

Cuando la reina dejó la habitación, se encontró de frente con uno de los soldados que parecía tener prisa por hablar con ella.

—Majestad —inclinó levemente la cabeza—, los otros miembros del Consejo os aguardan en la sala de los reyes.

—¿Quién ha convocado al Consejo?

—Creo que han sido los helvatios.

—De acuerdo. Acudiré de inmediato.

Durante el trayecto que le separaba del lugar en el que se reunía el Consejo, la reina sintió de nuevo ese temor que en los últimos días no había hecho más que crecer en su interior. Se acercó a la puerta y, antes de pasar al otro lado, trató de mantener la calma. Nadie debía ver en ella un atisbo de duda y mucho menos de temor.

La sala de los reyes era una de las más lustrosas del castillo. Convertida en el lugar donde el Consejo deliberaba y tomaba las decisiones acerca de los asuntos del gobierno, estaba presidida por las imágenes de los siete monarcas más importantes de cuantos, a lo largo de la historia, habían llevado a la ciudad a su máximo esplendor en unos casos y a su mayor decadencia en otros. Las efigies de estos reyes se habían ubicado a varios metros de altura, repartidas por los cuatro lados de la estancia, cuyas paredes de piedra blanca y ventanas orientadas al este la convertían en una de las más iluminadas y confortables, por más que allí se vivieran, en numerosas ocasiones, tensos momentos y acaloradas discusiones. De todas ellas eran testigos privilegiados los bustos de los monarcas, tallados en un basalto que contrastaba con la claridad de las paredes y suelos, blancos y pulcros como la mesa tallada en mármol que configuraba el centro de la sala.

Nada más entrar, Tarya se detuvo para contemplar a quienes parecían tener una gran prisa por completar el número de los asistentes a la inesperada cita.

Sobre sus respectivos asientos, seis de los diez miembros que configuraban el Consejo, incluyendo a la reina, ya se encontraban dispuestos a tratar lo antes posible el asunto urgente que los había llevado hasta allí.

El maestro Therios permanecía en pie, con la vista perdida al otro lado de uno de los amplios ventanales del salón. El Presthe Grimward mantenía la mirada fija en el asiento vacío de Zen Darlish. Los

ancianos caballeros, *Sir* Hóldegrun y *Sir* Léniesten, conversaban entre ellos con una serenidad muy distante de la preocupación que podía leerse en los rostros de *lord* Belson y *lord* Calster. Ambos concentraban sus pensamientos en el noble que tenía su asiento entre ellos. Al igual que los demás miembros, no contaban con la ausencia de *lord* Galberth dada la importancia del asunto a tratar, directamente relacionado con aquellos a quienes él, de algún modo, representaba por su origen nybnio.

La reina se acercó a la mesa. Fue recibida con reverencias que, en algunos casos, resultaban inexpresivas, muestras de una falsa cortesía. Ninguno de los allí presentes, a excepción del Presthe, parecía tener un excesivo interés en conversar con ella. Tarya observó las frías expresiones de los miembros del Consejo, hombres que, de un modo u otro, representaban más sus propios intereses que los de aquellos a quienes supuestamente debían defender. Miradas desconfiadas, labios cerrados y ojos vigilantes… La mesa en torno a la cual se concentraba el poder sobre la ciudad estaba a punto de convertirse en una fragua candente que espera forjar las espadas para la guerra. Cada uno de los allí presentes conocía los sucesos que se iban a estudiar y sus posibles consecuencias. Preparaban sus piezas para afrontar una arriesgada partida, repleta de peligrosos movimientos y peliagudas decisiones.

El Maestro Therios, ajeno a todo cuanto sucedía a pocos metros de él, continuaba sumido en sus cavilaciones, junto a la ventana, evitando cruzar su mirada con la de cuantos le acompañaban. Esperaba con creciente impaciencia la llegada del último invitado.

Cuando se abrió la puerta, todos dirigieron la vista al recién llegado, *lord* Galberth. El noble de origen nybnio vestía una túnica de seda de color ocre con hilos dorados que daban vida a las flores que ribeteaban sus amplias mangas.

El anciano caminó por el interior de la sala con paso lento y mirada fría. Sus ojos se fueron posando en cada uno de los presentes, buscando una respuesta, una explicación a la inesperada visita que había recibido por parte de la guardia del Consejo. Antes de que pudiera ser saludado por cualquiera de los que esperaban sentados, *lord* Galberth elevó la voz, dibujando una expresión amenazante en su rostro, una ira a punto de ser derramada sobre la mesa de negociaciones, como la llamaban algunos.

—¿Son ciertos los rumores que han llegado hasta mí? —preguntó con un tono que denotaba su malestar.

Nadie quiso contestar a lo que resultaba evidente. El noble frunció el ceño y, deteniendo sus pisadas a pocos metros de la mesa, dirigió una furibunda mirada hacia el Maestro Therios, que acababa de

girarse para tomar asiento.

—¿Quién ha convocado al Consejo?

—Hemos sido nosotros —respondió finalmente el Presthe, cuando *lord* Galberth parecía a punto de estallar en voces.

—Los helvatios, siempre tan oportunos —el noble caminó hacia su sitio, junto a *lord* Belson—. Estoy seguro de que algunos de vosotros deseabais que no acudiera a esta reunión…

—Lo que ha sucedido es demasiado preocupante como para que nos detengamos a pensar si vais a venir o no —respondió fríamente Zen Grimward. El Presthe apenas logró contener su impulso de contestar enérgicamente a las palabras de aquel hombre de áspero semblante y amargadas reflexiones—. Deberíais valorar mejor la gravedad de los acontecimientos y mostrar un poco más de respeto por la muerte de nuestros hermanos… de Zen Darlish y todos cuantos han sido víctimas de un ataque tan cruel como cobarde.

—Respeto la memoria de los muertos mucho más de lo que vos creéis, Zen. Y de forma especial, siento un profundo pesar por la pérdida de nuestro amigo Zen Darlish, de quien he aprendido mucho durante todo este tiempo. Sin embargo, me preocupa la idea de que se tome una decisión tan desesperada como inoportuna…

—Se trata de hacer justicia, *lord* Galberth —interrumpió uno de los caballeros helvatios.

—Justicia… o tal vez venganza… Son términos que a menudo se confunden, *Sir*. Pero será mejor que quien ha convocado el Consejo hable y proponga las medidas apropiadas que han de tomarse en este momento tan delicado.

Por un instante, las palabras dieron paso al silencio de unas miradas que, cruzadas, terminaban fijándose en el imperturbable rostro del Maestro Therios. Pues si habían sido los helvatios los que habían convocado el Consejo, su líder debía ser el más indicado para proponer una decisión.

El Gran Maestro, consciente de su responsabilidad, recordó la conversación que había mantenido anteriormente con el Presthe, nada más enviar a varios guardias en busca de los restantes miembros del Consejo. Zen Grimward y él estaban de acuerdo en lo que debía hacerse, así como en la premura que requería aquella decisión.

—Recapitulemos los hechos acaecidos esta tarde, durante la celebración del nombramiento de los nuevos denlores: por motivos que aún desconocemos, varios sacerdotes nybnios se adentraron en el interior del templo y cometieron un crimen tan atroz como abominable, asesinando a numerosos miembros de nuestra orden. Ante la llegada de nuestros guardias, abandonaron precipitadamente

el lugar, mancillado con sangre inocente…

—La sangre de nuestros amigos, de nuestros hermanos… —en un incontenible impulso, el Presthe se puso en pie— Debemos actuar lo antes posible y capturar a esos sacerdotes, traerlos aquí y juzgarlos.

—Respeto vuestra decisión… —*lord* Galberth parecía haber recuperado la calma— pero no podemos precipitarnos. Ni siquiera sabemos a dónde pueden haber ido. ¿Conocéis a alguien capaz de informarnos de si esos sacerdotes han sido vistos huyendo hacia alguna dirección? ¿Acaso tenéis testigos que puedan confirmar cuántos eran? ¿No deberíamos preguntar por la ciudad antes de mandar a un grupo de soldados por caminos tan inciertos como peligrosos?

—No hay tiempo para dar respuesta a todos vuestros interrogantes —respondió *Sir* Hóldegrun—. Únicamente podemos reunir a un grupo de hombres y enviarlos directamente al lugar en el que tal vez se encuentre la respuesta.

—¿Qué lugar? No estaréis pensando en profanar el templo de Thariba…

—Nadie ha dicho que vayamos a profanar el lugar sagrado de los nybnios. Estamos convencidos de que allí podremos conocer el motivo de este ataque.

—¿Y qué ocurrirá si no encontráis respuesta alguna a semejante cuestión? No podéis presentaros allí con un grupo de hombres armados y exigir que os entreguen a los responsables de los asesinatos.

Los caballeros se miraron. Ya habían hablado sobre ello con el Presthe.

—No tendrán más remedio que entregarnos a los culpables… O serán ellos los que ocupen su lugar en la hoguera.

—¡Estáis locos! —*lord* Galberth se levantó de su asiento tras dar un golpe en la mesa—. Desataréis una guerra contra los nybnios…

—Si hay una guerra será por su culpa —el Presthe habló en el mismo tono que el noble—. Los asesinos deben ser juzgados. Si los otros sacerdotes pretenden ocultarlos no tendremos más remedio que traerlos hasta aquí…

—Caballeros, por favor —la reina habló de forma moderada, conciliadora—. Seamos razonables. Si es necesario, enviaremos a varios grupos de hombres en busca de esos asesinos… o un único grupo en dirección al templo de Thariba. Pero, por favor, no tratemos de impartir justicia a quien no ha de ser castigado. Debemos centrar nuestros esfuerzos únicamente en los responsables del crimen… En nadie más.

—Estoy de acuerdo con vos, majestad —habló *lord* Belson—. Tengo

a varios caballeros que no están muy lejos de aquí. Tal vez ellos hayan podido ver algo.

—Enviemos un buen número de hombres en dirección al templo… —sentenció el Presthe.

—Hombres lo suficientemente preparados para capturar a esos malnacidos —*Sir* Hóldegrun estaba de acuerdo con aquella decisión.

—Y en medio de ellos… debe ir también el chico —el Gran Maestro buscó con la mirada rostros que aprobaran aquella decisión —. Le necesitamos para identificar a los responsables.

—¿Creéis que podrá hacerlo? Dudo mucho que el denlor, en un estado de pánico como el que debió de vivir en medio de semejante escena, pueda recordar con claridad la cara de aquellos a quienes tal vez ni se atreviera a mirar. Menos aún si tenían el rostro cubierto. ¿Habéis hablado con él?

—Sí —respondió el Gran Maestro, tratando de leer en el rostro de *lord* Galberth la expresión que parecía ocultar un miedo a que los culpables fueran identificados—. He hablado con él, y estoy convencido de que, si se lo pido, irá con los demás.

En unos segundos, los demás miembros del Consejo comenzaron a hablar todos a la vez, a discutir sobre una propuesta que parecía satisfacer a la mayor parte de los presentes. Todos comenzaron a verter opiniones que estaban en consonancia con la propuesta de los helvatios. *Lord* Galberth quedó en silencio, observando. Consciente de que tal vez él sería el único que se mostraría en contra de enviar tropas al lugar sagrado de su dios, el nybnio se limitó a escuchar lo que hablaban los demás. Descubrió odio en los ojos de los helvatios; odio y deseos de venganza. Estaba convencido de que, si acudían al templo de Thariba, no sería únicamente para capturar a los culpables de la matanza… Seguramente, llevados por la irracionalidad, acabarían con los demás sacerdotes y destruirían la morada de Thariba. Frente a los deseos de los helvatios, los ancianos caballeros mantenían opiniones que estaban en consonancia con una actitud más calmada y prudente. La tensión iba en aumento a medida que se consolidaba la opción de adentrarse en la montaña sagrada. *Lord* Galberth estaba convencido de que Thariba no dejaría impune semejante blasfemia.

—Por favor, vamos a decidir cuanto antes qué hemos de hacer —el Gran Maestro se dispuso a preparar las bolsas y las piedras para tomar una decisión que ya parecía clara en virtud de las opiniones vertidas por unos y otros.

—¡No voy a ser partícipe de vuestra insensatez! —*lord* Galberth se puso en pie de nuevo. Sus voces retumbaron en la estancia mientras

unos primeros pasos hacia la puerta hacían ver a los demás que el noble abandonaba la estancia.

—¡Esperad…! ¡Esperad y decidid!

—No, Gran Maestro —el nybnio se giró bruscamente—. Me niego a tomar parte de una decisión cuyas consecuencias conocéis tan bien como yo. Haced lo que os plazca, pero tened claro esto: el derramamiento de más sangre inocente no os traerá de vuelta a vuestros hermanos; únicamente provocará más dolor y odio.

Lord Galberth no esperó a que sus palabras fueran respondidas. Tras dar un portazo, sus rápidas pisadas se escucharon cada vez más lejanas.

—Está bien —continuó hablando el Gran Maestro, rompiendo el incómodo silencio dejado tras la ausencia del nybnio—, tomemos una decisión.

—Pero… ¿Y si el chico no quiere ir? —preguntó el Presthe—. Tal vez no debamos provocar en él lo que pudiera resultar un daño irreparable, una responsabilidad con la que no debería cargar.

—Confiad en mí… Conozco al clérigo más apropiado para que el joven denlor se sienta, en todo momento, protegido.

—¿Su maestro? —Zen Grimward sonrió mordaz.

—Exacto —Therios tomó las bolsas que recogerían las decisiones de cada uno—. Si Zen Varion accede a formar parte del grupo para poder guiar los pasos de su discípulo, tened por seguro que ese chico nos ayudará a encontrar a los culpables. Y, una vez identificados, quizá no haga falta ni siquiera traerlos hasta aquí.

—Entonces, proponéis…

—Sí, *lord* Belson. Nuestros soldados tendrán permiso para ejecutar una sentencia ya dictada contra los asesinos de nuestros hermanos. Si son identificados por el muchacho, tendrán que acabar con ellos allí mismo. No podemos arriesgarnos a traerles hasta aquí y que puedan escapar por el camino.

—¿Escapar? —*Sir* Hóldegrun se tomó a mal aquellas palabras—. No creo que nuestros caballeros permitan que…

—Lo sé, *Sir*. Y no pongo en duda la capacidad de nuestros caballeros. Pero no debemos olvidar los peligros a los que quedarán todos ellos expuestos: son bosques en los que, además de lobos y asesinos, merodean otro tipo de seres, que puedan trastornar la valentía de nuestros hombres.

Aquella respuesta, de la que Therios pareció arrepentirse nada más volver en sí de sus profundos recuerdos, dejó atónitos a cuantos le rodeaban.

—¿Seres? ¿Qué clase de seres?

—No olvidéis que el templo de Thariba se encuentra en la ladera de un monte que, tanto para los nybnios como para nosotros, constituye un lugar sagrado, un espacio en el que no debemos provocar la ira de los dioses, de nuestros dioses. Por eso, en la medida de lo posible, los elegidos para ir hasta allí deberían ser hombres de profundas convicciones religiosas.

—En ese caso, me temo que no podréis contar con varios de nuestros mejores caballeros —sonrió *Sir* Hóldegrun. El anciano no estaba por la labor de enviar a sus más fieles adeptos, hombres de espada que habían contribuido a su ascenso en la escala del poder—. Mis guerreros son, por lo general, más devotos de unos dioses más mundanos. Ya me entendéis.

—Sus bastardos hablan por sí mismos —*Sir* Léniesten no pudo contener una nueva oportunidad para poner a prueba la paciencia del otro caballero. Antes de que *Sir* Hóldegrun pudiera contestar con un insulto, las palabras de Therios se le adelantaron.

—Está bien… No me importa la Fe o las creencias de los enviados. Lo realmente importante es que lleven a cabo con éxito esta difícil misión. Me da igual si se sienten atraídos por nuestra doctrina o, por el contrario, ni siquiera conocen el interior del templo. Lo único que quiero es que sean hombres valientes, decididos…

—Esperad un momento —interrumpió *lord* Belson—. Habláis como si ya dierais por hecho que todos acatamos vuestra elección. ¿Por qué no procedemos primero a decidir si, realmente, esa es la mejor alternativa?

El noble miró a su alrededor y no encontró entre los otros miembros del Consejo un solo rostro que mostrara un atisbo de apoyo a su opinión. «Todos están de acuerdo con el Gran Maestro. Va a desatarse la cacería».

—Por supuesto —el Gran Maestro depositó las bolsas sobre un arcón situado en uno de los extremos de la sala—. Depositad vuestra elección en la bolsa de la derecha. La opción desechada, en la de la izquierda. La piedra blanca indicará que estáis de acuerdo con enviar a Zen Varion y su joven discípulo encabezando al grupo de caballeros y helvatios encargados de hacer justicia, en el nombre de los dioses, por nuestros hermanos muertos.

—Un momento —*lord* Calster alzó la mano, silenciando la sala—. ¿Por qué tenemos que enviar a nuestros caballeros? ¿Acaso la guardia de la ciudad no podría encargarse de realizar esta misión?

—¿Qué os ocurre a los señores de la ciudad? —*Sir* Hóldebrug repartió su mirada entre *lord* Calster y *lord* Belson—. ¿Teméis perder a algunos de vuestros fieles protectores?

—La verdad es que… —*lord* Calster titubeó.

—Pues sí —respondió *lord* Belson, decidido—. Al menos, por mi parte, así es. Siento demasiado aprecio por algunos de mis caballeros; demasiado aprecio como para enviarlos a tierras lejanas y peligrosas en busca de unos desconocidos…

—Pero no tenéis ningún reparo en enviar a esos mismos hombres en busca de vuestro hijo, en tierras lejanas y peligrosas ¿no es así? —las palabras del Gran Maestro fueron como una puñalada al corazón del noble.

—Yo pago a esos hombres para que me sirvan —*lord* Belson no se amedrentó por la severa mirada del líder helvatio—. Y los pago bien por su labor. Algunos de ellos estarían dispuestos a arriesgar su vida por mí sin que tuviera que obligarlos. Por eso mismo me esfuerzo en protegerlos, en la medida de lo posible.

—Hay otras opciones —*lord* Calster quiso evitar que la discusión se acalorase más aún—. Ahora que habláis de pagar…

—Viniendo de vos, creo que ya sé a qué os referís —*Sir* Hóldebrug sonrió con malicia. La casa de los Arrioth se había caracterizado durante siglos por contratar puntualmente a guerreros llegados del extranjero. Como si del paso de una tormenta se tratara, aquellos mercenarios cumplían las órdenes recibidas y después desaparecían para siempre. Corrieron muchos rumores acerca de los encargos que los desconocidos cumplían a cambio de una buena suma de oro. *Lord* Calster Arrioth parecía haberse desmarcado de esa tendencia tan empleada por sus antepasados. No obstante, como en ocasiones decía *Sir* Hóldebrug, «por mucho que a un lobo lo adiestres como a un perro… sigue siendo un lobo».

—A pesar de las falsedades que se han difundido siempre acerca de mis antepasados, el uso de mercenarios siempre ha estado más extendido de lo que muchos piensan, o quieren hacer pensar.

—¿Mercenarios? —el Presthe fijó su mirada en el noble—. No podemos encomendar el destino de nuestra misión a unos desconocidos.

—Pues que sea la guardia de la ciudad quien se encargue de encontrar a los nybnios —*lord* Belson no parecía dispuesto a ceder.

—lord, por favor —la reina intervino para mediar en la discusión —. Estoy de acuerdo en que, por un lado, no podemos obligar a los nobles a que pongan en peligro a sus caballeros —fijó su mirada en *lord* Belson—. Debemos enviar, lo antes posible, a un grupo de hombres valerosos que no teman al peligro. Hay mercenarios que curan sus miedos con la esperanza de una buena recompensa. Pero necesitan de alguien que los guíe, un líder capaz de aunar los

esfuerzos de todos. Os propongo una alternativa: aquellos que no contribuyáis con vuestros caballeros, aportad el dinero suficiente para sustituirlos por los mercenarios que irán en su lugar. Yo aportaré a miembros de la guardia de la ciudad que se encargarán de guiar al grupo.

Las palabras de Tarya precedieron a un silencio sepulcral, repleto de rostros reflexivos y miradas repartidas entre todos los miembros del Consejo.

—Majestad… Acepto vuestra propuesta —*lord* Belson asintió, convencido. «La vida de uno solo de mis caballeros vale el doble que la de todos los mercenarios que podáis encontrar».

Los ojos de los helvatios se posaron sobre *lord* Calster, esperando una respuesta similar a la del otro noble. La respuesta no llegó. Solo hubo silencio.

—Bien, no podemos prolongar por más tiempo las deliberaciones —El Gran Maestro se puso en pie—. Mientras continuamos discutiendo, aumenta la distancia que nos separa de nuestros enemigos. Ha llegado el momento de tomar una decisión —Therios se dispuso a hacer los preparativos para la votación. Estaba harto de escuchar los puntos de vista de unos y otros. Las excusas y mentiras eran demasiado habituales en las discusiones del Consejo y retrasaban la toma de decisiones, que en ocasiones se prolongaba durante días. No debía ocurrir así en un asunto como el que estaban tratando, que requería de una respuesta casi inmediata. «La sangre de nuestros hermanos muertos ya se ha secado», pensaba para sus adentros.

De uno en uno, los miembros del Consejo se fueron levantando y, caminando hasta el arcón, depositaron las piedras en ambas bolsas, según su decisión. La reina fue la última en hacerlo.

Con la delicadeza que caracterizaba a sus gestos, Tarya tomó el saco y lo situó encima de la mesa. Lentamente, el Gran Maestro volcó su contenido. Observando el resultado, dejó escapar una sonrisa y miró al Presthe, que respondió de igual modo.

—La voluntad de los dioses se ha manifestado a través de la decisión del Consejo. Id en busca de los miembros que formarán el grupo. Que no demoren su partida.

—Pero antes —habló el Presthe cuando los nobles estaban a punto de levantarse—, hay otra decisión que deberíamos tomar con determinación… Y ha de ser ahora mismo.

CAPÍTULO 25

EL TEMPLO DEL DRAGÓN

Lady Moira tenía la mirada perdida en el ejército desplegado a sus pies, dispuesto a partir en cuanto ella diera la orden. Los hijos del fuego y las tropas de norteños se repartían por la extensa llanura que precedía al templo. «Con este ejército conquistaremos Móstur», pensó para sus adentros, imaginando uno de aquellos estandartes ondeando al viento, en lo alto del castillo de la capital. Los días de Athmer pronto llegarían a su fin. El dios de rostro desconocido sería devorado por el dragón; las estatuas de los dioses idólatras, derribadas y convertidas en cenizas; sus templos, saqueados; y sus clérigos sacrificados en el fuego, como ofrenda a su deidad en agradecimiento por la victoria.

En la primera fila de hombres que se agolpaban a los pies de la escalinata, el Rey de las Montañas contemplaba el poder convocado por la sacerdotisa roja, su reina. No estaba muy seguro de qué era lo que colmaba más su ambición: gobernar el reino que *lady* Moira conquistaría para él o tener cerca a la mujer que le daría un heredero con el que perpetuar su trono. Los ojos de Ghorbar rebosaban de ambición. Al igual que los soldados que lo rodeaban, estaba deseando partir a las tierras del sur y resquebrajar el reino de Móstur. La visión de la sacerdotisa le recordó a la de las estatuas de los dioses que se alzaban en los templos que había visitado de joven, antes de renegar de cualquier deidad que quisiera doblegar su voluntad. Los estandartes con la cabeza del dragón devolvieron a su mente la promesa hecha a *lady* Moira. Tendría que postrarse ante su criatura para poder convertirse en rey. Para él no resultaría más que un intercambio en el que tanto él como ese dios resultarían beneficiados. Ghorbar conseguiría súbditos, el dios Dragón recibiría siervos. «Si fuera necesario, me arrodillaría ante ese dragón una vez por cada súbdito que se postre ante mí», había pensado durante la noche

anterior.

En la cima de la escalinata, las lámparas dejaban escapar un fuego esbelto, rojizo y vigilante. El aire parecía aprisionado, incapaz de pronunciar un susurro. El calor lo asfixiaba ya desde el amanecer. Por delante de las llamas, los acólitos se mantenían tan inmóviles como los cirios que sujetaban con ambas manos. Tras las lámparas se alzaban varias columnas de mármol y piedra roja, restos de lo que un día constituyó el antiguo templo levantado en honor al dios Dragón. De unos cinco metros de altura, las siete columnas rememoraban los tiempos antiguos de un culto ancestral. Eran el símbolo de la victoria de ese culto sobre el paso de todas las edades de la humanidad.

El griterío era ensordecedor cada vez que *lady* Moira pronunciaba unas palabras repletas de recuerdos del pasado, de la tiranía que los hijos del dragón y los norteños habían sufrido a lo largo de la historia. La antigua ciudad de Los Dragones, cuya vista constituía el recuerdo más patente, miraba hacia el templo del dios Dragón suplicando venganza.

Los ojos de la sacerdotisa estaban cargados de un odio que, como una plaga, se contagió a todo su ejército. Los hijos del fuego estaban sedientos de sangre; rugían, aullaban y enloquecían con cada promesa de su libertadora. No constituían un ejército disciplinado, pero sí numeroso. Comenzaron a entonar una canción de guerra, haciendo chocar sus espadas de acero negro. Su estruendo se propagó por todo el ejército. Espadas, hachas, escudos… Los golpes se multiplicaron, retumbaron en el suelo, en el templo… La tierra se estremeció ante la última plegaria que los ejércitos de *lady* Moira presentaban a las puertas del santuario del dios Dragón. La sacerdotisa no quiso interrumpir aquel momento de excitación, de éxtasis generalizado. Sus acólitos se dieron la vuelta para regresar al templo, donde depositarían los cirios encendidos. Sus llamas no se extinguirían hasta el regreso de las tropas, tras su primera conquista.

A punto de dirigirse una última vez a sus ejércitos para encomendarlos a la protección del dios Dragón, la sacerdotisa escuchó una voz a sus espaldas.

—¡Majestad!

Miró hacia atrás y vio a varios de sus guerreros, que caminaban llevando a un hombre al que trasladaban a base de empujones.

—¡Arrodíllate ante la hija del dragón! —un golpe en las piernas le hizo caer al suelo.

—¿Qué me traéis? —la sacerdotisa parecía sorprendida ante la visión de aquel extraño.

—Una ofrenda para el dios —respondió uno de los hijos del fuego,

con una sonrisa mordaz—. Ha matado a varios de nuestros hombres, pero al final lo hemos capturado. A él y a otros dos más, cerca del templo.

—¿Están vivos?

—Sí, mi reina… Por el momento, lo están. Hemos pensado que al dios Dragón le agradaría un sacrificio humano como plegaria para pedir su protección.

Aquella respuesta arrancó de la sacerdotisa una sonrisa de satisfacción.

—Traed también a los otros dos —se acercó al prisionero para examinarlo. Lancel tenía la mirada perdida en el infinito.

—¿Quién eres? —preguntó la sacerdotisa, rodeando al cautivo. Lancel respondió con un gesto severo, indicando que no arrancarían de él una sola palabra.

—Atadlo a una de las columnas. Realizaremos aquí mismo el sacrificio.

Los que habían capturado al prisionero se encargaron de hacer cumplir la orden de su reina. Lancel fue amarrado a una de las columnas centrales, desde donde pudo contemplar el ejército que por un momento cesó su melodía de guerra para presenciar la ejecución.

La hija del dragón se acercó al que muy pronto sería la primera víctima del sacrificio y le susurró al oído.

—No te preocupes, no necesito tu respuesta. Cuando sientas que las llamas comienzan a consumir tu cuerpo, no hablarás… ¡Gritarás! Suplicarás que uno de mis hombres hunda en tu pecho su espada para que puedas dejar de sufrir. Pero no será así. Será un sacrifico lento. El dios Dragón recibirá con gusto tus lamentos, tu llanto… Y cuanto mayor sea tu dolor, mayor será el favor que mi ejército obtendrá en su camino.

—Preparad las tres hogueras —ordenó a uno de sus acólitos—. Podemos retrasar la partida de nuestras tropas por un tiempo más.

A continuación, *lady* Moira caminó hacia el borde de la escalinata para dirigirse a sus tropas.

—Antes de partir, haremos un sacrificio al dios Dragón para alcanzar su favor. Le ofreceremos la vida de tres prisioneros, tres víctimas que sean agradables a sus ojos, tres enemigos de nuestro pueblo.

Los hijos del fuego irrumpieron en voces de aprobación. Sus ojos deseaban ver cómo las llamas devoraban a sus adversarios. La sacerdotisa contempló el entusiasmo que habían generado sus palabras. «Un poco de sangre les abrirá el apetito». En espera de las otras dos víctimas, se dirigió de nuevo a ellos.

—Será el preludio de lo que les aguarda a los habitantes de Móstur, a los siervos de Athmer. El fuego de nuestro pueblo caerá sobre ellos y los convertirá en cenizas. Seremos testigos de un nuevo amanecer, el amanecer del reino del fuego. En ese amanecer coronaremos a nuestro nuevo rey. Ghorbar dejará de ser el Rey de las Montañas para convertirse en el Rey de las Tierras del Fuego. Nuestros enemigos suplicarán clemencia ante él. Pero… ¿vamos a dársela?

—¡No! ¡Muerte! —estallaron en gritos con las armas en alto.

—Majestad… —uno de los acólitos llamó a la sacerdotisa, que al darse la vuelta observó la llegada de los otros dos prisioneros.

—Atadlos a esas otras columnas —señaló las dos que se encontraban más próximas al prisionero.

Las tres columnas centrales mantenían a los cautivos frente a un ejército que clamaba el derramamiento de su sangre. Mientras los acólitos traían las ramas para efectuar el sacrificio, *lady* Moira se acercó a los recién llegados. Myler aún mantenía a su espalda el arco con que había abatido a varios rivales. La expresión de su rostro parecía negarse a mostrar sus sentimientos.

—Puedo oler tu miedo —le dijo la sacerdotisa.

—Lo que oléis es la peste de vuestro ejército —replicó el tercer prisionero—. ¿Cuántos años llevan sin ver un cubo de agua?

Lady Moira fijó sus ojos en el cautivo que osaba dirigirse a ella con semejante desprecio. Tenía algo en su mirada que le resultaba extrañamente familiar.

—Atado a una columna y a punto de morir —la sacerdotisa se dirigió hacia él—. ¿Y aún te quedan ganas de bromear? Al menos he logrado que hables. Tus amigos no se han atrevido a levantar la voz.

—Eso es porque no tienen nada que deciros —Drakkan miró fijamente a los ojos de la sacerdotisa. «No me ha reconocido».

—Y supongo que tú sí que tienes muchas cosas que contar, ¿verdad?

—Preferiría que las adivinarais vos misma. ¿No sois una bruja?

—¿Acaso crees —la respuesta del cazadragones pareció divertir a *lady* Moira— que tengo poderes para predecir el futuro?

—¿Sinceramente? Espero que no —la sonrisa de Drakkan era enigmática.

—No hace falta ser adivino para predecir tu futuro —la sacerdotisa daba vueltas alrededor de la columna que mantenía a Drakkan inmóvil—. Vas a morir en una hoguera, lentamente. Tu futuro es corto y lleno de sufrimiento.

—Si os sirve de consuelo, yo tampoco soy adivino —el cazadragones no se dejaría intimidar fácilmente— pero también

conozco vuestro futuro. ¿Cómo habéis dicho? Un futuro corto y lleno de sufrimiento…

—¿De verdad? —la bruja se echó a reír—. Tal vez tú también tengas un ejército por aquí cerca —*lady* Moira miró a uno de sus hombres—. ¿Dónde habéis encontrado a este bufón?

—Estaba saliendo del templo —respondió uno de sus captores.

—Así que eres un ladrón. ¿Tus amigos también lo son? Este sacrificio va a ser un poco decepcionante. No sé si a mi dios le agradará que le ofrezca a unos vulgares bandidos. Él se merece algo mejor.

—Si no somos del agrado de vuestro dios, tal vez podríais dejarnos marchar y buscar unas víctimas más dignas.

—Bandido y bufón… Tal vez debería dejar escapar a los otros dos y ofrecerte solo a ti.

—No me importaría. Me encuentro bien aquí. Hay una vista maravillosa: el mejor público que un bufón pudiera imaginar. Veo sus caras y pienso: no hace falta ser muy gracioso para arrancar unas carcajadas de esta manada de borregos. Sería como actuar frente a un público borracho.

—Es una suerte que no te estén escuchando. No me gustaría que te mataran antes de comenzar el sacrificio.

—Lo sé. Por eso mi despliegue de bromas está siendo solo para vos. Consideradlo una función privada. Para ellos el espectáculo puede esperar un poco más —Drakkan mostró la más encantadora de sus sonrisas.

—Sí… —la sacerdotisa estaba disfrutando— Serías un buen bufón para nuestro rey. Pero me temo que, en cuanto me descuidara, volverías a entrar al templo para robar. ¿Te has llevado algo de valor?

—Sois muy desconfiada, *lady* Moira. ¿Sacrificáis a todos los que se dirigen a vuestro templo? Ahora entiendo por qué vuestras creencias tienen tan pocos devotos.

—¿Pocos? Mira a tu alrededor.

Drakkan paseó su mirada por el ejército que tenía frente a él.

—Hombres del norte incapaces de doblegarse ante cualquier deidad y una multitud de hijos del fuego que lo único que necesitan es una excusa para matar. Si un día de estos conocieran a un sacerdote de Lorwurn que les incitara a matar a los norteños, vuestro ejército se vería felizmente reducido.

—Los hijos del fuego me sirven solo a mí y a lo que yo represento.

—De acuerdo. No voy a entrar en esa discusión. Pero he de deciros que no soy ningún ladrón.

—Entonces, ¿qué hacías en el templo?

—Presentar mi ofrenda ante el dios Dragón.

—Por supuesto —la sacerdotisa esbozó una nueva sonrisa—. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Seguro que le agradará mucho tu ofrenda.

—Más que la vuestra, sin duda alguna.

La sacerdotisa miraba a uno y otro lado, esperando que sus acólitos trajeran la leña para el sacrificio. La compañía de Drakkan era de lo más divertida, pero no debía posponer más la partida de sus soldados.

—*lady* Moira —Drakkan volvió a atraer la atención de la sacerdotisa—. No soy un ladrón. Soy un cazadragones.

La respuesta de Drakkan tornó la expresión de la bruja. Su rostro adquirió el color de sus atuendos.

—¿Qué has dicho?

—Lo que habéis oído. Al final vuestro sacrificio va a resultar más valioso de lo que pensabais. Sí, soy un cazadragones.

La sacerdotisa escrutó el rostro de Drakkan. Sus ojos, su mirada… No podía ser que aquel hombre fuera uno de ellos. Murieron tiempo atrás.

—Los cazadragones desaparecieron hace mucho tiempo.

—No todo lo que creemos desaparecido para siempre está realmente… desaparecido —Drakkan buscó con la mirada la bolsa que estaba junto a su espada y las armas de sus compañeros, tirada a los pies de una de las columnas.

—¿De verdad? —la sacerdotisa continuaba tratando de adivinar quién era en realidad aquel individuo burlón y engreído.

—¿Queréis una prueba de lo que os quiero decir? Echad un vistazo al interior de mi bolsa.

Uno de los hijos del fuego se adelantó y tomó la bolsa de lana. Metió la mano en su interior y desveló su contenido. La sacerdotisa quedó perpleja al descubrir el huevo del dragón.

—¿De dónde lo has sacado?

—¿Acaso eso tiene alguna importancia? Lo que quiero deciros es que, si los dragones no han desaparecido, ¿por qué iban a desaparecer los cazadragones? Y vos sabéis muy bien que no me refiero a cazadores de estas criaturas, sino a aquellos que un día decidieron acabar con el culto a vuestro dios. Mi padre fue uno de ellos.

«Sigue sin reconocerme».

—En ese caso, eres la mejor víctima que podría imaginar para el sacrificio —las palabras de la sacerdotisa eran como cuchillos afilados. Su sonrisa había desaparecido.

—No os imagináis lo valioso que he resultado ser para vuestro dios. Pero ¿de verdad no recordáis a mi padre? Llegasteis a conocerlo,

hace mucho tiempo.

Lady Moira estaba desconcertada. El huevo del dragón y las palabras de Drakkan habían desatado un mar de dudas en su interior. El cazadragones se estaba alimentando de esas dudas. Sus palabras continuaban desafiándola.

—Mi padre fue el cazadragones que más daño causó a vuestro culto.

La sacerdotisa dejó caer el huevo al suelo y fijó en Drakkan una mirada cargada de odio. Por un momento, el prisionero temió que su sacrificio fuera a realizarse en primer lugar, sin leña ni fuego.

—Sí, ahora lo recordáis —sonrió para sus adentros, regocijándose con la expresión de *lady* Moira—. Él fue quien mató a Maesha, vuestra madre.

La sacerdotisa contempló el arma de un guerrero que se encontraba cerca de los prisioneros. Su primer impulso fue tomar esa arma y degollar allí mismo a Drakkan. Dio un primer paso cuando vio a uno de los acólitos, con las ramas secas con las que prender las tres hogueras.

Mientras los discípulos de *lady* Moira hacían los últimos preparativos, la sacerdotisa susurró unas últimas palabras al cazadragones.

—El dios Dragón acogerá gustoso la ofrenda que estoy a punto de presentarle. Me encargaré de que las llamas consuman tu cuerpo en último lugar. Tendrás una muerte lenta y dolorosa.

—La vuestra será más rápida —sonrió Drakkan.

Frente a los prisioneros, el ejército de la sacerdotisa comenzó un nuevo estruendo de espadas y escudos que se prolongó durante el tiempo en que las tres hogueras quedaron preparadas, a falta de una llama que diera comienzo al sacrificio.

—¡Hijos del fuego… Pueblos del Norte! —la sacerdotisa alzó la voz y los brazos. Se hizo el silencio a su alrededor. Sus tropas enmudecieron, expectantes—. Todo está dispuesto para el sacrificio con el que daremos gloria al dios único y verdadero, dueño de estas tierras y, muy pronto, también de la comarca de Móstur. Que el dios Dragón nos sea propicio en la batalla y nos otorgue la victoria final frente a nuestros enemigos. ¡Arrodillaos y contemplad su poder!

Los hijos del fuego postraron sus rodillas sobre la árida tierra. Los norteños que se encontraban en las primeras filas dirigieron la mirada a su rey, que accedió a postrarse por primera vez ante el dios Dragón. Imitaron su gesto y se arrodillaron.

Lady Moira contempló con satisfacción a todo su ejército postrado para ser testigos de la inmolación de los enemigos de su dios. Asintió,

dando la orden a los acólitos que aguardaban con velas encendidas, preparados para prender las hogueras. El silencio era absoluto, casi aterrador.

Drakkan miró a uno y otro lado. Junto a él, sus compañeros tenían los ojos cerrados. Sus labios se movían, dando forma a silenciosas plegarias dirigidas a algún dios que para él resultaba todo un misterio. El cazadragones observó la llegada de los acólitos. Cerró los ojos y esperó.

Una cálida brisa hizo que los prisioneros volvieran en sí. Drakkan observó el rostro del acólito que, frente a él, contemplaba incrédulo la mecha de su vela, apagada por el aire. Otra corriente hizo que los estandartes comenzaran a ondear. El balanceo de las cabezas de dragón rompió el silencio creado tras las palabras de *lady* Moira. La melodía de centenares de estandartes inquietos, agitándose como si alguien soplara con fuerza sobre ellos, fue todo un misterio para cuantos alzaron la vista y contemplaron aquel repentino movimiento desatado en unas telas que, como si de las alas de un ave se tratara, parecían a punto de alzar el vuelo.

El ejército irrumpió en murmullos. Los hombres se miraban unos a otros, buscando una explicación a lo que estaba sucediendo. Algunos se pusieron en pie y acariciaron su espada; otros miraron a Drakkan como si el cazadragones hubiera desatado algún conjuro. La sacerdotisa se giró, nerviosa.

La calma regresó a la llanura. Los estandartes volvieron a quedar inmóviles y el aire enmudeció de nuevo. Los hombres, confusos, volvieron a arrodillarse mientras los acólitos se dirigían a las lámparas para poder encender sus velas.

La siguiente corriente fue aún más fuerte y voraz que las anteriores. No fue una brisa, sino un verdadero azote del viento. Su latigazo apagó el fuego de las lámparas y levantó una humareda de polvo que envolvió la llanura como si algo hubiera explotado en su mismo centro. Los rumores de los soldados se transformaron en voces, gritos que señalaban a Drakkan como el artífice de aquel viento traicionero. Unos pedían su liberación inmediata; otros, su cabeza. Puestos en pie, los guerreros tomaron sus armas, mirando en todas las direcciones, buscando al enemigo invisible que se cernía sobre ellos.

—¡Vigilad a los prisioneros!

La mirada de *lady* Moira buscó a Drakkan entre el humo de polvo que, arrastrado desde el norte, se había transformado en una auténtica niebla que ocultaba todo a su paso. La sacerdotisa escuchaba el caos que tenía lugar a su alrededor: Hombres que tosían y gritaban, pisadas que buscaban alejarse de la nube que los mantenía a todos

prisioneros… La sacerdotisa vio finalmente a Drakkan, que continuaba amarrado a su columna. Se acercó hasta él para asegurarse de que no había logrado soltarse las manos.

—Todo está a punto para el sacrificio, *lady* Moira —la mirada de Drakkan fue como la llama a punto de prender una gran hoguera— pero me temo que os habéis equivocado en el número de víctimas: Vuestro dios hoy se ha despertado con hambre.

CAPÍTULO 26

MÓSTUR

El «refugio» era una construcción levantada en la rivera oeste del río Éresot, cuyas apacibles aguas, en su tránsito por los terrenos extramuros propiedad de la Orden Helvatia, contribuían a la calma que reinaba en el paraje custodiado por los clérigos de Athmer. Desde allí podía contemplarse, en la orilla opuesta, el trazado de la muralla que rodeaba la ciudad en su lado Sur, donde asomaban de forma majestuosa las torres que coronaban la fortaleza real, alturas que permanecían permanentemente ocupadas por los guardias encargados de su vigilancia.

Lejos de la imponente muestra de grandeza que se observaba al otro lado del río, el refugio se veía como una sobria edificación de piedra; extensa, pero pobre en cuanto a sus materiales y ornamentación, muy acorde con el fin que tenía: atender a los más necesitados, a aquellos para quienes los helvatios resultaban ser su última esperanza o, como sucedía en muchas ocasiones, sus guías en el tránsito al reino de los muertos.

En aquel hogar de pobres y desdichados eran acogidos toda clase de hombres, mujeres y niños, sin distinción de raza o procedencia. Casi todos los que allí recibían los cuidados de los denlores compartían algo en común: un pasado, o tal vez una vida entera, caracterizados por el sufrimiento. El dolor era la palabra que mejor definía a un lugar habitado por miserables, desvalidos, huérfanos… gente que lo había perdido todo, excepto el recuerdo de sus desgracias. En el interior de aquellas personas abatidas la esperanza no parecía tener cabida. Al menos esa era la sensación inicial que tenían los siervos de Athmer al acoger a cada uno de los pobres olvidados. Con el paso del tiempo y, sobre todo, gracias al afecto y los cuidados que recibían por parte de los miembros de la Orden, muchos lograban recuperar las ganas de sonreír, de vivir. Incluso había

quienes, una vez restablecida su salud, decidían seguir el ejemplo de los que habían salvado sus vidas. Muchos de los denlores encargados de la atención a los necesitados habían pasado por una calamitosa situación muy parecida a la de aquellos cuyas vidas allí parecían recobrar un sentido arrebatado por la crueldad del hombre.

En el interior del refugio, en una de las numerosas habitaciones que albergaba a enfermos y desvalidos, Darreth se recuperaba de las heridas que señalaban su cuerpo. Junto a él, Zen Varion aguardaba en silencio, pensativo, el despertar de su joven discípulo, para poder comprobar su estado. Sentado en el camastro, el maestro mantenía la mirada perdida, ajeno a todo cuanto sucedía a su alrededor, con su pensamiento sacudido por los sucesos producidos la noche anterior, no muy lejos de allí.

Todos muertos: Zerosth, Lorberd, Nathyos… Zen Varion no hacía más que repetir en su interior las palabras del Gran Maestro, recordando a las víctimas de la masacre perpetrada en el templo de Athmer. De manera especial, resonó en su aturdida mente el nombre de Thariba, el dios nybnio. Therios le había contado todo cuanto Darr había visto y escuchado durante el ataque a los helvatios. El asesinato de los zenlores y denlores reforzaba la hipótesis de quienes afirmaban que los nybnios de Móstur, bajo la influencia de los Hortten, estaban a punto de revelarse, de traicionar a su ciudad y unirse a quienes pretendían alzarse con un poder ahora dividido y debilitado.

—¡No! ¡Basta, dejadnos en paz!

Zen Varion miró a su alrededor. La estancia estaba repleta de sombras escondidas de los rayos de luz que se colaban por unas ventanas desvencijadas, maderas que a duras penas contenían el aire que se colaba por algunas de sus rendijas. Se repartían por la habitación varias camas, perfectamente alineadas, junto a unas modestas mesitas repletas de vendas y ropajes de los enfermos a los que habían sido retirados. El suelo estaba formado por tablones ásperos y agrietados que crujían con el paso de los enfermos.

Las habitaciones comunes del refugio eran lugares sencillos y acogedores para todos aquellos cuyo estado no revestía una gravedad especial.

—¡No! —se volvió a escuchar.

El maestro distinguió perfectamente aquella voz infantil que parecía suplicar por el fin de un sufrimiento inexistente. Era un niño que, tendido en una cama situada junto a la puerta de la habitación, luchaba por vencer la pesadilla que lo atormentaba.

—¡Eliath! —lo llamó el helvatio, en voz baja— ¿te encuentras bien?

El niño, ya con los ojos abiertos, se incorporó para ver quién le hablaba.

—¿Te encuentras bien? —repitió el maestro, dirigiéndose hacia él.

El chico asintió con la cabeza, aún tembloroso, por el vivo recuerdo de aquel último sueño.

Zen Varion se sentó a su lado y le pasó la mano por la frente. «Otra vez esas visiones», pensó.

—Tienes fiebre… ¿Cuánto tiempo llevas enfermo?

—Dos… tres días, creo. Pero lo peor no es la fiebre… Son las pesadillas… No me dejan dormir… —el niño sollozaba, haciendo un esfuerzo por no romper a llorar.

—Tranquilízate… y procura descansar, ¿de acuerdo?

—¿Cuándo has venido? ¿Dónde has estado todo este tiempo?

—Vine ayer…

—¿Quién es el chico que está en esa cama? ¿Ha venido contigo?

—Sí. Se llama Darreth, y ayer fue nombrado denlor.

—¿Ayer? Ayer pasó algo terrible.

—Lo sé…

—Vinieron varios guardias. Gritaban, pidiendo ayuda. Trajeron a Darreth y a otros muchos clérigos. Estaban muertos. Vi cómo los enterraban en el cementerio. También vino el Presthe. Habló con los denlores y se fue.

—¿Escuchaste algo de lo que decían?

—Muy poco. Algo sobre el Consejo y el Gran Maestro, pero no sé de qué hablaban exactamente. Curaron a Darreth y el Presthe esperó a que se despertara para hablar con él. Yo estaba en la cama, haciéndome el dormido. Intenté escuchar lo que decían, pero hablaban demasiado bajo.

—¿Había alguien más con ellos?

—No. Bueno, sí. Llegó Therios. Yo me di la vuelta, no quería que me viera. No me cae bien. Es tan… Bueno, tú ya sabes lo que pienso de él. No pude escuchar lo que decían y al final me quedé dormido.

—De acuerdo. Ahora, intenta volver a dormir, ¿vale?

El niño asintió y, al ver que Zen Varion se disponía a regresar junto a Darreth, le sujetó de la túnica durante unos segundos.

—Zen… Me alegro de que estés aquí, —el chico clavó sus grandes ojos en el maestro—. ¿Vas a quedarte mucho tiempo?

—No lo sé —sonrió el helvatio—. Ahora duerme.

Eliath cerró los ojos y se giró hacia un lado, mientras el maestro le dirigía una última mirada antes de ponerse en pie. Muy pronto, la expresión del niño se tornó en despreocupada, serena, tal y como el zenlor la recordaba desde la última vez que lo hubiera visto, antes de

abandonar la ciudad para ir en busca de Darreth.

El helvatio conocía bastante bien a Eliath. Había sido él mismo el encargado de llevarlo allí, cinco años atrás, al encontrarlo en el interior de una caravana atacada por un grupo de bandidos. Los padres del niño, comerciantes que cubrían a diario la misma senda, no habían tenido la misma suerte de ser rescatados con vida.

El número de huérfanos acogidos en el refugio había disminuido considerablemente en los últimos meses. Debido a uno de los edictos decretados por el Consejo, muchos de ellos habían tenido que abandonar aquel hogar por ser mayores de catorce años; una edad que varios miembros del Consejo debían de considerar más que suficiente como para poder afrontar la vida en el exterior, fuera de los muros que los habían estado protegiendo. Eran enviados a trabajar como aprendices en algunos de los gremios, o como granjeros, a cambio de comida y alojamiento.

Eliath tenía trece años. Muy pronto debería seguir el camino de sus compañeros. Aquella idea horrorizaba a Zen Varion, para quien el pequeño había sido casi como un hijo. Por fortuna, la influencia del zenlor entre campesinos, nobles y caballeros garantizaría al niño un hogar en el que poder seguir creciendo hasta que, llegado el momento, él mismo pudiera elegir el rumbo que habría de tomar su vida. «Serías un extraordinario denlor», le había manifestado en alguna ocasión uno de los miembros de la orden que cuidaban de él. Sin embargo, el niño tenía claro lo que quería ser: caballero, «como Yar Wistler».

Además de la expulsión de los huérfanos mayores de catorce años, el Consejo había tomado algunas otras medidas que no habían sentado nada bien, sobre todo entre los clérigos y caballeros helvatios más distantes al Gran Maestro en cuanto a su estricta aplicación de «la justicia de los dioses». Los castigos por desobediencia al Código de la Orden habían aumentado en proporción casi similar al número de ajusticiados cuyos cadáveres terminaban arrojados por alguna de las murallas. Para muchos, la ideología que Therios trataba de imponer estaba derivando en un fanatismo que, lejos de provocar la devoción por Athmer, estaba sembrando el miedo al castigo divino.

El Gran Maestro parecía haberse hecho fuerte en el Consejo, consiguiendo el apoyo de la mayor parte de sus miembros en casi todas las decisiones que, de forma implacable, advertían a los mostures de que sus vidas deberían quedar sometidas a una voluntad superior, tal y como había sucedido antaño con sus antepasados.

—Maestro… —Darreth había vuelto en sí y sus ojos, aún adormecidos tras su largo descanso, buscaban a Zen Varion en medio de la penumbra.

—¿Te encuentras bien? —el clérigo se apresuró a comprobar el estado del joven.

—Sí… O al menos, eso creo.

—Dime, Darreth, ¿qué sucedió en el templo de Athmer?

Durante unos segundos, el chico se quedó en silencio, recordando las atrocidades cometidas por los atacantes.

—No sé cómo pudo ocurrir, ni quiénes eran aquellos hombres. Nos atacaron desde la oscuridad, vestidos de negro y escondidos detrás de las columnas. Era imposible evitar su ataque. El primero en caer fue el denlor que estaba leyendo los Textos Sagrados. A continuación, los zenlores más cercanos a la puerta del templo. Mientras corría para ponerme a salvo veía cómo nuestros hermanos eran asesinados, derribados por las flechas de los nybnios… rematados por sus espadas… Fue horrible, maestro. Cuando me atraparon pensé que me esperaba una muerte aún peor que la de los demás. Creí que me torturarían, que me harían sufrir hasta morir.

—Entonces, ¿fueron los nybnios?

—Me ataron y, sobre el altar, se dispusieron a sacrificarme a Thariba. Y lo habrían hecho si los guardias hubieran tardado más tiempo en venir.

—¿Escaparon todos?

—Creo que sí. Vi cómo huían del templo. Pasó un tiempo antes de que llegaran los guardias. Desde el altar pude observar el silencio de la muerte. Los nybnios habían apagado todos los sollozos de quienes suplicaban por su vida. Pasaron a espada a todos los que aún se movían. Sangre, no había más que sangre por todas partes…

—¿Cuántos eran?

—No lo sé. Sus túnicas los ocultaban a los ojos de los nuestros. Pude distinguir a cinco, tal vez seis. Pero estoy convencido de que eran bastantes más. ¿Por qué, maestro? —los ojos de Darreth se inundaron y su voz se tornó trémula—. ¿Por qué los nybnios han decidido atacarnos? ¿Qué les hemos hecho?

—Está bien, Darr —Zen Varion pasó la mano por la cabeza del chico—. Deja de torturarte con esos malditos recuerdos. Es posible que ya se hayan elegido a los caballeros destinados a buscar las respuestas que necesitamos. Estoy seguro de que muy pronto darán con ellos, y serán quemados en la Plaza del Poder, ante todo el pueblo…

—¿Crees que los nybnios se han aliado con Leryon para invadir nuestra ciudad?

Zen Varion se quedó mudo. Si alguien sabía algo de esa posibilidad, ese debía de ser Therios. O tal vez los nybnios que habitaban en la ciudad. Morgosh, o mejor dicho, Gorich. Las palabras

del anciano habían profetizado una desgracia, cumplida de forma inexorable tan solo unas horas después de haber salido de sus labios.

—Y Morgosh…

—Estoy convencido de que, si los nybnios han previsto atacar la ciudad, Morgosh no ha llegado a saberlo. No… Él es inocente. Me hubiera advertido del peligro que corríamos. Sin embargo, las palabras de su padre, ese Gorich…

—Había algo extraño en su forma de hablar, como si realmente supiera que algo así iba a suceder.

La puerta de la habitación se abrió, dando paso a uno de los denlores que cuidaban de los enfermos.

—¡Zen Varion! —se detuvo en el umbral de la entrada, tratando de recuperar el aliento—. Tenéis visita.

—¿Quién es?

—No lo sé. Por su aspecto, debe de ser uno de esos caballeros que sirven a los nobles, aunque no porta ningún emblema que lo identifique. Me ha dicho que os espera abajo, junto al río.

—De acuerdo. En ese caso, iré en su busca. ¿Vienes, Darr?

—Den Darreth debería descansar —respondió el recién llegado—. Aún se encuentra demasiado débil, sus heridas necesitan un poco de tiempo; un día más, al menos.

—Bien. En ese caso, iré solo.

—¿Queréis que envíe a alguien para que os acompañe?

—No os preocupéis. No es necesario.

Zen Varion se incorporó, dispuesto a abandonar la habitación. Al pasar junto a la cama de Eliath, reparó en que el chico había cerrado los ojos nada más descubrir su presencia cercana. Sin duda, estaba enterado de todo cuanto se había dicho en la habitación.

El clérigo recorrió los pasillos y escaleras que le separaban de la salida, convencido de que el niño no tardaría en seguir sus pasos para averiguar algo más sobre todos los confusos sucesos que estaban teniendo lugar.

Desde la entrada al refugio el helvatio pudo contemplar, a lo lejos, la figura del visitante que requería su presencia, montado sobre un espléndido caballo. Llevado por una curiosidad creciente, aumentó el ritmo de sus pasos.

Sobre su montura, inmóvil, se erguía la imagen del caballero. Ataviado con una cota de malla que se adivinaba bajo sus vestiduras, resultaba imposible asociarle con cualquier orden o casa noble. Su capa escarlata, carente de cualquier blasón o símbolo le conferían un aspecto aún más misterioso. Mantenía el rostro cubierto por la visera de su casco y no parecía que llevara arma alguna, apreciación que

extrañó sobremanera a Zen Varion. El helvatio observó con atención la atípica apariencia de caballero mostrada por el hombre que tenía ante sus ojos.

—¿Quién sois? —preguntó Zen Varion, cuando aún se encontraba unos metros distante.

—Escuchadme un momento, zen.

—De acuerdo, pero… ¿Quién sois? —repitió el clérigo, en un tono más severo.

—Vengo en nombre de Morgosh. Me ha dicho que os espera en la Plaza del Poder, junto a la calle del mercado. Es urgente.

—En ese caso, llevadme a él.

—Será mejor que vayáis solo, zen. Al menos, eso me ha dicho Morgosh. Os pide la máxima cautela posible. El interior de la ciudad está repleto de guardias que lo vigilan todo. Incluso las cercanías de nuestro barrio empiezan a tener mayor presencia de soldados. Id solo, pero rápido. El tiempo apremia.

—En ese caso —Zen Varion no dudó— iré ahora mismo a verlo. Mientras tanto, será mejor que abandonéis este lugar: no es el más adecuado para un caballero, y menos aún si se trata de un nybnio.

—Lo sé. Y por lo que he escuchado, tal vez este sea el peor momento para dejarme ver por aquí. Así que, ahora que os he transmitido los deseos de mi señor, es hora de que yo también me retire. Adios, Zen Varion.

El caballero desapareció en cuestión de segundos, dejando a Zen Varion tan solo como confuso. Convencido de que Morgosh tendría alguna respuesta a lo sucedido en el templo de Athmer, el clérigo no demoró su camino y, con premura, se dirigió al interior de la ciudad para encontrarse con su viejo amigo.

CAPÍTULO 27

EL TEMPLO DEL DRAGÓN

Los sótanos del templo se adentraban en las profundidades subterráneas hasta alcanzar las entrañas bajo las montañas. Sus túneles y pasadizos parecían haber sido construidos por gigantes. Daban forma a abovedadas galerías cuyo techo se perdía en la altura y la oscuridad. Unos decían que antaño habían constituido mazmorras donde los cautivos no eran precisamente humanos. Otros afirmaban que aquellos conductos y salones subterráneos integraban el verdadero templo construido en honor al dios Dragón, con el deseo de que un día pudiera habitar allí.

Lady Moira empleaba los salones como secretas cámaras en las que escondía las riquezas previamente presentadas en el templo como ofrendas. La más amplia de aquellas estancias ocultas albergaba un auténtico tesoro. La sacerdotisa había ordenado que únicamente fuera llevado allí todo aquello que estuviera fabricado en oro. De ese modo, había acumulado allí monedas, copas, cadenas y joyas que a la luz de las lámparas despedían un brillo capaz de iluminar toda la estancia. Era el fruto de años de ofrendas y saqueos llevados a cabo por los hijos del fuego, las riquezas que forjarían un ejército al servicio del dios Dragón. Con aquellas montañas de oro *lady* Moira podría comprar, no solo hombres, sino pueblos enteros.

A la caída del anochecer, cuando las estancias del templo quedaban vacías y solitarias, la sacerdotisa acostumbraba a vagar por los alrededores. En algunas de esas ocasiones sus pasos la llevaban hasta la Cámara del Poder, como ella denominaba a la sala del tesoro. Sus ojos se perdían en unas riquezas que crecían día a día, amontonándose al fondo de la estancia, tan amplia y prominente que resultaría imposible llenarla. Serían necesarios millares de años de sacrificios para dar forma a una montaña de oro que pudiera acariciar la bóveda del techo.

Aparte de la sacerdotisa, solo había una persona autorizada a adentrarse en la Cámara del Poder. Othor gozaba de ese privilegio que al mismo tiempo también constituía una de sus labores como acólito destacado entre todos los demás. *Lady* Moira le había nombrado guardián del tesoro del templo, una responsabilidad que le había obligado a tomar difíciles decisiones. El oro del Dragón se había cobrado varias víctimas, discípulos que, llevados por la avaricia o, simplemente por la curiosidad, se habían acercado demasiado al oro del dios. Como castigo, habían sido entregados en sacrificio, quemados frente al templo.

Como guardián del tesoro, Othor se encargaba de trasladar el oro de las ofrendas del templo a la cámara, una labor que desempeñaba a la caída de la oscuridad. Se acercaba a la imagen del dragón y separaba los obsequios que habían sido puestos a sus pies. En ocasiones, resultaba un cometido que le llevaba toda la noche. Había hijos del fuego que se mostraban muy generosos en sus tributos. Othor los veía postrarse ante la imagen y se preguntaba qué estarían pidiendo al dios Dragón. A juzgar por la cantidad de presentes que arrastraban hasta él, debía de ser un favor casi imposible.

El guardián del tesoro no había acudido a la ceremonia de envío de los ejércitos. Para él sería un día especialmente ajetreado. Los hijos del fuego acudirían al templo antes de partir al sur; realizarían sus últimas ofrendas para pedir la protección del Dragón en la batalla a la que se encaminaban. El templo se llenaría de riquezas que deberían ser recogidas y guardadas en las cámaras subterráneas según su naturaleza. Las vasijas de cerámica y el hierro, la plata y las piedras preciosas… y el oro. El acólito tenía el permiso de la sacerdotisa para contar con dos o tres ayudantes que lo acompañaran a los sótanos, pero Othor era demasiado desconfiado. Prefería encargarse él mismo, y aunque aquello le supusiera horas y horas, no le importaba dedicar todo su tiempo pues, al fin y al cabo, había jurado dedicar su vida al dios Dragón. Si tenía que hacerlo de ese modo, entregándose por completo a la labor que le había encomendado la sacerdotisa, con gusto pasaría el resto de sus días habitando los sótanos del templo.

De entre todos los túneles había uno que permanecía siempre iluminado. Lámparas de aceite, cirios y antorchas encendidas dejaban al descubierto llamas de diferentes tamaños y colores que, repartidas por la galería principal, permitían la visión de las columnas talladas en las paredes. Los fragmentos de minerales dispersos entre la piedra de las bóvedas destellaban como estrellas que brillaran de forma perpetua en un cielo eternamente oscuro.

Othor hacía el mismo recorrido todos los días. Sus ojos se perdían

en la inmensidad de la galería mientras sus dedos jugueteaban con las llaves de las cámaras, que tintineaban a su paso. Era un dulce sonido que el eco repartía a lo largo y ancho de un pasillo central del que partían otros túneles más estrechos. También había portones de madera que, levantados a ambos lados, conducían a otras estancias: almacenes de provisiones y utensilios o salas vacías llenas de suciedad acumulada por el paso del tiempo y el abandono al que habían sido sometidas.

El guardián había estado ordenando las riquezas acumuladas en algunas de las cámaras, dejando espacio para poder trasladar la gran cantidad de bienes que serían presentados ante el dios Dragón. Deseaba que los ejércitos de la sacerdotisa partieran lo antes posible para que los alrededores del templo quedaran sumidos en la calma habitual. La labor que desempeñaba en los sótanos del templo había hecho de él un hombre solitario que huía de las aglomeraciones y de las ceremonias repletas de devotos. Su vida se reducía al agujero oscuro en el que pasaba la mayor parte de su tiempo, moviendo riquezas, contando monedas. De algún modo, sentía como suyo el tesoro del dios. Su vida estaba ligada a él. Podría pasarse la noche entera vagando por la Cámara del Poder, contemplando su esplendor.

Othor regresaba al templo. Sus sandalias mudas recorrían la galería con un sigilo roto únicamente por el tintineo de las llaves que, inquietas, se agitaban en el interior de su túnica. Estaba impaciente por ver las puertas del templo cerradas desde dentro y así poder recoger la ofrenda.

Un sonido desconocido rompió el campanilleo que sonaba al compás de sus pisadas. Se detuvo, extrañado. El sonido procedía del interior del templo, cuya puerta veía frente a él. Parecía el alarido de algún animal agonizante. «Alguno de esos estúpidos ha ofrecido al dios Dragón un animal moribundo», pensó mientras retomaba la marcha. No sería la primera vez que sucedía.

Alcanzó el templo por una puerta lateral. No había nadie en su interior, pero el sonido procedía de allí. Junto a la imagen del Dragón tallada en la pared había varios montones de ofrendas, oro y plata desparramados por el suelo o dando forma a pequeñas montañas que los brillantes ojos de la deidad custodiaban con la roja mirada de sus tres cabezas.

Othor caminó hacia uno de los montones, guiado por los pequeños rugidos que se escuchaban de una forma más clara. Junto a una de las esquinas, varias monedas se movieron; había algo que intentaba asomar a la superficie. Cuando el acólito se situó frente a la pequeña criatura recién salida del huevo, sus manos comenzaron a temblar. La

visión del pequeño dragón entre las cáscaras le dejó perplejo, incapaz de reaccionar. La cría bramaba con chillidos agudos y elevados. El guardián la tomó entre sus manos, pensando qué debería hacer. Miró la imagen de su dios, y sintió un repentino temor recorriendo su cuerpo. La deidad había decidido darse a conocer, irrumpir en el mundo de los hombres para llevar a cabo la nueva propagación de su culto. Sería él mismo el encargado de derramar su ira y fuego sobre aquellos que se negaran a someterse a su poder. Othor sintió que había sido elegido portador del mensaje que daría comienzo a una nueva era. Sus ensoñaciones se ahogaron con un estruendo provocado en el interior de los sótanos del templo.

Un estrépito similar al de una explosión acalló los pequeños rugidos del dragón y encontró un atroz eco que estuvo resonando durante unos segundos. Othor dejó la cría en el suelo. Asustado y tembloroso se preguntó si debía regresar a los sótanos. La cría del dragón volvió a alzar sus bramidos. El guardián estaba aturdido. «Quieren robar el tesoro», decía una voz en su interior. Fue un pensamiento que le impulsó a moverse, a correr hacia la puerta de acceso a las galerías subterráneas. Estaba a punto de cruzar el umbral cuando escuchó algo bajo sus pies.

El suelo retumbó con cada golpe procedente de los sótanos. Eran pisadas, gigantescos pasos acercándose. Othor abrió la puerta lo suficiente como para mirar al otro lado. Lo que encontró le llenó de espanto, un miedo que petrificó su cuerpo y su mente.

En la galería principal, bajo las estrellas de minerales que cubrían las oscuras bóvedas, la imagen del dragón, acercándose, era un espectáculo tan impresionante como estremecedor. Su cola se agitaba violentamente, resquebrajando la piedra allí donde descargaba uno de sus poderosos latigazos. Sus ojos despedían más destellos que cualquier luz de las que iluminaban la galería. Tenía las alas plegadas y el cuerpo inclinado hacia adelante en un avance cada vez más rápido, mediante unas garras que se amarraban al suelo con cada paso. Su boca dejó escapar un primer bramido que amenazó con hundir las columnas del templo. El acólito sintió el aliento que llegaba hasta él como una ráfaga de viento con un fétido olor a muerte.

Con la mirada fuera de sí, Othor echó a correr. Los pliegues de su túnica eran como cadenas que, amarradas a sus piernas, frenaban su avance. No miró hacia atrás. Gritó y corrió por el interminable pasillo central abierto entre las columnas del templo. A sus espaldas, la puerta de acceso a las galerías interiores estalló en pedazos. El dragón se abrió paso, dejando atrás un agujero abierto en la roca y los escombros de madera que se desparramaron en todas las direcciones.

Su cola golpeó varias columnas, que salieron arrastradas por el suelo, convertidas en fragmentos de piedra rojiza. La criatura no se detuvo al pasar cerca de su cría. Tenía su mirada fija en el acólito, que intentaba alcanzar la salida del templo.

Othor salió a la luz. Su mirada enloquecida encontró a cuantos, a lo lejos, comenzaron a sentir el mismo pánico que había sacudido al guardián del tesoro. El templo del Dragón estaba a punto de hacer honor a su nombre, ya fuera un dios o una criatura de carne y hueso quien decidiera hacer de aquella construcción su hogar.

El dragón dio sus primeros pasos fuera del templo. Sus pisadas levantaban un polvo que terminó alcanzando al acólito. Fue en ese momento cuando Othor se dio cuenta de que ni siquiera tendría tiempo para llegar hasta la sacerdotisa. La cólera del dios se cernía sobre todos ellos. *Lady* Moira y cuantos se encontraban junto a ella, en lo más alto de la escalinata, fueron testigos del último esfuerzo de Othor por escapar a las fauces de la terrible criatura que había emergido del santuario.

El grito del acólito fue acallado de forma repentina. El poderoso bramido del dragón precedió a un río de fuego que, como la lengua de una serpiente, se abalanzó sobre Othor, convirtiendo su cuerpo y ropaje en cenizas imperceptibles. La criatura se detuvo y miró a uno y otro lado. Para entonces, los ejércitos de *lady* Moira ya habían roto sus filas y el caos era absoluto. Los gritos de los hombres y los relinchos de los caballos en sus intentos de estampida fueron para el dragón como la llamada a un festín al que no había sido convidado él solo.

Lady Moira observó con pavor los otros tres dragones que, apareciendo por el norte, se unían en sus bramidos al verdugo de Othor. Amarrado a su columna y de espaldas a los dragones, Drakkan miraba a la sacerdotisa, disfrutando con la visión de su rostro demacrado y pálido. «Es hora de que os encomendéis a otros dioses. El vuestro os ha abandonado», sonrió al pensar en el irónico final que tendría *lady* Moira, aplastada por su querido dios.

La sacerdotisa aún tenía un atisbo de fe que le impidió salir corriendo, tal y como hicieron sus hijos del fuego y los norteños. Se quedó inmóvil en el borde de la escalinata.

—¡*lady* Moira! ¡Mi reina! —Ghorbar gritaba desde abajo, a lomos de un caballo—. Venid conmigo… ¡Rápido!

La sacerdotisa le miró una última vez. Las lágrimas de sus ojos no le impedían ver al dragón que, con pasos firmes, aunque lentos, se acercaba mientras los otros giraban en círculos sobre la masa de hombres y caballos. Ghorbar comprendió que resultaría inútil seguir llamándola. «No va a huir de su dios», se dijo antes de espolear a su

caballo y abandonar su puesto, en dirección a las ruinas de Los Dragones.

Los ojos de la criatura escrutaban lo que encontraban a su alrededor. Con cautelosos pasos fue acercándose a los únicos que no habían salido huyendo en su presencia. *Lady* Moira caminó decidida hacia él.

«Él es mi dios, y yo soy su hija».

Los prisioneros solo podían presentir la presencia del dragón, acercándose por detrás de las columnas. Finalmente, vieron aparecer a la imponente criatura que se detuvo ante la sacerdotisa y alargó su cuello para observarla más de cerca.

—¿A qué esperas? —Gritó Drakkan—. ¡Acaba con ella!

La bestia giró la cabeza en dirección al cazadragones y bramó, como si le ordenara callar. Sus ojos volvieron a concentrarse en la mujer que, frente a él, cambió su pálida expresión por una sonrisa malévola. *Lady* Moira sintió que sus plegarias habían sido escuchadas. El dios Dragón acudía en su ayuda, a través de aquellos enviados. Miró al cielo y contempló a los otros dragones que continuaban volando, lejos aún de sus ejércitos, ya dispersos por la llanura. Los hijos del fuego y los norteños buscaban refugio en las cercanías; unos, entre las colinas pedregosas y otros en dirección a las ruinas de la antigua ciudad.

—¡Acaba con ella! —insistió Drakkan, desesperado, al ver a la criatura que, frente a *lady* Moira, parecía una inofensiva estatua de piedra.

—Ahora vas a descubrir el poder de mi dios.

Lady Moira dio un paso más hacia el dragón, que mantenía la cabeza inclinada hacia ella. Los ojos de la criatura eran grandes, como los de la imagen del templo. Sus escamas parecían cambiar de color al contacto con la luz del sol, en tonos verdes y marrones cuyo brillo variaba con cada movimiento de su cuello. La sacerdotisa extendió el brazo derecho y su mano dibujó una caricia sobre el morro del dragón, que permaneció inmóvil. Esbozó una sonrisa. Crecida y ebria poder, lanzó sobre Drakkan una mirada llena de desprecio.

—Terminemos con el sacrificio —se apartó del dragón para poder observar a los tres prisioneros y alimentarse de su sufrimiento. Myler y Lancel la miraban con odio. Drakkan buscaba en el cielo una explicación a lo sucedido. Había realizado un largo viaje para llevar la maldición a las tierras de los hijos del fuego, y en vez de una muerte que se expandiera sobre los siervos del dragón les había entregado la más poderosa de las armas que podrían imaginar. El fracaso corroía sus entrañas. Había sacrificado su vida y la de los suyos… por nada.

Sus lágrimas fueron, para la sacerdotisa, la mejor ofrenda que pudiera imaginar. Miró al dragón y señaló a los prisioneros antes de dar la orden.

—¡Quémalos!

El dragón torció el cuello en dirección a Drakkan, dejando escapar un aliento hediondo. Tenía el olor de las profundidades cavernosas de Fuego de Dragón. El cazadragones sintió la mirada de la bestia sobre él.

Para desesperación de *lady* Moira no hubo ningún fuego, solo la mirada del dragón repartida entre ella, Drakkan y las criaturas que surcaban el cielo, silenciosas, vigilantes.

—¡Quémalos! —repitió *lady* Moira.

El dragón volvió a mirar al cielo.

—Me temo que esta criatura no se va a dejar dominar como el resto de vuestros fanáticos —Drakkan fijó los ojos en el dragón y sonrió, consciente del poco tiempo que le quedaba—. Está esperando una orden. Pero no la vuestra. Creo que no os va a considerar su hija…

—¡Cállate! —*lady* Moira no se dio por vencida e insistió. La bestia ni siquiera se molestó en mirarla. Como había adivinado el cazadragones, la orden que esperaba no la daría la sacerdotisa. El silencio de los dragones que sobrevolaban la llanura fue roto por ensordecedores bramidos que, al unísono, entonaron lo que parecía un grito de guerra.

Lady Moira palideció. Cuando la bestia a la que había intentado domeñar la miró una última vez, supo que había llegado su momento.

El dragón echó el cuello hacia atrás y se abalanzó sobre la sacerdotisa. Ambos movimientos transcurrieron en un abrir y cerrar de ojos. Las fauces de la criatura engulleron medio cuerpo de la mujer. Sus colmillos mordieron la carne haciendo brotar manantiales de sangre que, oscureciendo el color de la túnica, dejaron varios regueros en torno a la mitad del cuerpo desplomada en el suelo. Los huesos crujieron cuando el dragón masticó una, dos, tres veces. Después, la bestia tragó y se dispuso a devorar la otra mitad. Como si hubieran escuchado la orden de ataque, los dragones que surcaban el aire descendieron en vertiginosos vuelos en dirección a aquellos que intentaban escapar. Tras haber contemplado el ansiado final de la sacerdotisa, Drakkan fue consciente de que él y sus compañeros serían las siguientes víctimas. Nada más hacer desaparecer el cuerpo de *lady* Moira, la bestia clavó sus ojos en el cazadragones. Se separó hacia atrás y bramó con fuerza antes de coger aire. Drakkan agradeció que su final fuera a ser más rápido aún. «Gracias por haberme permitido

contemplar el fin de tu sierva», fue su último pensamiento, antes de que el fuego arrojado por el dragón se abalanzara sobre las columnas, haciendo desaparecer a los tres prisioneros.

La llanura se convirtió en una trampa sin salida para los que huían a pie. Los que escapaban sobre sus caballos tampoco se librarían de los bramidos, cada vez más cercanos. Las armas de unos y otros habían dejado de hablar; enmudecían cobardes en sus vainas. La canción de guerra entonada por espadas y escudos había cesado. Su eco se había apagado, dando paso a una melodía de colmillos, sangre y fuego.

El festín había comenzado.

CAPÍTULO 28

MÓSTUR

Desde el exterior de la ciudad podía contemplarse el continuo ir y venir de hombres armados que, al otro lado de la Puerta Sur, vigilaban el paso de quienes entraban o salían de Móstur.

Zen Varion saludó con un gesto a los guardias que custodiaban la entrada. Nada más cruzar el umbral, captó su atención la presencia de un nuevo contingente de soldados que iniciaba su despliegue en el primer cruce de las empedradas calles. Ascendiendo por una de ellas, la imponente visión del castillo quedaba empañada por la escena que tenía lugar en sus puertas. En grupos de cinco y diez, enarbolando estandartes con el blasón de Móstur y uniformados con el emblema de la ciudad, continuaban saliendo los guardias que deberían encargarse de controlar los accesos aledaños.

El helvatio también reparó en la preocupación que se respiraba a su alrededor. La expectación inicial de los ciudadanos estaba a punto de ser desbordada por la inquietud, tal vez por el miedo, al contemplar cómo el despliegue ordenado por los miembros del Consejo iba en aumento.

El clérigo echó a correr para llegar lo antes posible al lugar en el que Morgosh debía de estar esperándole. Dejó a un lado el templo de Zelsios y la Morada, sin prestar atención a los zenlores y denlores que caminaban en dirección al lugar sagrado. Su mirada estaba fija en la búsqueda del nybnio.

Al llegar a la Plaza del Poder detuvo por un instante sus pasos para localizar a Morgosh entre los numerosos grupos de ciudadanos, hombres y mujeres que caminaban desconfiados, de un lado a otro, buscando cualquier señal que pudiera informarles de lo que estaba sucediendo. Perdido en los inquietantes pensamientos que aquella escena le transmitía, apenas sintió una mano en su hombro que le hizo girarse hacia un lado. Bajo la capucha de una pálida capa que cubría

casi todo su cuerpo, el rostro de Morgosh era casi imposible de identificar. El nybnio perdía su mirada en los hombres uniformados que, en actitud vigilante, hacían guardia de un extremo a otro de la calle, como si estuvieran buscando a alguien.

—Veo que el caballero que te envié ha cumplido con el encargo —se decidió a hablar el nybnio.

—¿Qué sucede, Morgosh? ¿A qué viene todo esto? —el temor de Zen Varion parecía crecer en medio de aquella multitud. La Plaza del Poder se estaba convirtiendo en un hervidero de recuerdos, no muy lejanos, de la última vez en la que el Consejo había decidido sacar las tropas a las calles: el día de la ejecución del rey. Algunos estaban convencidos de que sería la reina la que, en esta ocasión, aparecería en medio de todos ellos, llevada al corazón de la plaza para ser decapitada. Había quienes así lo deseaban.

Morgosh se acercó aún más al helvatio y, aprovechando la confusión creada a su alrededor, lo llevó junto a uno de los cipreses que embellecían la plaza.

—En primer lugar —el nybnio dejó al descubierto su rostro y miró fijamente a Zen Varion— me gustaría decirte que lamento lo sucedido en el templo. Dicen que no se sabe quiénes fueron los asesinos. Algunos afirman que bandidos, otros que leryones… Demasiados rumores y nada de cierto en todos ellos, seguro.

—Entonces… ¿nadie sabe quiénes fueron? —Zen Varion se sorprendió al comprobar que la verdad sobre lo ocurrido en el templo no había sido revelada a los ciudadanos. Estuvo tentado de contarle a Morgosh todo cuanto había escuchado por boca de Darr, pero creyó que sería mejor permanecer callado y aguardar los acontecimientos que estaban por llegar.

—¿Tú… sabes algo más? —la mirada de Morgosh buscaba desesperadamente una respuesta en los ojos de su amigo. Mientras, el creciente temor del gentío empezaba a poner en peligro la paz que pudieran tratar de garantizar los soldados enviados por el Consejo.

—¿Saber? —ante la asustada expresión del comerciante, Zen Varion no tuvo más remedio que revelarle lo que pudiera afectar a los nybnios—. Por desgracia, sí que lo sé. Y por suerte, tú lo desconoces.

—¿Qué quieres decir con eso? —Morgosh estaba confuso.

—Me refiero a que, siempre he confiado en ti. Y estoy convencido de que, de haber sabido lo que sucedería en nuestro templo, nos habrías advertido.

—No lo entiendo, Zen Varion… ¿Por qué habría yo de saberlo?

—Porque… —el helvatio no pudo contener por más tiempo lo que para el resto de los ciudadanos era aún un misterio— Porque han sido

vuestros sacerdotes los que han llevado a cabo la matanza.

Morgosh palideció. Al escuchar la acusación y, casi al mismo tiempo, comprobar la reciente llegada de los mensajeros del Consejo, el comerciante se temió lo peor.

—Entonces, es posible que tenga que marcharme… —los ojos de Morgosh se perdían en la imagen de los enviados—… en apenas unos segundos. Si el Consejo cree que los nybnios hemos sido los responsables del ataque perpetrado contra los tuyos… Comenzarán a perseguirnos. Nos expulsarán de la ciudad o, lo que es aún peor: nos exterminarán.

—No te precipites en tus conclusiones, Morgosh. Los que habitáis aquí estáis tan integrados en la vida de la ciudad como la mayor parte de los ciudadanos extranjeros, ¿no es así? —ambos caminaron en dirección a los que, en nombre del Consejo, se disponían a hablar al pueblo.

—Sí. Al menos, así ha sido hasta ahora. Y no creo que nadie, en el interior de estos muros, pudiera haber provocado esta matanza.

—Sin embargo, hay muchos que no piensan así. Y, por desgracia, tal vez puedan encontrarse por aquí cerca. Sabes a quién me refiero, ¿verdad?

—¿Te refieres a Hortten?

—Supongo que los Hortten nunca han sido buenos aliados del Gran Maestro en el Consejo.

—En realidad, siempre han despreciado a Therios y a muchos de los suyos. Han reclamado un mayor peso de sus decisiones en el Consejo.

—¿Mayor peso? —rio Zen Varion—. Las decisiones de *lord* Galberth son casi siempre secundadas por la mayor parte de los otros miembros.

—Depende de los asuntos a tratar. En lo que se refiere a los asuntos del comercio, es cierto que *lord* Galberth Hortten tiene un gran peso. Pero no es precisamente el comercio lo que más preocupa a tu Gran Maestro. El comercio no debe de ser un asunto prioritario para vuestros dioses. Y el culto a Athmer no es algo que importe a *lord* Galberth si no interfiere en sus asuntos monetarios. Estoy convencido de que sabes a qué me refiero. Los acuerdos del Consejo siempre suelen beneficiar a los intereses de algunos de sus representados sin perjudicar a los de otros.

Zen Varion se dispuso a responder, pero la imagen de uno de los guardias, a punto de hablar ante todos los presentes, detuvo su réplica a las insinuaciones del nybnio.

Al tiempo que el enviado por el Consejo desenrollaba el

manuscrito que le había sido entregado directamente por el Gran Maestro, la presencia de la guardia en la Plaza del Poder se hizo aún más intensa. Arqueros apostados en lo alto de las arcadas del recinto, el capitán Genthis y otros hombres armados situados en otras posiciones estratégicas… Todos los que allí se encontraban supieron, antes de escuchar la voz del mensajero, que el acuerdo alcanzado por el Consejo pondría en peligro la falsa calma creada tras la muerte del rey.

El portador de las órdenes del Consejo esperó a que se hiciera el silencio. Era un hombre de aspecto endeble, barba nívea y mirada desconfiada. Con los ojos puestos en los movimientos efectuados por sus compañeros, se cercioró de la suficiente presencia de soldados, convenientemente repartidos por los alrededores. Había llegado la hora de revelar el veredicto del Consejo.

—«Todos vosotros habéis tenido noticias de los sucesos acaecidos en el templo de Athmer. El asesinato de numerosos clérigos de la Orden Helvatia, así como el de los aspirantes que se disponían a ser admitidos entre los denlores constituye uno de los acontecimientos más terribles que ha sacudido los cimientos de nuestra ciudad en los últimos años. Los responsables de estos crímenes sin nombre han sido identificados, y confiamos, por la justicia de los dioses, en que solo sea cuestión de tiempo el que cada uno de estos criminales sea traído ante este Consejo para escuchar la inmediata orden de su ejecución. No nos queda ninguna duda acerca de la procedencia de estos malhechores, delatados por sus vestiduras y sus palabras: los sacerdotes de Thariba…».

El mensajero tuvo que interrumpir su lectura debido al murmullo creado en la multitud nada más conocer a los responsables de la matanza que, señalados por el Consejo, se convertirían desde aquel mismo instante en objetivos de recompensa por su captura.

Zen Varion miró de reojo a Morgosh. La capucha del nybnio ocultaba su rostro, así como el temor a que el gentío allí congregado comenzara a exaltarse, hasta el extremo de llevar a cabo las primeras represalias contra los suyos.

El capitán Genthis estalló en gritos, ordenando que todos callaran. Los soldados situados en las arcadas tomaron sus arcos con ambas manos, incitando a la calma a quienes aún no parecían dispuestos a obedecer sus palabras. Aquel gesto dio lugar a un silencio apenas roto por mortecinos murmullos que finalmente se extinguieron.

—*«… Así pues, este Consejo ordenará de forma inmediata la partida de una compañía de soldados que se encargará de encontrar y traer a estos*

asesinos… o sus cadáveres si así fuera necesario, para hacer justicia al abominable crimen cometido entre nuestros hermanos. Así también, por decisión de la mayoría de los miembros de este Consejo, se ordena a todos los siervos de Thariba que habitan en nuestra ciudad que no pisen Móstur más allá de las fronteras del barrio en el que viven. Todo aquel que se niegue a cumplir esta orden y sea visto fuera del recinto que un día le fue otorgado será encarcelado de inmediato. La guardia del Consejo no garantizará la seguridad de aquellos siervos de Thariba que se encuentren fuera de sus fronteras. Por tanto, la protección que la guardia de Móstur otorgaba a todos los ciudadanos nybnios queda parcialmente suspendida hasta que el trágico suceso que ha motivado este veredicto sea convenientemente esclarecido.

Es también voluntad del Consejo evitar posibles represalias hacia los extranjeros por parte de cualquier otro ciudadano. Por ello, cualquier agresión a un siervo de Thariba será juzgada y castigada de manera inmediata por este Consejo. Que así sea, en el nombre de Athmer».

El mensajero dio paso a Genthis y sus hombres. Los miembros de la guardia de la ciudad indujeron a la muchedumbre a dispersarse. Riadas de hombres y mujeres recorrieron las calles como las encrespadas olas de un mar embravecido.

El veredicto del consejo llegó a todos los rincones de la ciudad, a través de pergaminos repartidos entre los soldados, destinados a que el contenido de la sentencia se propagara por Móstur y sus alrededores. De este modo, todo nybnio debería tener conocimiento de la decisión del Consejo, y actuar en consecuencia.

«Esto nos va a traer problemas». Genthis acariciaba su grisácea barba con una mirada de preocupación asomada a su rostro. Los nybnios que habitaban intramuros nunca habían supuesto un problema. Desde aquel momento, se convertirían en una preocupación más para el capitán y sus hombres, encargados de vigilar las nuevas fronteras que el Consejo había delimitado con su dictamen.

La Puerta del Mercader era la única que comunicaba el barrio nybnio con el exterior de Móstur. Por ella entraban y salían diariamente comerciantes y artesanos, granjeros, agricultores, vendedores ambulantes con sus carromatos… y cualquier ciudadano que quisiera tratar con los expertos en el arte de la compraventa de cualquier clase de mercancía que se pudiera imaginar. Uno de los principales mercados de la ciudad se ubicaba en los alrededores de la Puerta, donde los tenderetes se alternaban con las tiendas nybnias y las carrozas de los mercaderes que, a la sombra del portón, competían por ganarse a la numerosa clientela que asistía desde primera hora de

la mañana.

Genthis estaba seguro de que la decisión del Consejo también afectaría a las relaciones entre los comerciantes. Habría nuevas disputas y enfrentamientos, aumentaría el número de detenciones… «Vamos a llenar las celdas de las mazmorras con hombres y mujeres acusados de pisar la ciudad», pensó. De nada serviría advertir a los miembros del Consejo. «Hay sitio para todos», habría respondido el Gran Maestro. Y no le faltaba razón. Therios sería capaz de hacinar a los prisioneros para que aún sobrara espacio, ordenaría cavar nuevas galerías hasta alcanzar las paredes del mismo infierno si fuera necesario.

Unas líneas de oscura tinta habían servido para que los hijos de Thariba quedaran confinados en su barrio, fueran tachados de asesinos y tuvieran que evitar el trato con el resto de los habitantes. Aquel debía de ser el día más feliz para todos aquellos que odiaran a los nybnios, los avaros comerciantes que muchos ciudadanos veían en aquel pueblo extranjero, indigno de habitar en la misma ciudad que ellos.

Morgosh se secó las lágrimas que empapaban sus ojos. La sentencia dictada por el Consejo evidenciaba el poder que tenían los helvatios, pues ni siquiera el propio *lord* Galberth había podido evitar aquella medida de represión contra los suyos. A él seguramente no le afectaría, y podría seguir recorriendo cualquier rincón de la ciudad sin que nadie pudiera evitarlo. «Ese malnacido acaba de cagarse en sus orígenes».

—No es justo… —apenas pudo pronunciar, con la mirada extraviada.

—Lo lamento… —Zen Varion sintió una profunda lástima—. Lo lamento, Morgosh. Si hay algo que pueda hacer por ti…

—No te preocupes, Zen. No es necesario. Además, no quisiera que te metieras en líos por ayudarnos. Pero esta sentencia es tan injusta… ¿Por qué tenemos que pagar nosotros por los crímenes de unos asesinos? Nuestro dios no admite este tipo de actos.

—Lo sé. —Zen Varion miró a los ciudadanos que, una vez disuelta la muchedumbre agolpada en torno a los soldados, se dispersaban y perdían por las calles—. Deberíamos irnos de aquí lo antes posible. Mientras estés conmigo no va a pasarte nada, pero no me atrevo a dejarte solo en esta plaza. Te acompañaré hasta la entrada a tu barrio.

—De acuerdo —el nybnio asintió, visiblemente abatido. En su mente se agolpaban las decisiones que habría de tomar en tan corto espacio de tiempo para, en primer lugar, poner fuera de peligro a todos los miembros de su familia. Sin duda, eso era lo más importante,

pues estaba convencido de que, tras aquella medida tomada a ojos del pueblo, Therios ocultaba intenciones mucho más aterradoras y crueles. Fue un pensamiento que estuvo a punto de compartir con Zen Varion, pero prefirió guardar silencio. «Él no puede hacer nada por nosotros».

Los nybnios llevaban bastante tiempo siendo mirados con envidia por muchos otros ciudadanos, que aplaudían cualquier desgracia entre los comerciantes extranjeros de Móstur. Morgosh estaba convencido de que las últimas líneas del veredicto del Consejo no se cumplirían de forma tan estricta como el resto. El Consejo no haría nada por defenderles de los posibles ataques que pudieran tener lugar. Temía por los suyos. Por eso, sus pasos fueron cada vez más acelerados hasta que él y Zen Varion alcanzaron el barrio nybnio. La entrada permanecía custodiada por los guardias encargados de mantener la paz en el umbral que, a partir de aquel día, se convertiría en la nueva frontera para Morgosh y los suyos.

Zen Varion se despidió de su amigo y, con la sensación de que ya no volvería a verlo, decidió regresar al lugar en el que Den Darr debía de estar reponiéndose en aquel momento.

CAPÍTULO 29

LOS DRAGONES

Las enmudecidas velas, las exterminadas llamas de las lámparas… Habían sido signos demasiado evidentes de que algo no iba bien. La confusión de la sacerdotisa y sus siervos, los murmullos entre las tropas…

La llanura era un caos: hombres que corrían a pie, caballos azuzados por los que parecían más afortunados a la hora de poder escapar, gritos, espadas arrojadas al suelo… Los ejércitos de *lady* Moira se habían dispersado como las aguas de un río al llegar al mar. Los envalentonados soldados que momentos antes alzaran sus gritos de guerra se habían convertidos en seres cobardes que, olvidándose de los que se encontraban a su alrededor, buscaban salvar sus propias vidas. Algunos norteños habían sido asesinados por hijos del fuego que, en medio de su desesperación, no habían visto otra salida que acabar con ellos para robarles sus monturas.

El Rey de las Montañas había dejado todo a sus espaldas: sus futuros súbditos, su reina y el heredero prometido que nunca llegaría. Tal era el miedo que lo invadía que ni siquiera se había atrevido a mirar atrás, a detenerse unos segundos para comprobar si *lady* Moira se encontraba a salvo, ni siquiera cuando los primeros gritos arrebataron el poco coraje que quedaba entre todos los hombres de una alianza a punto de ser desangrada. Ghorbar solo pensaba en escapar lo más lejos posible, en alcanzar las ruinas de Los Dragones y esconderse, fuera del alcance de las fauces de las bestias, de sus mortíferas llamas, de sus incesantes rugidos. A su espalda, una montaña de polvo había emergido de la arena hasta ocultar en su densidad la huida de los guerreros. Para muchos fue, al menos al principio, un escudo protector que los escondía de las astutas miradas de los dragones. Pero el vuelo de las criaturas era demasiado rápido; su apetito, voraz; y su descenso, letal. No estaban dispuestas a

perdonar a los humanos por haber robado lo que más preciaban. Pagarían cara la osadía de adentrarse en sus montañas, en su hogar, para saquear sus nidos. Habían despertado la ira del dragón. *Lady* Moira nunca habría imaginado un castigo divino semejante. Mientras su sangre bañaba la arena, el Rey de las Montañas ya estaba a la cabeza de los desertores, abandonando el festín de los dragones para buscar un refugio que lo mantuviera a salvo. «Con tantos guerreros, esas criaturas pronto verán saciado su apetito y su sed de muerte», quería poder creer.

Los lamentos llegaban por todas partes. Uno de los dragones descendió y, con una precisión fruto del instinto, agarró entre sus zarpas a varios guerreros. Alzó el vuelo y los arrojó desde lo alto. Otro dragón lanzó un río candente que arrasó cuanto encontró a su paso. Decenas de hombres y caballos se derritieron, desaparecieron entre las llamas, fueron convertidos en polvo. Había algunos que, tomando sus armas, intentaban hacer frente a sus enemigos. Sus espadas serían forjadas de nuevo bajo la llama; sus escudos, arcos y flechas, morirían en un fuego que acabaría con sus vidas en un suspiro.

Los gritos se iban apagando a medida que las tropas eran mermadas y dispersadas en todas las direcciones. Los dragones no daban abasto con el banquete al que Drakkan les había convocado. Devoraban a unos, abrasaban a otros… Sus poderosos bramidos eran como tambores de guerra que hubieran anunciado el comienzo de la batalla. El aire multiplicaba los sonidos, los prolongaba hasta cada rincón de aquellas áridas tierras rodeadas de montañas, gigantes que contemplaban, impasibles, la matanza que tenía lugar a sus pies.

Ghorbar sujetaba las riendas de su montura con fuerza. Su rostro desencajado se hundía entre las crines del caballo, dejándose llevar por el instinto de un animal que, desbocado, buscaba una salida que lo alejara de los dragones. Escuchaba sus bramidos al tiempo que sentía el aire que lo acariciaba como el roce de la muerte. Estaba seguro de que, en cualquier momento, una llama caería sobre él, lo sobrepasaría ahogándolo en el fuego. Por suerte, si existían los verdaderos dioses, estaban siendo demasiado benévolos con él. El dios verdadero no debía de tener forma de dragón, o si realmente lo era resultaría ser el más cruel de todas las deidades.

«¿Qué dios haría arder a sus más fanáticos devotos?».

Levantó la vista para contemplar cómo la llanura se iba extinguiendo. Observó las ruinas de Los Dragones, cada vez más cercanas. Era lo más parecido a un pueblo fantasma, a un escalofriante recuerdo de lo acontecido en aquellas tierras malditas. El color blanquecino de la arena y la rojiza piedra de las montañas daban paso

a lo que, a lo lejos, parecía una gigantesca mano gris con infinitos y deformes dedos extendidos apuntando al cielo. Muros derruidos, calles solitarias llenas de guijarros y, sobre todo, torres mutiladas que dejaban a la vista sus huecos interiores. Peldaños irregulares y empinados que no conducían a ninguna parte, estancias vacías, agujeros en las rocas que se confundían con las ventanas, estatuas decapitadas y de extremidades amputadas… Los Dragones se había convertido en un lóbrego paraje repleto de ingratos recuerdos: horribles muertes y almas incapaces de encontrar su descanso.

Las únicas estatuas que aún se conservaban prácticamente intactas eran la de los dos dragones que, elevados sobre columnas de piedra, uno frente a otro, antaño daban la bienvenida a cuantos se adentraban en la ciudad. Mantenían una pose amenazante, aunque su aspecto distaba mucho de parecerse a las bestias que estaban a punto de llegar. Los dragones de Fuego de Dragón no necesitarían traspasar el arco dibujado por las imágenes para adentrarse en la ciudad y arrasarla como tiempo atrás hicieron los humanos.

Cuando Ghorbar se encontraba próximo a las ruinas contempló a varios jinetes que, a lomos de caballos más rápidos, le sobrepasaban en su huida. El Rey de las Montañas espoleó a su montura. Los bramidos se escuchaban con una claridad sobrecogedora y la amenaza del fuego era cada vez más real. El sonido de las llamas le llegaba desde algún punto no muy lejano. Miró a su derecha. Uno de sus norteños hacía girar a su caballo a un lado, luego a otro. Ghorbar quedó petrificado al contemplar los inútiles intentos del guerrero por esquivar el ataque que se le venía encima. Las garras del dragón atraparon a jinete y montura, levantándolos del suelo con una facilidad impresionante. Arrojados contra una de las torretas de la ciudad, desaparecieron tras el desprendimiento de piedras con el que otro de aquellos dedos de Los Dragones quedó amputado.

«Están jugando con nosotros», pensó el Rey de las Montañas, que miró hacia atrás para contemplar cómo los dragones ya ni se molestaban en escupir fuego: perseguían a los guerreros por separado, los hacían elevarse atrapados entre sus certeras garras y los lanzaban contra el suelo.

Ghorbar contempló la imagen de los dragones de piedra que, al contrario que las criaturas de carne y hueso, parecían darle la bienvenida a lo que un día debió de ser una de las más impresionantes ciudades del norte. La roca grisácea se había oscurecido aún más con el paso del tiempo. En algunos extremos la piedra era negra como el carbón. La ciudad de Los Dragones había caído en una noche eterna de la que estaba a punto de despertar para terminar de morir.

El jinete y su montura atravesaron el arco de entrada a la ciudad, adentrándose entre las ruinas. Las torres y muros se alzaban a uno y otro lado como centinelas desconfiados. Su altura permitió al monarca ponerse a salvo de la mirada del sol. Sin embargo, había ojos de los que resultaría más difícil escapar. El caballo aminoró el ritmo. Estaba agotado. Su trote repiqueteaba entre la adoquinada calle que estaban atravesando, una superficie de colores oscuros que propagaba el sonido de sus pisadas. Aquello no gustó a Ghorbar.

«Demasiado ruido. Aquí nos encontrarán».

A ambos lados, la calle se ramificaba en otras más pequeñas; senderos de gravilla o caminos de tierra con una hierba que parecía flotar como las hojas que caen en un río. La arena estaba empeñada en conservar su aridez.

En una de las vías circundantes podía verse, al fondo, lo que algún día debió de ser un castillo. Más allá de una muralla semiderruida asomaban los restos de tres torres: dos circulares, que parecían estar pidiendo clemencia ante el castigo al que habían sido sometidas; y una rectangular, de mayor envergadura. Esta última conservaba un aspecto más sólido.

Ghorbar escuchó el sonido de los cascos de otros caballos, por delante de él. No había sido el primero en llegar, ni tampoco sería el último. A lo lejos vislumbró la imagen de otro de los norteños, que parecía dudar tanto cómo él.

«¿Y ahora qué hago?», se dijo mientras su mirada se perdía en el interior del castillo.

Un bramido lejano le apremió a tomar una decisión. Las ruinas del castillo parecían el lugar más seguro para escapar a la vista de aquellas criaturas. Otro estrépito le obligó a mirar hacia un lado. Una de las torretas más alejadas y visibles se desmoronaba como si estuviera hecha de arena.

«Solo hay una torre que puede resistir», miró de nuevo en dirección al castillo.

No había mucho tiempo. Espoleó a su montura y se dirigió a la muralla. Un boquete abierto en el lugar que antaño ocupaba el portón le dio la bienvenida. Entró en el patio que precedía a la fortaleza. Junto a las murallas se encontraban estancias repartidas en gran parte de su trazado. Mientras daba un rodeo al castillo, Ghorbar pudo contemplar una armería, un establo; incluso un campo de tiro. Un repentino temor se fue apoderando de él a medida que sus pasos lo acercaban a la puerta de entrada, que permanecía abierta. Aquel no parecía un lugar deshabitado, consumido por el tiempo. Más bien parecía que sus ocupantes lo hubieran abandonado por momentos,

escondiéndose de la amenaza que se cernía sobre ellos.

—¡Deteneos!

Los temores se confirmaron. El rey se giró y contempló a los primeros hombres que, tras él, comenzaban a salir de sus escondrijos. Diez… Quince… Veinte… Y todos ellos armados y no precisamente alegres por aquella inesperada visita.

—¿Quién sois? —el que había hablado anteriormente dio varios pasos mientras los demás aguardaban expectantes. Tenía una frente prominente tras la cual los cabellos caían largos y enmarañados. Su agresiva mirada parecía esconderse bajo pobladas cejas que más bien parecían una sola. Era el más grande y fornido de aquellos hombres. El martillo de su mano estaba deseando ser arrojado contra aquel extraño.

—Mi nombre es Ghorbar —el rey titubeó. Su voz fue nerviosa.

—¿Qué haces aquí? —los habitantes del castillo iban cerrando el círculo que rodeaba al recién llegado. Serían treinta, tal vez cuarenta. Vestidos con harapos, pero armados.

—Estoy huyendo…

Un ensordecedor bramido ahogó las palabras del monarca. Uno de los dragones no debía de andar demasiado lejos.

—¡Maldito seas! Tú nos has traído esta maldición. ¿Qué es esa bestia que te persigue?

—Es un dragón…

«Y no me persigue solo a mí», quiso añadir, pero otro bramido asfixió sus palabras y pensamientos.

—¡Prendedle! —gritó el grandullón.

—¡No! ¡Esperad! ¿Qué hacéis? —Ghorbar no pudo hacer nada. Se habían acercado demasiado. Uno de ellos lo obligó a bajar del caballo. Otros tres lo sujetaron con fuerza.

—¿Qué hacemos con él, Virion?

El aludido no estaba muy seguro de qué decisión tomar. «El dios Dragón ha enviado a uno de los suyos en busca de este», quiso convencerse. Si le entregaba aquello que deseaba, no descargaría su ira contra ellos. Fue un pensamiento que le hizo ver una única salida para librarse del dragón.

—¡Subidle a la torre! —señaló a la más alta de las elevaciones que sobresalían en el castillo.

—¡No! ¡Así solo conseguiréis atraerle! —Ghorbar comprendió que su propósito era entregarle al dragón. «¿Por qué todos se empeñan en ofrecer sacrificios humanos al dios Dragón?», pensó con amargura.

Los que sujetaban al prisionero obedecieron de inmediato. El rey fue llevado, casi arrastrado, al interior del castillo. Los muros

mantenían las estancias y corredores a salvo del calor que reinaba en los alrededores de la ciudad, aunque sumidos en una penumbra que en ocasiones daba paso a la más absoluta oscuridad.

El Rey de las Montañas se vio obligado a subir los irregulares peldaños de una tétrica escalinata que no parecía tener final. Por detrás de él, una decena de hombres se asegurarían de que el sacrificio se llevaba a cabo. Uno de ellos había tomado unos grilletes y una soga. Caminaba a su espalda, con una maliciosa sonrisa dibujada en su horrible cara.

Los peldaños morían en un pasillo. Al fondo había una puerta abierta, tras la cual se adivinaba una estancia que parecía huir de la luz. Ghorbar comprendió que, si había alguna posibilidad de salir de allí con vida, aquel era el momento para intentarlo. Le llevaban directamente hacia aquella habitación.

Poco antes de alcanzar la entrada, el monarca dejó que su acompañante se acercara lo máximo posible. Los demás caminaban más distraídos, hablando entre ellos. Todos callaron cuando escucharon un sonido procedente del exterior.

«El vuelo del dragón», se dijo Ghorbar, observando cómo sus captores se quedaban inmóviles, mirando hacia arriba, como si temieran que el techo fuera a hundirse. El momento de intentar huir había llegado. Sujetó con fuerza al portador de los grilletes y le empujó al interior de la habitación. Con una agilidad impropia de él se deslizó al otro lado y cerró la puerta. Los dioses parecían seguir estando de su lado. Al otro lado, un cerrojo le ayudaría a impedir, al menos de forma momentánea, el paso de sus perseguidores. Sin tiempo para reaccionar, el que ahora sería su prisionero fue empujado contra una de las paredes, golpeándose en el hombro al tiempo que los grilletes salían despedidos.

La estancia era más amplia de lo que el monarca había imaginado en un primer momento. Utilizada como comedor tenía varias mesas y taburetes dispersos. Pero hubo algo más que captó enseguida la atención del rey, algo cuyo filo brilló en la penumbra.

Cuando el verdugo volvió en sí se encontró un cuchillo sobre su garganta.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Ghorbar.

—Dygon —respondió aquel hombrecillo feo y desharrapado que, a juzgar por su esquelético cuerpo, no parecía haber comido bien en muchos años. La maliciosa sonrisa había dado paso a una expresión asustada. Sus ojos hundidos eran como pozos de aguas verdosas a punto de desbordarse.

—Bien, Dygon —Ghorbar escuchó cómo sus perseguidores

arremetían contra la puerta que los retendría durante un tiempo—. ¿Cuál es el mejor camino para escapar?

Dygon se quedó pensativo. La punta del cuchillo que acarició su garganta le ayudó a responder con premura.

—Aquella puerta conduce a las escaleras de la torre —señaló la más cercana—. Y esa otra os llevará hasta los sótanos…

—¿A los sótanos? ¿Me estás engañando?

—No… Os lo juro… Aquí estaban los aposentos del rey. Aquella puerta conduce a los túneles de salida… Ya sabéis, los monarcas tienden a huir cuando el asedio se complica demasiado.

Ghorbar observó la portezuela que indicaba su prisionero. Estaba junto a una esquina, como si quisiera permanecer escondida.

—De acuerdo. Ahora voy a dejarte aquí atado. No intentes evitarlo o…

Demasiado tarde. Dygon se separó de él y salió corriendo hacia las escaleras.

«Si escapa avisará al resto y, tarde o temprano me encontrarán», pensó Ghorbar, que apenas había tenido tiempo de coger la cuerda antes de que el hombrecillo se escabullera. Corrió tras él y comenzó a subir la escalinata, peldaños altos y estrechos que ascendían a través de una escalera de caracol. Las pisadas de Dygon resonaban unos metros por delante.

Cuando Ghorbar alcanzó el último peldaño sintió unas manos que lo empujaban. La cima de la torre estaba coronada por almenas triangulares. Su solidez distaba mucho del aspecto mostrado por otras construcciones levantadas alrededor del castillo. Las torres se veían enclenques desde allí, como los troncos quebrados de un bosque tras la tormenta.

El golpe contra la almena dejó al monarca dolorido. Había puesto los brazos a tiempo para evitar que fuera la cabeza la que probara el tacto de la piedra. Dygon corrió hacia él y trató de sujetarlo. Se escabulló al tiempo que lanzaba un tajo con el cuchillo. El arma hirió a su rival, mordiéndole en el brazo y arrancando un gruñido agudo.

—Acércate… —Ghorbar le hizo un gesto con una mano mientras agitaba el arma con la otra—. ¿Tú también eres uno de esos hijos del dragón?

El hombrecillo le miró fijamente. En su cuello tenía un tatuaje muy parecido al que solían lucir los hijos del fuego. No respondió.

—Vas a reunirte con tu querido dios muy pronto. Al igual que todos tus amigos. Si no acabo yo contigo lo hará una de esas bestias. Elige tu muerte, hijo del fuego.

Dygon parecía pensativo. Sus ojos miraron hacia abajo. La ciudad

quedaba ante ellos como un abismo de piedra con tentáculos deseando alcanzarles. Ghorbar tampoco reaccionó. Tenía la mirada perdida en la marca del cuello del hijo del fuego. En ese momento se acordó de *lady* Moira. Seguramente ella ya se encontraba en presencia de los verdaderos dioses, si es que existía alguno. La sacerdotisa roja irradiaba tal confianza en sí misma que por un momento casi había logrado convencerle de sus creencias. Los dragones habían cercenado toda esperanza de alcanzar el reino prometido, la ansiada conquista.

—Has traído la desgracia a los nuestros, maldito norteño.

Ghorbar volvió en sí.

«¿Tengo yo la culpa de que tu dios se enfade?».

Una inconfundible sombra recorrió la cima de la torre, atravesando a ambos. La acompañó un bramido que pronto encontró respuesta.

Ya no era uno sino varios los dragones que habían llegado a los alrededores de la ciudad. Los gritos regresaron, el fuego volvió a aparecer. Esta vez eran aquellos que se escondían en el castillo y sus alrededores quienes, aterrados por la visión de las criaturas, huían en todas direcciones. Ghorbar no podía verlos, pero presentía que eran ellos. Los habitantes de las ruinas habían visto el fin de sus días de paz en un lugar en el que habían logrado pasar desapercibidos, lejos de la sacerdotisa y sus siervos. Sin embargo, su destino sería el mismo: el fuego.

Las primeras columnas de humo comenzaron a elevarse, trepando por la muralla, por las torres. Era un humo negro con olor a muerte. Se elevaba de forma sinuosa inundando la roca gris de muros y viviendas, adentrándose en las callejuelas, vagando por la ciudad como los espectros de quienes habían perdido allí la vida tiempo atrás.

Escondidos entre las almenas, Dygon y Ghorbar dejaron de lado sus disputas para esconderse de su enemigo común. Escucharon el batir de las alas, la respiración y el bramido de las criaturas, así como el rugido de sus fauces cuando dejaban escapar un nuevo torrente de fuego. Eran estruendos aterradores.

Dygon se había tapado los oídos. Sus ojos oteaban cuidadosamente cuanto sucedía en los alrededores del castillo. En el extremo opuesto de la torre, el Rey de las Montañas tenía la espalda pegada a la almena que lo protegía de la visión que se extendía por debajo de ellos. Sin embargo, allí no podría ocultarse de las criaturas que se acercaran desde las alturas. Temió que en cualquier momento apareciera una.

—¿Ya has elegido tu forma de morir? —preguntó al hijo del fuego.

«Está a punto de cagarse encima», pensó mientras observaba el rostro preocupado de Dygon, cuyos ojos parecían más hundidos aún en una cara fea y demacrada. Sin saber por qué aquella situación le

parecía tan cómica, no reprimió una risa tan absurda como sorprendente para el hombrecillo.

—Yo ya he elegido —dejó escapar una nueva risa mientras se ponía en pie y alzaba una de las manos, como si saludara a las bestias que se encontraran en el aire—. Me voy con los dragones.

—¿Qué haces, maldita sea? ¿Estás loco? Vas a atraerlos hasta nosotros.

Dygon miró a uno y otro lado mientras el Rey de la Montaña caminaba pausadamente gesticulando y riendo. «Tengo que huir de aquí», sus ojos se posaron en la puerta por la que habían accedido desde el interior. Se puso en pie y salió corriendo.

—¿Dónde vas? —Ghorbar sonrió al ver que el hombrecillo hacía justo lo que él pretendía. La desesperación de Dygon le llevó a pensar únicamente en dejar atrás la cima de la torre, sin preocuparse de lo que el Rey de la Montaña pudiera hacer. «Está loco… Si quiere morir, allá él», había pensado al contemplar de cerca sus ridículos gestos y sus miradas al cielo, dando la bienvenida a las bestias que no tardarían en aparecer. Aquella imagen le hizo verle más como un lunático que como un enemigo. Su única obsesión fue alcanzar la salida de la torre.

El puñetazo dejó a Dygon aturdido y a Ghorbar con los nudillos doloridos. Cuando el hijo del fuego volvió en sí, el extremo de la soga que el rey había ocultado a sus ojos ya había trazado el nudo alrededor de su cuello. El otro extremo estaba atado a una de las almenas.

Todo transcurrió tan rápido como el momento de distracción aprovechado por Ghorbar para fijar ambos nudos. Otro golpe y un empujón. La diferencia de envergadura y peso de uno y otro era considerable. Un nuevo golpe contra la roca y la embestida final.

Dygon fue como un muñeco en las manos de un niño. Aturdido por el primer puñetazo, no pudo reaccionar a tiempo. Al borde del abismo de roca que se abría bajo la torre, únicamente escuchó unas últimas palabras del Rey de las Montañas.

—También he elegido por ti.

Tras ser soltado, sus ojos contemplaron el vacío durante el tiempo que tardó la soga en tensarse. El cuerpo de Dygon quedó oscilando durante unos segundos como un péndulo.

Un nuevo bramido alertó a Ghorbar de la presencia cercana de los dragones. Tal vez alguno de ellos había contemplado la imagen del ahorcado incitándole a conseguir un bocado fácil. El rey no se quedó a comprobar si era eso lo que atraería la atención de las bestias. Corrió hacia el interior de la torre, a la estancia en la que se había escondido

de sus perseguidores. Allí se detuvo. Hacía tiempo que los golpes en la puerta habían cesado. Al parecer, los habitantes de Los Dragones habían encontrado una preocupación más importante.

El silencio que reinaba en el interior de la torre contrastaba con las voces y rugidos del exterior. Los dragones parecían tener un apetito insaciable, un deseo voraz por consumir todo aquello relacionado con los humanos.

Ghorbar abrió la puerta. No había nadie cerca. Contempló la portezuela que, según Dygon, conducía a los túneles que descendían a los sótanos.

«Esperaré allí hasta que esas bestias terminen su banquete. Con un poco de suerte los pocos que salgan vivos huirán de este lugar maldito».

Los dioses habían vuelto a estar de su parte. De nuevo, a salvo del peligro. Ghorbar se adentró en los túneles. Paredes gélidas que filtraban la humedad del interior de la roca, superficies irregulares con fragmentos de piedra en todo su recorrido y una oscuridad absoluta. A pesar de los inconvenientes, el camino por los túneles supuso un paseo triunfal por las entrañas del castillo. Tanteando las paredes y con pisadas cortas y sigilosas, tuvo todo el tiempo del mundo para asimilar lo sucedido en los últimos días. La promesa de oro y tierras había quedado convertida en cenizas tras el fuego del dragón. Sus hombres y súbditos, muertos o dispersos por las tierras del fuego; su futuro reino, un deseo imposible de ver cumplido; y su heredero… En ese momento volvió a pensar en *lady* Moira. Sus ojos, su dulce olor, sus pechos… Pensar en la erección que estaba teniendo a pesar de todo cuanto había perdido le hizo estallar en carcajadas. Por un momento se sintió como en sus tiempos de juventud, cuando el sexo le resultaba más necesario que el dinero.

«Al menos, como buen rey, tengo mi propio castillo» —pensó mientras acariciaba la pared del túnel que lo guiaría a algún lugar donde seguramente no habría dragones.

Sin súbditos, sin riquezas y sin heredero, al menos tendría una ciudad toda para él, cuando los pocos supervivientes del ataque la hubieran abandonado. Sonrió y dejó que el eco de su voz recorriera los túneles y la oscuridad.

«Ghorbar, hijo de Thaleon, desde este momento serás nombrado rey de Los Dragones y protector de las ruinas de la ciudad. Sin riquezas, sin súbditos y sin ejército, al menos no tendrás enemigos con los que luchar. Será un reinado de paz».

CAPÍTULO 30

MÓSTUR

Yar Gregor y sus compañeros abandonaron Skeldon con las primeras luces del alba. Tras su conversación con Derit, la inquietud se había adueñado del caballero; ahora tenía demasiada prisa por llegar a Móstur.

La niebla descendía silenciosa, reptando pausadamente por las montañas hasta alcanzar las lomas y llanuras más próximas a la aldea. El camino que se abría desde Skeldon permanecía semioculto entre la densa capa nívea, empeñada en convertir las tierras próximas en un inmenso mar. El sendero apenas podía adivinarse en algunos puntos de su zigzagueante trazado. Los árboles aparecían y se escondían de nuevo, flotaban como barcas a la deriva, agitaban sus hojas como si temieran ahogarse en el océano que los inundaba.

Bartheos parecía ser el más deseoso por culminar el trayecto que le separaba de la casa de su padre. Echaba en falta la apacible vida entre aquellos muros que veían pasar el tiempo sin inmutarse, contagiados por la calmada vida en su interior. Las dudas acerca de su intención de convertirse en caballero eran como un aguijón que, clavado en el interior de su mente, sacudía sus pensamientos e incluso le quitaba el sueño. Sentía admiración por Yar Gregor, por esa seguridad que demostraba en cada uno de sus actos, en cada una de sus decisiones. Pero a la vez estos mismos actos le parecían, en ocasiones, demasiado crueles para ser llevados a cabo por un caballero, o por cualquier otro hombre. «Muchas veces, las dudas nos impulsan a mirar más allá de nuestra comodidad; las inquietudes nos ayudan a madurar, a crecer, a actuar». Aquellas palabras de su padre eran lo único que reconfortaba a Bartheos en la lucha interna que mantenía consigo mismo. Miró a los hombres que tenía a su alrededor. Seguramente todos ellos habrían pasado por aquella misma situación de incertidumbre antes de tomar una decisión, tal vez la más importante de sus vidas.

Poco antes de que el esquivo sol alcanzara su punto más alto en el firmamento, la quietud del bosque fue interrumpida por un sonido que se escuchaba aún lejano: el de un caballo.

—Deteneos… —susurró Yar Gregor a quienes se encontraban detrás de él. Todos obedecieron, esperando oír algo que pudiera confirmar alguna presencia cercana.

—Quedaos aquí —volvió a hablar el caballero mientras descendía de su montura—. Voy a ver qué sucede.

—¿No estaréis pensando en ir solo? —inquirió uno de los otros jinetes—. Permitid que varios hombres os acompañen.

El yar asintió. Otros tres jinetes, imitando su gesto, bajaron de sus caballos y se situaran junto a él. Los cuatro irían al lugar que, según había podido escuchar Yar Gregor, no debía de encontrarse, precisamente, solitario. Hizo un gesto para que los otros hombres le siguieran de inmediato. En un breve instante, la niebla ocultó a todos ellos en su densidad.

Separados del grupo, el helvatio y los otros caballeros caminaron con sigilo, tratando de percibir cualquier sonido del bosque que pudiera alertarles. Tuvieron que andar menos de lo que esperaban antes de que el silencio fuera de nuevo interrumpido. Esta vez, fue la voz de un hombre lo que quebró la aparente quietud del paisaje envuelto por la niebla. Hablaba con un tono grave, pronunciando palabras en una lengua desconocida para Yar Gregor y los suyos. No debía de encontrarse demasiado lejos.

Agachados, escondidos tras unas zarzas, los cuatro mostures permanecieron inmóviles, como una piedra más de las que se repartían por toda la loma. Yar Gregor recordó la conversación de la noche anterior con Derit, en la que el tahúr le había hablado acerca del hombre que acompañaba a los nybnios. «Un bárbaro», pensó. Al menos, el acento de su lengua así lo daba a entender.

—¿Qué hacemos? —preguntó uno de los exploradores que acompañaban al zen.

—Venid conmigo.

Ante el temor de sus compañeros, Yar Gregor se aproximó aún más al origen de una conversación que no era capaz de escuchar con suficiente nitidez. Se oyeron más voces, todas ellas en lengua extranjera.

El caballero detuvo sus pasos y señaló hacia la derecha. Cerca de ellos, la nublada visión del bosque se tornaba en una imagen que confirmó sus sospechas iniciales.

Sobre un pálido caballo manchado con tonos grisáceos se alzaba la imponente imagen de un hombre esbelto y fornido, abrigado con una

capa oscura de piel de lobo que caía elegantemente a sus espaldas a punto de acariciar el suelo. A la altura de su pecho destacaba un conjunto de collares y amuletos con los que aquel gigante parecía querer alejar de sí a los malos espíritus, tal y como era costumbre en algunos pueblos bárbaros. Su rostro apenas podía ser percibido por Yar Gregor y sus hombres, que únicamente eran capaces de distinguir su melena, ondulados cabellos que caían por debajo de su cuello hasta confundirse con su ropaje.

Frente al bárbaro, un hombre de uniforme trataba de explicarle algo que los mostures no lograban adivinar. Sus elocuentes gestos no lograban convencer al gigante que, elevando el tono de voz, se mostraba cada vez más enfurecido.

Por detrás de ellos surgieron varias figuras de hombres sobre sus monturas, que se detuvieron al llegar junto al bárbaro. Sus vestimentas no dejaban lugar a dudas: eran nybnios. Uno de ellos bajó de su caballo. Su peculiar andar y sus gestos lo delataron como hermano de *lord* Galberth, a quien Yar Gregor conocía bastante bien, sobre todo por haber tenido algún enfrentamiento con algunos de sus caballeros más cercanos.

—¿Qué ocurre?

—*lord* Bridson… He hecho todo lo que ordenasteis. Os he guiado hasta aquí… Nos encontramos cerca de Móstur. Únicamente tenemos que cruzar por estos bosques para evitar los caminos… Estamos cerca…

—¡Hemos tardado demasiado! —gritó el bárbaro, con un acento peculiar que lo identificaba como extranjero—. Teníamos que haber llegado varios días antes.

—Calma, caballeros —el hermano menor de *lord* Galberth intentaba poner un poco de paz—. No debéis preocuparos, Kalish. Reconozco que hemos tardado más de lo previsto, pero mi hermano ya sabe que nos encontramos cerca. Nuestra llegada a la ciudad de Móstur es cuestión de escasas horas y, según vos mismo manifestasteis, era fundamental que nadie detectara nuestra presencia. Con la caída de la noche, Galberth nos facilitará el paso a través de una de las puertas y podremos pasar a su casa sin ser vistos o, al menos, identificados.

—Bien —aquellas palabras tranquilizaron al bárbaro—. Entonces, continuemos. Estoy deseando poder hablar con vuestro hermano.

—Y él, sin duda, arde en deseos de hablar con vos y escuchar vuestro ofrecimiento a nuestra causa. Estoy convencido de que leryones y nybnios podríamos llegar a forjar una verdadera alianza capaz de hacernos invencibles entre los mostures, ossetios… y

cualquier pueblo que deseara entrar en guerra con nosotros.

—Veo que sois un hombre capaz de ver más allá de lo inmediato.

—En eso, mi hermano y yo nos parecemos bastante.

—Me alegro —sonrió el bárbaro— porque mi futuro rey también es de esa clase de hombres, y estoy convencido de que este pacto será el primero de muchos que nuestros pueblos van a sellar de ahora en adelante.

—Estoy seguro de ello. Y ahora, si lo creéis conveniente, deberíamos continuar nuestro camino a Móstur. Y deberíamos hacerlo con el mayor sigilo posible, ya que una vez que abandonemos este bosque nos encontraremos demasiado cerca.

—De acuerdo. Entonces, sigamos nuestro camino.

Desde su escondite, Yar Gregor y los suyos no perdieron detalle de la conversación entre el hermano de *lord* Galberth y el leryón, que proseguían su camino en dirección a la ciudad. En la mente del caballero helvatio cobraba vida la conspiración que tanto se había rumoreado entre los ciudadanos de Móstur. No sabía qué pacto estaba dispuesto a sellar *lord* Galberth con el bárbaro, pero había una cosa muy clara y que ponía en peligro a todos los ciudadanos: los leryones constituían su principal enemigo.

Y no era para menos, pues la historia había demostrado en repetidas ocasiones que los pueblos bárbaros incumplían los pactos que sellaban sus gobernantes, y rompían cualquier alianza con la misma facilidad con la que condenaban a los extranjeros que incumplían sus leyes. Yar Gregor estaba convencido de que el tratado que pudieran firmar leryones y nybnios no sería una excepción; los primeros aprovecharían esa alianza para hacer realidad sus más oscuras intenciones.

—Volvamos junto a los nuestros —susurró el helvatio—. Debemos llegar a Móstur cuanto antes para advertir a *lord* Belson y a los caballeros y miembros de la Orden que forman parte del Consejo. Esta vez ya no son rumores: los Hortten están planeando algo terrible.

—Pero, por el momento no podemos hacer nada. ¿Cómo vamos a demostrar que, lo que hemos escuchado, puede poner en peligro a la ciudad?

—Pues tendremos que hacerlo si no queremos evitar una tragedia… De lo contrario, me temo que se acercan tiempos de guerra.

Aquella sentencia dejó entre los mostures un profundo silencio que ninguno se atrevió a interrumpir hasta que se encontraron con los otros miembros del grupo.

Sin demorar la reanudación de su retorno a Móstur, Yar Gregor fue informando a todos sus hombres acerca de lo que le había contado

Derit así como lo que habían escuchado por boca de los nybnios y Kalish, el leryón que los acompañaba; piezas de un complicado acertijo que no podía entrañar nada bueno para los habitantes de Móstur.

Siempre al lado de su guía predilecto, Bartheos trataba de escuchar todo lo que el helvatio pudiera aclararle en lo referente al pasado y al presente de los enfrentamientos entre mostures y leryones. El futuro inmediato resultaba tan incierto como peligroso. La aparente indiferencia que parecía presidir la más reciente relación entre ambos pueblos estaba a punto de llegar a su fin.

CAPÍTULO 31

LOS DRAGONES

El interior de las ruinas parecía la boca de un enorme gigante de dientes de piedra tratando de comerse a cuantos corrían por las callejuelas o se refugiaban en las torres. Los hombres y mujeres comandados por Virion se habían dispersado tratando de escapar a los enemigos alados. Algunos habían abandonado la ciudad por el extremo sur en dirección al Bosque Centinela. Los dragones continuaban ocupados lanzando llamas y cazando a los que descuidaban sus pasos.

Junto a uno de los muros exteriores, un grupo dirigido por Virion había logrado dejar atrás el castillo, esquivando las miradas de las bestias. Estaban esperando el momento más oportuno para abandonar las ruinas.

Algunos creyeron que aquello había sido un castigo divino. La ciudad de Los Dragones había sido mancillada por la presencia de los humanos y el dios Dragón, enfurecido, había enviado a sus siervos para borrar su presencia de las ruinas. Convencido por los que le acompañaban, el líder del grupo prometió sacarles de allí en dirección al sur para buscar la protección de Móstur.

«Si les advertimos del peligro, nos permitirán continuar huyendo».

Los bramidos de los dragones convocaron a la muerte una vez más. Cada vez que una de las criaturas rugía con fuerza se escuchaba algún grito o se veía una llama con la que se apagaban nuevas vidas. Cuando Virion alzó la vista sus ojos encontraron la torre del castillo. Observó el cadáver que colgaba de una de sus almenas. Oscilaba lentamente hasta que por fin la soga del que pendía permaneció vertical, inmóvil. A pocos metros de distancia se encontraba una de las criaturas, suspendida en el aire, atraída por la imagen del cuerpo bajo las almenas. Virion se quedó con la mirada petrificada, fija en el dragón. Era una criatura tan bella y salvaje al mismo tiempo que aquellos que

lo contemplaban de lejos no podían apartar la vista, dejar de admirar aquel símbolo de fuerza y poder. La criatura agitaba las membranosas alas con rítmicos movimientos, lentos como si el tiempo estuviera a punto de detenerse; sus dos garras extendidas, en actitud defensiva, parecían a punto de atacar al cadáver de la torre; su cuerpo repleto de escamas dejaba escapar destellos verdes y azulados; y la cola encorvada, como un látigo a punto de restallar.

El dragón atacó y sus garras aferraron el cuerpo inerte de Dygon. Tiró con fuerza y lo liberó de la torre. Ahora era la soga la que, desatada de la almena, pendía del cuerpo del muerto, y no al revés. La bestia voló al tiempo que sus garras se cerraban más aún, estrangulando el cadáver y abriendo heridas de la que manó una sangre que desaparecía en el aire.

Virion era uno de los pocos que parecían incapaces de separar la vista de aquel horrible espectáculo. Los demás se encontraban con la espalda en la pared, concentrados en permanecer ocultos a los voraces reptiles que, como si olieran la carne humana, continuaban persiguiendo a cuantos trataban de escapar. Ninguno de aquellos hombres acobardados observó el vuelo de la criatura que, harta de la carga que llevaba entre las garras, se liberó de su peso con tan mala fortuna para Virion y los suyos que el cadáver acabó cayendo junto a algunos de ellos.

Fueron dos, tal vez tres, los que gritaron de terror al ver el cuerpo de Dygon. La visión de sus sesos desparramados sobre un charco rojizo y las salpicaduras de sangre provocaron una reacción que podría ser la perdición de todos ellos.

Virion miró al cielo, aterrado. La criatura había escuchado los gritos. Los había descubierto.

—¡Huid como podáis! ¡Dispersaos!

No esperó una respuesta. Echó a correr abandonando la muralla que lo había mantenido a salvo durante un tiempo. Con los ojos del dragón puestos en ellos, los que permanecieran quietos acabarían derretidos entre las llamas.

Voces y gritos de desesperación constituyeron, una vez más, la llamada al festín, el último que debería quedar entre las ruinas; un lugar que muy pronto volvería a permanecer abandonado, solitario a excepción de un hombre que se escondía en el único lugar seguro de la ciudad: los sótanos del castillo. Para los demás, las dos únicas opciones que les habían sido otorgadas eran como las dos caras de la moneda de *lady* Moira: una vida nueva, lejos de allí; o una muerte inminente bajo la ira del dragón; el niño y el anciano, un nuevo amanecer o un anochecer sangriento y oscuro.

El grupo quedó dividido, roto. Como caballos desbocados, sin rumbo fijo, se unieron al resto de hombres y mujeres que pretendían salvar la vida. Ya eran pocos los que quedaban allí, perdidos en las calles de un laberinto en el que la mayoría de sus caminos conducían a una muerte tórrida y fugaz.

Virion no quiso mirar hacia atrás. Decidido a correr hasta que sus piernas no pudieran más, buscó una de las callejuelas más estrechas que lo conducirían lejos del castillo. Algunos intentaron seguirlo, otros buscaron un sendero en sentido contrario, y los más cobardes se quedaron inmóviles, apurando sus últimos segundos de vida. Bramidos y gritos, fuego y silencio; era una secuencia que parecía no tener fin. Las sombras vagaban por la ciudad, los dragones descendían y capturaban a los que huían. Los últimos ya no fueron arrojados. Atrapados entre las garras de las bestias eran elevados y alejados de las ruinas. A punto de alcanzar el extremo sur de la ciudad, Virion se convirtió en uno aquellos cautivos. Escuchó el batir de las alas y, antes de que pudiera ni tan siquiera girarse, la bestia cayó sobre él y lo atrapó entre sus ganchudas extremidades para luego elevarse de nuevo. Al contrario de lo que había sucedido con Dygon, en esta ocasión la criatura no lo estranguló.

Las ruinas se fueron alejando, perdidas entre columnas de humo, tentáculos negros que acariciaban el cielo, el lamento de una ciudad que, años después de su declive, había sido arrasada de nuevo.

Las garras del dragón eran como cuchillos. Aunque no le aferraban con demasiada fuerza, Virion sintió el dolor de la herida abierta en su pierna derecha. Sus ojos se perdían en la visión que quedaba cada vez más lejana. Por delante de él, otros tres dragones estaban a punto de alcanzar su destino.

«Me lleva hacia el norte… a las montañas».

Aquello fue cierto solo en parte: los dragones iban en dirección norte, pero no hacia las montañas de Fuego de Dragón. Antes de alcanzar el que había sido su hogar, se encontraba un lugar que resultaba mucho más apetecible por las riquezas que guardaba en su interior.

El templo del dragón estaba a punto de convertirse en una cueva donde habitarían las criaturas, y los salones que ocultaban los tesoros ofrecidos por los hijos del fuego serían sus aposentos.

El descenso fue rápido y suave en el momento en el que el dragón alcanzó la entrada al templo. Cuando Virion se vio libre de las garras que lo aprisionaban, se dio cuenta de que no era el único humano que se encontraba allí. A su alrededor, otros cinco hombres yacían en el suelo. Todos ellos vivos, aunque heridos en mayor o menor medida.

Uno tenía las piernas rotas, otro el hombro dislocado, y un tercero no hacía más que contemplar las múltiples heridas que surcaban su cuerpo. Se miraron unos a otros, sorprendidos por encontrarse en la entrada al templo. Más allá de las primeras columnas, la imagen del dragón de tres cabezas parecía tan real como las criaturas que, cerca de ellos, eran como guardianes que custodiaran la construcción. De vez en cuando dirigían la mirada hacia los prisioneros.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Para qué nos han traído? —gritó uno de ellos, un hombre de afilada mandíbula con el rostro manchado de sangre.

La respuesta se apareció ante ellos tras unos bramidos que más bien parecían los alaridos de un animal moribundo. Dos crías de dragón, llevadas por su madre, aparecieron ante ellos. Virion comprendió lo que sucedía y se arrepintió de no haberse dejado quemar por una de las llamas en Los Dragones.

—Somos su alimento —sentenció.

Hubo un prisionero que, poniéndose en pie no sin algunas dificultades, trató de escapar. Enseguida, uno de los dragones lo alcanzó. Quedó de nuevo en el suelo, tendido y moribundo. Los demás dragones formaron en círculo entorno a los cautivos.

Cuando el círculo se cerró todo fueron gritos, lamentos, garras ensangrentadas y muertes lentas y dolorosas. Los dragones preparaban el alimento para las crías. Los prisioneros aún estaban vivos cuando unas y otras bestias comenzaron a devorarlos. Virion se vio en el suelo, con los brazos ensangrentados y las piernas fracturadas. Su última visión fue la de uno de los dragones que, acercándose por un costado, olió su sangre antes de abrirle el estómago para alimentarse con sus entrañas.

CAPÍTULO 32

BÉLINGDOR

La aldea de Bélingdor había sido levantada sobre las ruinas de una construcción de origen desconocido y enigmático. Conservaba los restos de lo que un día debió de ser una muralla, así como una torre adosada a la misma. En los libros que trataban sobre la historia de las comarcas no se hacía mención alguna de aquel enclave. El lóbrego paisaje que se dibujaba en torno a las ruinas había dado origen a leyendas y mitos sobre la presencia de los dioses.

Bélingdor constituía el inicio de la frontera entre la comarca de Móstur y Leryon, frontera delimitada en uno de sus trazados por el Monte Sagrado, que en los mapas aparecía bajo el nombre de Mynthos. Así lo había llamado Zen Pristhios, famoso cronista de origen ossetio cuyos escritos, repartidos por las bibliotecas de todas las comarcas próximas, eran considerados los más fieles a la historia de los tiempos antiguos.

Mynthos era, según la tradición religiosa de los pueblos de la comarca, la morada de los dioses. Desde allí, la mirada de Zelsios lo contemplaba todo, y nada escapaba a su conocimiento. La tradición y la historia encontraban en Mynthos un punto de unión en este monte, considerado por muchos el verdadero hogar de los dioses. Envuelto constantemente por una densa niebla que cubría su cima, se alzaba entre el resto de las elevaciones que separaban, como un muro infranqueable, las comarcas de Móstur y Leryon. El paso de «Los colmillos» era una vía de acceso que se abría entre ambas, el único camino por el que se podía acceder de la una a la otra sin tener que bordear la cordillera denominada «Las Templarias». Su nombre se debía al templo que, cercano a Mynthos, había sido construido en la antigüedad en honor a Thariba, dios de los nybnios.

Las Templarias se alzaban como grotescos titanes de roca coronados por afilados dientes empeñados en desgarrar las nubes que

encontraban a su alcance. Los macizos de piedra que formaban las cimas desprendían tonos cálidos que se tornaban en oscuras sombras a medida que avanzaba la tarde. Contempladas desde Bélingdor, constituían un idílico paraje imposible de alcanzar, una isla en medio de un mar de niebla.

A las fueras de la aldea había una taberna sobria y maloliente. En el umbral de su entrada, unos ojos de color gris claro contemplaban el reflejo del anochecer sobre la cordillera. Tenía el rostro oculto bajo los pliegues de una capucha que le resguardaba de las corrientes de aire que azotaban el exterior del establecimiento. «La furia de los dioses» era un tugurio con una clientela tan variopinta como escasa. Ni siquiera los bandidos parecían dispuestos a adentrarse en su interior, conscientes de que los únicos parroquianos que allí agotaban su jornada eran borrachos tan pobres como harapientos. Si de algo podía vanagloriarse la posadera era de tener los precios más bajos de toda la comarca. Pero aun así resultaban demasiado caros para la calidad de los productos que servía: empalagosas bebidas que, a juzgar por su sabor, debían de haber pasado demasiado tiempo en el interior de alguna mugrienta barrica o un odre sucio y corroído. La comida tenía el sabor rancio del paso de los días; el pan había que mojarlo en alguna salsa para que pudiera reblandecerse; algunas especias olían a ciénaga, otras a la sequedad de un bosque a punto de ser abrasado por el sol; incluso la propia posadera, una mujer alta, feucha y pálida, parecía la dueña perfecta de semejante cuchitril. «Desde luego, el lugar es digno de su nombre —había afirmado uno de los clientes—. Si existen los dioses, comer en este antro debe ser lo más parecido a sentir su furia».

Apoyado sobre la pared de la entrada, el encapuchado se deleitaba con la llegada de la oscuridad. Su negra vestimenta lo hacía invisible a ojos de todo aquel que pudiera acercarse a la taberna.

El relincho de un caballo rompió el delicioso silencio que aquel viajero parecía estar saboreando. En aquella posada no había mucho más que apreciar. La llegada de varios jinetes a lomos de sus caballos de color azabache hizo que la visión de la muerte del sol al otro lado de la cordillera pudiera esperar a otro momento.

—Rápido, no podemos detenernos por mucho tiempo.

—El necesario para que los caballos beban mientras Korzen compra algo de comida… Korzen, maldita sea. Ya deberías haber entrado.

Junto a un abrevadero situado a unos diez pasos de la taberna, se perfilaron las figuras de tres jinetes y sus monturas. La vestimenta que cubría los hombros y espalda de cada uno de aquellos hombres era

similar: un parduzco manto de lana sujeto con un broche de madera, la capa propia de una de las cofradías de saqueadores que merodeaban el paso de «Los Colmillos».

Oculto a sus ojos, el viajero sonrió al ver aquella escena.

—Caballeros…

Korzen se sobresaltó. Estaba a punto de cruzarse con aquel desconocido al que no había logrado ver.

—¿Quién sois? —preguntó el más anciano de los saqueadores.

—Un hombre solitario que vaga por estas tierras, ofreciendo algo de sabiduría a cambio de unas monedas.

—¿Un comerciante? —preguntó Korzen.

—No, un mendigo —pronunció el anciano en tono despectivo—. No tenemos ni tiempo ni dinero para vos. Korzen, date prisa y compra algo de pan, carne curada, queso… o cualquier comida que podamos llevarnos de inmediato. Vamos, chico —insistió al contemplar cómo el joven aprendiz pasaba junto al viajero con paso vacilante.

—Solo una moneda —insitió el «mendigo»—. A cambio de un sabio consejo. A juzgar por vuestras prisas, diría que estáis huyendo de alguien… —Los bandidos se miraron—… o de algo.

Aquellas últimas palabras provocaron que el rostro del anciano palideciera al tiempo que un frío sudor recorría su frente. Sus ojos se abrieron como si estuvieran a punto de estallar. Eran verdes y pequeños, semiocultos entre las arrugas que surcaban su rostro. Aquel hombre parecía estar a punto de agotar su prolongada existencia, pero, a pesar de la longevidad que denotaba su aspecto, aún conservaba la fuerza de su voz y su voluntad.

—Nuestro viaje no es asunto vuestro —respondió, malhumorado.

—Una moneda… Solo una… Mi consejo podría resultaros de gran valor, amigo.

—No soy vuestro amigo, y no tengo monedas para mendigos ni estafadores. Guardad vuestros consejos para otro.

—¿Puedo, al menos, preguntaros vuestros nombres?

Los ojos del anciano se movieron nerviosos. Su impaciencia aumentaba a medida que pasaba el tiempo sin que la puerta de la taberna volviera a abrirse para dejar salir a Korzen. Por un instante dudó. «¿Qué importan nuestros nombres?», pensó al principio.

—Me llamo Drasgo, y ellos son mis… discípulos: Longshar y Korzen. Y tú… ¿quién eres?

—Mi nombre es Derit —el viajero sonrió— y os estaba esperando.

El anciano retrocedió. Longshar bajó de su caballo, tomó la espada que colgaba del fardo de su montura y, desenvainándola, se acercó a Drasgo.

—Atrás, maestro… —habló con voz nerviosa— situaos a mi espalda.

Derit dio un paso hacia adelante, levantando las manos de forma pausada, dejando ver que no portaba arma alguna.

—¿Qué quieres? —la voz de Longshar sonó casi desesperada. Sus movimientos eran demasiado acelerados, nerviosos. No tenía planta de guerrero. Era alto y flacucho como una lanza, de cabeza afeitada y barba incipiente que apenas parecía una sombra en su rostro. Sus ojos, saltones y azulados, no se apartaban de Derit.

—Ya os lo he dicho: una moneda a cambio de un valioso consejo. ¿No os parece un justo intercambio?

—¿Por qué nos estabas esperando? —Longshar dio un paso más. Tras él, su maestro se había quedado mudo, paralizado.

—Sabía que llegaríais aquí. No hay muchos destinos que, partiendo del templo de Thariba, eviten el paso por esta ruta, al menos de manera segura. Sois los únicos que habéis logrado salir de allí, ¿verdad?

—¿Quién eres, maldita sea? ¿Otro de ellos? —Derit veía cada vez más cerca la espada del saqueador, cuya hoja destellaba con el reflejo de la luna.

—No. Aunque os aseguro que yo también los vi. Vi cómo caían sobre vosotros y mataban a cuantos se interponían en su camino.

—No es posible —reaccionó el maestro—. Hemos venido de allí lo más rápido posible. ¿Cómo es que tú ya nos esperabas? ¿Dónde está tu caballo? Mientes, maldito embustero.

—Os digo que los vi… Porque yo mismo los envié.

—¡Que los dioses te condenen a los infiernos! —Longshar enloqueció. Avanzó decidido hacia Derit y, llevado por una ira ciega, lanzó un primer ataque. La espada que empuñaba con ambas manos dibujó un movimiento, de arriba abajo, cortando el aire. Falló. Un silbido inicial precedió al estrepitoso golpeo contra el suelo, levantando una pequeña nube de polvo.

—¿Tienes arma? —la mirada del asaltante estaba inyectada en sangre. Su boca desprendía un hilo de saliva que, lentamente, se perdió en la oscuridad. Se giró para volver a encarar a su rival.

—Me temo que no —contestó Derit, al tiempo que recuperaba cierta distancia con su agresor.

—Pues si nos estabas esperando, más te hubiera valido venir armado —Longshar se dispuso a atacar de nuevo. Amagó hacia un lado y alzó la espada. En esta ocasión dibujó una línea diagonal. Solo fue otro tajo que sesgó el aire. Derit se echó hacia atrás para esquivar la embestida. «Os he dado demasiadas oportunidades», pensó. Su

adversario no se daba por vencido. La fuerza y velocidad de sus ataques aumentaban a medida que crecía su ira. Recordó a sus compañeros muertos. Todos, excepto los que le seguían en su huida hacia ninguna parte. Un dolor punzó su corazón.

—¡Están muertos! —gritó mientras se impulsaba, con decisión. En esta ocasión, la hoja de la espada encontró carne que morder. Descendió pesadamente sobre Derit, que no pudo apartarse lo suficiente. El que era un absoluto desconocido para los saqueadores vio como su brazo derecho se separaba del resto del cuerpo, quedando tendido en el suelo, rodeado de sangre.

Pero para Longshar aquello no era suficiente. Su víctima dio un paso hacia atrás, a punto de trastabillar. Estaba frente a él, amenazando con caer al suelo. Dando un grito, alzó la espada de nuevo, decidido a ensartar al viajero de oscuro ropaje. El arma se elevó por encima de su cabeza y, abandonando las manos de su portador, atravesó el aire para alojarse en el estómago de Derit, cuya mirada se clavó fijamente en los ojos de Longshar antes de que su cuerpo cayera hacia atrás, rígido como una estatua de piedra.

Hubo un silencio estremecedor. Longshar y su maestro se miraron. Drasgo asintió, aprobando la sentencia dictada por la espada de su discípulo.

—Tenemos que irnos… Ya —El anciano miró la puerta de la taberna, que se abrió de forma repentina, dando paso a su compañero.

Korzen cargaba una bolsa en cuyo interior había dispuesto suficiente comida para que pudieran afrontar las primeras jornadas de su desesperada huida. Al ver el cuerpo de Derit, tendido en el suelo, ahogó un grito. La bolsa se le cayó al suelo.

—Vamos, Korzen… Carga la comida y vámonos de aquí —la voz de Longshar sonó desesperada.

Los tres corrieron hacia el abrevadero, donde habían dejado los caballos, atados a la rama de un roble. Las sombras de los animales se movían, nerviosas, a la vez que sus relinchos espantaban a los cuervos que se ocultaban en el interior del árbol. Uno de ellos salió volando, pasando por encima de Drasgo. El anciano sintió el roce del ave y agachó la cabeza.

Cuando desataron a los caballos, el de Longshar consiguió escapar a su amo.

—¡Maldita sea! —gritó al tiempo que corría desesperadamente hacia él. No tardó mucho en alcanzarlo. El caballo se había detenido, asustado por el cuervo que acababa de levantar el vuelo.

—¿Adónde ibas? —Longshar aún no había apaciguado su sed de venganza. Estaba tan furioso que podría matar a cualquiera que se

cruzara en su camino y le pidiera otra moneda.

—Korzen… —hizo una señal al más joven del grupo, que tomó la delantera para abrir el paso. Al espolear a su caballo, algo cayó sobre su cabeza rasurada: una gota. Se pasó la mano y pudo ver el líquido rojo que la manchaba. «Sangre». Miró hacia arriba. No vio nada, pero sintió algo que caía entre sus brazos al tiempo que, por encima de él, un cuervo graznaba y se perdía entre los árboles. Horrorizado, observó el regalo que el ave había dejado sobre él: el brazo de Derit. Esbozando una mueca de asco, lo arrojó al suelo. Miró hacia atrás. Tendido en la hierba, frente a la entrada a la posada, el cadáver del viajero permanecía tendido boca arriba, con la espada clavada. «La espada… Está clavada en el cuerpo de ese miserable». Aquel pensamiento le hizo descender de su montura.

—¿Qué haces? —le preguntó Korzen cuando su compañero le entregaba las riendas del caballo.

—No pretenderás que continúe el viaje sin mi espada, ¿verdad? Podríamos cruzarnos con más como él —fue elevando la voz a medida que caminaba hacia Derit. Intentó sacar la espada, pero no pudo.

—Date prisa —le apremió Drasgo. El anciano observaba el brazo amputado con una expresión de aparente indiferencia ante la sangre que envolvía la extremidad muerta. Apartó la vista una vez. Volvió a mirar y su rostro quedó petrificado.

—¡Longshar, vámonos de este lugar maldito! —gritó con desesperación.

—Solo un momento… —no lograba arrancar el arma del cuerpo de Derit—. Mi espada…

—¡Olvida tu espada y ven corriendo! —el anciano no podía apartar la mirada del brazo que, ante sus horrorizados ojos, había comenzado a moverse. Desprovisto de sus tejidos, músculos y piel, los huesos que formaban la extremidad estaban a la vista, pálidos y secos, como si llevaran allí demasiado tiempo. Ni siquiera se veían restos de sangre. Primero fueron los huesos del pulgar; después, el resto de falanges. La mano comenzó a moverse, a reptar por el suelo como si de un escorpión se tratara.

Al pasar junto al brazo, Longshar sintió que la sangre se le helaba en su interior. Necesitó de hasta tres intentos para poder subirse a su caballo. Miró de nuevo hacia atrás. Allí seguía el cadáver de Derit, impasible mientras su brazo se arrastraba hacia él. Miró la espada. Sucedía algo extraño en ella. Desprendía el color del fuego, formando una llama cuyo resplandor iluminó la noche por unos segundos, antes de convertirse en un puñado de cenizas que, inertes, cayeron al suelo.

—Pero… ¿qué…?

Los otros saqueadores ya habían iniciado su huida. Y él tenía que hacer lo mismo.

A punto de espolear a su caballo, este relinchó nervioso y trató de zafarse del jinete con un movimiento que cogió desprevenido a Longshar. Cayó al suelo, golpeándose en la cabeza. Sintió un dolor intenso; su visión se desvanecía por momentos. «No… Tengo que levantarme». Estaba mareado.

Incapaz de ponerse en pie, escuchó un sonido cercano. Miró. «No puede ser». El cadáver de Derit se alzó, lentamente. Sus ojos desprendían un brillo rojizo. Sus gestos eran pausados, incluso descoordinados, como si alguna fuerza exterior lo estuviera levantando.

Longshar trató de ponerse en pie, pero le fue imposible. Al caer de su montura y chocar contra el suelo había sentido un chasquido en su pierna derecha. Se había fracturado un hueso y el dolor era punzante, insufrible. Ahogó un grito mientras se arrastraba por el polvoriento suelo. Cerca de él, los mortecinos pasos de Derit se escucharon cada vez más firmes.

Derit extendió la mano. Sus ojos, brillantes como dos rubíes, miraban al caballo del sacerdote. El animal dudó, pero finalmente se giró y, como un manso cordero, se acercó. Una vez sujetas las riendas, Derit fijó su atención en el saqueador que, viendo que no podría escapar, se dejó llevar de la desesperación.

—Piedad, por favor… —los ojos de Longshar se llenaron de lágrimas como las de un niño que presiente el inevitable castigo de su padre.

—Una moneda —Derit habló, en tono divertido. Sus ojos habían dejado de brillar. Ya no parecía un cadáver que había vuelto del mundo de los muertos. Había recobrado su apariencia humana—. Tan solo os pedí una moneda con la que poder cenar en este tugurio. ¡Y ni siquiera pretendía que me la dierais de forma gratuita! —Derit alzó la voz, asustando aún más al bandido—. Os ofrecí un consejo a cambio, un sabio consejo que podría haberos salvado la vida.

—¿Qué consejo? —Longshar deliraba, presa del pánico. Aquel hombre había muerto. Él lo había matado. Pero la espada se había derretido, convertida en polvo… Y aquel individuo se había levantado, como si apenas le hubiera hecho un rasguño.

—Ya es tarde —sonrió Derit—. Demasiado tarde para tus amigos. Mi consejo era que hubierais tomado la senda que se abre a la izquierda, a unos pocos kilómetros de aquí. Pero tus amigos han decidido seguir el camino. Se encontrarán con unos bandidos que acechan el bosque. Qué irónico… ¿Verdad? Bandidos asaltados por

bandidos. Les arrancarán la bolsa con la comida… Y los matarán. ¿Acaso vuestras vidas no valen más que una simple moneda?

Derit se agachó. Tomó una ramilla del suelo y se puso a dibujar sobre la polvorienta arena.

—¿Cómo sabes eso?

—¿No me crees?

En aquel instante, se escuchó un grito lejano. Una súplica que seguramente fue ahogada por algún arma. De nuevo se hizo el silencio.

—Korzen… —Longshar se echó las manos a la cabeza y rompió a llorar.

—Veinte cadáveres me habían de ser entregados esta noche. Veinte almas que serán presentadas a los dioses.

El saqueador palideció. En el santuario ya habían perdido la vida los otros diecisiete compañeros. Korcen era el decimoctavo… Quedaban dos…

—Lo siento, Longshar. Os ofrecí una oportunidad. Pero, maldita sea, sabía que la rechazaríais. Veinte cuerpos me habían de ser entregados en la noche. Esta es la lección que deberíais aprender, mi querido amigo: una moneda no puede cambiar el destino de un hombre, mucho menos el de dos… o el de tres —Derit había tomado una de las sogas atadas a la montura y hacía un primer nudo.

—No, esperad. Piedad, os lo suplico. Si no queréis oro, ¿qué queréis? ¿Cuál es el precio de mi vida?

—Tu vida, Longshar, vale lo mismo que la de aquellos que habéis dejado en el templo —ató un extremo de la cuerda a las piernas del sacerdote.

—No… Por favor, puedo seros de utilidad.

—Vuestros cuerpos no me sirven para nada. En cambio, vuestras almas…

—Por favor… —los ojos de Longshar permanecían envueltos en lágrimas.

—Antes de partir —Derit había atado el otro extremo al caballo que, a su lado, parecía esperar la orden de salir al galope— si quieres decir unas últimas palabras…

—¡Que los dioses te maldigan! ¡Para siempre!

Fue la última voluntad de Longshar. Después solo hubo desgarradores gritos que se perdieron, ahogados en la densidad del bosque.

—Ya lo han hecho —Derit esbozó una sonrisa mientras se giraba en dirección a la taberna.

NOTA DEL AUTOR

Quiero darte las gracias por haber escogido este libro, al mismo tiempo que te pido que dejes tus impresiones a través de su valoración en Amazon, tanto si te ha resultado una experiencia agradable o, por el contrario, crees que no ha cumplido tus expectativas.

Como autor, estoy dispuesto a aceptar cualquier crítica que pueda servirme para ir mejorando en esta siempre inacabada experiencia de contar historias y hacerlas llegar lo más lejos posible. Por eso te animo a que, si quieres entrar en detalles, me envíes tus impresiones de esta historia o sus personajes, al siguiente correo:

jesusmg1979@gmail.com

Agradezco el tiempo que te has tomado en leer esta historia, así como el que puedas dedicar a dejar constancia de tus impresiones sobre la misma.

¡Gracias!

Un abrazo,